

# **ANÁBASIS**

**Jenofonte**

**BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS**

# ANÁBASIS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 52

JENOFONTE

# ANÁBASIS

INTRODUCCIÓN DE

CARLOS GARCÍA GUAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

RAMÓN BACH PELLICER



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.<sup>a</sup> EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A., 1984.**

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

[www.editorialgredos.com](http://www.editorialgredos.com)

CUARTA EDICIÓN: JULIO DE 2015.

REF.: GBCC052

ISBN: 978-84-249-0314-5.

# INTRODUCCIÓN

## JENOFONTE. VIDA Y ESCRITOS

### I

El aprecio por la obra de un escritor antiguo está sujeto a notables variaciones, a curiosas subidas y bajadas en su cotización literaria e histórica. Un ejemplo claro de esta obvia observación podemos encontrarlo en el hoy relativamente reducido interés con que los filólogos clásicos, y probablemente también muchos de los lectores no especializados en el mundo antiguo, encaran la variada obra y la singular personalidad de Jenofonte, tan excelentemente considerado en otros tiempos entre los grandes clásicos de la prosa ática.

¿Es que acaso la misma sencillez de su estilo y la sobriedad de su prosa, que tan recomendable le hacen como lectura de iniciación para los estudiosos de las letras griegas, le rebajan en la estima de los expertos en éstas? ¿O es que su modo narrativo, esa manera directa de presentar los hechos y los personajes, le resta atractivo? ¿Es, tal vez, lo variado y diverso de su producción escrita lo que hace difícil que un mismo estudioso pueda interesarse por todos los aspectos de su personalidad literaria? Hace más de treinta años, O. Gigon ya apuntaba estas cuestiones. Más recientemente vuelven a insinuarlas W. E. Higgins y R. Nickel en dos excelentes trabajos de conjunto sobre nuestro autor<sup>1</sup>.

Todos esos puntos contribuyen a recortar la estima por el más fácil de entender de los escritores griegos de época clásica. Pero, además, las sombras de otros dos grandes prosistas vienen a suscitar una comparación desventajosa para Jenofonte. Tanto la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides —de quien Jenofonte se pretende continuador con sus *Helénicas*— como los *Diálogos* de Platón —con quien, de algún modo, rivaliza Jenofonte en sus *Recuerdos de Sócrates*— proyectan un duro contraste, en su rigor intelectual y en su fondo teórico y filosófico, con las obras mayores de éste e incitan a una valoración un tanto injusta del testimonio histórico y de la perspicacia crítica de Jenofonte<sup>2</sup>.

Para una apreciación más ecuánime de sus virtudes y defectos, hemos de tratar de enfocar su oficio y figura tal y como se nos presentan en sí mismos, prescindiendo de esa comparación, que, ciertamente, es difícil de evitar porque uno piensa que la lectura de Tucídides debía haber enseñado a Jenofonte una perspectiva historiográfica más crítica, y que el haber conversado con Sócrates y conocido una parte de la obra platónica le debía haber incitado a un mayor esfuerzo filosófico, a intentar calar más hondamente en las palabras del inquietante e impenitente pensador.

Sin embargo, pese a todos los reparos, la personalidad de Jenofonte es la de un individuo magnánimo, que, en una época muy revuelta, la misma que vivió Platón, se afirma con una innegable dignidad; que supo aunar el talante aventurero y una visión lúcida y clara de su entorno histórico; que recordó siempre las nobles enseñanzas de Sócrates y defendió los ideales tradicionales helénicos con valor; que, como escritor, sabe relatar sus impresiones y reflexiones en un estilo sobrio y preciso, con sinceridad, agudeza y una templada ironía. Y no deja de ser interesante el hecho de que él, un hombre de ideas más bien conservadoras, haya sido en muchos aspectos un precursor del helenismo: en su fuerte tendencia al individualismo, en sus esbozos muy influyentes de nuevos géneros literarios, como la biografía (con su *Agésilao*) y la novela (con su *Ciropedia*), en su preocupación por la pedagogía un tanto idealizada, en sus breves tratados sobre temas concretos, como la equitación y la distribución de los recursos económicos. Reprocharle que no fue un teórico cabal del acontecer histórico y que, acaso, no entendió el trasfondo filosófico más profundo de las enseñanzas de Sócrates es enjuiciar con parcialidad su obra y enfocarla con prejuicios críticos. Pero si nos acercamos a los escritos de Jenofonte sin ellos y lo leemos con atención y sobre su entorno histórico, no es difícil que descubramos en su obra aquellas virtudes que le hicieron tan estimado en otros tiempos, desde los historiadores latinos y los griegos tardíos hasta Maquiavelo y E. Gibbon<sup>3</sup>.

En ese sentido de reconsiderar justamente las obras de Jenofonte, parece muy justo constatar aquí, al comienzo de este prólogo, la valiosa aportación de algunos trabajos

modernos, entre los que conviene destacar el amplio y riguroso artículo de H. Breitenbach, *Xenophon von Athen*, en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie* (1966), y los libros más recientes de W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian* (1977), apologético y de un estilo excelente, y el preciso y crítico de R. Nickel, *Xenophon* (1979). Frente a uno y otro resulta un tanto superficial el más divulgador de J. K. Anderson, *Xenophon* (1974). Son sugerentes las ágiles páginas que W. K. C. Guthrie dedica a Jenofonte, como testimonio sobre Sócrates, en *A History of Greek Philosophy*, III (1969, págs. 333-348). Sobre su apasionante biografía sigue siendo el estudio más amplio el de E. Delebecque, *Essai sur la vie de Xénophon* (1957).

## II

La experiencia vital de Jenofonte late, en efecto, en la mayoría de sus escritos. Hombre de acción, primero, y escritor, después, Jenofonte es el testigo sensible de una época revuelta y amarga de la historia de Grecia, de una Grecia agitada por los enfrentamientos bélicos entre ciudades hostiles, en un país empobrecido por esos combates y por los enfrentamientos sociales, por crisis continuas que conmocionan a las *póleis* celosas de su independencia difícil, y en especial a Atenas, que declina en medio de grandes inquietudes intelectuales y morales<sup>4</sup>. Los acontecimientos políticos y su arrojo personal hicieron de Jenofonte un soldado de fortuna; un mercenario en la aventura de los Diez Mil griegos alistados por Ciro el Joven para disputar el trono persa a su hermano Artajerjes, aventura que decidió su fortuna. Tras la vana victoria de Cunaxa, los Diez Mil cruzaron audazmente las vastas llanuras de Anatolia para volver a la patria, en un empeño esforzado por salvar sus vidas, y Jenofonte estuvo al frente de esa retirada. Luego se vio convertido en un exiliado que, gracias al apoyo de su amigo Agesilao, rey de Esparta, pudo gozar del dominio de Escilunte, cerca de Olimpia, un retiro campestre para largos años. Tras la batalla de Leuctra (371), en donde los tebanos mandados por Epaminondas ponen fin a la hegemonía de Esparta, se ve obligado a abandonar el predio, que recuperan los eleos. De nuevo va a buscar un nuevo lugar de residencia en Corinto, donde murió



después del 355 a. C. Los atenienses, reconciliados con los espartanos ante la amenaza de la supremacía tebana, cancelaron la sentencia de destierro (hacia el 368), y tal vez en esta última etapa de su vida —de la que andamos mal informados— Jenofonte volvió a residir en Atenas.

Es en el período de su madurez, en los últimos años de Escilunte y, luego, en Corinto o en Atenas, cuando escribe sus reflexiones y sus recuerdos —de sus días de marcha heroica por tierras lejanas en Persia y de sus conversaciones con el extraordinario Sócrates, el más justo de los atenienses, al que su ciudad condenó a muerte en 399. La *Anábasis* y las *Memorables*, la *Apología de Sócrates* y el *Banquete* reconstruyen, mediante apuntes personales y algunas lecturas de otros textos, el escenario de sus andanzas de juventud. Luego trata de recordar, mediante un rápido relato, los conflictos constantes y sangrientos entre las *póleis* helénicas, en los vaivenes de una discutible hegemonía: Atenas, Esparta, Tebas, y otras ciudades menores, se desgarran en un horizonte de azarasas batallas y hostilidad fratricida<sup>5</sup>. Y también da rienda suelta a su imaginación para disertar sobre la educación ideal del príncipe, de la buena administración de la casa familiar, del cuidado de los caballos y de los recursos económicos de una ciudad, y evoca, con sentido elogio fúnebre, la silueta de su admirado amigo, el rey Agesilao, al tiempo que reflexiona sobre la constitución de Esparta, con una admiración no exenta de crítica.

Acaso el hombre de acción retirado se consuela así, rememorando el pasado y buscando en la teoría un refugio más estable. Hay nostalgia en la evocación de las charlas con Sócrates, un maestro en virtud y en patriotismo, que atrajo al joven Jenofonte sin lograr hacer de él un filósofo<sup>6</sup>.

Inscrita en las peripecias de un país turbulento en la primera mitad del s. IV a. C., en tiempos «de incertidumbre y confusión», como él mismo dice en el párrafo final de las *Helénicas*, cobra la existencia de Jenofonte un perfil significativo, y su biografía refleja bien la inestabilidad de los tiempos, que su ánimo le ayuda a vencer.

Hijo de Grilo, del demo ateniense de Erquía, de familia acomodada, Jenofonte nació en Atenas hacia el año 430 a. C., como Platón. El comienzo de las hostilidades, la muerte de Pericles, la mortífera peste de Atenas habían trazado una línea frente a la época áurea anterior. La democracia no tendría otro estadista de la misma talla, sino que conocería las alternativas y expectativas de las noticias bélicas, las destempladas demagogias de los sucesores indignos de Pericles y, al final de la larga guerra, la catástrofe de la derrota y el torpe gobierno de los Treinta Tiranos. Jenofonte, que por su familia pertenecía al rango de los caballeros, no debió de sentirse muy orgulloso del destino de Atenas en aquellos turbulentos años. El pronto derrocamiento de los Treinta, seguido de una amnistía general, no logró, seguramente, borrar los enfrentados sentimientos, las humillaciones y los rencores de los atenienses. El joven Jenofonte aprovechó, pues, la invitación de Próximo para enrolarse como otros, en contra del consejo de Sócrates, en la expedición mercenaria que partía para sostener las pretensiones de Ciro el Joven al trono que ocupaba su hermano Artajerjes. Lo hacía por conseguir honores y la amistad del pretendiente, no sólo por la soldada. Se embarcaba en tan arriesgada aventura también por huir de un agobiante ambiente político, el de Atenas en 401, cuando en la ciudad se restauraba la democracia.

Tenía cerca de treinta años. Los acontecimientos de la política no habían sido los más apropiados para despertar en él una visión entusiasta sobre el futuro de Atenas y su democracia. (¿Cómo no recordar, al respecto, las amargas palabras de Platón, muchos años después, en su *Carta séptima*, acerca de las decepciones de su juventud?)

Tardará luego más de treinta años en poder regresar a su ciudad natal. El exilio será para Jenofonte, como antes para Tucídides, el lugar desde donde se perfila su perspectiva histórica y desde donde el historiador percibe los hechos de su tiempo con una distancia crítica. Pero fue en Atenas, en aquella Atenas ilustrada y tan agitada por las nuevas ideas, donde Jenofonte recibió su formación intelectual, como Higgins y otros han señalado. Allí había encontrado a Sócrates (hacia el 410) y allí había atendido, con avidez juvenil, a las

discusiones entre éste y los sofistas y discípulos de otros ilustres pensadores. Allí se representaban las tragedias de Sófocles y Eurípides, allí se podían leer los libros de cierto prestigio. Era la ciudad de Tucídides, de Antístenes, de Isócrates, de Platón, de Calias, de Critias, de Terámenes, de Alcibíades, de Trasíbulo, la capital de la política y del pensamiento griegos.

Se ha discutido en qué momento decretaron los atenienses el destierro de Jenofonte<sup>7</sup>: si en 399 —por participar en la expedición de Ciro contra Artajerjes, siendo el rey persa aliado entonces de Atenas, y por entregar el resto del contingente expedicionario al espartano Tibrón, que dirigía la campaña contra los persas en Asia Menor—, o si fue en 394, al volver a Grecia y combatir en la batalla de Coronea a las órdenes de Agesilao contra sus compatriotas. Los testimonios de los antiguos parecen apuntar a lo primero. Tal vez podamos pensar que los atenienses quisieron condenar no sólo el que Jenofonte pusiera en peligro sus buenas relaciones diplomáticas con el poderío persa, al acaudillar tal tropa y entregar a los espartanos cerca de 6.000 hombres de guerra, sino también que sancionaban con el exilio a un miembro de la clase de los caballeros, de dudosas simpatías populares. Se puede asimismo suponer que, si Jenofonte ya había sido condenado al destierro, tendría menos reparos en combatir con los espartanos contra sus antiguos compatriotas. Más tarde la ciudad revocará el decreto (hacia el 368) y Jenofonte enviará a sus dos hijos a combatir en la caballería ateniense. El mayor de ellos, Grilo, morirá combatiendo heroicamente en Mantinea (362), y el viejo Jenofonte recibirá la noticia con entereza <sup>8</sup>.

Jenofonte murió hacia el 354 a. C., algunos años antes que sus compatriotas y casi coetáneos Platón e Isócrates, con los que compartió el afán pedagógico, la preocupación política y el alejamiento de la intervención activa en los asuntos de su ciudad natal<sup>9</sup>. No alcanzó a vivir lo bastante, aunque tuvo una larga vida, de más de setenta años, como para divisar el final de las largas contiendas entre los estados griegos, que concluirán en la forzada sumisión al poder arbitral de Filipo de Macedonia. No deja de ser curioso el pensar que el hijo de este monarca, el magnífico Alejandro, repetirá con su ejército la

marcha de los Diez Mil hacia el corazón de Persia, esta vez con un aire de victoria, casi setenta años después de la expedición narrada y vivida por Jenofonte<sup>10</sup>.

Entre sus campañas guerreras, coronadas por la amistad con Agesilao y la protección y gratitud de Esparta, y esos años finales en los que escribe la mayor parte de su obra y en los que se reconcilia con Atenas, están los años vividos en Escilunte, cerca de Olimpia, en aquellos terrenos confiscados a los eleos que le donaron los espartanos. Fueron tiempos de dicha y serenidad campesina, administrando su hermosa finca, criando caballos, cazando, dedicado a las faenas del campo y los placeres agrestes que tanto apreciaba, según muestran sus escritos.

En un pasaje de la *Anábasis* (V, 3, 7) ha descrito con orgullo y cariño lo agradable y ameno de su finca, donde dedicó un templete y un altar a Ártemis, al recuperar una parte del botín de la famosa expedición. Tras la batalla de Leuctra los eleos recobraron aquellos terrenos que Jenofonte había considerado suyos.

Es probablemente en ese marco, en su amplia casona en medio de una hermosa comarca, donde mejor cuadra la imagen del Jenofonte bien establecido, acomodado propietario de tierras, dedicado a la administración de la finca, reflexionando en su discreto retiro sobre las contingencias de la vida y el azar, Aquí viene bien recordar unas sugerentes líneas de Guthrie:

«Jenofonte puede ser descrito como un caballero en el sentido anticuado del término, que implica tanto un tipo noble de carácter como un alto nivel de educación y cultura general. Es una planta que florece mejor en un entorno de riqueza, especialmente de riqueza heredada, y existe un cierto parecido entre Jenofonte y los mejores personajes de la aristocracia que ocupaban las grandes casas de campo en Inglaterra en los siglos XVIII y XIX —hombres cuyo corazón estaba ocupado no sólo en la administración de sus propiedades y el servicio de su país, sino también en las grandes bibliotecas que algunos de ellos coleccionaban con notorio detenimiento y selección y que también utilizaban. Era un soldado, un deportista y un

amante de la vida del campo, metódico en su trabajo, moderado en sus hábitos y religioso con la religión del hombre llano y honesto»<sup>11</sup>.

Esta imagen de Jenofonte, como «a gentleman in the oldfashioned sense of the term», se revela un tanto limitada, pues no recuerda al mercenario de la retirada de Persia, ni a quien ha logrado con su talento militar y su audacia tal posición. Pero no es del todo inadecuada en relación con el ideal de vida que el propio Jenofonte había elegido para sí mismo.

A este respecto es característica la presentación que Jenofonte hace de Iscómaco, el protagonista de su *Económico*. Es Sócrates quien habla de él como personificación de la verdadera *kalokagathía*, ese ideal de la «hombría de bien». «El exponente de la auténtica *kalokagathía* es, sencillamente, la vida de un buen agricultor, que ejerce su profesión con verdadero gozo y con una idea clara de lo que es y que, además, tiene el corazón\* en su sitio. La experiencia vivida por Jenofonte se combina en este cuadro con su ideal profesional y humano de tal modo que no es difícil reconocer en la figura de Iscómaco el autorretrato del autor, elevado al plano de la poesía. Es indudable, sin embargo, que Jenofonte no tuvo la pretensión de ser, en realidad, semejante dechado de perfección. Los persas nobles sabían asociar el tipo del soldado con el del agricultor, y a lo largo de todo este diálogo vemos cómo el autor establece una afinidad entre el valor educativo de la profesión agrícola y de la del soldado. Esto es lo que alienta detrás del nombre de su agricultor ideal. En esta asociación de las virtudes y el concepto del deber del guerrero y del agricultor reside el ideal cultural de Jenofonte»<sup>12</sup>.

W. Jaeger enlaza esta enseñanza del *Económico* con la del *Cinegético*, con gran brillantez. También en la caza se manifiestan las virtudes que Jenofonte quiere destacar. «Un buen cazador es también el hombre mejor educado para la vida de la colectividad. El egoísmo y la codicia mal se avienen con el espíritu cinegético»<sup>13</sup>. Como en el ejemplo de Ciro, también aquí se subraya el valor del esfuerzo, el *pónos*, la sencillez y la autenticidad de una vida natural, al margen de las

ambiciones políticas y la mezquindad de otros comportamientos ciudadanos.

El oyente de Sócrates guardó siempre una preocupación ética y pedagógica. En su estudio acerca del comportamiento de los hombres y las ciudades vio que la *pleonexía* y la *philotimía*, la codicia, el egoísmo y la ambición desmedidos, eran las causas más conspicuas del continuo desgarramiento de la vida pública griega. Propone, pues, con un cierto idealismo, unos ejemplos de *aretē* que tienen un matiz un tanto arcaico y, si se lo quiere calificar así, un tanto rústico.

Se ha hablado de la influencia filosófica de Antístenes, con su ascética derivada de su peculiar comprensión de la enseñanza de Sócrates, en la concepción ética de Jenofonte. Sin embargo, parece más sencillo constatar que tuvo siempre una simpatía natural hacia ese ideal de vida sobria, simple, tradicional. «Jenofonte era por naturaleza un hombre amante de las penalidades y del esfuerzo, habituado a poner en tensión sus fuerzas siempre que fuera necesario» <sup>14</sup>.

También R. Nickel destaca ese talante esforzado. «Los medios de vida de Jenofonte, la fuente de su pensar y actuar, eran la alegría en la lucha y en el esfuerzo y la voluntad de enfrentarse a la adversidad. Por esa razón es un precursor de los estoicos... Sus escritos son un magnífico documento de coraje, de optimismo racional, de resolución. En su obra se expresa la esperanza de una superación de las circunstancias adversas, que acometía más con su propia fuerza que con la ayuda de los dioses. Su modo típicamente griego de vivir le capacitaba para no hundirse en la desgracia» <sup>15</sup>.

Tal vez Jenofonte no tenía una gran fe en los destinos de tal o cual sistema político, pero creía en el valor de algunos individuos para afrontar los rigores del destino. No en vano había sido él discípulo de Sócrates. Su obra exalta el valor de esos individuos excepcionales, a veces bajo la forma del encomio personal —con Agesilao, con el legendario Ciro—, otras subrayando la importancia de la actuación individual en el desarrollo de los hechos. En la *Anábasis* y las *Helénicas* hay muestras de esa tendencia de Jenofonte a destacar el valor individual <sup>16</sup>.

### III

Podemos ordenar las obras de Jenofonte en tres apartados: históricas, didácticas, y filosóficas. Esta división no tiene grandes pretensiones, es sólo un procedimiento simple de clasificar en esos tres grupos los escritos varios de nuestro autor.

Los escritos históricos comprenden: la *Anábasis*, las *Helénicas* y el *Agesilao*. Los didácticos pueden abarcar un grupo un tanto heterogéneo: la *Ciropedia*, *Hierón*, la *Constitución de los lacedemonios*, los *Ingresos* o *Recursos económicos*, dos libros sobre hípica y equitación: *Acerca de la hípica* y *El jefe de caballería*, y tal vez el *Cinegético*, sobre el arte de la caza. (Las dudas sobre la autenticidad de esta obra son numerosas.) Los filosóficos comprenderían las obras «socráticas», como son el *Económico* (que podría también introducirse en el apartado anterior), los *Recuerdos de Sócrates* o *Memorables*, el *Banquete* y la *Apología de Sócrates*. Entre los escritos de Jenofonte se introdujo también un interesante opúsculo sobre la *Constitución de Atenas* (*Athenaiōn Politeía*)<sup>17</sup>, en paralelo a su tratado sobre la constitución y régimen de Esparta. (Esta obra es reconocida hoy como un libelo anterior a Jenofonte, y suele denominarse a su autor como «el viejo oligarca».) También se le adscribieron, como a tantos otros, algunas «cartas», todas ellas de invención tardía.

No es nuestra intención aquí detenernos en comentar cada una de estas obras. Nos requeriría mucho espacio y, por otro lado, ese estudio queda mejor en el prólogo a sus respectivas traducciones. Nos detendremos tan sólo en la consideración de las obras de carácter historiográfico y, especialmente, en la *Anábasis*. (También la *Ciropedia*, el *Hierón* y la *Constitución de los lacedemonios* tienen un ingrediente histórico; sin embargo, su intención literaria rebasa el mero relato historiográfico; el autor pretende, ante todo, exponer una teoría ética y pedagógica, apelando a ese trasfondo histórico.)

La *Anábasis* es una de las primeras obras de Jenofonte. Pero es difícil precisar la fecha de su redacción. Probablemente fue en Escilunte, en sus últimos años, más de



veinte después de la expedición que narra, donde Jenofonte rememoró la gran aventura de su juventud. Publicó, inicialmente, la obra bajo el pseudónimo de Temistógenes de Siracusa. (A éste se la adjudica él mismo, al citar un pasaje en *Helénicas* III 1, 20.) Ya Plutarco, en *De gloria Atheniensium* 345e, observó que éste era un pseudónimo de Jenofonte. Acaso el motivo de publicar la obra así fuera el favorecer su difusión en Atenas, donde el decreto de su exilio aún estaba en vigor y donde eran bien conocidas sus simpatías por Esparta<sup>18</sup>.

La obra está dividida en siete libros, pero es probable que esta división (así como los resúmenes iniciales de cada uno de éstos) sea de época posterior. Jenofonte, que habla de sí mismo en tercera persona, se asigna un destacado papel en la retirada de la tropa mercenaria que combatió con Ciro el Joven contra Artajerjes II, su hermano y rey legítimo de Persia. Tras la batalla de Cunaxa (descrita en I 8-10), los griegos, que habían perdido a su pretendiente al trono y que luego perdieron también a sus generales, emprendieron la larga retirada, a través del país de los carducos y Armenia hasta Trapezunte, en la costa del Mar Negro, y desde allí fueron a reunirse al ejército espartano que operaba, a las órdenes de Tibrón, en Asia Menor. El título de la obra, la *Subida de Ciro (Anábasis Kýrou)*, es decir, la ascensión desde la costa hacia el interior de Persia, conviene con propiedad tan sólo a los seis primeros capítulos del libro I. El resto se ocupa en la descripción de la larga marcha, de casi cuatro mil kilómetros, a través de países hostiles y de abrupta geografía, de los Diez Mil griegos, conducidos por el espartano Quirísofo y el propio Jenofonte, que destaca en primer plano su intervención personal<sup>19</sup>.

Se ha hablado bastante, en algunos estudios sobre la obra, del carácter apologético, de la «tendencia» marcadamente personal con que está escrito este informe histórico<sup>20</sup>. Según algunos, Jenofonte habría querido dejar en claro su papel en la expedición, en vista de otras versiones que ya circulaban en Atenas, subrayando que marchó con Ciro sin tener conciencia, en un principio, de su plan de derrocar a Artajerjes II, y, luego, su actuación de consejero salvador en la retirada. Repetidamente, Jenofonte demuestra su fe en la disciplina y el buen orden (*eutaxía*), es animoso y sensato, está en todas



partes para ayudar a los soldados, es llamado por éstos su «padre» y «benefactor», quiere salvarlos de la negligencia y el abandono, como Ulises salvó a sus compañeros del olvido del retorno en el país de los lotófagos (como dice el propio Jenofonte, en una alusión muy significativa, en III 2, 25)<sup>21</sup>. Desde luego, la tendencia apologética es patente, creemos, a lo largo de la narración. Lo que no quiere decir que sea un relato tendencioso. Jenofonte escribe sus recuerdos personales de la expedición, a más de veinte años tal vez, apoyándose quizás en algunos apuntes o un diario de viaje. Pero escribe con un propósito mucho más amplio que el de redactar un escrito exculpatorio o laudatorio. Si la *Anábasis* tiene algo de «rendición de cuentas», es también una «rendición de cuentas» consigo mismo, una rememoración orgullosa y sincera de su pasado.

Cuando Diodoro hace el resumen de la expedición de Ciro, omite la intervención de Jenofonte<sup>22</sup>. Pero esa omisión puede explicarse porque Diodoro se sirve como fuente principal de Éforo, el discípulo de Isócrates, hostil hacia Jenofonte y su obra<sup>23</sup>, de modo que tal hecho no indica que nuestro autor no tuviera en la empresa el importante papel que él mismo se asigna. La *Anábasis* es más que un frío documento histórico; tiene un cierto aire épico y, a la par, un regusto herodoteo, al evocar paisajes, costumbres locales, fauna y flora, caracteres de diversos personajes, las emociones de las gentes en una determinada situación. Tiene el aroma auténtico de lo vivido y recordado de un modo real. Los mismos discursos, tan de acuerdo con la práctica retórica de la historiografía de la época, tienen un notable dramatismo, a la vez que una gran verosimilitud. Los retratos que se introducen —como el panegírico de Ciro (I, 7), o los de Clearco, Próximo y Menón (II 6)— están trazados con mano firme y diestra, y van más allá de una obra de circunstancias y propósito apologético. Acaso la *Anábasis* tuvo un pretexto apologético, pero su contenido no queda recortado por esta tendencia original. En esta obra late una verdadera intención histórica, la de contar lo que pasó realmente, la de presentar las cosas tal como fueron, aunque, naturalmente, Jenofonte se presente a sí mismo bajo una luz favorable. No era un carácter como el de Tucídides,

pero era un historiador sincero; acaso un tanto parcial en sus simpatías, hacia sí mismo, hacia algún otro, hacia los espartanos, en su amor a la disciplina y el arrojo, pero no un expositor tendencioso de los hechos.

Como ha señalado Anderson<sup>24</sup>, Jenofonte es mejor reportero que historiador, en cuanto que da mejor el relato de los hechos que él personalmente ha presenciado, que las noticias que recibe de otros. Por otra parte, su estilo de pinceladas cortas, su modo de contar, transmite bien las impresiones de momentos decisivos con singular dramatismo. Así, p. ej., el comienzo de la batalla de Cunaxa (I 8, 8) o la llegada de la columna griega a la vista del mar (IV 7, 21). Esas escenas, de una vivida sensación dramática, no faltan tampoco en las *Helénicas*. (Recordemos, p. ej., cómo evoca en *Hel.* II 2, 3-4, la llegada a Atenas de la nave Páralos, con la noticia de la derrota de Egospótamos, y cómo el rumor de lamentos va recorriendo los Largos Muros.) Describe con trazos sobrios, pero bastante precisos, a los actores de sus historias y presta atención a los movimientos de las tropas y a las tácticas y estrategias militares.

Otro rasgo importante en la concepción de la *Anábasis* es la exposición que Jenofonte hace de cómo, en circunstancias críticas, la camaradería de los guerreros se sobrepone a las rivalidades y a los estrechos límites de los nacionalismos. Por encima de su procedencia local —espartanos, atenienses, beocios, tesalios, etc.—, los griegos se sienten hermanados en una empresa militar común, frente a los bárbaros. Hasta qué punto se intenta preludiar con este relato un ideal panhelénico es discutible. Se expone, ante todo, un hecho real: que en un contexto preciso, enfrentados a una población y a una geografía hostiles, esos Diez Mil griegos, de variada procedencia, se sienten unidos en una causa común. Como dice R. Nickel, «la *Anábasis* es, a este respecto, independientemente de la tendencia ya aludida de su autor, objetivamente, un informe periodístico para despertar o fortalecer la conciencia panhelénica»<sup>25</sup>.

Tal vez Jenofonte utilizó algunos libros, como el escrito por Esféneto de Estínfalo, el general más viejo de la expedición, y

ya titulado así: *Anábasis*, o unos para nosotros desconocidos repertorios geográficos —de esa literatura de periplos y periegesis con que se relaciona su obra—; y, ciertamente, conoció los *Persiká* de Ctesias, el médico de Artajerjes, al que cita expresamente (18, 26). Pero, a lo largo de todo su relato, se percibe la nota de lo vivido personalmente. Esas descripciones de usos y lugares, esos mismos discursos retóricos, esas observaciones psicológicas sobre las reacciones de los soldados evocan un testimonio inmediato, los ojos agudos del historiador, en el sentido etimológico de la palabra. (Acaso utilizó Jenofonte las notas de un diario propio del viaje, para tanto detalle concreto.)

Por otra parte, hay que decir que la *Anábasis* se lee como lo que es, el relato de una gran aventura, de proporciones épicas, de valores novelescos. Sus personajes no son héroes como los nobles semidioses de antaño. Son figuras muy reales, soldados de fortuna, como tantos griegos mercenarios que vagaban por Asia y Egipto, profesionales de esa amarga ocupación en que muchos emigrantes helénicos habían probado su valer, desde hacía siglos<sup>26</sup>.

Desde la primavera del 401 a. C., en que se inició la marcha, hasta marzo del 399, en que Jenofonte entregó las tropas a su cargo al harmosta espartano Tribón, pasaron los dos años más azarosos de su vida, en los que vivió intrépidamente una aventura desahogada, en continua alerta, con cotidianos sobresaltos y riesgos desconocidos, una odisea por las tierras hostiles de Asia, cruzando desiertos y montes, por la Armenia invernal, al frente de la larga columna de los Diez Mil.

El final de la expedición fue feliz, en cuanto que lograron salir con vida, escapar a la trampa persa, reincorporarse a sus puestos habituales. Para los mercenarios nunca hay gloria, sino sólo, en el mejor de los casos, botín y fortuna. Jenofonte no salió mal parado de la empresa. Si bien, cuando nos revela las rencillas que alteran los últimos meses, nos deja un regusto triste, pero real. Tales eran los hombres que luchaban con él, valientes pero díscolos, ambiciosos y taimados.

La expedición llegó a «un heroico y brillante término». «A decir verdad, las dificultades no resultaron tan grandes como parecían. La misma marcha fue la señal, para Europa, de la interna debilidad de los imperios de Oriente, que fue puesta luego al descubierto por Alejandro, Pompeyo, Lúculo y los varios conquistadores de la India. Mas el valor placentero de Jenofonte, su inteligencia y su cultura, relativamente elevadas, su honor transparente, su religiosa simplicidad, combinados con una gran habilidad para manejar a los hombres y un verdadero don de improvisar disposiciones para hacer frente a toda contingencia, le capacitaron para llevar a cabo una proeza que en vano hubiera intentado alcanzar cualquier militar más hábil. No fue completamente afortunado como *condottiero*. Sus *Diez Mil*, por orgulloso que le pongan más tarde sus hechos, contenían muchos de los peores granujas de Grecia, y Jenofonte, como Próximo, los trataba demasiado a lo gentilhomme. El viejo Clearco, con el látigo en la mano y una maldición en los labios, sin dejar jamás su malhumor, fuera del momento de la acción, era el único hombre que debía haberlos guiado» <sup>27</sup>.

Jenofonte, como historiador, tiene notorios defectos. No es exhaustivo en la recogida de datos, es olvidadizo y margina hechos de primera importancia, cuenta las cosas desde su perspectiva <sup>28</sup> —y no tanto por una consciente parcialidad, por esa simpatía proespartana que muchas veces se le ha reprochado, como por una característica ingenuidad, cercana a la improvisación sin el examen crítico requerido, y eso, tras leer a Tucídides—, pero es, como ya advertimos, mucho mejor reportero de guerra. Este reportaje, escueto y penetrante, de sus propias experiencias en el ejército de los «Cireos», en la larga marcha por la inhóspita geografía minorasiática, está espléndidamente contado. Con esa precisa rapidez habitual en Jenofonte, no ajena a la ironía en varias ocasiones<sup>29</sup>, tan sólo alterada por la longitud de algún que otro discurso un tanto cargado de tópicos retóricos (aunque no siempre, pues hay estupendas arengas, de hábil efecto psicológico en muchos puntos de la obra). «Esta agradable obra es original y auténtica», como señaló Gibbon. Y, como señala G. Murray: «En su conjunto, es una obra fresca y franca, en la cual, por lo

menos, el escritor consigue no echar a perder un relato verdaderamente conmovedor»<sup>30</sup>.

Cada género histórico tiene sus pautas y normas un tanto flexibles. El *Agésilao* y la *Ciropedia* tienen una orientación peculiar que permite, a su autor, remodelar la historia, silenciar ciertos hechos, embellecer las figuras con los prestigios de la retórica y la ficción<sup>31</sup>. En la *Anábasis*, pese a su tendencia apologética, a su visión personal de lo narrado, hay una fidelidad a lo real y una dramaticidad histórica singular, que hacen de esta narración un admirable reportaje, escrito a cierta distancia de los hechos, contenida la emoción, de una indiscutible grandeza.

## BIBLIOGRAFÍA

Nos limitamos a señalar los libros más recientes y algunos artículos de interés para la crítica de Jenofonte como historiador.

### I. Estudios:

J. K. ANDERSON, *Greek Military Tactics in the Age of Xenophon*, Berkeley, 1970.

—, *Xenophon*, Londres, 1974.

H. R. BREITENBACH, *Historiographische Anschauungsformen Xenophons*, Basilea, 1950.

—, *Xenophon von Athen*, en PAULY-WISSOWA, *RE*, IX A 2 (1966), cols. 1569-1928.

L. CANFORA, *Tucidide continuato*, Padua, 1970, págs. 57-77.

— (ed.), *Erodoto, Tucidide, Senofonte. Letture critiche*, Milán, 1975, págs. 167-210.

E. DELEBECQUE, *Essai sur la vie de Xénophon*, París, 1957.

H. ERBSE, «Xenophons *Anabasis*», *Gymnasium* 73 (1966), 485-505.

O. GIGON, *Kommentar zum ersten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1953.

—, *Kommentar zum zweiten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1956.

- W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, III, Cambridge, 1969, págs. 333-348.
- W. P. HENRY, *Greek Historical Writing. A Historiographical Essay based on Xenophons «Hellenika»*, Chicago, 1967.
- W. E. HIGGINS, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, N. York, 1977.
- D. KROEMER, *Xenophons Agesilaos*, tesis doct., Berlín, 1971.
- O. LENDLE, «Der Bericht Xenophons über die Schlacht bei Kunaxa», *Gymnasium* 73 (1966), págs. 429-452.
- J. LUCCIONI, *Les idées politiques et sociales de Xénophon*, Paris, 1947.
- , *Xénophon et le socratisme*, Paris, 1953.
- K. MEYER, *Xenophons «Oikonomikos»*, tesis doct., Marburgo, 1975.
- G. B. NUSSBAUM, *The Ten Thousand. A Study in Social Organisation and Action in Xenophon's «Anabasis»*, Leiden, 1967.
- L. STRAUSS, *Über Tyrannis*, Neuwied-Berlin, 1963.
- , *Xenophon's Socratic Discourse*, Ithaca, N. York, 1970.
- , *Xenophon's Socrates*, Ithaca, N. York, 1972.
- M. TREU, art. sobre el escrito pseudo-jenofonteo *La república de los atenienses*, en PAULY-WISSOWA, *RE*, IX A (1966), cols. 1928-1982.

## II. Ediciones:

Las más asequibles son las publicadas en la «Oxford Classical Texts»: *Xenophontis opera omnia*, editadas por E. C. Marchant en 3 vols., Oxford, 1900-1904 (con reediciones), así como las de «Les Belles Lettres», por diversos editores: *Les Helléniques*, por J. Hatzfeld, París, 1936-39; *Anabase*, por P. Masqueray, 2 vols., París, 1931; *Économique*, por P. Chantraine; *L'art de la chasse*, *Le commandant de la cavalerie*, *De l'art équestre*, por E. Delebecque, París, 1970, 1973, 1978, respectivamente. En la colección de la «Tusculum

Bücherei» tenemos las ediciones de la *Anábasis*, por W. Müri, Munich, 1959, y de las *Helénicas*, por G. Strassburger, Munich, 1970. En la colección del «Instituto de Estudios políticos» están editados el *Hieron* y *La república de los atenienses*, por M. Fernández-Galiano, Madrid, 1951, y *La república de los lacedemonios*, por M.<sup>a</sup> Rico.

De algunas obras hay ediciones sueltas, muy interesantes por sus notas y cuidado crítico, como el *Económico*, editado por J. Gil, Madrid, 1967; los *Póroi (Recursos)*, editado por G. Bodei Giglioni, Florencia, 1970; *Sobre la equitación*, por K. Widdra, Leipzig, 1964, y Berlín, 1965.

Para la tradición textual jenofontea, el libro fundamental sigue siendo el de A. W. Persson, *Zur Textgeschichte Xenophons*, Lund, 1915, que puede complementarse con las páginas del volumen colectivo *Geschichte der Textüberlieferung*, I, Zurich, 1961, págs. 268-72.

El léxico de Jenofonte es el antiguo de F. W. Sturz, *Lexicon Xenophonteum*, Leipzig, 1831, reimpr. Hildesheim, 1964.

Siendo Jenofonte autor muy reiteradamente seleccionado como texto de traducción para los estudiantes de griego de Instituto y Universidad, hay incontables ediciones escolares de obras y libros suyos. En España, como ejemplo, el libro I de la *Anábasis* está editado por J. PÉREZ RIESCO: con notas (Madrid, 1968, 4.<sup>a</sup> ed. rev., 5.<sup>a</sup> reimpr.) y bilingüe (Madrid, 1976, 4.<sup>a</sup> ed. rev., 6.<sup>a</sup> reimpr.), en la Ed. Gredos.

### III. Traducciones castellanas:

La primera versión directa al castellano es la de Diego Gracián de Alderete, el mismo traductor de Tucídides, publicada en Salamanca en 1552. El título de la traducción reza así: *Las obras de Xenophon, trasladadas de Griego en Castellano por el Secretario Diego Gradán, divididas en tres partes. Dirigidas al Sereníssimo Príncipe Don Philippe nuestro señor*. La traducción —«con privilegio para los reinos de Castilla y de Aragón»— comprende los siguientes tratados:

Historia de Cyro (Cyropedia) que trata de la crianza e institución, vida y hechos de Cyro. — De la entrada de Cyro el menor en Asia, y de las guerras que allí tuvieron contra los bárbaros los caudillos griegos. — Del oficio y cargo del capitán general de los de a caballo y de lo que se requiere en el caudillo. — Del arte militar de caballería, y de los caballos, y de las partes que ha de tener el buen caballero para la guerra. — De los loores y proezas de Agesilao, rey de los lacedemonios. — De la república y

gobernación de los lacedemonios. — De la caza y montería cuyo ejercicio es necesario para la guerra.

Menéndez y Pelayo, al dar noticia de esta versión, agrega:

Esta versión de Xenofonte no es completa; faltan las *Helénicas* que Gracián pensó añadir a su versión de Tucídides y todas las obras filosóficas o no enlazadas directamente con la historia, a saber: las *Cosas Memorables de Sócrates*, la *Apología* del mismo, el *Convite*, la *Económica*, el *Hierón* o *Del reino*, el tratado *De las rentas públicas de Atenas* y el *De la república de los atenienses*, cuya omisión no me explico, dado caso que incluyó Gracián el *De la república de los lacedemonios*.

La *Ciropedio* llena la primera parte de las tres en que dividió el traductor su obra, la *Anábasis* forma la segunda y los tratados cortos la tercera.

Menéndez y Pelayo habla luego («Biblioteca de traductores españoles», Madrid, CSIC., ed. de 1952-3, tomo II, págs. 188-90) de la reimpresión de esta traducción, revisada por Flórez Canseco:

*Las Obras de Xenophonte... Segunda Edición en que se ha añadido el texto griego y se ha enmendado la traducción castellana por el Ledo. D. Casimiro Flórez Canseco... Madrid, en la Imprenta Real, 1781. Dos tomos, en 4.º, a cada uno de los cuales acompaña un mapa.*

La edición es bellísima y digna del autor a que se consagraba. El texto griego fue revisado con esmero, y la traducción de Gracián enmendada en todos los lugares mal entendidos por el intérprete. Del docto helenista Canseco, a cuyo cargo corrió esta tarea, son también las notas que ilustran y aclaran las dificultades del original.

El primer volumen contiene la *Cyropedia* y el segundo la *Anábasis*. De la publicación del tercero no hemos hallado noticia. Debía contener, además de los tratados que tradujo Gracián, los por él omitidos cuya versión fue encargada a Flórez Canseco.

El *Xenophonte* de Gracián disfruta de merecida fama, y es, con el *Herodoto* del P. Pou, lo mejor que en punto a traducciones de prosistas griegos posee nuestra lengua. Su estilo es claro, sencillo, puro y exento de toda afectación; algo distante se halla, sin embargo, de la admirable dulzura y amenidad que cautivan y encantan en los escritos del que por ello mereció el hermoso dictado de la *Abeja Ática*.

El propio Menéndez y Pelayo proporciona noticias sobre otras traducciones. Francisco de Támara, catedrático de Humanidades en Cádiz, tradujo «la *Económica*» desde el latín al castellano en 1549, acompañando a varios tratados de Cicerón: *Libros de Marco Tülio Cicerón, en que tracta de los Officios, de la Amicicia y de la Senectud. Con la Económica de Xenophon. Todo nuevamente traduzido del Latín en Romance Castellano. Los Paradoxos, que son cosas admirables, Sueño de Scipión*, Alcalá, Joan de Brocar, 1549.



Esta traducción conoció una primera versión, en Sevilla, 1545, y fue luego reimpressa repetidamente (en Amberes en 1550 y en Salamanca en 1582; y en Valencia en 1774, edición cuidada por Mayáns). No deja de ser interesante la inclusión de Jenofonte entre esos tratados ciceronianos, y muy significativa.

Los tratados «económicos» suscitaban interés especial. Ambrosio Ruy Bamba, el traductor de Polibio, en 1788, publicó dos años antes su traducción de dos obras de Jenofonte: *La Economía y los medios de aumentar las rentas públicas de Athenas. Dos tratados de Xenophonte, traducidos del griego al castellano, con notas históricas, políticas y cronológicas, por el Lic. D. Ambrosio Ruiz (sic) Bamba, abogado de los Reales Consejos*, Madrid, 1786, por B. Cano. En 8.º, 298 págs.

Y Comenta Menéndez y Pelayo (*op. cit.*, vol. IV, págs. 179-80):

Va precedido de una dedicatoria al Conde de Florida-blanca y un prólogo en que se habla del mérito e importancia de estos tratados de Xenofonte, especialmente de la *Económica*, que Cicerón vertió al latín y muchos escritores de la antigüedad mencionaron con encomio. Cita Ruy Bamba la traducción castellana de Zamora —probablemente es una errata, por Támara— y advierte que es incompleta por estar hecha del latín y no directamente del griego.

Sabido es —sigue diciendo D. Marcelino— que el tratado que generalmente se llama *Económica de Xenofonte* no es otra cosa que el libro 5.º de sus *Memorias de Sócrates*, dividido a veces en tres por editores y comentadores, división que sigue Ruy Bamba. Añadió éste frecuentes notas para aclarar dificultades o corregir errores científicos del original. Otro tanto hace en el tratadito *De las rentas públicas de Atenas*.

La traducción de Jenofonte en castellano pudo haberse completado, si A. Ranz Romanillos, el traductor de las *Vidas paralelas* (cuyo último tercer tomo apareció el mismo año de su muerte, en 1830), hubiera podido publicar su versión de la «Apología de Sócrates por Xenophonte» y su «Extracto de las Memorias de Sócrates, escritas por Xenophonte», que decía tener preparadas. (Cf. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, vol. IV, pág. 132.)

La primera versión de las *Helénicas* es, en la «Biblioteca Clásica», la de Enrique Soms y Castelin: *Las Helénicas o Historia griega del año 411 hasta el 362 antes de Jesucristo. Traducida por primera vez del griego al castellano con numerosas notas filológicoliterarias*, Madrid, 1888. La segunda es la de J. B. Xuriguera (redactada sobre una versión francesa). La tercera es, en la B. C. G., la de O. Guntiñas

Tuñón, *Helénicas*, Madrid, 1977. Los *Recuerdos de Sócrates*, la *Apología*, y el *Simposio* han sido traducidos al castellano por A. García Calvo, en edición de bolsillo, Alianza Ed., Madrid, 1967.

La segunda traducción de la *Anábasis* en castellano es la de Ángel Sánchez Rivero, *La expedición de Ciro*, Madrid, 1930. Esta notable traducción, con múltiples reimpresiones (en la «Colección Austral»), tiene una nota preliminar, cuyas primeras líneas quisiera transcribir aquí, porque expresan una opinión bastante divergente de la de Menéndez y Pelayo sobre la versión de Gracián:

La única traducción de la *Anábasis* existente en castellano —dice A. Sánchez Rivero— es la publicada por Diego de Gracián en 1552, junto con la de otras obras de Jenofonte. En 1781 editó el humanista don Casimiro Flórez Canseco una refundición del texto de Gracián, modificándolo en numerosos pasajes y acompañándolo con el original griego. El texto establecido por Flórez Canseco fue reimpreso sin modificaciones en la edición de la Biblioteca Clásica, publicada en 1882.

La traducción de Gracián, interesante a menudo por su sabor de lenguaje, abunda en pormenores inexactos, debido unas veces a la utilización de un texto poco depurado, otras al prurito de traducir en términos del s. XVI detalles peculiares a la civilización griega, según costumbre de nuestros viejos humoristas (*sic*, por humanistas), y en ocasiones por la tendencia a soslayar dificultades. Pero su principal defecto consiste en la deformación que imprime al texto por el abuso de la traducción, diluida, que explicando el sentido destruye las mejores cualidades de Jenofonte: el paso vivo, la rapidez concisa, el movimiento dramático.

La edición enmendada por Flórez Canseco, lejos de remediar la fatigosa languidez del original primitivo, la acrecienta aún por una desdichada multiplicación de los períodos que impone pausas superfluas a la lectura.

La traducción de Sánchez Rivero —sobre el texto editado por G. Gemoll, Teubner, Leipzig 1899— tiene esa presteza y fidelidad que se echa en falta en la anterior.

Una versión de todas las obra históricas de Jenofonte es la publicada en dos tomos, con el título de *Jenofonte. Historia Griega*, por J. B. Xuriguera (Barcelona, Ed. Iberia, 1965), que se afirma como «versión establecida a la vista de los textos más autorizados» (no sabemos qué es lo que se quiere indicar exactamente), y que es un tanto apresurada y menos literal que lo pretendido.

En el tomo *Historiadores griegos*, Madrid, 1969, las *Helénicas* y *Anábasis* están traducidas por F. P. Samaranch. Aunque se proponen como versión directa, deben muchísimo a la versión francesa de las mismas.

Hay traducciones de la *Anábasis* en otras colecciones de bolsillo, así la de F. L. Cardona y J. Alcina Rovira (en Ed. Bruguera, Barcelona, 1971) y la de V. López Soto (en Ed. Juventud, Barcelona, 1976).

La que aquí prologamos, de Ramón Bach Pellicer, es una versión muy fiel, sobria, y precisa.

CARLOS GARCÍA GUAL

---

<sup>1</sup> O. GIGON, *Kommentar zum ersten Buch von Xenophons «Memorabilien»*, Basilea, 1953, pág. 2; W. E. HIGGINS, *Xenophon the Athenian*, Albany, N. York, 1977, págs. 1-2; R. NICKEL, *Xenophon*, Darmstadt, 1979, pág. 132.

<sup>2</sup> Ya F. Jacoby calificó de «artificiosa triada de la literatura» a la formada por los tres historiadores conservados de época clásica: Heródoto, Tucídides y Jenofonte. La relación con la historiografía de Tucídides ha sido muy tratada. Puede verse, entre otros, el trabajo de L. CANFORA, *Tucidide continuato*, Padua, 1970, págs. 57-77.

<sup>3</sup> Sobre la influencia de la obra de Jenofonte en la antigüedad sigue siendo el más extenso y comprensivo el estudio de K. MÜNSCHER, *Xenophon in der griechisch-römischen Literatur*, *Philologus*, Supl. XIII 2, (1920). También R. BREITENBACH, en su art. *Xenophon von Athen*, de la *RE/IX A 2* (1966), cols. 1928-1982, da interesantes datos sobre la tradición de sus obras. Cf., además, el prólogo de J. K. ANDERSON, *Xenophon*, Londres, 1974, págs. 1-8.

<sup>4</sup> Sobre esta época sigue pareciéndonos magistral la exposición de J. BURCKHARDT, *Historia de la Cultura Griega*, trad. esp., vol. V., Barcelona, 1971, en la sección dedicada a «El hombre del s. IV hasta Alejandro». (Este tomo se publicó postumo en 1902.)

<sup>5</sup> Las *Helénicas* traducidas al castellano, con breve introducción y notas, por O. GUNTIÑAS TUÑÓN, han aparecido ya en esta misma serie (B.C.G. 2, Madrid, 1977). En el prólogo pueden verse algunas observaciones críticas sobre Jenofonte como historiador.

<sup>6</sup> Sobre su relación con Atenas ha insistido, especialmente, HIGGINS, *op. cit.*, ante todo en págs. 128 y sigs.: «Xenophon the writer is therefore not the man who hunted and farmed abroad in Skillous, much less the man who fought for Cyrus, but the returned Socratic advising his fellow Athenians (and anyone else who cares to read) what he thinks best for the city» (página 132). El regreso de Jenofonte a Atenas durante la última etapa de su vida y el que allí escribiera sus obras (en su mayoría), en lo que insiste Higgins, no está probado, pero es muy probable. Con todo, nos parece que es muy sugerente considerar que el socrático que escribe sus recuerdos a una distancia de muchos años es *también* el aventurero y el agricultor, y

que reúne todas esas experiencias en su vejez reflexiva. Y eso da más valor a sus reflexiones.

<sup>7</sup> Cf. R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 10-13.

<sup>8</sup> La famosa anécdota, que transmite DIÓGENES LAERCIO (II 55), de que, cuando le notificaron a Jenofonte la muerte de Grilo, no lloró, sino que dijo: «Sabía que lo engendré mortal», puede muy bien ser una invención afortunada. Sobre la heroica muerte de Grilo se escribieron epitafios y elogios fúnebres numerosos, como atestiguaba Aristóteles. En todo caso, la frase no desdice del ánimo valiente y resignado de Jenofonte.

<sup>9</sup> Sobre la vida de Jenofonte tenemos las noticias sueltas que él mismo nos da en sus obras y la biografía que DIÓGENES LAERCIO incluyó en el libro II (caps. 48-59) de sus *Vidas y opiniones de los filósofos famosos*. Tenemos muy pocos datos sobre sus últimos años, aunque se sabe que era apreciado y considerado por sus conciudadanos, y gozó de cierto bienestar económico.

<sup>10</sup> En el s. II d. C., Arriano de Nicomedia, émulo de Jenofonte, titulará *Anábasis* su relato de la marcha de Alejandro, como homenaje a nuestro autor, en recuerdo no sólo de su estilo, sino también de su hazaña.

<sup>11</sup> W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, III, Cambridge, 1969, pág. 334.

<sup>12</sup> W. JAEGER, *Paideia*, trad. esp., México, 1957, pág. 973.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 981.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 980.

<sup>15</sup> R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 8-9.

<sup>16</sup> Además de ser una tendencia personal, coincide con una progresiva tendencia en la historiografía de la época, que se irá haciendo más marcada hasta desembocar en los historiadores de Alejandro. Cercano al *Agésilao* de Jenofonte está el *Evágoras* de Isócrates, otro encomio que hay que situar en los preámbulos del género biográfico. También Teopompo, otro historiador del siglo IV, aunque algo posterior a ambos, insistirá en la relevancia de los personajes de su historia, muy marcadamente.

<sup>17</sup> Véase la edición de M. FERNÁNDEZ-GALIANO: PSEUDO-JENOFONTE, *La república de los atenienses*, con trad. y notas, Madrid, 1951. Cf. el estudio de MAX TREU, en PAULY WISSOWA, *RE*, IX A (1966), cols. 1928-1982.

<sup>18</sup> Sobre la fecha de redacción de la obra, cf. R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 39-40.

<sup>19</sup> ANDERSON, *Xenophon*, págs. 72 y sigs., resume bien el papel que Jenofonte se concede a sí mismo en la trama; su verosimilitud y su sinceridad están hoy generalmente aceptadas.

<sup>20</sup> Cf. BREITENBACH, *Xenophon...*, en *RE*, col. 1646; R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 4143; W. E. HIGGINS, *op. cit.*, págs. 94-98, H. ERBSE, «Xenophons *Anabasis*», *Gymnasium* 73 (1966), 78-100.

<sup>21</sup> Lo subraya muy acertadamente HIGGINS, *op. cit.*, pág. 166, notas 104, 105.

<sup>22</sup> DIODORO, XIV 19-31.

<sup>23</sup> Tampoco ISÓCRATES, en dos breves alusiones a la expedición de Ciro (en *Panegírico* 145-8, y *Filípico* 90-2), menciona a Jenofonte, sólo a Clearco.

<sup>24</sup> ANDERSON, *op. cit.*, pág. 84. H. BREITENBACH, *Xenophon...*, en *RE*, cols. 1579-1656, da un excelente y pormenorizado análisis de la *Anábasis*.

<sup>25</sup> R. NICKEL, *op. cit.*, pág. 26.

<sup>26</sup> Sobre los mercenarios griegos, los datos principales están señalados en O. MURRAY, *Grecia antigua*, trad. esp., Madrid, 1981, págs. 212-6, y en J. K. DAVIES, *La democracia y la Grecia Clásica*, trad. esp., Madrid, 1981; págs. 177-9. Además, está el libro, algo antiguo, de H. W. PARKE, *Greek mercenary soldiers from the earliest times to the battle of Ipsus*, Oxford, 1933.

<sup>27</sup> G. MURRAY, *Historia de la literatura clásica griega*, trad. esp., Bs. Aires, 1973, pág. 351.

<sup>28</sup> Así se ha hecho notar, sobre todo, en las *Helénicas*, donde omite hechos tan importantes como la batalla de Cnido, la constitución de la Segunda Liga Marítima, la fundación de Megalopolis, etc. Cf. A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968, págs. 649-650, y G. CAWKWELL en el prólogo a la trad. inglesa de las *Helénicas* (por R. WARNER: *Xenophon. A history of my times*, Harmondsworth, 1979, págs. 7-48). El mismo G. CAWKWELL ha escrito la introducción a la trad. inglesa de la *Anábasis* por R. WARNER, en su reedición en esa misma serie de los «Penguin Books» (Harmondsworth, 1972), con excelente estilo.

<sup>29</sup> Sobre esta ironía de Jenofonte nos parecen claras las págs. que le dedica HIGGINS en el cap. I de su obra ya varias veces citada. Un buen ejemplo de cómo Jenofonte subraya la distancia entre las palabras y los hechos puede verse en cómo cuenta la conducta del espartano Calicrátidas en Metimna de Lesbos (*Hel.* I 6, 14-15): «Calicrátidas... se negó a esclavizar a un solo heleno, mientras que él fuera el jefe, en lo que de él dependía. Mas al día siguiente soltó a los hombres libres; pero a los miembros de la guarnición ateniense y a los prisioneros que eran esclavos a todos los vendió» (trad. esp. de O. GUNTÍÑAS). Al día siguiente de su bello discurso el general espartano hace lo contrario de lo que decía, esclavizando a los atenienses de esa guarnición. Este tipo de contrastes no son raros en esas feroces guerras y emboscadas que Jenofonte cuenta sin pestañear.

<sup>30</sup> G. MURRAY, *op. cit.*, pág. 355.

<sup>31</sup> Sobre los géneros de los escritos históricos de Jenofonte, cf. R. NICKEL, *op. cit.*, págs. 84 y sigs., 104 y sigs. El encomio permite prescindir de aquellos hechos que ensombrecerían el elogio o que son inconvenientes (p. ej., de Agesilao no nombra Jenofonte su rasgo físico más notable: su cojera, y calla ciertas actuaciones, más maquiavélicas que heroicas, que cuenta en las *Helénicas*). La ficción idealizada de la *Ciropedia* modifica los datos de la historia de Ciro el Grande. Su juventud no es la de un rebelde sublevado contra su abuelo Astiages, al que arrebatará el trono, sino la de un hijo de familia real en plena armonía. Ciro muere en su vejez en su lecho palaciego, mientras que el Ciro histórico, el fundador del imperio persa, murió en una batalla contra los maságetas (según Heródoto) o

contra los derbices (según Ctesias). (Sobre Ciro el Grande, la versión de HERÓDOTO, I 108 y sigs.-214, nos da los datos más tradicionales, que, en lo que respecta al nacimiento, están bastante novelados. Véanse la traducción y las notas de C. SCHRADER, *Heródoto. Historia I-II*, Madrid, 1977.) Es probable que la figura de Ciro el Grande ya hubiera sido utilizada como paradigma del gran monarca con un propósito ejemplar y moralizante en una obra de Antístenes, titulada *Ciro*, que hemos perdido. También el título de la *Ciropedia* conviene mejor a los capítulos iniciales de la obra —como en el caso de la *Anábasis*— que a toda ella, pues no se trata tan sólo de la «educación de Ciro», sino de la biografía idealizada de Ciro como paradigma ético y pedagógico. Del mismo modo, la Persia que allí se describe está estilizada, las costumbres tienen un cierto sabor espartano; la disciplina y la austeridad corresponden a la enseñanza querida por Jenofonte, no a la realidad investigada históricamente. La influencia ejercida por esta primera «novela educativa» —desde la época de Cicerón al siglo XVIII— es difícil de comprender si uno no piensa en la novedad introducida por su perspectiva didáctica. Para el lector moderno, que prefiere una visión histórica precisa, el relato de la *Ciropedia* es un tanto pálido y retórico; en fin, como decía GIBBON: «la *Ciropedia* es vagorosa y lánguida; la *Anábasis*, detallada y animada. Tal es la diferencia eterna entre la ficción y la verdad» (*The Decline and Fall of Roman Empire*, cap. 24, n. 115).

## NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Hemos seguido básicamente el texto de la edición crítica de P. Masqueray, *Xénophon, Anabase*, 2 vols., París, 1931, de cuya lectura raramente nos apartamos. Hemos consultado también el texto de la edición anterior de E. C. Marchant, *Xenophontis opera omnia*, III, Oxford, 1904. Cuando preferimos una variante al texto admitido por P. Masqueray, lo hacemos constar en nota a pie de página.

Los pasajes de dudosa autenticidad se reflejan en la traducción entre corchetes cuadrados [...]. Los trozos suplidos en el original van entre paréntesis angulares <...>.

Hemos consultado, además de la ya citada versión de P. Masqueray, la versión catalana de F. Cuartero (Barcelona, 1979), la francesa de P. Chambry, y la inglesa de C. L. Brownson (Col. Loeb.).

Las notas a pie de página son fundamentalmente de carácter geográfico e histórico; siempre hemos procurado darlas con concisión y brevedad. Al final del volumen ofrecemos un índice de nombres propios.

# LIBRO I

Preparativos de Ciro para destronar a su hermano Artajerjes. Reclutamiento de tropas en Sardes. Encuentro con Epiaxa, reina de los cilicios. Negativa de los mercenarios griegos a proseguir la marcha. Discurso de Clearco. El ejército desconfía de las intenciones de Ciro. Ciro y sus hombres cruzan el Eufrates y llegan a Arabia. Traición, juicio y ejecución de Orontas. El ejército de Ciro llega a Babilonia. Promesas de Ciro a sus hombres. Enumeración de efectivos en ambos bandos. Batalla de Cunaxa: victoria de los griegos. Muerte de Ciro. Retrato de Ciro: sus virtudes. Consecuencias inmediatas de la batalla.

Darío y Parisátide tuvieron dos hijos<sup>1</sup>: el mayor, [1] Artajerjes; el menor, Ciro. Y como Darío estaba enfermo y sospechaba el fin de su vida, quiso que sus dos hijos estuvieran a su lado. El mayor se encontraba, por [2] entonces, casualmente allí. A Ciro lo mandó llamar de la provincia de la que le había hecho sátrapa; le había designado, además, estratega de todos cuantos se reúnen en la llanura de Castolo<sup>2</sup>. Así, pues, Ciro se dirige hacia el interior en compañía de Tisafernes<sup>3</sup>, al que consideraba amigo, y con trescientos hoplitas griegos a [3] las órdenes de Jenias de Parrasia<sup>4</sup>. Cuando Darío murió y subió al trono Artajerjes, Tisafernes calumnió a Ciro ante su hermano con la acusación de conspirar contra él. El Rey se lo creyó y detuvo a Ciro con intención de matarle; pero, gracias a la intercesión de su [4] madre, lo envió de nuevo a su provincia. Y Ciro, cuando hubo partido, después de correr peligros y víctima de ultrajes, deliberó sobre la manera de no estar ya nunca más bajo el dominio de su hermano, sino, si podía, reinar en vez de aquél. Parisátide, su madre, estaba a favor de Ciro, porque lo quería más que a Artajerjes, [5] el que reinaba. Además, a todos los que acudían a él de parte del Rey, los despedía con una disposición tal, que quedaban más amigos suyos que del Rey. También se preocupaba de que los bárbaros que estaban a su lado llegasen a ser aptos para la guerra y estuviesen [6] bien dispuestos con él. Reunía las fuerzas griegas con el máximo sigilo posible, a fin de coger al Rey totalmente desprevenido. Así, pues, hacía el reclutamiento: para cuantas guarniciones tenía en las ciudades, encomendaba a cada uno de sus jefes alistar soldados peloponesios, los mejores y el mayor número posible, con el pretexto de que Tisafernes conspiraba contra las ciudades. En efecto, las ciudades jonias eran de Tisafernes



desde hacía mucho tiempo, le habían sido dadas por el Rey, pero entonces todas le habían hecho defección y se habían pasado a Ciro, con la excepción de [7] Mileto<sup>5</sup>. Presintiendo Tisafernes que, en Mileto, deliberaban igualmente pasarse al bando de Ciro, a unos los mató y a otros los desterró. Ciro, después de acoger a los exiliados y reunir un ejército, asediaba Mileto por tierra y por mar e intentaba repatriar a los desterrados. Y éste era, para él, otro pretexto para reunir tropas. Y, al enviar embajadas al Rey, reclamaba que, [8] por ser su hermano, le fueran entregadas esas ciudades, más merecedor de ellas que su gobernador, Tisafernes. También su madre colaboraba con él en su propósito. De manera que el Rey no se daba cuenta de la conspiración que se tramaba contra él, y pensaba que su hermano, por estar en guerra con Tisafernes, gastaba en preparativos militares. Artajerjes, pues, no estaba en absoluto molesto por la lucha que ellos sostenían. Porque Ciro remitía al Rey los tributos recaudados de las ciudades que Tisafernes tenía asignadas.

Otro ejército había reunido Ciro en el Quersoneso, [9] frente a Ábidos<sup>6</sup>, de la manera siguiente: Clearco<sup>7</sup> era un exiliado lacedemonio; Ciro, después de entablar relaciones con él, quedó admirado y le entregó diez mil daricos<sup>8</sup>. Tomó el oro Clearco y, con este dinero, reclutó un ejército y hacía la guerra a los tracios que habitaban al otro lado del Helesponto y ayudaba a los griegos, tomando como base de operaciones el Quersoneso; de modo que también las ciudades del Helesponto le daban gustosamente dinero para las tropas. Así se formaba en secreto este ejército a su disposición. Aristipo de Tesalia, que era su huésped y estaba [10] agobiado en su patria por los adversarios políticos, se dirigió al encuentro de Ciro y le pidió salario para dos mil mercenarios durante tres meses, en la creencia de que así se impondría a sus adversarios políticos. Le entrega Ciro salario para cuatro mil durante seis meses y le pide no poner fin a las hostilidades con sus adversarios políticos sin habérselo consultado previamente. Así se sostenía en Tesalia en secreto un nuevo ejército [11] para Ciro. También exhortó a Próximo de Beocia, su huésped, a presentarse con el mayor número de soldados posible, con el pretexto de que quería hacer una expedición militar contra los

písidas, alegando que éstos creaban problemas en su territorio. A Soféneto<sup>9</sup> de Estinfalia y a Sócrates de Acaya, que eran también sus huéspedes, les ordenó venir con el mayor número de soldados posible, porque tenía intención de hacer la guerra a Tisafernes con la ayuda de los exiliados milesios.

[2] Cuando Ciro creyó que era el momento oportuno de iniciar la marcha hacia el interior, puso el pretexto de que quería expulsar totalmente de su territorio a los písidas; y reunió sus fuerzas bárbaras y griegas como para ir contra ellos. Entonces transmite a Clearco la orden de acudir con todo el ejército a sus órdenes y a Aristipo, la de reconciliarse con sus ciudadanos y enviarle el ejército que tenía; a Jenias de Arcadia, que estaba al frente de las tropas mercenarias en las ciudades, le transmite la orden de acudir con todas ellas, excepto las necesarias para defender las ciudadelas. [2] Llamó también a los que asediaban Mileto y exhortó a los exiliados a acompañarle en su expedición, con la promesa de que, si coronaba con éxito la expedición militar que emprendía, no descansaría hasta devolverlos a su patria. Éstos accedieron de buena gana, pues confiaban en él. Tomaron las armas y se presentaron [3] en Sardes<sup>10</sup>. Jenias se presentó en Sardes con los hombres de las ciudades, unos cuatro mil hoplitas<sup>11</sup>. Próxeno acudía con unos mil quinientos hoplitas y quinientos soldados de infantería ligera<sup>12</sup>. Soféneto de Estinfalia, con mil hoplitas; Sócrates de Acaya, con unos quinientos hoplitas. Pasión de Mégara se presentó con trescientos hoplitas y trescientos peltastas<sup>13</sup>; éste era también, como Sócrates, de los que asediaban Mileto. Éstos fueron los que se reunieron con él en Sardes. [4] Pero Tisafernes, cuando se dio cuenta de esto, considerando que los preparativos eran superiores a los necesarios para una expedición contra los písidas, se dirigió al encuentro del Rey con la mayor rapidez posible, acompañado de unos quinientos jinetes<sup>14</sup>. Y [5] el Rey, informado por Tisafernes de la expedición militar de Ciro, tomó las medidas para defenderse. A su vez, Ciro partió de Sardes con los efectivos que he citado; recorrió, a través de Lidia, en tres etapas, veinte parasangas<sup>15</sup> hasta el río Meandro<sup>16</sup>, que tenía dos pletros<sup>17</sup> de anchura; sobre él había un puente tendido con barcas. Después de cruzarlo, recorre, a través de [6] Frigia, en

una sola etapa, ocho parasangas, hasta Colosas, ciudad habitada<sup>18</sup>, próspera y grande. Aquí permaneció durante siete días. También acudió Menón de Tesalia con mil hoplitas y quinientos peltastas, Dólopes, [7] Enianes y Olintios. Desde allí recorre, en tres etapas, veinte parasangas, hasta Celenas, ciudad de Frigia, habitada, grande y próspera. Aquí Ciro tenía un palacio real y un gran parque<sup>19</sup> lleno de fieras salvajes, que aquél solía cazar a caballo, cuando quería ejercitarse, él y sus caballos. Por el centro del parque fluye el río Meandro; sus fuentes salen del palacio, y recorre también [8] la ciudad de los célenos. Pertenece, además, al gran Rey en Celenas un palacio fortificado, sobre las fuentes del río Marsias, al pie de la ciudadela. También éste cruza la ciudad y desemboca en el Meandro; la anchura del Marsias es de veinticinco pies. Se dice que aquí Apolo desolló a Marsias<sup>20</sup>, tras haberlo vencido en una disputa sobre habilidad, y que colgó su piel en la gruta de donde brotan las fuentes. Por eso, [9] el río se denomina Marsias. Se cuenta que aquí Jerjes, cuando se retiraba de Grecia, derrotado en el combate, construyó ese palacio y la ciudadela de Celenas. Aquí Ciro permaneció durante treinta días. También acudió Clearco, el exiliado lacedemonio, con mil hoplitas y ochocientos peltastas tracios y doscientos arqueros cretenses. Al mismo tiempo se presentó también Sosis de Siracusa con trescientos hoplitas y Agias de Arcadia, con mil hoplitas. Entonces Ciro pasó revista e hizo recuento de los griegos en el parque; se contabilizaron, en total, once mil hoplitas y alrededor de dos mil peltastas. Desde allí recorre, en dos etapas, diez parasangas, [10] hasta Peltas<sup>21</sup>, ciudad habitada. Aquí permaneció durante tres días. En estas jornadas, Jenias de Arcadia celebró la fiesta Liceas<sup>22</sup> con sacrificios y estableció un certamen. Los premios consistían en estríngiles<sup>23</sup> de oro. Asistió también al certamen, como espectador, Ciro. Desde este lugar recorre, en dos etapas, doce parasangas, hasta el mercado de los cerameos, ciudad habitada, limítrofe con la Misia. Desde allí recorre, en [11] tres etapas, treinta parasangas, hasta la llanura del Caístro, ciudad habitada. Aquí permaneció durante cinco días. Adeudaba a los soldados más de tres meses de sueldo, y con frecuencia se dirigían a las puertas de Ciro y se lo reclamaban. Éste difería

el tema dándoles esperanzas, y era evidente que se sentía molesto, pues no era propio del carácter de Ciro no pagar las deudas cuando tenía recursos.

Entonces Epiaxa, esposa de Siénesis <sup>24</sup>, a la sazón rey [12] de Cilicia, vino al encuentro de Ciro. Y se decía que le dio a Ciro dinero en abundancia. Efectivamente, Ciro pagó entonces al ejército el sueldo de cuatro meses. Escoltaba a la cilicia una guardia de cilicios y aspendios. Decían también que Ciro había mantenido relaciones íntimas con la cilicia. Desde allí recorre, [13] en dos etapas, diez parasangas, hasta Timbrio, ciudad habitada. Aquí había junto al camino una fuente llamada de Midas<sup>25</sup>, rey de Frigia, en la que se dice que Midas cazó al sátiro mezclando vino en ella. Desde este [14] lugar recorre, en dos etapas, diez parasangas, hasta Tirio, ciudad habitada. Aquí permaneció durante tres días. Y dicen que la cilicia pidió a Ciro que le mostrara su ejército. Accede, pues, Ciro a mostrárselo y dispone en la llanura una revista de tropas griegas y [15] bárbaras. Ordenó a los griegos alinearse y ponerse firmes, como lo hacían normalmente para entrar en batalla, y que cada uno de los jefes alineara a sus hombres. Se alinearon de cuatro en fondo: ocupaba la derecha Menón y sus hombres, a la izquierda Clearco y [16] los suyos, y en el centro los restantes estrategos. Ciro pasó revista, en primer lugar, a los bárbaros; éstos desfilaban formados en escuadrones y batallones. A continuación pasó revista a los griegos, desfilando él sobre su carro de guerra y la cilicia sobre un carro de [17] viaje<sup>26</sup>. Llevaban, todos, cascos de bronce, túnicas rojas, grebas y los escudos desenfundados. Una vez que hubo desfilado por delante de todas las tropas, detuvo el carro en el centro de la falange, envió a Pigres, el intérprete, ante los estrategos griegos y ordenó que la falange entera pusiera las armas por delante<sup>27</sup> y avanzara. Transmitieron éstos la orden a los soldados y, tan pronto como sonó la trompeta, avanzaron poniendo las armas por delante. A continuación se lanzaron con más rapidez dando gritos y, de forma espontánea, los soldados corrieron hacia las tiendas, causando [18] gran espanto entre los bárbaros. También la cilicia huyó en su carro y los del mercado abandonaron las mercancías y huyeron. Los griegos, por su parte, volvieron a

sus tiendas en medio de risas. La cilicia, al ver la brillantez y disciplina del ejército, estaba admirada. Y Ciro sintió satisfacción al ver el pánico que los griegos infundían a los bárbaros.

Desde allí recorre en tres etapas veinte parasangas, [19] hasta Iconio<sup>28</sup>, última ciudad de la Frigia. Aquí permaneció tres días.

Desde este lugar recorre a través de la Licaonia<sup>29</sup> en cinco etapas treinta parasangas. Dejó a los griegos devastar esta región porque era enemiga.

Entonces, Ciro despidió a la cilicia de vuelta a su [20] país por el camino más corto; mandó que la escoltaran los soldados de Menón y él mismo. Ciro, con los demás, recorre a través de la Capadocia en cuatro etapas veinticinco parasangas, hasta Dana<sup>30</sup>, ciudad habitada, grande y próspera. Aquí permanecieron tres días. En este tiempo Ciro hizo matar al persa Megafernes, purpurado real<sup>31</sup>, y a otro notable jefe, bajo la acusación de que conspiraban contra él.

Desde este punto intentaban atacar la Cilicia; pero [21] su acceso<sup>32</sup> era un camino de carros muy accidentado e impracticable para un ejército, a poca resistencia que encontrase. Se decía, además, que Siénesis ocupaba las alturas vigilando la entrada; por esta razón permaneció un día en la llanura. Al día siguiente llegó un mensajero con la noticia de que Siénesis había abandonado las cumbres, al enterarse de que el ejército de Menón estaba ya en Cilicia al otro lado de las montañas y porque había oído decir que las trirremes de los lacere demonios y del mismo Ciro navegaban siguiendo la costa desde Jonia rumbo a Cilicia, a las órdenes de [22] Tamos<sup>33</sup>. En efecto, Ciro subió las montañas sin ninguna dificultad y vio las tiendas desde donde los cilicios habían vigilado. Desde allí descendió hasta una llanura inmensa y hermosa, bien regada y llena de árboles de todas clases y de viñas, muy fecunda también en sésamo, zahina, trigo y cebada. Una montaña magnífica y dominante la rodeaba por todas partes, de mar a mar. [23] Descendió y, a través de esta llanura, recorrió, en cuatro etapas, veinticinco parasangas hasta Tarso<sup>34</sup>, ciudad de Cilicia grande y próspera, donde

estaba el palacio de Siénesis, [rey de los cilicios]; por en medio de la ciudad corre un río llamado Cidno<sup>35</sup>, de dos pletros [24] de ancho. Abandonaron esta ciudad sus habitantes, junto con Siénesis, dirigiéndose a un lugar seguro sobre las montañas, excepto los que tenían tiendas; se quedaron también los que vivían junto al mar en Solos [25] y en Isos<sup>36</sup>. Epiaxa, la esposa de Siénesis, llegó a Tarso cinco días antes que Ciro; en el paso de las montañas hasta la llanura dos compañías del ejército de Menón perecieron. Unos decían que, mientras efectuaban un saqueo, fueron machacados por los cilicios; otros, que habían quedado rezagados y no conseguían encontrar ni al resto del ejército ni los caminos y, en consecuencia, perecieron después de andar errantes; eran en [26] total cien hoplitas. Los demás, cuando llegaron, saquearon la ciudad [de los tarsos], indignados por la pérdida de sus compañeros, incluso el palacio que había. Ciro, una vez que entró en la ciudad, mandó llamar a Siénesis a su presencia. Éste dijo que nunca, hasta la fecha, había entrado en relaciones con nadie superior a él y no aceptó encontrarse con Ciro, hasta que su mujer lo convenció y recibió garantías. Después de [27] esto, cuando estuvieron ambos reunidos, Siénesis dio a Ciro mucho dinero para el ejército; por su parte, Ciro le obsequió con los presentes que se consideran de honor en la corte del Rey: un caballo con freno de oro, un collar de oro, brazaletes, un sable de oro y un vestido persa, y también con la promesa de no saquear nunca más su país y devolverle los esclavos que le había arrebatado dondequiera que se encontrasen.

Aquí permaneció Ciro con su ejército veinte días, [3] pues los soldados se negaron a seguir adelante; tenían ya la sospecha de que iban contra el Rey y decían que no se habían alistado para eso. Clearco, en primer lugar, les obligaba a marchar, pero éstos le arrojaban piedras a él y a sus acémilas, cada vez que empezaban a avanzar. Clearco, entonces, apenas si logró evitar [2] ser lapidado, pero más tarde, cuando comprendió que no conseguiría su objetivo por la fuerza, convocó la asamblea de sus soldados. Al principio, puesto en pie, lloraba durante mucho rato; éstos, al verlo, estaban sorprendidos y permanecían callados. Después, dijo lo [3] siguiente: «Soldados, no os extrañe que a duras penas soporte



la situación presente. Ciro fue mi huésped y cuando fui desterrado de mi patria me concedió diversos honores y, además, me entregó diez mil daricos, que al cogerlos no reservé para mi interés particular ni los derroché, sino que los gasté con vosotros. En [4] primer lugar, hice la guerra a los tracios y, en defensa de Grecia, los vengué con vuestra ayuda, expulsando del Quersoneso a quienes querían arrebatarse esta tierra a los griegos que la habitaban. Cuando Ciro me llamó, acudí con vosotros, para prestarle ayuda, si tenía alguna necesidad, a cambio de los favores que de él había [5] recibido. Pero, puesto que vosotros no queréis acompañarme en la marcha, tengo necesidad o de traicionaros a vosotros y mantener la amistad de Ciro, o bien engañar a aquél y estar a vuestro lado. Si procedo con justicia, no lo sé, pero os elegiré a vosotros y con vosotros sufriré lo que sea preciso. Y nadie podrá decir nunca que yo, que conduje a los griegos al país de los bárbaros, traicioné a los griegos y preferí la amistad [6] de los bárbaros. Pero, puesto que vosotros no queréis obedecerme, yo con vosotros seguiré y soportaré lo que sea necesario. Porque os considero mi patria, mis amigos y aliados, y a vuestro lado pienso que seré honrado dondequiera que esté, mientras que sin vosotros pienso que no sería capaz ni de favorecer a un amigo ni de rechazar a un enemigo. Por consiguiente, tened la convicción [7] de que iré donde vosotros vayáis.» Así habló. Los soldados, los suyos y los demás, al oír que decía que no marchaba contra el Rey, aprobaron su decisión. Más de dos mil hombres de Jenias y Pasión cogieron las armas y los bagajes y acamparon al lado de Clearco. [8] Ciro, apurado y afligido por esto, mandó llamar a Clearco; éste no quiso ir, pero a escondidas de los soldados le envió un mensajero con la misiva de que tuviera ánimo, puesto que la situación tendría el desenlace preciso. Le pedía, también, que le mandara llamar otra vez, pero le advertía que no pensaba ir.

[9] Después de esto, convocó a sus soldados y a los que se le habían unido y, de los demás, a todo el que quiso, y habló así: «Soldados, es claro que la situación de Ciro respecto a nosotros es igual que la nuestra respecto a él, porque ni somos nosotros ya soldados de aquél, puesto que no le seguimos, ni él es ya nuestro [10] pagador. Pero que se considera perjudicado

por nosotros, lo sé; de manera que, pese a su requerimiento para que vaya, no quiero ir, más que nada, por vergüenza, ya que soy consciente de haberle engañado en todo; luego, también, porque temo que me aprese y me aplique el castigo por los daños que cree que yo le he causado. Por consiguiente, a mí me parece que no [11] es momento de dormirnos ni de abandonarnos, sino de deliberar lo que debemos hacer a la vista de la situación. Mientras permanezcamos aquí, creo que debemos buscar la manera de hacerlo con la máxima seguridad, pero si parece oportuno partir inmediatamente, examinemos cómo salir con las mayores garantías y de qué modo obtendremos los víveres, porque, sin éstos, ni estratego, ni soldado sirven para nada. Ciro, en efecto, es un hombre valioso para el amigo, [12] pero es el más terrible adversario para el enemigo, y tiene fuerzas de infantería, caballería y navales que todos vemos y conocemos por igual. Pues me parece que no estamos acampados lejos de su campamento. Por consiguiente, ha llegado el momento de que cada uno manifieste lo que le parezca mejor.» Con estas palabras terminó.

A continuación se levantaron, unos, espontáneamente, [13] para manifestar lo que pensaban y otros, a instancias de Clearco, para indicar cuáles eran las dificultades de permanecer o de partir sin la venia de Ciro. Uno de ellos, fingiendo tener prisa por regresar cuanto [14] antes a Grecia, propuso elegir otros estrategos a la mayor brevedad, si Clearco no quería conducirlos de vuelta, comprar víveres —el mercado estaba en el ejército bárbaro— y recoger los bagajes; dirigirse luego a Ciro y pedirle barcos para regresar por mar. Y, si no se los daba, pedirle un guía que los condujera a través de un país amigo. Y, si tampoco les concedía un guía, alinearse en orden de combate cuanto antes y enviar un destacamento que se anticipara a tomar las cimas, para que no se adelantaran a ocuparlas ni Ciro ni los cilicios, «a los que hemos arrebatado muchos hombres y muchas cosas». Tales fueron sus palabras.

[15] Después de éste, Clearco se limitó a decir: «Que ninguno de vosotros me proponga conducir esta expedición en calidad de estratego, pues veo muchas cosas por las que no debo hacerlo, pero obedeceré con todas mis fuerzas al hombre



que elijáis, para que sepáis que [16] también sé obedecer como el que más.» A continuación se levantó otro, señalando la inocencia de quien sugería pedirle barcos, como si la expedición de Ciro estuviese ya de vuelta, indicando, además, que sería ingenuo el pedir un guía «a quien acabamos de desbaratar su plan de acción. Y si confiamos en el guía que Ciro nos dé, ¿qué nos impide exhortar a Ciro a que también ocupe de antemano las cimas de las montañas [17] para nosotros? Yo dudaría en embarcarme en las naves que nos diera, por miedo a que nos hunda con sus trirremes; temería, además, seguir al guía que nos dé, no vaya a ser que nos conduzca a un lugar de donde no podamos salir; desearía, en fin, ya que me voy contra la voluntad de Ciro, partir sin que él se [18] diera cuenta, cosa que no es posible. Mas yo afirmo que eso son tonterías; me parece oportuno que vayan a ver a Ciro en compañía de Clearco las personas adecuadas y que le pregunten en qué quiere emplearnos; si se trata de una acción semejante a aquella en la que antes se valió de los mercenarios, sigámosle y no seamos más cobardes que quienes lo acompañaron, antes, [19] en su marcha hacia el interior. Pero si la acción se revela más penosa y más arriesgada que la anterior, merece la pena que nos convenza de que nosotros vayamos, o bien que se deje convencer y nos despedamos amistosamente; de este modo, si le seguimos, lo haremos como amigos y con ánimo bien dispuesto, y si nos vamos, lo haremos con seguridad; lo que él responda a esta propuesta, que lo comunique aquí, y nosotros, oída su respuesta, deliberaremos sobre ella.»

Acordaron esto y, después de elegir a los acompañantes [20] de Clearco, los enviaron a preguntar a Ciro los acuerdos del ejército. Contestó él que había oído decir que Abrócomas<sup>37</sup>, su enemigo, estaba junto al río Eufrates, a doce etapas de distancia; contra éste, pues, decía que quería dirigirse; si estaba allí, dijo que deseaba castigarle, y si conseguía huir, «nosotros deliberaremos allí al respecto». Enterados de su respuesta, [21] los elegidos lo anunciaron a los soldados; tenían éstos la sospecha de que les conducía contra el Rey; acordaron, sin embargo, seguirle. Pero reclaman un complemento de sueldo. Ciro promete dar a todos la mitad

de lo que hasta la fecha percibían: en vez de un darico, tres semidaricos al mes por soldado. Que les condujera contra el Rey, nadie lo oyó tampoco entonces, al menos claramente.

Desde allí recorre, en dos etapas, diez parasangas, [4] hasta el río Psaro, cuya anchura era de tres pletros.

Desde este lugar recorre, en una etapa, cinco parasangas, hasta el río Píramo, cuya anchura era de un estadio.

Partiendo de aquí recorre, en dos etapas, quince parasangas, hasta Iso, última ciudad de la Cilicia, a orillas del mar, habitada, grande y próspera. Aquí permanecieron [2] tres días; se presentaron a Ciro treinta y cinco naves procedentes del Peloponeso y, al frente de ellas, el navarco Pitágoras<sup>38</sup>, lacedemonio. Las guiaba desde Éfeso el egipcio Tamos, con otras veinticinco naves de Ciro con las que había asediado Mileto, cuando era partidaria de Tisafernes, y había colaborado con Ciro en la guerra contra él. Se hallaba también [3] en las naves Quirísofo de Lacedemonia, mandado llamar por Ciro, con setecientos hoplitas, de los que era estratega al servicio de Ciro. Las naves estaban ancladas junto a la tienda de Ciro. Aquí también los mercenarios griegos, cuatrocientos hoplitas de Abrócomas, hicieron defección, se pasaron al bando de Ciro y participaron en la expedición contra el Rey.

[4] Desde allí recorre, en una etapa, cinco parasangas, hasta las Puertas de Cilicia y Siria. Eran éstas dos murallas: la de la parte interior, delante de Cilicia, la ocupaban Siénesis y una guarnición de cilicios; la exterior, la que se hallaba delante de Siria, se decía que la guardaba una guarnición del Rey. Entre una y otra fluye el río denominado Carso, de un pletro de ancho. Todo el espacio intermedio entre las murallas abarcaba tres estadios. No era posible forzar el paso. Pues la entrada era estrecha, las murallas llegaban hasta el mar y había encima rocas inaccesibles. En ambas murallas [5] habían dispuesto puertas. A causa de este acceso, Ciro había mandado venir a las naves, para que los hoplitas desembarcasen dentro y fuera de las puertas y se abrieran camino por la fuerza, si los enemigos vigilaban en las puertas sirias, cosa que Ciro pensaba que haría Abrócomas, que disponía de un numeroso ejército. Abrócomas, sin embargo, no hizo esto, sino que,

cuando se enteró de que Ciro estaba en Cilicia, volviendo de Fenicia se dirigió al encuentro del Rey, con un ejército, según se decía, de treinta miríadas.

[6] Desde este lugar recorrió a través de Siria, en una etapa, cinco parasangas, hasta Miriando<sup>39</sup>, ciudad habitada por los fenicios a orillas del mar; era un centro comercial y allí atracaban muchas embarcaciones de [7] carga. Aquí permanecieron siete días. Jenias de Arcadia y Pasión de Mégara embarcaron en una nave y, después de depositar en ella lo más valioso que tenían, se hicieron a la mar, resentidos, en opinión de la mayoría, porque Ciro permitía a Clearco tener sus soldados, los que les abandonaron para regresar a Grecia con él y no ir contra el Rey. Cuando habían desaparecido, circuló el rumor de que Ciro los perseguía con las trirremes; unos deseaban que fueran capturados como cobardes; otros los compadecían, si llegaban a cogerlos.

Ciro convocó a los estrategos y les dijo: «Nos han [8] abandonado Jenias y Pasión. Pero que sepan bien que no han escapado, pues sé adonde van, ni tampoco han huido, pues dispongo de trirremes para capturar su embarcación. Pero, ¡por los dioses!, no seré yo quien los persiga, ni nadie podrá decir que yo, mientras alguien está conmigo, lo utilizo, y que, cuando quiere marcharse, después de detenerlo, lo maltrato y lo despojo de sus bienes. Por consiguiente, que se vayan, conscientes de que se comportan peor con nosotros que nosotros con ellos. Ciertamente tengo a sus hijos y a sus esposas en Trales<sup>40</sup> bajo vigilancia; pero tampoco se verán privados de éstos, sino que los recuperarán por los méritos contraídos conmigo con anterioridad». Éstas fueron sus palabras. Y los griegos, si alguno [9] estaba un tanto desanimado con la expedición, al oír la nobleza de ánimo de Ciro lo acompañaron en la marcha con más gusto y mejor disposición.

Después de esto, Ciro recorrió, en cuatro etapas, veinte parasangas, hasta el río Calo<sup>41</sup>, que tenía un pletro de ancho y estaba lleno de peces grandes y domesticados<sup>42</sup>, a los que los sirios consideraban dioses y no permitían que se les dañara [ni tampoco a las palomas]. Las aldeas en las que acampaban le

habían [10] sido entregadas a Parisátide para su atavío<sup>43</sup>. Desde allí recorre, en cinco etapas, treinta parasangas, hasta las fuentes del río Dardas<sup>44</sup>, de un pletro de ancho. Aquí se hallaba el palacio de Belesis, gobernador de Siria, y un parque muy grande y hermoso, que tenía todos los frutos que producen las estaciones. Ciro lo arrasó y quemó el palacio.

[11] Partiendo de este lugar recorre, en tres etapas, quince parasangas, hasta el río Eufrates, que tiene una anchura de cuatro estadios. Había allí una ciudad habitada, grande y próspera, llamada Tápsaco<sup>45</sup>. Aquí permaneció cinco días. Ciro mandó llamar a los estrategos griegos y les dijo que la expedición se dirigía a Babilonia contra el gran Rey; les ordenó también que lo comunicasen a los soldados y que los convenciesen para [12] seguirle. Éstos convocaron la asamblea y les transmitieron esta noticia; los soldados se molestaron con los estrategos y decían que, a pesar de conocer este proyecto hacía mucho tiempo, lo habían mantenido oculto, y se negaban a avanzar, a no ser que se les diera dinero, como a los primeros que habían acompañado a Ciro en la marcha hacia el interior [en la visita a su padre], y esto, sin ir a luchar, sino a requerimiento de [13] su padre. Esta respuesta transmitieron los estrategos a Ciro. Éste prometió dar a cada hombre cinco minas de plata y el sueldo íntegro hasta restablecer de nuevo a los griegos en Jonia. La mayor parte del ejército griego se dejó convencer así.

Menón, antes de ser evidente qué harían los demás soldados, si seguirían a Ciro o no, reunió a su ejército aparte de los demás y les dijo esto: «Soldados, si os [14] dejáis convencer por mí, sin correr riesgos ni penalidades, recibiréis más honores de Ciro que el resto de los soldados. ¿Qué es, realmente, lo que os pido que hagáis? Ahora Ciro necesita que los griegos le sigan contra el Rey. Pues bien, yo os digo que vosotros debéis cruzar el río Eufrates antes de que sea evidente la respuesta de los demás griegos a Ciro. Si votan seguirle, [15] parecerá que vosotros sois la causa por haber empezado a cruzar, y Ciro sabrá agradecéroslo por ser los más dispuestos y os lo recompensará. Y sabe hacerlo como el que más. Pero si votan en contra, todos regresaremos de nuevo y, dado que tan sólo vosotros le habréis obedecido, os utilizará [como los más

fieles] en las guarniciones y en las compañías, y cualquier otra cosa que necesitéis, sé que tendréis a Ciro como amigo.» Oído esto, le obedecieron y cruzaron antes de que los [16] demás respondieran. Cuando se enteró Ciro de que habían cruzado, se alegró y envió a Glus a decir al ejército: «Yo, soldados, desde este momento os elogio y me preocuparé de que vosotros me elogiéis también a mí, o ya no sería Ciro.» Los soldados, que albergaban [17] grandes esperanzas, deseaban que tuviera éxito y se decía que envió a Menón magníficos regalos.

Después de hacer esto, cruzó el río y lo siguió el resto del ejército sin excepción. Ninguno de los que cruzaron el río se mojó más arriba del pecho en el río. Los habitantes de Tápsaco decían que nunca el río [18] se había podido cruzar a pie, salvo en esta ocasión. Hacían falta barcas, las que Abrócomas, anticipándose en el paso, quemó para que Ciro no cruzara. Parecía intervención divina que el río cediera ostensiblemente ante Ciro como futuro rey.

[19] Desde este punto recorre a través de Siria, en nueve etapas, cincuenta parasangas, y llegan al río Araxes<sup>46</sup>. Aquí había muchas aldeas llenas de trigo y de vino. Aquí permanecieron tres días y se aprovisionaron.

[5] Partiendo de este lugar recorre, a través de Arabia<sup>47</sup>, teniendo el río Eufrates a su derecha, en cinco etapas desérticas, treinta y cinco parasangas. Aquí la tierra era toda una llanura, lisa como el mar y llena de ajeno. Si existía algún otro tipo de maleza o caña, todas despedían perfumes como aromas; sin embargo, no [2] había ningún árbol. Pero sí animales selváticos de todas clases, asnos salvajes abundantísimos y gran número de avestruces de los grandes; había, además, avutardas y gacelas. Los jinetes perseguían, a veces, a estos animales. Los asnos, cuando alguien los perseguía, una vez que se adelantaban corriendo, se detenían; pues corrían con mucha mayor rapidez que los caballos. Y de nuevo, cuando se acercaban los caballos, hacían lo mismo, y no podían cogerlos, a no ser que los jinetes, colocándose a intervalos, los cazaran por turnos. La carne de los que capturaban era parecida a la de [3] los ciervos, pero más tierna. Nadie capturó un avestruz hembra. Los jinetes que las

persiguieron desistieron rápidamente, pues se alejaban mucho en su huida, con las patas a la carrera y elevándose con las alas, utilizándolas a modo de vela. Las avutardas, en cambio, pueden capturarse, si alguien las levanta con rapidez, porque tienen un vuelo corto como las perdices y pronto se fatigan. Su carne es sabrosísima.

Avanzando a través de esta región llegan al río [4] Mascas<sup>48</sup>, de un pletro de ancho. Aquí había una ciudad desierta importante, llamada Corsote. Y era bañada por el Mascas que la rodeaba. Aquí permanecieron tres días y se aprovisionaron.

Desde allí recorre, en trece etapas desérticas, noventa [5] parasangas, teniendo el río Eufrates a su derecha, y llega a Pilas. En el curso de estas etapas murieron de hambre muchas acémilas, pues no había forraje ni ningún otro árbol, sino que todo el país estaba pelado. Sus habitantes desenterraban a lo largo del río piedras de molino que, una vez trabajadas, las llevaban a Babilonia a venderlas y, a cambio de éstas, compraban trigo para subsistir. Faltó el trigo al ejército y no [6] era posible comprarlo a no ser en el mercado lidio entre las tropas extranjeras de Ciro, a cuatro *síglas* la cápita de harina de trigo o de cebada. El *síglas* equivalía a siete óbolos y medio áticos, y la *cápita* contenía dos *quénices*<sup>49</sup> áticos. Por consiguiente, los soldados subsistían comiendo carne. Entre estas etapas hubo algunas [7] que tuvieron un muy largo recorrido, siempre que Ciro quería llegar a donde hubiese agua o forraje.

Un día que surgió un paso estrecho y con barro que dificultaba el acceso a los carros, se detuvo Ciro con los más selectos de su séquito y los más ricos, y ordenó a Glus y a Pigres que cogieran unos hombres del ejército bárbaro y ayudaran a hacer pasar los carros. Y [8] como le parecía que trabajaban con lentitud, con actitud colérica ordenó a los persas más poderosos de su séquito que ayudaran también a desatascar los carros con más rapidez. Entonces pudo contemplarse una muestra de disciplina. Arrojaron sus mantos de púrpura, cada uno donde casualmente se encontraba y se precipitaron como si se tratara de conseguir una victoria en la carrera, descendiendo por una colina muy pendiente, con sus

largas túnicas y sus anchos pantalones bordados, algunos incluso con collares en sus cuellos y brazaletes en sus manos. Inmediatamente dieron un salto y se metieron en el barro con esta indumentaria y desatascaron los carros, levantándolos en el aire, con [9] más rapidez de la que se hubiese podido pensar. En suma, era evidente que Ciro se apresuraba en todo el trayecto, sin detenerse más tiempo que el necesario para aprovisionarse o por otra necesidad cualquiera, pensando que cuanto más se apresurara, tanto menos preparado para luchar estaría el Rey, y que cuanto más tardara, tanto mayor número de efectivos reuniría aquél. Y era posible comprender a quien prestara atención al poder del Rey que era poderoso por la magnitud de su territorio y de sus hombres, pero por la cantidad de sus caminos y por la dispersión de sus fuentes era débil si alguien le presentaba batalla de improviso.

[10] Al otro lado del río Eufrates, siguiendo las etapas desérticas, había una ciudad opulenta y grande, llamada Carmande. Allí los soldados compraron víveres, cruzando el río con balsas de este modo: pieles que tenían como tiendas, las llenaban de forraje ligero, luego las unían y las cosían, para que el agua no tocara el heno. Con estas balsas cruzaban y cogían los víveres, vino elaborado con el fruto de la palmera y pan de mijo que era abundantísimo en el país.

[11] Aquí, habiéndose suscitado una discusión entre un soldado de Menón y otro de Clearco, juzgando Clearco que era culpable el soldado de Menón, le mandó azotar. Regresó éste a su campamento y lo contó. Al oírlo, los soldados se indignaron e irritaron violentamente contra [12] Clearco. El mismo día, Clearco, después de haber ido al vado del río y, allí, vigilar el mercado, volvía a caballo a su tienda atravesando el ejército de Menón acompañado de una pequeña escolta. Ciro todavía no había llegado, sino que aún cabalgaba. Un soldado de Menón que partía leña, cuando vio a Clearco pasar a caballo le arrojó el hacha, pero falló el golpe. Otro le tiró una piedra y, después, otro, luego muchos, organizándose un gran griterío. Se refugia Clearco en su ejército y, de [13] inmediato, transmite la orden de empuñar las armas. Ordenó a los hoplitas que permanecieran allí con los escudos colocados frente a las rodillas, mientras él, con los tracios y los jinetes que había en



el ejército, en número superior a los cuarenta —y éstos en su mayoría tracios—, se puso en marcha contra los soldados de Menón, de manera que aquéllos quedaron aturcidos, incluso el propio Menón, y corrieron en busca de las armas. Pero otros, sin embargo, permanecieron quietos sin comprender la situación.

Próxeno llegó después seguido de una compañía de [14] hoplitas; al instante, avanzando en medio de ambos campos, detuvo el combate y pidió a Clearco que no hiciera eso. Se sentía molesto éste de que, habiendo estado a punto de ser lapidado, le hablase sin inmutarse por su sufrimiento y le ordenó que se quitara de en medio. En este momento llegó Ciro y se informó [15] de los hechos. Al instante cogió la dardos en sus manos y, en compañía de sus leales que estaban presentes, fue cabalgando a colocarse en el centro y dijo lo siguiente: «Clearco, Próxeno y los demás griegos presentes, no [16] sabéis lo que hacéis. Si trabáis combate entre vosotros, pensad que hoy me destrozaréis a mí y vuestra ruina seguirá a la mía sin demora. Porque si nuestras cosas van mal, todos esos bárbaros que estáis viendo serán para nosotros peores enemigos que los que están con el Rey.» Al oír esto, Clearco volvió en sí; se calmaron ambos y depusieron las armas.

Prosiguiendo su avance desde allí, vieron huellas de [6] caballos y estiércol; se conjeturaba que el rastro correspondía a unos dos mil caballos. Esta tropa que les precedía quemaba el forraje y todo cuanto pudiera ser útil. Orontas, persa por su nacimiento, emparentado con el Rey y que se contaba entre los mejores persas en lo relativo a la guerra, trata de conspirar contra Ciro, a quien con anterioridad había hecho la guerra, [2] reconciliándose después. Éste dijo a Ciro que si le daba mil jinetes aniquilaría el cuerpo de caballería que iba por delante quemando el país, o tendiéndoles una emboscada los mataría o capturaría a muchos de ellos con vida y les impediría que siguieran quemando, y conseguiría que jamás pudieran explicar al Rey que habían visto el ejército de Ciro. Pareció útil a Ciro esta propuesta, cuando la oyó, y le ordenó coger una parte de [3] los efectivos de cada uno de los jefes. Orontas, cuando consideró que estaban dispuestos sus jinetes, escribió una carta al Rey comunicándole que irá con el mayor



número de jinetes que pueda, y le exhortó a decir a sus jinetes que le acogieran como amigo. Incluía también la carta recuerdos de su antigua amistad y fidelidad. Esta carta la entrega a un hombre leal, según [4] creía, pero éste la cogió y la entregó a Ciro. Después de leerla, mandó Ciro detener a Orontas, convocó en su tienda a los siete persas más nobles de su séquito y ordenó a los estrategos griegos que trajeran hoplitas y que éstos montaran guardia alrededor de su tienda. Así lo hicieron, aportando unos tres mil hoplitas.

[5] También hizo entrar, como consejero, a Clearco, que era considerado por él y por los demás como el más digno de estima entre los griegos. Cuando salió, anunció a sus amigos el desarrollo del juicio de Orontas, pues no era secreto.

[6] Dijo que Ciro empezó a hablar así: «Os he convocado, amigos, para deliberar con vosotros lo que es justo ante los dioses y ante los hombres, y ponerlo en práctica con Orontas aquí presente. Al principio, mi padre me concedió que éste fuera mi súbdito, pero luego, bajo las órdenes de mi hermano, según él mismo confesó, entró en guerra conmigo ocupando la acrópolis de Sardes, y yo le opuse resistencia e hice que decidiera poner fin a las hostilidades conmigo, y cogí su diestra y le di la mía.» Después de esto dijo: «Orontas, ¿te he causado algún perjuicio?» Respondió [7] que no. Preguntó Ciro de nuevo: «Más tarde, según tú mismo reconoces, ¿no te pasaste, sin ser en absoluto perjudicado por mí, al bando de los misios<sup>50</sup> y dañaste a mi país tanto como pudiste?» Asintió Orontas. «¿No es cierto, dijo Ciro, que, cuando conociste tus fuerzas, dirigiéndote al altar de Ártemis dijiste que estabas arrepentido y, después de convencerme a mí, de nuevo me diste garantías y las recibiste de mí?» También esto reconoció Orontas. «¿En qué, pues, dijo Ciro, has sido [8] perjudicado por mí para que ahora por tercera vez conspires contra mí abiertamente?» Respondió Orontas que en nada había sido perjudicado, y Ciro le preguntó: «¿Reconoces, pues, que has sido injusto conmigo?» «Fuerza es reconocerlo», contestó Orontas. A continuación, Ciro le preguntó de nuevo: «Volverías a ser todavía enemigo de mi hermano y leal amigo mío?» Contestó éste: «Aunque volviera a serlo, Ciro, tú no lo creerías jamás.» Ante estas respuestas dijo Ciro a los [9]

presentes: «Tales han sido las acciones de este hombre y las confiesa. Tú en primer lugar, Clearco, manifiesta la opinión que estimes oportuna.» Clearco dijo: «Aconsejo librarnos de este hombre lo antes posible, para que ya no nos sea preciso vigilarlo y tengamos tiempo libre, en lo que respecta a éste, de favorecer a los que quieran ser nuestros amigos.» A esta opinión, dijo [10] Clearco que también se sumaron los demás, y que, después de esto, a una orden de Ciro, todos se levantaron, incluso los familiares, y cogieron a Orontas por la cintura<sup>51</sup> para ser ejecutado; luego lo sacaron quienes habían sido designados. Cuando lo vieron los que antes se inclinaban ante él, también entonces lo hicieron, [11] aunque sabían que lo llevaban a la muerte. Después de introducirle en la tienda de Artapates, el más leal de los portacetos<sup>52</sup> de Ciro, nadie vio nunca más a Orontas ni vivo ni muerto, ni nadie pudo decir con conocimiento de causa cómo murió. Unos hacían unas conjeturas y otros otras, pero jamás se descubrió su tumba<sup>53</sup>.

[7] Desde allí recorre a través de Babilonia, en tres etapas, doce parasangas. En la tercera etapa, Ciro pasó revista a las tropas griegas y bárbaras en la llanura hacia medianoche, ya que se creía que al día siguiente, al amanecer, el Rey vendría con su ejército a presentar batalla. Ordenó a Clearco que se pusiera al frente del ala derecha, a Menón de Tesalia de la izquierda, mientras [2] él dispuso en orden de batalla a los suyos. Después de la revista, amaneciendo, llegaron unos desertores del gran Rey y dieron noticias a Ciro acerca del ejército de su hermano.

Ciro convocó a los estrategos y capitanes, deliberó con ellos de qué modo daría la batalla y él mismo los [3] exhortaba animándolos así: «Griegos, no os llevo como aliados por no tener hombres bárbaros, sino porque creo que sois mejores y más valerosos que muchos bárbaros. Por eso os incorporé a mis fuerzas. Sed, por lo tanto, dignos de la libertad que tenéis y por la que yo os felicito. Porque bien sabéis que preferiría la libertad [4] a todas las cosas que tengo y a otras muchas más. Para que también sepáis a qué lucha os dirigís, os lo indicaré, puesto que yo lo sé. La multitud de enemigos es inmensa y van a atacar con inmenso griterio. Pero si no os dejáis intimidar, conoceréis qué clase de hombres tenemos en este país.

Vergüenza me dará a mí mismo. Pero si vosotros os comportáis como hombres y mis asuntos consiguen éxito, yo haré que aquel de vosotros que desee regresar a su patria, regrese envidiado por sus compatriotas; aunque creo que muchos escogerán hacer su fortuna junto a mí antes que buscarla en su patria.»

Entonces, Gaulites, que estaba presente, exiliado de [5] Samos y leal a Ciro, dijo: «Ciertamente, Ciro, algunos dicen que ahora prometes mucho porque te encuentras en esta situación, ante un peligro inminente, pero, si las cosas te salen bien, afirman que tú no te acordarás. Incluso hay quien dice que, aunque te acordaras y quisieras, no podrías pagar cuanto has prometido.»

Oído esto, Ciro respondió: «El imperio de mis padres, [6] amigos, se extiende hacia Mediodía, hasta donde los hombres no pueden habitar debido al calor; y por el Norte, hasta donde no pueden vivir debido al frío. Todos los territorios que se hallan entre estos límites los gobiernan, como sátrapas, los amigos de mi hermano. Si vencemos, debemos hacer a nuestros amigos [7] dueños de estos territorios. De manera que no temo no tener qué dar a cada uno de los amigos si las cosas salen bien, sino no tener amigos suficientes a quienes dar. Además, a cada uno de vosotros, griegos, os daré una corona de oro.» Los que escucharon estas palabras estaban mucho más animados y lo comunicaban a los [8] demás.

Entraban a verle los estrategos y algunos de los demás griegos para saber qué les correspondería si obtenían la victoria. Y éste los despedía colmando los deseos de todos. Todos cuantos hablaban con él le exhortaban [9] a no combatir, sino a situarse detrás de ellos. En esta ocasión, Clearco le preguntó más o menos en estos términos: «¿Crees, Ciro, que tu hermano luchará contigo?» «Sí, ¡por Zeus!, contestó Ciro; si realmente es hijo de Darío y Parisátide y hermano mío, no me dejará apoderarme de este imperio sin lucha.»

[10] En la revista militar en armas de entonces el número de hombres griegos con escudo ascendió a diez mil cuaotrocientos, los peltastas sumaron dos mil quinientos. Cien

mil eran los bárbaros que acompañaban a Ciro y unos veinte, los carros<sup>54</sup> armados de hoces. [11] Se decía que los enemigos eran un millón doscientos mil y los carros falcados, doscientos. Tenían, además, seis mil jinetes, al frente de los cuales estaba Artagerses. Se hallaban alineados éstos delante de la persona [12] del Rey. Cuatro eran los comandantes del ejército del Rey: Abrócomas, Tisafernes, Gobrias y Arbaces, cada uno al frente de trescientos mil. De éstos, estuvieron presentes en la batalla novecientos mil y ciento cincuenta carros armados de hoces. Abrócomas, que venía de Fenicia, llegó cinco días después del combate. [13] Estas noticias dieron a Ciro los desertores enemigos procedentes del ejército del gran Rey antes de la batalla y, después del combate, los que fueron capturados más adelante lo confirmaron.

[14] Desde este lugar, Ciro recorre, en una etapa, tres parasangas con todo el ejército griego y bárbaro puesto en orden de combate, pues se creía que aquel día el Rey presentaría batalla, ya que en medio de esta etapa había un profundo foso excavado, de cinco brazas<sup>55</sup> de ancho y tres de profundidad. El foso se prolongaba [15] hacia arriba a través de la llanura en una extensión de doce parasangas hasta la muralla de Media. [Allí están los canales que brotan del río Tigris. Hay cuatro de un pletro de anchura y muy profundos; por ellos navegan barcos que transportan trigo. Desembocan en el Eufrates; separa a cada uno una parasanga de distancia, y sobre ellos hay puentes.] Había a lo largo del Eufrates un paso estrecho, entre el río y el foso, de veinte pies de anchura. Este foso lo mandó [16] construir el gran Rey a modo de defensa cuando se enteró de que Ciro avanzaba contra él. Cruzaron este paso Ciro y sus ejércitos y llegaron al otro lado del foso. Aquel día no presentó batalla el Rey, sino que las [17] abundantes huellas de caballos y hombres demostraban que se retiraban. Entonces, Ciro hizo llamar a Silano, [18] el adivino ampraciota, y le dio tres mil daricos, porque once días antes le había anunciado en el curso de un sacrificio que el Rey no presentaría batalla en diez días. Ciro le contestó: «Si en estos días no presenta batalla, ya no luchará. Te prometo diez talentos, si dices la verdad.» Entonces le dio este dinero transcurridos los diez días. Y como el Rey no impedía,

apostado [19] en el foso, que el ejército de Ciro cruzara, creyeron Ciro y los demás que había renunciado a luchar. De manera que, al día siguiente, Ciro se puso en marcha con menos precauciones. Al tercer día marchaba sentado [20] en su carro con pocos hombres de escolta alineados delante de él. La mayoría del ejército iba en desorden y los soldados llevaban buena parte de sus armas en los carros y en las acémilas.

Era ya aproximadamente la hora en que se llena [8] el mercado<sup>56</sup> y estaba ya cerca el lugar donde debían detenerse para descansar, cuando Pategias —un persa diligente del séquito de Ciro— se presenta cabalgando a rienda suelta con el caballo sudoroso, gritando en griego y en bárbaro a todos cuantos encontraba que el Rey se acerca con un ejército numeroso, dispuesto a [2] presentar batalla. Entonces se produjo un gran alboroto, pues creían los griegos y todos que se precipitarían [3] sobre ellos de inmediato sin estar formados. Saltó Ciro del carro, se vistió la coraza, montó en su caballo, tomó en sus manos los dardos, y ordenó a todos los demás que se armaran y ocuparan cada uno su puesto. Entonces se formaron a toda prisa, ocupando Clearco [4] el flanco derecho, junto al río Eufrates. A continuación, Próximo, y los demás después de éste. Menón [y sus tropas] ocuparon el flanco izquierdo del ejército griego. [5] Unos mil jinetes paflagones del ejército bárbaro y los peltastas griegos se situaron junto a Clearco a la derecha. A la izquierda, Arieo, lugarteniente de Ciro, y [6] el resto de las tropas bárbaras. Ciro y sus jinetes —en número aproximado de seiscientos— ocupaban (el centro), todos armados con corazas, quijotes y cascos, a excepción de Ciro. Ciro con la cabeza descubierta se preparaba para el combate. [Se dice también que los demás persas afrontan el peligro de la guerra con las [7] cabezas al descubierto.] Todos los caballos que acompañaban a Ciro llevaban testeras y petrales. Los jinetes llevaban también dagas griegas.

Era ya mediodía y todavía no aparecían los enemigos. [8] Cuando llegó la tarde, se divisó una polvareda semejante a una nube blanca y, mucho tiempo después, como una nube negra que cubría gran parte de la llanura. A medida que se

aproximaban, se veía brillar el bronce y aparecían claramente las lanzas y las filas [9] de los soldados. Había jinetes con blancas corazas en el ala izquierda de los enemigos. Se decía que Tisafernes estaba al frente de ellos. A continuación estaban los portadores de escudos de mimbre<sup>57</sup> y, después, hoplitas con escudos de madera que les llegaban hasta los pies. Éstos se decía que eran egipcios <sup>58</sup>. A continuación seguían otros cuerpos de caballería y, además, arqueros. Todos éstos, agrupados por pueblos, y cada pueblo marchaba en formación de cuadro, densa de hombres. Delante de ellos, a mucha distancia unos de [10] otros, iban los carros llamados portadores de hoces. Tenían las hoces extendidas a partir de los ejes hacia un lado y situadas bajo los asientos mirando al suelo para cortar todo lo que encontraran. Su intención era precipitarlos contra las formaciones griegas y destrozarlas. Sin embargo, lo que Ciro les había dicho cuando [11] convocó a los griegos y les animó a soportar el griterío de los bárbaros sin temor, resultó falso. No con griterío, sino con el mayor silencio posible y tranquilidad, avanzaban con lentitud en correcta formación.

En este momento, Ciro que recorría a caballo personalmente [12] las formaciones, junto con Pigres, el intérprete, y otros tres o cuatro, gritaba a Clearco que condujera su ejército contra el centro de los enemigos, porque allí se encontraba el Rey. «Si vencemos en este lugar —dijo— está todo hecho.» Clearco, sin embargo, [13] al ver el centro de la columna y al oír decir a Ciro que el Rey estaba fuera del ala izquierda del ejército griego —pues el ejército del Rey era tan superior en número, que su centro rebasaba el ala izquierda de Ciro—, no quiso separar del río el ala derecha por temor a ser envuelto por ambos lados y respondió a Ciro que él se preocuparía de que las cosas fueran bien. Mientras [14] tanto, el ejército bárbaro avanzaba en línea recta, y el griego todavía permanecía en el mismo lugar y continuaba formándose con los hombres que seguían llegando.

Ciro, al pasar a caballo a cierta distancia de sus tropas, miraba a ambos lados dirigiendo los ojos a los [15] enemigos y a los amigos. Al verle, desde el ejército griego, Jenofonte de Atenas azuzó a su caballo al encuentro de Ciro y le preguntó si

quería transmitir alguna orden. Se detuvo éste y le dijo y ordenó comunicar a todos que los sacrificios eran favorables y que [16] las entrañas de las víctimas lo eran también. Mientras decía esto, oyó un alboroto que recorría las formaciones y preguntó qué era aquel alboroto. Jenofonte le contestó: «La consigna que llega por segunda vez.» Se sorprendió de que alguien la hubiera dado y quiso saber cuál era ésta. Contestó Jenofonte: «Zeus salvador y [17] Victoria.» Ciro, después de oírla, dijo: «La acepto, y así sea.» Dicho esto, regresó a su puesto.

Ya no separaban a las dos falanges entre sí más de tres o cuatro estadios, cuando los griegos entonaron el peán<sup>59</sup> y empezaron a avanzar contra los enemigos. [18] Como en su avance una parte de la falange rompió la línea, los que se quedaron atrás empezaron a correr. Al mismo tiempo, entonaron el grito de guerra al unísono, como acostumbraban a hacerlo en honor de Enialio<sup>60</sup>, y todos corrieron a la vez. Dicen algunos que también golpearon sus lanzas contra sus escudos para [19] asustar a los caballos. Antes de llegar a tiro de arco, los bárbaros dieron media vuelta y huyeron. Entonces los griegos los perseguían con todas sus fuerzas y se gritaban unos a otros que no corrieran precipitadamente, sino que los persiguieran en orden. Los carros eran [20] arrastrados, ya entre los mismos enemigos, ya por las filas de los griegos, sin conductores. Cuando los veían venir, los griegos abrían su formación. Hubo también alguno que, desconcertado como en un hipódromo, fue cogido, pero ni siquiera sufrió daño, dijeron, ni tampoco ningún otro griego en esta batalla, excepto en el ala izquierda que decían que uno fue alcanzado por una flecha.

Ciro, al ver que los griegos se imponían a los que [21] estaban frente a ellos, y los perseguían, a pesar de su satisfacción y de que la gente de su séquito le saludaban como si fuera Rey, ni siquiera en estas circunstancias se dejó arrastrar a la persecución, sino que, manteniendo compacta la formación de seiscientos jinetes junto a él, prestaba atención a lo que haría el Rey. Sabía que él ocupaba el centro del ejército persa. Todos [22] los jefes bárbaros se colocan en el centro de los ejércitos que mandan, en la convicción de que así gozan de



la mayor seguridad, si sus fuerzas están a ambos lados, y, si desean transmitir alguna orden, se entera el ejército (en) la mitad de tiempo. El Rey, que ocupaba [23] entonces el centro de su ejército, rebasaba, sin embargo, el ala izquierda de Ciro. Como nadie le presentaba batalla frontalmente ni tampoco a los hombres situados delante de él, mandó a éstos dar un giro como para envolver a los griegos.

Entonces, Ciro, temiendo que, situado detrás, destrozara [24] al ejército griego, avanza a caballo de frente. Cargando con los seiscientos jinetes vence a las tropas alineadas delante del Rey y pone en fuga a los seis mil, y dice que mató con su propia mano a Artagerses su jefe. Cuando se produjo la derrota, se dispersaron también [25] los seiscientos hombres de Ciro lanzándose a la persecución, excepto muy pocos que se quedaron a su lado, casi todos de los llamados «compañeros de mesa». [26] Estando con éstos, ve al Rey y la columna que lo escoltaba. Al instante, sin poder contenerse gritó: «Veo al hombre», mientras se lanza contra él, y lo golpea en el pecho, y lo hiere a través de la coraza según afirma el médico Ctesias<sup>61</sup> (que) dice también haberle curado él en persona la herida.

[27] Mientras atacaba al Rey, uno le lanzó con gran ímpetu una flecha que le penetró por debajo del ojo. Y allí trabaron pelea el Rey, Ciro y los acompañantes de ambos cada uno en defensa de su jefe. Ctesias cuenta cuántos murieron de los del Rey, pues él estaba cerca. En el bando contrario murió el mismo Ciro y los ocho mejores hombres de su séquito yacían sobre su cadáver. [28] Se dice que Artapates —el más leal servidor entre los portacetros—, cuando vio a Ciro caído, saltando de [29] su caballo se precipitó sobre él. Unos dicen que el Rey ordenó a uno que lo degollara sobre Ciro, otros, que habiendo desenvainado su sable, se quitó la vida degollándose. Pues tenía un sable de oro y llevaba también un collar, brazaletes y los demás objetos que llevan los nobles persas. Había sido considerado con gran estima por Ciro debido a su benevolencia y fidelidad.

[9] Así murió Ciro, el hombre más apto para reinar y el más digno de gobernar entre los persas que sucedieron a Ciro el



Viejo<sup>62</sup>, según han reconocido todos los [2] que parece que le conocieron de cerca. Ya, siendo todavía niño, cuando era educado en compañía de su hermano y de los demás niños, se le consideraba el mejor [3] de todos en todo. Todos los hijos de los nobles persas son educados en las Puertas<sup>63</sup> del Rey, donde se puede aprender mucha moderación y no es posible oír ni ver nada vergonzoso. Allí los niños conocen de vista o de [4] oídas a los que son honrados por el Rey y a otros que han caído en su desgracia, de modo que, desde su primera niñez aprenden a mandar y a obedecer. Entonees [5] Ciro parecía ser el más respetuoso de los de su edad y obedecía mejor a los ancianos que sus compañeros de condición inferior. Luego fue muy aficionado a los caballos y un excelente jinete. Lo consideraban también en la instrucción para la guerra y en el manejo del arco y de la jabalina como el más dispuesto a aprender y a practicar. Cuando tuvo la edad adecuada se aficionó [6] mucho a la caza y, en verdad, fue el más arriesgado ante las fieras. Un día lo atacó una osa y no huyó, sino que abalanzándose contra ella cayó del caballo y sufrió diversas heridas, cuyas cicatrices conservaba, pero por último la mató. Sin embargo, al primero que acudió en su ayuda le colmó de favores.

Cuando fue enviado por su padre como sátrapa de [7] Lidia, de la gran Frigia y de Capadocia y fue nombrado estratega de todas las fuerzas que habían de reunirse en la llanura de Castolo, demostró que lo que tenía en mayor estima era, ante todo, el mantener su palabra si firmaba una tregua, hacía un pacto o una promesa. Por [8] consiguiente, confiaban en él las ciudades que le eran encomendadas y también los hombres. Si alguno fue enemigo suyo, después de haber pactado con él, tenía la seguridad de que nada sufriría contra lo pactado. Así, pues, cuando entró en guerra con Tisafernes, todas [9] las ciudades de manera espontánea prefirieron a Ciro en vez de a Tisafernes, excepto los milesios que lo temían porque no quería abandonar a los desterrados. [10] Y, en efecto, les demostró de obra y de palabra que jamás los abandonaría, una vez que fue su amigo, ni aunque fuesen todavía inferiores en número y sus cosas fueran peor.

[11] Era evidente también que, si alguien le hacía algún bien o algún mal, se esforzaba en superarle. Y algunos contaban de él que deseaba vivir suficiente tiempo para superar a los que le hacían bien y a los que le hacían mal, correspondiendo en la misma forma. [12] En efecto, muchísimos desearon confiarle, sólo a él entre los hombres de nuestro tiempo, sus bienes, [13] sus ciudades y sus cuerpos. Sin embargo, nadie podría decir que permitía a los malhechores e injustos burlarse de él, sino que los castigaba sin contemplaciones. Con frecuencia se podían ver en los caminos transitados hombres mutilados de pies, manos y ojos. De manera que en los dominios de Ciro, tanto el griego como el bárbaro, que no eran delincuentes, podían circular sin miedo por donde quisiesen, llevando lo que fuera conveniente.

[14] Era un hecho reconocido que honraba de manera especial a los valientes en la guerra. En primer lugar sostuvo una guerra contra los pídasas y los misios. Él en persona dirigía la expedición militar contra estas regiones; a los que veía que espontáneamente afrontaban el peligro los hacía gobernadores del país que sometía y, luego, los distinguía con otras recompensas. [15] Por tanto, era claro que consideraba justo que los valerosos fueran muy felices y los cobardes esclavos de éstos. Por ello había abundancia de hombres que querían por él afrontar el peligro, cuando creían que Ciro [16] iba a enterarse. En cuanto a la justicia, si veía a alguno que quería destacarse en este sentido, procuraba por todos los medios hacerlo más rico que a los codiciosos que se valían de la injusticia en su propio provecho. [17] Administraba con justicia muchas y diversas cosas y tuvo un verdadero ejército, porque los estrategos y capitanes que se dirigieron por mar a su encuentro para conseguir dinero, comprendieron que era más ventajoso el estar a bien con Ciro, que su sueldo mensual. Ciertamente, si alguien le prestaba una valiosa [18] colaboración en la tarea por él encomendada, nunca a nadie dejó de recompensar su celo. Por tanto, se dijo que Ciro tuvo los mejores colaboradores en toda empresa.

Si veía que uno era hábil administrador con procedimientos [19] justos y que organizaba el país al frente del cual estaba y conseguía ingresos, nunca lo destituía, sino que siempre

incrementaba sus atribuciones. De manera que no sólo trabajaban con gusto, sino que se procuraban ganancias sin riesgo y no ocultaban a Ciro lo que habían adquirido. Estaba claro que no sentía envidia de los que se enriquecían ostensiblemente, pero trataba de aprovecharse de los bienes de quienes los ocultaban.

A cuantos eran sus amigos, sabía demostrarles afecto [20] y, a los que consideraba eficaces colaboradores en la tarea que quería llevar a término, sabía como nadie colmarlos de atenciones, según se muestran todos de acuerdo. Ésta era la razón por la que creía necesitar [21] amigos, para tener colaboradores, y él mismo intentaba ser el mejor colaborador de sus amigos, desde el momento en que se daba cuenta de los deseos de cada uno. Ningún hombre, pienso, recibió mayor número de [22] presentes por múltiples razones, como tampoco nadie mejor que él los distribuía entre los amigos, a tenor de la manera de ser de cada uno y de las necesidades más acuciantes que veía. De cuantos regalos le enviaban [23] para su persona, bien para la guerra, bien para su propio adorno, decían que él afirmaba, acerca de éstos, que no podría adornarse con todos ellos y que consideraba el mejor adorno para un hombre unos amigos [24] bien engalanados. El hecho de que superara grandemente a sus amigos en hacer favores no tiene nada de extraño, puesto que también era él el más poderoso; pero el aventajarlos en atenciones y en afán por darles gusto, esto es en lo que a mí me parece admirable. [25] Con frecuencia, Ciro les enviaba jarros de vino medio llenos cuando lo recibía muy dulce, diciendo que desde hacía mucho tiempo no había caído en sus manos un vino tan agradable como ése. «Te lo envía Ciro y te pide que lo bebas hoy en compañía de los que más [26] quieras.» A menudo enviaba medias ocas, medios panes y otros comestibles, ordenando al que los llevaba que dijera: «Esto le gustó a Ciro. Por tanto, quiere que [27] tú también lo pruebes.» Cuando el forraje era muy escaso, pero él podía procurárselo por el número y el celo de sus servidores lo repartía entre sus amigos y les ordenaba que alimentaran con este forraje a los caballos que ellos montaban, para que éstos llevaran a [28] sus amigos estando saciados. Si alguna vez iba de viaje y muchas personas podían

verlo, llamaba a sus amigos y hablaba con ellos de asuntos importantes para poner de relieve a quienes honraba.

Por consiguiente, a tenor de lo que he oído decir, juzgo que nadie ha sido amado por más personas ni [29] entre los griegos ni entre los bárbaros. Y una prueba de ello aquí está: de Ciro que era un súbdito, nadie se pasó al ejército del Rey, sólo Orontas lo intentó. Y el Rey pronto descubrió que aquel a quien consideraba más leal era mejor amigo de Ciro que de él mismo. Pasáronse muchos del partido del Rey al de Ciro, cuando se declararon enemigos entre ambos, y, aun a pesar de ser éstos los más amados por el Rey, consideraban que, siendo valientes al lado de Ciro, obtendrían [30] recompensa más valiosa que junto al Rey. También lo que aconteció a su muerte fue una gran prueba de que él era valiente y de que era capaz de distinguir con acierto a los leales, fieles y dignos de confianza. A su [31] muerte, todos sus amigos y compañeros de mesa murieron combatiendo por Ciro, excepto Arieo, que se hallaba alineado en el ala izquierda al frente de la caballería. Cuando se enteró de que Ciro había caído, emprendió la huida y, con él, todo el ejército que dirigía.

Allí mismo cortaron la cabeza y la mano derecha de [10] Ciro<sup>64</sup>. El Rey [y su séquito] en la persecución cayeron sobre el campamento de Ciro. Arieo y los suyos ya no se mantuvieron firmes, sino que huyeron a través de su propio campamento en dirección al lugar de donde habían partido, que estaba, según se decía, a cuatro parasangas de camino. El Rey y los suyos se entregaron [2] a un pillaje total y capturaron, además, a la fôcense<sup>65</sup>, concubina de Ciro, que tenía fama de ser sabia y bella. Pero la milesia [que era más joven], capturada [3] por los hombres del Rey, logró escapar medio desnuda y acercarse a los griegos que hacían guardia en los bagajes, los cuales, habiéndoles hecho frente a los saqueadores, dieron muerte a muchos, pero murieron también algunos de los suyos. Con todo, no huyeron, sino que a ésta la salvaron, y a todas las personas y cosas que estuvieron bajo su defensa también las salvaron.

Entonces, el Rey y los griegos se encontraron a una [4] distancia de unos treinta estadios, los unos, persiguiendo a los

que tenían enfrente [como vencedores absolutos], los otros, saqueando como si hubiesen obtenido ya una victoria total. Cuando las griegos se dieron [5] cuenta de que el Rey con su ejército estaban entre los bagajes y, a su vez, el Rey oyó decir a Tisafernes que los griegos habían vencido a los que tenían delante y que continuaban en su persecución, entonces el Rey reunió a sus tropas y las dispuso en orden de batalla, y Clearco, llamando a Próximo, pues estaba muy cerca, deliberaba si enviarían un destacamento o se dirigirían [6] todos a defender el campamento. En este momento también estaba claro que el Rey pretendía atacar de nuevo, al parecer, por detrás. Los griegos dieron media vuelta y se prepararon para recibirle por si atacaba por allí. Pero el Rey no condujo el ejército por allí, sino que volvió por donde había rebasado el ala izquierda, recogiendo a los que se habían pasado a los griegos durante la batalla y a Tisafernes y sus hombres. [7] Porque en el primer encuentro no huyó Tisafernes, sino que cruzó siguiendo el curso del río por entre los peltastas griegos. Sin embargo, al cruzar, no mató a nadie, mientras que los griegos, separándose, los golpeaban y herían con dardos. Epístenes de Anfípolis estaba al frente de los peltastas y se decía que actuó con sensatez.

[8] Por consiguiente, Tisafernes, al ver que llevaba la peor parte, se aparta, pero no retrocede, sino que se dirige al campamento de los griegos y allí se encuentra con el Rey, y después de disponer ambos de nuevo las [9] tropas en orden de combate se ponen en marcha. Cuando estuvieron frente al ala izquierda de los griegos, temieron los griegos que les atacaran de flanco y que, envolviéndolos por ambos lados, los destrozaran. Decidieron entonces desplegar el ala y dejar el río a su espalda. [10] Mientras deliberaban esto, el Rey, cambiando hacia la misma posición, colocó en frente la falange, de la misma manera que trabó combate por primera vez. Cuando vieron los griegos que estaban los enemigos cerca y dispuestos en orden de batalla, de nuevo entonaron el peán y se lanzaron con mucho más coraje [11] todavía que antes. Los bárbaros, por su parte, no los esperaron, sino que huyeron desde una distancia mayor que la primera vez. Los griegos los persiguieron hasta una aldea. Aquí se detuvieron los griegos, pues [12] había una colina que dominaba la aldea, sobre la

cual el Rey y sus tropas habían dado media vuelta. No había soldados de a pie, pero la colina estaba llena de jinetes, de manera que no se podía conocer lo que estaba ocurriendo. Decían ver la enseña real: una especie de águila de oro, con las alas desplegadas, en la punta de una lanza. Cuando los griegos se dirigieron a este [13] lugar abandonaron también los jinetes la colina, pero no agrupados, sino unos por un lado y otros por otro. Y la colina quedó desprovista de jinetes. Al fin, todos se retiraron. Clearco no subió a la colina, sino que detuvo [14] su ejército al pie de la misma, y envió a Licio de Siracusa y a otro a la cima, con la orden de que inspeccionaran lo que había arriba y que se lo notificaran. Licio avanzó a caballo y, después de examinar el terreno, [15] le comunicó que los enemigos huían a galope. Cuando esto ocurría, era, más o menos, la hora en que el sol se ponía.

Entonces los griegos se detuvieron y deponiendo las [16] armas descansaban. Al mismo tiempo se extrañaban de que Ciro no apareciera por ninguna parte ni nadie se presentara de su parte, pues no sabían que él había muerto, sino que pensaban que continuaba en la persecución de los enemigos o que se había adelantado a tomar una posición. Deliberaban ellos si quedarse allí [17] y traer los bagajes o regresar al campamento. Acordaron regresar y llegaron a las tiendas a la hora de cenar. Así acabó aquel día. Encuentran la mayor parte de sus [18] cosas saqueadas, así como lo que había de comer y de beber, y los carros llenos de harina y de vino que Ciro había preparado para repartirlo entre los griegos si algún día sorprendía una extrema necesidad al ejército —había cuatrocientos carros, según decían— que también los habían saqueados éstos entonces las tropas del [19] Rey. De modo que la mayor parte de los griegos se quedaron sin cenar, y estaban también sin almorzar, pues antes de detenerse para almorzar se presentó el Rey. Así, pues, pasaron aquella noche.

---

<sup>1</sup> Según Plutarco, habían tenido cuatro hijos: Arsicas, que reinó con el nombre de Artajerjes, Ciro, Ostanes y Oxatres.

<sup>2</sup> Ciudad de Lidia, próxima a Sardes, donde se concentraban tropas de Lidia, Frigia y Capadocia.

<sup>3</sup> Sátrapa de Lidia y Caria; fue desposeído de la satrapía por Darío. Había desempeñado ya un activo papel en la guerra del Peloponeso.

<sup>4</sup> Ciudad de Arcadia.

<sup>5</sup> Ciudad de Jonia junto a la desembocadura del Meandro. Tomada por los persas en 494.

<sup>6</sup> Ciudad de la Tróade, junto al Helesponto, frente a Sesto.

<sup>7</sup> General espartano durante la guerra del Peloponeso, harmosta de Bizancio, fue condenado a muerte por desobediencia a los éforos.

<sup>8</sup> «Darico», moneda de oro equivalente a unos 20 dracmas. Los 3.000 «daricos» suponen, por tanto, unos 60.000 dracmas.

<sup>9</sup> Soféneto de Estinfalia (Arcadia), activo jefe a lo largo de la expedición; autor también de una *Anábasis*.

<sup>10</sup> Capital de Lidia; residencia de los reyes lidios y capital de las satrapías occidentales.

<sup>11</sup> Infantería pesada; cuerpo principal de combatientes. Iban armados de casco, corazas, grebas, escudo, lanza y espada.

<sup>12</sup> La infantería ligera sólo llevaba armas ofensivas, y en ella estaban integrados los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina.

<sup>13</sup> Infantería semiligera. Iban armados de una espada y un pequeño escudo.

<sup>14</sup> Su armamento era semejante al de los hoplitas, siendo su escudo más pequeño y redondo.

<sup>15</sup> «Parasanga», medida itineraria de los persas. Equivalía, según Heródoto, a 30 estadios, unos 5 km. y medio. Se utilizaba, además, como unidad horaria, siendo su equivalencia aproximada una hora de camino.

<sup>16</sup> Río que fluye por la ciudad de Celenas.

<sup>17</sup> «Pletro», medida equivalente a 100 pies griegos, unos 30 m., sexta parte del estadio. Medida comúnmente utilizada por Jenofonte para aludir a la anchura de los ríos.

<sup>18</sup> Jenofonte distingue entre ciudades habitadas y ciudades desiertas (abandonadas). Era una costumbre frecuente entre los reyes orientales la construcción de una nueva ciudad al comenzar el reinado, con lo cual abundaban las ciudades abandonadas.

<sup>19</sup> Jenofonte utiliza *parádeisos*, término de origen asiático de donde procede el «paraíso» del Nuevo Testamento.

<sup>20</sup> Sileno, cuya leyenda se sitúa en Frigia. Inventor de la flauta de doble tubo.

<sup>21</sup> Ciudad de Frigia, al O. de Celenas.

<sup>22</sup> Fiesta en honor de Zeus Liceo. Liceo es una montaña de Arcadia.

<sup>23</sup> «Estríngile», rascador para frotarse el cuerpo después del baño o de los ejercicios gimnásticos.

<sup>24</sup> «Siénesis», título del Rey de Cilicia, considerado por Jenofonte como nombre propio.

<sup>25</sup> Rey legendario de Frigia. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* 85-145.

<sup>26</sup> El carro de viaje, utilizado sobre todo por mujeres, provisto de cuatro ruedas. Textos de Heródoto y Esquilo aluden a este tipo de carro.

<sup>27</sup> Maniobra que consiste en detenerse con la lanza extendida y el escudo hacia adelante.

<sup>28</sup> Ciudad de Frigia, hoy Konia.

<sup>29</sup> Región situada al N. de Cilicia.

<sup>30</sup> Texto dudoso. Se trata de la Tiana de los romanos, ciudad de Capadocia.

<sup>31</sup> Una de las posibles traducciones de la palabra *phoinikistês*, de difícil interpretación, ya que no aparece en otros pasajes. Otros traducen «inspector de las tintorerías del Rey», «escriba», «portaestandarte».

<sup>32</sup> El paso por el que se accede a Cilicia. Se llama «Puerta de Cilicia»; por él penetró Alejandro en Cilicia.

<sup>33</sup> Gobernador de Cilicia, a las órdenes de Tisafernes. Cf. TUCÍDIDES, VIII 31, 2; 87, 1.

<sup>34</sup> Capital de Cilicia.

<sup>35</sup> Río de Cilicia, hoy Mesarlik. Cf. ESTRABÓN, XIV 5.

<sup>36</sup> Ciudades de Cilicia. En Isos, Alejandro venció a Darío (333 a. C.).

<sup>37</sup> Uno de los jefes del ejército del Rey, sátrapa de Fenicia y Siria.

<sup>38</sup> Almirante lacedemonio, comandante de la flota; colaboró con Ciro. A él se alude con nombres diferentes en otros pasajes.

<sup>39</sup> Ciudad portuaria fenicia en el golfo de Isos.

<sup>40</sup> Ciudad de Caria, al E. de Éfeso, cerca del Meandro.

<sup>41</sup> Río de Siria, hoy Kuwaik.

<sup>42</sup> Este tipo de pez estaba consagrado a Astarté, diosa siria que había tomado la forma de pez.

<sup>43</sup> Solían asignar los reyes de Persia a sus mujeres las rentas de determinadas ciudades para sufragar diversos gastos personales, sobre todo, de vestir.

<sup>44</sup> Río afluente del Eufrates, según unos; otros opinan que se trata de un pequeño río que desemboca en el lago salado de Sabakhah.

<sup>45</sup> Ciudad de Siria, en la margen derecha del Eufrates, por donde cruzaría el ejército.



- <sup>46</sup> Río de Arabia, afluente del Eufrates, hoy Khabur.
- <sup>47</sup> Arabia abarca, además de la península, la parte desierta del S. de Mesopotamia.
- <sup>48</sup> Canal que procedía del Eufrates.
- <sup>49</sup> Medida de trigo equivalente a algo más de un litro; era la ración diaria para sustento de un hombre.
- <sup>50</sup> De Misia. Región de la Gran Frigia, al N. de Lidia.
- <sup>51</sup> Señal de condena a la pena de muerte. Cf. DIODORO, XVII 30.
- <sup>52</sup> Funcionario de palacio, habitualmente eunuco.
- <sup>53</sup> Entre los persas, era suplicio frecuente enterrar vivos a los condenados a la pena capital. Cf. HERÓDOTO, VII 114, 2.
- <sup>54</sup> Carros inventados por Ciro el Viejo. Cf. *Ciropedia* VI 1, 27.
- <sup>55</sup> Medida equivalente a 1,85 m.
- <sup>56</sup> Con esta expresión se alude a las nueve o diez horas de la mañana. Otros autores utilizan esta frase con el mismo sentido (HERÓDOTO, II 173; VII 223; TUCÍDIDES, VIII 92, 2; PLATÓN, *Gorgias* 469d).
- <sup>57</sup> Tropas ligeras parecidas a los peltastas griegos y que van armadas con un pequeño escudo rectangular, recubierto de cuero. Este escudo, clavado en el suelo, protegía al soldado mientras disparaba flechas.
- <sup>58</sup> Se trata, probablemente, de los egipcios establecidos en Persia por Ciro el Viejo. Cf. *Ciropedia* VII 1, 45.
- <sup>59</sup> Canto de guerra de los griegos; en su origen era un himno en honor de Apolo o Ártemis.
- <sup>60</sup> Sobrenombre de Ares, dios de la guerra.
- <sup>61</sup> Ctesias de Cnido, médico de Parisátide. Escribió 23 libros de *Pérsica*, base de la *Vida de Artajerjes* de Plutarco.
- <sup>62</sup> El retrato de Ciro que Jenofonte hace en la *Anábasis* tiene muchos puntos en común con el de Ciro el Viejo, fundador del imperio persa de la *Ciropedia* VII 2.
- <sup>63</sup> Recinto, previo a la residencia real, destinado a los jóvenes que recibían instrucción para ocupar altos cargos.
- <sup>64</sup> Sobre la muerte de Ciro. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* XVII.
- <sup>65</sup> De nombre Mirto, aunque Ciro la llamaba Aspacia. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* XXVI.

## LIBRO II

Se divulga la noticia de la muerte de Ciro. El Rey exige entregar las armas. Negativa de Clearco. Alianza de los griegos con Arieo. Entrevista Clearco-Tisafernes. Se concluye una tregua. Los griegos desconfían de Arieo y de Tisafernes. Los expedicionarios reanudan la marcha. Traición de Tisafernes. Retrato de Clearco, Menón, Agias y Sócrates.

[Cómo Ciro reclutó el ejército griego cuando emprendió [1] la expedición militar contra su hermano Artajerjes, todo lo que aconteció en la marcha hacia el interior, cómo se desarrolló la batalla, cómo murió Ciro y cómo los griegos, después de su llegada al campamento, durmieron, creyendo que habían conseguido una victoria total y que Ciro seguía con vida, en el libro anterior ha sido expuesto] <sup>66</sup>.

Al amanecer, los estrategos se reunieron y les sorprendía [2] que Ciro no les enviara a nadie para indicarles lo que había que hacer y que tampoco él se personara. En estas circunstancias, decidieron recoger los bagajes que tenían, tomar las armas y seguir adelante hasta encontrarse con Ciro. Estando ya en marcha, a la salida [3] del sol, llegó Procles, gobernador de Teutrania<sup>67</sup>, descendiente de Damarato<sup>68</sup> de Laconia, y Glus, hijo de Tamo. Decían éstos que Ciro había muerto y que Arieo había huido con los demás bárbaros en la etapa de donde habían partido el día anterior, y les mandaba decir que les esperaban aquel día, si pensaban ir, pero que al día siguiente, añadía, regresaba a Jonia de donde había [4] venido. Enterados de estas noticias los estrategos y al informarse los demás griegos, con dificultad lo soportaron. Y Clearco les dijo: «¡Ojalá Ciro siguiera con vida!, pero, puesto que ha muerto, anunciad a Arieo que hemos vencido al Rey, y que, como veis, nadie ya nos ofrece resistencia, y que, si vosotros no hubieseis venido, habríamos reemprendido la marcha contra el Rey. Comuniquemos a Arieo que, si viene aquí, se sentará en el trono real, pues corresponde gobernar a los [5] que vencen en combate.» Dicho esto, despide a los mensajeros y, con ellos, a Quirísofo de Laconia y a Menón de Tesalia. Menón, a petición propia, pues era amigo [6] y huésped de Arieo. Partieron éstos, pero Clearco se quedó. El ejército se procuraba víveres como podía de las acémilas, matando bueyes y asnos. Utilizaban como leña, adelantándose

un poco fuera de la falange donde tuvo lugar la batalla, las numerosas flechas que había, las que los griegos obligaban a los desertores del Rey a arrojar, los escudos de mimbre y los de madera de los egipcios. Había también muchos escudos ligeros y carros abandonados. De todo ello se sirvieron para cocer la carne que comieron durante aquel día.

[7] Era ya el momento en que el mercado está lleno, y llegan de parte del Rey y de Tisafernes unos heraldos, todos ellos bárbaros, excepto uno que era griego, Falino, que estaba con Tisafernes y era bien considerado porque se hacía pasar por un experto en táctica y en el manejo de las armas<sup>69</sup>. Éstos se acercaron y llamaron [8] a los jefes griegos para decirles que el Rey ordenaba a los griegos —puesto que era vencedor y había dado muerte a Ciro— entregar las armas y acudir a las puertas del Rey para tratar de obtener un trato favorable. Esto dijeron los heraldos del Rey. Con disgusto lo escucharon [9] los griegos, pero, con todo, Clearco dijo tan sólo que no correspondía a los vencedores entregar las armas. Y añadió: «Vosotros, estrategos, dadles la respuesta que consideréis más oportuna y mejor. Yo regresaré en seguida.» Pues uno de sus servidores lo llamó para que viera las entrañas extraídas a las víctimas, porque estaban precisamente ofreciendo sacrificios.

Entonces respondió Cleanor de Arcadia —que era el [10] más anciano— que ellos preferían morir a entregar las armas. Próxeno de Tebas dijo: «Yo, Falino, me pregunto con sorpresa si el Rey pide las armas como vencedor o como prueba de amistad. Si es como vencedor, ¿por qué es preciso que él las pida y no viene a cogerlas? Y si quiere obtenerlas convenciéndonos amistosamente, que diga qué recompensa tendrán los soldados, si acceden a esto.» A lo que contestó Falino: «El Rey [11] se considera vencedor, porque ha dado muerte a Ciro. Pues, ¿quién hay que le dispute el poder? Además, considera que vosotros le pertenecéis, porque os tiene en el corazón de su propio país y entre ríos no vadeables, y puede lanzar contra vosotros una multitud tal de hombres, que, aunque se os presentara la ocasión, no seríais capaces de matarlos.» A continuación de éste, [12] Teopompo<sup>70</sup> de Atenas dijo: «Falino, ahora, como ves, nosotros ningún otro bien tenemos a no ser las armas y el valor. Por consiguiente,

teniendo armas creemos que podríamos hacer uso también del valor, pero si las entregamos podríamos perder, además, la vida. No creáis, por tanto, que los únicos bienes que tenemos os los entregaremos, sino que, con éstos y para conseguir [13] los vuestros, lucharemos.» Al oír esto, Falino se rió y dijo: «Pareces un filósofo, jovencito, y lo que dices no deja de tener gracia<sup>71</sup>. Sin embargo, has de saber que estás loco si imaginas que vuestro valor podría imponerse [14] al poder del Rey.» Dicen que otros que empezaban a flaquear afirmaron que si fueron leales a Ciro podrían ser también de inestimable ayuda para el Rey, si quería ser su amigo y emplearlos en cualquier otra empresa, tal vez en una expedición contra Egipto<sup>72</sup> para ayudarlo a someterlo.

[15] En este momento llegó Clearco y preguntó si habían dado ya la respuesta. Falino, interrumpiendo, dijo: «Éstos, Clearco, cada uno dice una cosa, pero dinos tú [16] qué piensas.» Él contestó: «Yo, Falino, te he visto con agrado e imagino que también todos los demás, porque tú eres griego y nosotros, todos los que ves, lo somos. En estas circunstancias te pedimos consejo sobre qué [17] debemos hacer a tenor de tus propuestas. Tú, por consiguiente, en nombre de los dioses, aconséjanos lo que te parezca más oportuno y mejor, cosa que te honrará en el futuro, siempre que se diga que Falino, enviado un día de parte del Rey para invitar a los griegos a que entregaran las armas, participando en sus deliberaciones, les dio tal consejo. Y sabes que necesariamente se dirá en Grecia el consejo que tú hayas dado. Clearco [18] le insinuaba esto con el propósito de que el mismo enviado del Rey les aconsejara no entregar las armas para que los griegos estuvieran más esperanzados. Pero [19] Falino eludió el tema y, contra lo que el otro esperaba, dijo: «Yo, si tenéis una sola esperanza entre diez mil de salvaros haciendo la guerra al Rey, os aconsejo no entregar las armas. Pero si realmente ninguna esperanza de salvación os queda yendo contra la voluntad del Rey, os aconsejo que os salvéis como sea posible.» A [20] lo cual respondió Clearco: «Ésta es tu propuesta. Anúnciales de nuestra parte lo que nosotros pensamos. Si fuera preciso hacernos amigos del Rey, seríamos amigos más valiosos conservando las armas que entregándolas a otro y, si fuera

preciso hacer la guerra, la haríamos mejor conservando las armas que entregándolas a otro». Falino contestó: «Esto comunicaremos. Pero [21] también me ordenó el Rey que os dijera que si os quedabais aquí tendríais tregua, pero que si avanzáis o retrocedéis significará la guerra. Decid, pues, sobre este punto si permaneceréis y hay tregua, o si anuncio de vuestra parte que entramos en guerra.» Clearco dijo: [22] «Pues bien, anuncia que en este punto también nosotros somos del mismo parecer que el Rey.» «¿Qué significa esto?», dijo Falino. Contestó Clearco: «Si permanecemos, tregua, si retrocedemos o avanzamos, guerra.» Preguntó de nuevo aquél: «¿Anuncio tregua o [23] guerra?» Y Clearco contestó de nuevo en los mismos términos: «Tregua, si permanecemos; si retrocedemos o avanzamos, guerra.» Pero lo que tenía intención de hacer no lo manifestaba.

Falino y sus acompañantes se fueron. De los que [2] habían ido a ver a Arieo volvieron Proeles y Quirísofo. Menón se quedó con Arieo. Decían éstos que Arieo sostenía que había muchos persas superiores a él que no le tolerarían como rey. «Sin embargo, si queréis retiraros con él os exhorta a ir esta noche y si no, que [2] mañana al amanecer, dice, partirá.» Clearco dijo: «Conviene actuar tal como decís, si vamos; pero si no, proceded como creáis más conveniente para vosotros.» Pero lo que proyectaba hacer tampoco a éstos se lo dijo.

[3] Después de esto, cuando el sol ya se ponía, convocó a los estrategos y capitanes y les habló en estos términos: «Compañeros, mientras ofrecía sacrificios para ir contra el Rey, las víctimas no resultaban favorables. Y era natural que no lo fueran, porque según acaban de informarme, entre nosotros y el Rey se encuentra el Tigris, río navegable que no podríamos cruzar sin barcos, y barcos no tenemos. Permanecer aquí tampoco es posible porque no podemos obtener víveres. En cambio, las víctimas eran muy favorables para reunimos [4] con los amigos de Ciro. Así, pues, es necesario actuar de este modo: ahora nos separamos y que cada uno cene lo que tenga. Cuando, mediante el cuerno, se dé la señal de descansar, recoged los bagajes. A la segunda señal, cargadlos en las acémilas. A la tercera, seguid al guía situando las acémilas del lado del río y la gente [5] armada por la parte de fuera.» Oído

esto, los estrategos y capitanes se retiraron y así actuaron. A partir de entonces, éste mandaba y los demás obedecían, no por haberlo elegido, sino porque veían que era el único con la sensatez requerida para ser jefe y los demás eran [6] inexpertos. [El cómputo del camino que recorrieron desde Éfeso de Jonia hasta la batalla sumaba noventa y tres etapas, quinientas treinta y cinco parasangas y dieciséis mil cincuenta estadios. Desde el campo de batalla hasta Babilonia se decía que había trescientos sesenta estadios] <sup>73</sup>.

Desde allí, cuando oscureció, Miltócites de Tracia, [7] con los jinetes que lo acompañaban, unos cuarenta, y con unos trescientos soldados de infantería tracios, desertaron al bando del Rey.

Clearco iba al frente del resto del ejército, de acuerdo [8] con las órdenes transmitidas, y los soldados le seguían. Llegaron en la primera etapa a encontrarse con Arieo y su ejército hacia medianoche. Acamparon sin perder la formación y los estrategos y capitanes griegos fueron a reunirse con Arieo. Los griegos, Arieo y los más destacados de sus acompañantes juraron que no se traicionarían los unos a los otros y serían aliados. Y los bárbaros, por su parte, juraron que les guiarían [9] sin engaño. Hicieron estos juramentos después de haber degollado un toro, un jabalí y un carnero en un escudo: los griegos, sumergiendo en la sangre una espada y los bárbaros, una lanza.

Sellados los compromisos de fidelidad, Clearco dijo: [10] «Ea, pues, Arieo, puesto que el trayecto para nosotros y para vosotros es el mismo, di que opinión tienes acerca del camino a seguir, si regresamos por el camino que vinimos o crees conocer otro mejor.» Arieo contestó: [11] «Si volviéramos por el camino que vinimos, necesariamente moriríamos de hambre, pues ahora no tenemos provisiones de ningún tipo. Durante las diecisiete etapas últimas, al venir aquí, no pudimos coger nada del país, y si algo había por allí, a nuestro paso lo consumimos. Ahora pensamos recorrer un camino más largo, pero en el que no nos faltarán provisiones.

»Debemos hacer las primeras etapas tan largas como [12] podamos para alejarnos lo más posible del ejército, pues

aunque sólo nos distanciemos de él dos o tres días de camino, ya no hay miedo de que pueda el Rey darnos alcance. Con pocos efectivos no se atreverá a perseguirnos y con una expedición numerosa no podrá avanzar con rapidez. Tal vez, incluso, tendrá escasez de víveres. Ésta es, dijo, mi opinión particular.»

[13] Esta estrategia no pretendía otra cosa que esquivar al Rey o huir, pero el azar fue mejor guía. Cuando llegó el día se pusieron en camino teniendo el sol a la derecha, pensando que llegarían con la puesta del sol a unas aldeas de la región de Babilonia. Y en esto no se [14] equivocaron. Todavía en la tarde creyeron ver unos jinetes enemigos. Y los griegos que en ese momento no se encontraban en las formaciones corrieron a ellas; Arieo (marchaba él entonces en carro porque estaba herido) saltó a tierra y se vistió la coraza, y lo mismo [15] hicieron sus acompañantes. Mientras se armaban, llegaron los vigías enviados en avanzadilla diciendo que no se trataba de jinetes sino de acémilas que pacían. En seguida comprendieron todos que en algún lugar próximo tenía su campamento el Rey, pues se veía humo en unas aldeas, no lejos.

[16] Pero Clearco no avanzó contra los enemigos, pues sabía que los soldados estaban agotados y en ayunas, y además era ya tarde. No obstante, tampoco desvió la ruta, tomando la precaución de que no pareciera que huía, sino que, conduciendo a sus tropas en línea recta, a la puesta del sol, con los soldados de vanguardia acampó en las aldeas más próximas, de donde el ejército del Rey había robado incluso la madera de las [17] casas. Con todo, los primeros consiguieron acampar de algún modo, pero los últimos que llegaron de noche, acamparon cada uno como pudo e hicieron un gran griterío llamándose unos a otros, de manera que incluso los enemigos podían oírlo. Prueba de ello fue que los enemigos situados más cerca huyeron de sus tiendas. Y esto pudo comprobarse al día siguiente, pues [18] no se vio ya ninguna acémila, ni campamento, ni humo en ningún lugar próximo. Se asustó, según parece, incluso el Rey, con el avance del ejército. Y lo demostró con su actuación al día siguiente.

En el transcurso de aquella noche, el miedo también [19] invadió a los griegos y se produjo alboroto y estrépito, como

es natural que surja cuando cunde el miedo. Clearco ordenó a Tólmides de Élide, que se [20] hallaba a su lado y era el mejor heraldo de su tiempo, que hiciera silencio y pregonara que «los jefes declaran que quien denuncie al que soltó el asno en el campamento, recibirá un talento de recompensa». Hecha esta proclama, comprendieron los soldados que el miedo no tenía razón de ser y que los jefes estaban a salvo. Al amanecer, Clearco transmitió la orden a los griegos de que formaran en armas en el mismo orden en que estaban cuando se produjo la batalla.

Lo que escribí de que el Rey se asustó con este [3] avance era evidente. El día anterior envió una embajada con la orden de entregar las armas, mientras que a la salida del sol les envió heraldos para negociar una tregua. Cuando éstos llegaron a los vigías de vanguardia [2] preguntaron por los jefes. Una vez que los centinelas transmitieron la orden, Clearco que se hallaba entonces revistando las formaciones, les dijo que ordenaran a los heraldos esperar hasta que tuviese un rato libre. Cuando hubo dispuesto el ejército de manera [3] que la falange compacta tuviera un aspecto magnífico por todas partes y que a nadie se viera desprovisto de las armas, mandó llamar a los mensajeros y él mismo se adelantó acompañado de sus soldados mejor armados y de mejor aspecto, y a los demás estrategos les invitó a seguir su ejemplo. Cuando estuvo al lado de [4] los mensajeros, les preguntó qué querían. Ellos dijeron que venían para concertar una tregua y que tenían capacidad para transmitir las propuestas reales a los [5] griegos y las de los griegos al Rey. Respondió Clearco: «Pues bien, anunciadle que en primer lugar debemos luchar, pues no tenemos almuerzo y no hay quien se atreva a hablar a los griegos de concertar treguas [6] sin haber suministrado almuerzo.» Al oír estas palabras los enviados se fueron y volvieron muy pronto. Por lo que era manifiesto que estaba en un lugar próximo el Rey o algún otro al que le había encomendado estas negociaciones. Decían que parecían razonables al Rey las propuestas y que venían acompañados de guías que, de firmarse la tregua, los conducirían a un lugar donde [7] encontrarían víveres. Preguntó Clearco si la tregua sería sólo para los que iban y venían a negociarla o también para los demás. «Para todos, dijeron, hasta [8] que vuestras



propuestas se transmitan al Rey.» Una vez que hubieron hablado, Clearco los despidió y celebró consejo. Pareció oportuno concluir la tregua cuanto antes y con tranquilidad ir a buscar los víveres y [9] cogerlos. Clearco dijo: «También yo estoy de acuerdo con esto, pero no voy a anunciarlo en seguida, sino que dejaré transcurrir un tiempo, hasta que los mensajeros teman que no aceptamos concluir la tregua. Sin embargo, añadió, creo que nuestros soldados sentirán el mismo temor.» Cuando consideró que era el momento oportuno, declaró que accedía a la tregua y ordenó que los guiaran sin demora al lugar de los víveres.

[10] Y, así, los heraldos emprendieron la marcha conduciendo la expedición. Aunque Clearco se ponía en camino, después de haber pactado las treguas, llevaba el ejército en orden de batalla y él en persona iba en la retaguardia. Se encontraron con fosos y canales llenos de agua hasta el extremo de que no podían cruzarlos sin puentes. No obstante, hicieron unos vados con las palmeras que encontraron caídas y con otras que cortaron. [11] Entonces pudo comprobarse cómo Clearco ejercía el mando, llevando en la mano izquierda la lanza y en la derecha un bastón. Y si le parecía que alguno de los aplicados a esta tarea era perezoso, lo sacaba aparte y le daba los golpes que merecía; al propio tiempo, él mismo se ponía manos a la obra metiéndose en el barro de modo que hubiera sido vergonzoso no colaborar con él en los esfuerzos. Habían sido designados [12] para esta misión los que tenían treinta años, pero cuando vieron que Clearco trabajaba afanosamente se sumaron también los de más edad. Clearco ponía mucho [13] mayor empeño sospechando que no siempre estaban tan llenos de agua los fosos, pues no era época de regar la llanura. Suponía que el rey había soltado el agua para que el camino se presentara a los griegos lleno de obstáculos.

En su avance, llegaron a unas aldeas donde los guías [14] les comunicaron que podían coger provisiones. Existía allí abundancia de trigo, de vino de palmeras y de una bebida ácida sacada también de las palmeras mediante cocción. También se daban los frutos propios [15] de las palmeras semejantes a los que pueden verse en Grecia que reservaban

para los criados; y otros, que se guardaban para los señores, escogidos por lo extraordinario de su belleza y de su tamaño. Su aspecto no era diferente del ámbar; y muchos, que, secándolos, los guardaban como golosinas. Era también un fruto agradable acompañando a la bebida, pero producía dolor de cabeza. Y entonces, por primera vez, los soldados [16] comieron la yema de palmera, y la mayoría se extrañaba de su forma y de su agradable sabor. Pero también les causaba tremendos dolores de cabeza. La palmera de la que se extraía la yema se secaba entera.

Aquí permanecieron tres días. De parte del gran [17] Rey se presentó Tisafernes, el hermano de la mujer del Rey y otros tres persas. Numerosos esclavos iban con ellos. Cuando salieron a su encuentro los estrategos griegos, habló, en primer lugar, Tisafernes por medio [18] de un intérprete en estos términos: «Yo, griegos, habito en un país vecino a Grecia y cuando os vi sumidos en numerosas e insalvables dificultades, consideré hallazgo feliz poder pedir al Rey que me concediera devolveros a Grecia sanos y salvos, porque pienso que no me faltaría vuestro agradecimiento ni el de toda Grecia. [19] Con esta convicción hice la petición al Rey, diciéndole que con justicia me haría este favor porque fui el primero en anunciarle que Ciro emprendía una expedición militar contra él y, al mismo tiempo que se lo notificaba, llegué con refuerzos para ayudarle. Y fui el único entre los alineados frente a los griegos que no emprendí la huida, sino que atravesé vuestras filas y me reuní con el Rey en vuestro campamento, a donde él había llegado, una vez que dio muerte a Ciro y persiguió a los bárbaros que lo acompañaban junto con éstos que están presentes ahora conmigo, que, precisamente, [20] son sus hombres más leales. Sobre estas razones me prometió deliberar. Pero me ordenó que viniera a preguntaros por qué motivo emprendisteis la expedición contra él. Os aconsejo que respondáis con moderación, para que me resulte más fácil, si puedo, conseguir de él un beneficio para vosotros.»

[21] Después de estas palabras los griegos se retiraron a deliberar y respondieron tomando la palabra Clearco: «Nosotros no nos unimos para hacer la guerra al Rey ni tampoco hacíamos la expedición contra el Rey, sino que Ciro

encontraba muchos pretextos, como tú bien sabes, para cogeros a vosotros desprevenidos y conducirnos [22] a nosotros aquí. Pero cuando vimos que él se hallaba ya en situación difícil, sentimos vergüenza ante los dioses y ante los hombres de traicionarlo, dado que [23] antes nosotros aceptábamos sus favores. Pero, puesto que Ciro ha muerto, no nos oponemos al poder del Rey ni hay razón para que nosotros queramos saquear su país ni tampoco queremos matarlo. Sólo pretendemos volver a nuestra patria sin que nadie nos moleste. No obstante, si se nos causa daño intentaremos defendernos con la ayuda de los dioses. Por el contrario, si alguien está dispuesto a favorecernos, no nos quedaremos atrás en darle el mismo trato en la medida de nuestras posibilidades.» Así habló Clearco. Tisafernes, después de [24] oírle, dijo: «Esto comunicaré al Rey y volveré con su respuesta. Mientras yo regreso, que se mantengan las treguas. Nosotros os proporcionaremos mercado.»

Al día siguiente no volvió, de modo que los griegos [25] estaban preocupados. Pero al tercer día llegó diciendo que había obtenido del Rey la salvación de los griegos, aunque muchos se oponían alegando que no era propio de un Rey dejar en libertad a los que lucharon contra él. Y acabó diciendo: «Ahora os es posible recibir de [26] nuestra parte la seguridad de que el territorio por donde paséis será vuestro amigo y que regresaréis a Grecia sin engaño, proporcionándoos mercado. Y cuando no os sea posible comprar os permitiremos que toméis del país los víveres necesarios.» Habéis de jurar [27] por vuestra parte, que marcharéis, en efecto, como a través de una tierra amiga, sin causar daño, tomando comida y bebida sólo cuando no os proporcionemos mercado. Pero si os lo ofrecemos, compraréis lo que [28] necesitéis. Esto acordaron, y Tisafernes y el hermano de la mujer del Rey juraron y tendieron su mano derecha a los estrategos y capitanes griegos y recibieron la de los griegos. Después de esto, dijo Tisafernes: [29] «Ahora iré a ver al Rey y, cuando haya terminado lo que tengo que hacer, regresaré con los bagajes dispuestos para conducirlos de nuevo a Grecia y regresar yo mismo a mi provincia.»

Después de esto aguardaron a Tisafernes los griegos [4] y Arieo, que habían acampado los unos cerca de los otros, más de veinte días. Entretanto llegan a visitar a Aneo sus hermanos y los demás parientes. También comparecieron algunos persas para ver a los que se encontraban con él. Estos visitantes los tranquilizaban e, incluso, llevaban para algunos, en nombre del Rey, la promesa de que no pensaba guardarles rencor por haber acompañado a Ciro en la expedición ni por nada [2] de lo pasado. Mientras esto acontecía, era evidente que Arieo y los suyos prestaban menos atención a los griegos, de manera que a causa de esta actitud la mayor parte de los griegos no estaban contentos, sino que se acercaban a Clearco y a los demás estrategos y les decían: [3] «¿Qué esperamos? ¿Acaso no sabemos que el Rey no regatearía ningún esfuerzo para aniquilarnos, a fin de que los demás griegos tuvieran miedo de emprender una expedición militar contra el gran Rey? Ahora nos sugiere que nos quedemos aquí porque su ejército está disperso, pero en cuanto lo haya reunido de nuevo, [4] podemos tener la seguridad de que nos atacará. Tal vez está excavando algún foso o levantando murallas en alguna parte para hacernos inaccesible el camino. Porque jamás consentirá, al menos por voluntad propia, que nosotros regresemos a Grecia y anunciemos que nosotros, siendo tan pocos, vencimos al Rey a las puertas de su palacio y nos retiramos después de [5] habernos burlado de él.» Clearco respondió a los que decían esto: «También yo me hago todas esas reflexiones, pero pienso que si ahora nos vamos, daremos la impresión de que partimos en son de guerra y de que transgredimos las treguas. Luego, en primer lugar, nadie nos ofrecerá mercado ni tampoco un lugar de donde aprovisionarnos. Además, ningún guía tendremos. Y en el preciso momento que hiciéramos esto, al instante Arieo nos abandonaría, de modo que ningún amigo nos quedará y los que antes lo eran se convertirán [6] en enemigos. Si hemos de cruzar algún otro río, no lo sé, pero sí sabemos que el Eufrates es imposible cruzarlo si los enemigos lo impiden. Además, si hay que combatir, carecemos de jinetes aliados, mientras que los enemigos disponen de muchísimos jinetes y muy buenos. En consecuencia, si vencemos, ¿a quién podríamos matar?, y si somos derrotados, nadie podría salvarse. Así, pues, yo,

respecto al Rey, que tiene tan [7] gran número de aliados, si desea acabar con nosotros, no sé qué necesidad tiene de prestar juramentos, ni de darnos seguridad y perjurar poniendo por testigos a los dioses, ni de hacer su palabra sospechosa para griegos y bárbaros.» Y muchas otras argumentaciones semejantes añadía Clearco.

En este momento llegó Tisafernes con sus efectivos [8] como para regresar a su casa y Orontas con los suyos. Llevaba también a la hija del Rey con la que estaba casado. Desde allí mismo, teniendo como guía a Tisafernes [9] que les proporcionaba mercado, partieron. También partió Arieo con el ejército bárbaro de Ciro. Iba con Tisafernes y Orontas, y acampaba con ellos. Los [10] griegos, que miraban con desconfianza a éstos, avanzaban por su cuenta, con sus guías. Acampaban siempre dejando una distancia entre sí de una parasanga e, incluso, más. Se vigilaban unos a otros como si fueran enemigos y, de inmediato, esto motivó sospechas. A [11] veces también, al reunirse en un mismo lugar, cuando salían en busca de leña, forraje y otras cosas semejantes, se golpeaban entre sí, con lo que se incrementaba el odio.

Después de haber recorrido tres etapas, llegaron a [12] la llamada muralla de Media<sup>74</sup> y la atravesaron. Estaba construida con ladrillos cocidos asentados en asfalto; tenía veinte pies de ancho y cien de altura. Se decía que su extensión era de veinte parasangas, y no [13] distaba mucho de Babilonia. Desde allí recorrieron en dos etapas ocho parasangas y cruzaron dos canales, uno sobre un puente fijo y el otro sobre un puente tendido con siete barcas unidas. Estos canales procedían del río Tigris. Y de éstos se habían abierto unas acequias horadando la tierra que se extendía sobre la llanura. Las primeras eran grandes, las siguientes más pequeñas, y al final había pequeñas acequias, como en Grecia, para el cultivo de la zahina.

Y llegan al río Tigris. Cerca de éste había una ciudad grande y muy poblada denominada Sítaca que [14] distaba del río quince estadios. Los griegos acamparon junto a él cerca de un grande y hermoso parque lleno de toda clase de árboles. Los bárbaros atravesaron el río, pero no se les podía ver.

[15] Después de la cena se hallaban paseando frente al campamento Próximo y Jenofonte. Se acercó un hombre y preguntó a los centinelas de vanguardia dónde podría ver a Próximo o a Clearco. No buscaba a Menón, a pesar de que venía de parte de Arieo, huésped de [16] Menón. Cuando Próximo dijo: «Yo soy el que buscas», el hombre dijo esto: «Me enviaron Arieo y Artaozo que fueron leales a Ciro y están bien dispuestos hacia vosotros. Y os piden que vigiléis, no vaya a ser que los bárbaros os ataquen por la noche, pues hay un numeroso [17] ejército en el parque cercano. Os exhortan también a enviar una guardia junto al puente del río Tigris, puesto que Tisafernes pretende cortarlo por la noche, si puede, para que no lo atraveséis y quedéis [18] atrapados entre el río y el canal.» Después de haber oído estas informaciones, lo conducen a presencia de Clearco y le indican lo que dice. Clearco, al oírlo, se inquietó mucho y sentía temor.

[19] Entonces un joven<sup>75</sup> de los que estaban allí concluyó, previa reflexión, que no era coherente atacar y destruir el puente. «Pues es evidente que, si atacan, o vencerán, o serán vencidos. Si, en efecto, vencen, ¿qué necesidad tienen de cortar el puente? Pues, aunque existieran muchos puentes tampoco tendríamos dónde huir para salvarnos. Y si nosotros vencemos, destruido [20] el puente, no podrán escapar a ningún sitio. Ni tampoco a ellos, aun teniendo muchos efectivos al otro lado, nadie podrá socorrerlos sin el puente.»

Después de haber oído estas reflexiones, Clearco [21] preguntó al mensajero cuánto terreno había entre el Tigris y el canal. Contestó éste que mucho y que había también aldeas y ciudades, muchas y grandes. Entonces [22] se llegó a la conclusión de que los bárbaros habían enviado como espía a este hombre, por temor a que los griegos cortaran el puente y se quedaran en la isla cercada de un lado por el Tigris y del otro, por el canal, disponiendo de los víveres del territorio situado en medio, ya que era amplio y fértil y había en él gente para cultivarlo. Y, además, podría convertirse también en refugio, si alguien quisiera hacer daño al Rey.

Después de esto, se acostaron. Pero, a pesar de todo, [23] enviaron una guardia al puente. Ni los atacó nadie por ningún lado ni se acercó al puente ningún enemigo según los

guardianes notificaron. Al amanecer, cruzaron [24] el puente, tendido con treinta y siete barcas unidas, con las máximas precauciones posibles, pues algunos griegos del bando de Tisafernes les notificaron que al cruzar el río iban a atacarles. Sin embargo, la noticia resultó falsa. Pero al cruzar, apareció Glus con otros, observando si cruzaban el río. En cuanto lo vio, se alejó.

Desde el Tigris recorrieron, en cuatro etapas, veinte [25] parasangas hasta el río Fisco, de un pletro de ancho, y sobre él había un puente. Aquí había una gran ciudad habitada, denominada Opis<sup>76</sup>. Cerca de ésta, se encontró con los griegos el hermano bastardo de Ciro y Artajerjes procedente de Susa y Ecbatana al frente de un numeroso ejército para socorrer al Rey. Mandó detener a su ejército mientras contemplaba el paso de [26] los griegos. Clearco conducía a sus tropas de dos en fondo y marchaba deteniéndose de vez en cuando. Cada vez que la vanguardia del ejército se detenía era necesario que se detuviera el ejército en su totalidad, de manera que incluso a los mismos griegos les dio la impresión de que era mucho más numeroso, y el Persa [27] al contemplarlo se quedó sorprendido. Desde allí recorrieron a través de la Media, en seis etapas desérticas, treinta y seis parasangas hasta las aldeas de Parisátide, madre de Ciro y del Rey. Tisafernes, por burlarse de Ciro, permitió a los griegos que las saquearan, con la excepción de hacer esclavos. Había allí trigo en abundancia, ganado y otras muchas cosas.

[28] Desde allí recorrieron, en cuatro etapas desérticas, veinte parasangas con el Tigris a su izquierda. En la primera etapa, al otro lado del río, había una ciudad grande y opulenta, denominada Cenas, desde la que los bárbaros cruzaron el río con balsas de cuero y les trajeron pan, queso y vino.

[5] Después de esto llegan al río Zapatas<sup>77</sup>, de cuatro pletros de ancho. Aquí permanecieron tres días; en el transcurso de éstos seguían los recelos, pero ninguna [2] conspiración abierta se manifestaba. Creyó, entonces, oportuno Clearco entrevistarse con Tisafernes y, si podía, poner fin a los recelos antes de provocar una guerra. Envío un

emisario para decirle que necesitaba [3] entrevistarse con él. Tisafernes le exhorta a ir de inmediato.

Una vez que estuvieron reunidos, Clearco le dijo: «Yo sé, Tisafernes, que nos hemos juramentado y nos hemos dado las manos como garantía de que no nos causaríamos daño. Sin embargo, veo que tú estás vigilando<sup>78</sup> como si nosotros fuéramos enemigos, y nosotros, al verlo, procedemos de modo semejante. Y [4] puesto que, al examinarlo, no puedo descubrir que tú intentes causarnos daño y yo sé, con seguridad, que tampoco nosotros pretendemos nada semejante, me parece oportuno entablar conversaciones contigo, para disipar, si pudiéramos, la desconfianza mutua. Porque [5] sé que se han dado casos de hombres, unos por calumnia, otros incluso por recelo, que, atemorizados, queriendo tomar la iniciativa antes de sufrir las consecuencias, causaron daños irreparables a quienes ni tenían intención ni querían hacer nada semejante. Así, [6] pues, considerando que tales equívocos se desvanecen, sobre todo, mediante conversaciones, vengo y quiero demostrar que tú desconfías de nosotros sin razón. Ante todo y sobre todo los juramentos ante los dioses [7] nos impiden ser enemigos. Al que conscientemente se ha olvidado de ellos, jamás yo podría considerarle feliz. Porque yo no sé a qué velocidad alguien huyendo podría evitar la guerra con los dioses, ni a qué tinieblas se retiraría, ni qué fortaleza le serviría de asilo. En todas partes, todo está sometido a los dioses y a todos por igual los dioses dominan. Así pienso acerca de los [8] dioses y de los juramentos con los que haciendo un trato establecimos nuestra amistad. Y con respecto a lo humano, yo creo que en el momento presente tú eres para nosotros el mayor bien. Porque contigo todo [9] camino está expedito, todo río es franqueable y no tenemos escasez de víveres. Sin ti, en cambio, todo camino discurre a través de tinieblas, porque lo desconocemos. Todo río es difícil de cruzar, toda multitud nos infunde miedo y más temible es aún la soledad, [10] pues está llena de numerosas privaciones. Y si, enloquecidos, te matáramos, ¿haríamos otra cosa que dar muerte a nuestro bienhechor para luchar contra el Rey, el más peligroso adversario? De cuántos y de qué tipo de esperanzas me privaría, si intentara hacerte [11] algún daño, te lo explicaré.



Yo deseé que Ciro fuera mi amigo porque lo consideraba entre los de su tiempo el más apto para hacer bien a quien quisiera. Y ahora veo que tú tienes el poder y el territorio de Ciro y que conservas tu provincia, mientras que las fuerzas del Rey las que eran enemigas de Ciro son también tus [12] aliadas. En estas circunstancias, ¿quién es tan loco que no quiera ser tu amigo? Pero, además, te diré en qué baso mis esperanzas de que también tú querrás [13] ser nuestro amigo. Sé que los misios os resultan molestos y pienso que con las fuerzas presentes podría reducirlos a vuestro dominio. Sé también que os pasa lo mismo con los písidas, y conozco que se comportan así otros muchos pueblos a los cuales pienso que podría hacerles desistir de perturbar siempre vuestra felicidad. Respecto a los egipcios, con los que me doy cuenta de que ahora estáis muy irritados, no veo qué fuerza aliada mejor que la mía podríais utilizar para [14] castigarlos. Pero, además, de los que habitan alrededor si tú quisieras ser amigo de alguno, lo serías como el más poderoso, y si alguien te molestara, podrías comportarte como señor teniéndonos a nosotros como servidores que no sólo por el sueldo estaríamos a tu servicio, sino también por la gratitud que con justicia te [15] tendríamos por haber sido salvados por ti. Al considerar todo esto, me parece tan sorprendente el hecho de que tú desconfíes de nosotros, que con muchísimo gusto escucharía quién es el que tan hábilmente hablando consiguió convencerte de que nosotros conspiramos contra ti.» Éstas fueron las palabras de Clearco. Y Tisafernes le contestó así: «Me complace, Clearco, [16] oír tus sensatas palabras. Porque estoy de acuerdo con ellas. Si tramaras algún mal contra mí, me parece que al mismo tiempo serías malvado contigo mismo. Y para que te des cuenta de que tampoco vosotros tendríais razón en desconfiar ni del Rey ni de mí escucha mi respuesta. Si quisiéramos aniquilaros, ¿crees que [17] no tenemos una multitud de jinetes, de infantería o de armamento con lo que seríamos capaces de haceros daño, sin riesgo de que pudierais devolvérselo? ¿Crees que no encontraríamos lugares adecuados para [18] atacaros? ¿No veis cuántas llanuras, que vosotros recorréis con muchas dificultades a pesar de ser amigas, y cuántas montañas debéis pasar que nosotros podemos ocupar de antemano y cerraros el paso? Y hay tantos

ríos en los que podríamos nosotros determinar con cuántos queremos luchar de vosotros, e incluso entre ellos hay algunos que de ningún modo podríais cruzar, si nosotros no os los pasáramos. Si no tuviéramos éxito [19] con todos esos medios, el fuego sin duda es más poderoso que el fruto de la tierra, fruto que nosotros podríamos quemar para enfrentarnos con el hambre, contra la que por muy valientes que fuerais, no podríais combatir. ¿Cómo, pues, disponiendo de tantos recursos [20] para haceros la guerra, y ninguno de ellos peligroso para nosotros, iríamos a escoger el único método que es impío ante los dioses, el único que es vergonzoso ante los hombres? Sólo aquellos que carecen [21] totalmente de recursos y de medios y están apremiados por la necesidad y, además, son malvados, son los que quieren conseguir un objetivo violando los juramentos hechos ante los dioses y la palabra dada a los hombres. Nosotros, Clearco, no somos tan insensatos ni [22] tan estúpidos. Pero ¿por qué siéndonos posible aniquilaros no lo hemos intentado? Pues bien, sabrás que la causa de esto es mi deseo de ser digno de confianza para los griegos y de regresar poderoso por haberme ganado, a causa de mis favores, a estas tropas extranjeras con las que Ciro vino fiándose de ellas sólo por [23] la soldada. Respecto a qué cosas puede serme útil vuestra ayuda, algunas las has indicado tú, pero la más importante la sé yo: pues sólo al Rey es lícito llevar la tiara derecha en la cabeza, pero en el corazón, con vuestra presencia, posiblemente también otro podría llevarla fácilmente.»<sup>79</sup>.

[24] Después de haber pronunciado estas palabras, pareció a Clearco que decía la verdad, y respondió. «¿No merecen sufrir la pena máxima, dijo, quienes, dado que tenemos tales motivos de amistad, intentan por [25] medio de calumnias hacernos enemigos? Yo, al menos, dijo Tisafernes, si queréis venir conmigo vosotros, los estrategos y los capitanes, os señalaré abiertamente a los que dicen que tú conspiras contra mí y contra mi [26] ejército.» «Yo, dijo Clearco, los conduciré todos ante ti y, por mi parte, te manifestaré de dónde proceden [27] mis noticias sobre ti.» Después de estas palabras, Tisafernes, en prueba de amistad, le animó a quedarse entonces y le hizo partícipe de su cena. Al día siguiente,

Clearco regresó al campamento y era evidente que estaba convencido de tener relaciones amistosas con Tisafernes y comunicó lo que éste le había dicho. Dijo también que debían ir a visitar a Tisafernes aquellos a los que había invitado, y que los griegos que fuesen convictos de calumnia deberían ser castigados como culpables de traición y de mala voluntad hacia los [28] griegos. Sospechaba que el calumniador era Menón, porque sabía que había tenido relaciones con Tisafernes en compañía de Arieo y que formaba un partido contra él y conspiraba para ganarse todo el ejército y ser amigo de Tisafernes. Clearco también quería ganarse [29] la opinión de todo el ejército y librarse de los que le molestaban. Algunos soldados le replicaron diciendo que no fueran todos los capitanes y estrategos y que no confiaran en Tisafernes. Clearco se esforzó [30] con gran ahínco, hasta que consiguió que fueran cinco estrategos y veinte capitanes; los acompañaron, como si fueran en busca de provisiones, unos doscientos soldados.

Cuando estuvieron a las puertas de Tisafernes, los [31] estrategos fueron llamados para entrar: Próximo de Beocia, Menón de Tesalia, Agias de Arcadia, Clearco de Laconia y Sócrates de Acaya. Los capitanes aguardaban en las puertas. No mucho después, a la misma [32] señal, los del interior fueron hechos prisioneros y los de fuera abatidos a golpes. Después de esto, algunos jinetes bárbaros hicieron incursiones por la llanura y dieron muerte a todo griego que encontraban, esclavo o libre. Los griegos al ver la carrera de caballos desde [33] el campamento estaban perplejos y no acertaban a entender qué hacían, hasta que llegó Nicarco de Arcadia huyendo, herido en el vientre y sosteniendo los intestinos con las manos. Explicó lo que había ocurrido. Seguidamente los griegos corrieron todos en busca de [34] las armas, llenos de confusión y creyendo que de inmediato llegarían al campamento. Pero no vinieron todos, [35] sino Arieo, Artaozo y Mitrádates, que eran los más leales a Ciro. El intérprete de los griegos dijo que veía también al hermano de Tisafernes con ellos y que los reconocía; con ellos venían también unos trescientos persas revestidos de corazas. Éstos, cuando estuvieron [36] cerca, ordenaron que si había algún estratego o capitán griego, que se acercara para anunciarles el mensaje

[37] del Rey. Después de esto, salieron tomando precauciones los estrategos griegos Cleanor el Orcomenio y Soféneto de Estinfalia y, con ellos, Jenofonte de Atenas, para enterarse de lo ocurrido con Próximo. Quirísofo se hallaba en ese momento ausente, en una aldea junto [38] con otros en busca de provisiones. Cuando estuvieron a una distancia en la que la voz podía oírse, Arieo dijo esto: «Griegos, Clearco, puesto que ha confesado ser perjuro y romper las treguas, tiene su castigo y está muerto. Próximo y Menón, que denunciaron su conspiración, reciben grandes honores. A vosotros el Rey os reclama las armas, pues afirma que son suyas, [39] porque pertenecían a Ciro su vasallo.» A estas palabras contestaron los griegos, y era su portavoz Cleanor, el orcomenio: «¡Oh Arieo, el más cobarde de los hombres, y todos los demás que erais amigos de Ciro, ¿no sentís vergüenza ante los dioses ni ante los hombres de que, después de habernos jurado que tendríamos los mismos amigos y enemigos, nos traicionáis, con Tisafernes, el más impío y malvado de los hombres, y después de haber dado muerte a los mismos con quienes habíais hecho los juramentos y de habernos hecho traición, venís contra nosotros con nuestros [40] enemigos?» Contestó Arieo: «Clearco declaró haber conspirado contra Tisafernes, contra Orontas y contra [41] todos los que estábamos con ellos.» A esto replicó Jenofonte: «Pues bien, si Clearco rompió la tregua contra los juramentos, tiene su castigo, pues es justo que mueran los perjuros. Pero a Próximo y Menón, puesto que se han portado bien con vosotros y son nuestros estrategos, enviadlos aquí. Porque es evidente que, siendo amigos de ambos, intentarán aconsejar lo mejor [42] tanto para vosotros como para nosotros.» A esto los bárbaros, después de haber conversado entre sí mucho tiempo, se fueron sin dar ninguna respuesta.

Los estrategos así capturados, fueron conducidos al [6] Rey y murieron decapitados. Uno de ellos, Clearco, según reconocían todos los que le trataron, era considerado como un hombre de las más extremadas condiciones militares y de una desmesurada afición a la guerra. En efecto, mientras duró la guerra entre los lacedemonios [2] y los atenienses, permaneció allí. Pero cuando se firmó la paz, convenció a su ciudad de que los tracios perjudicaban a los griegos y, tras obtener como

pudo la autorización de los éforos, se hizo a la mar con la intención de hacer la guerra a los tracios del otro lado del Quersoneso y de Perinto. Y cuando los éforos, habiendo [3] cambiado de opinión, estando ya él fuera, pretendieron que retornara del istmo, entonces ya no los obedeció sino que se fue navegando rumbo al Helesponto. Seguidamente fue condenado a muerte por los [4] magistrados de Esparta por insubordinación. Y, ya en el exilio, se dirige al encuentro de Ciro. Ya ha quedado escrito en otro lugar de qué razones se valió para convencer a Ciro que, finalmente, le dio diez mil daricos. Los cogió Clearco, pero no se entregó a la vida [5] fácil, sino que con este dinero reclutó un ejército e hizo la guerra a los tracios, los venció, saqueó después su país y continuó la guerra hasta que Ciro necesitó el ejército. Entonces volvió para hacer la guerra a su lado. Estas acciones me parecen propias de un hombre [6] amante de la guerra, que, pudiendo vivir tranquilo sin deshonor ni perjuicio, prefiere luchar. Pudiendo llevar una vida fácil, prefiere el esfuerzo con tal de poder hacer la guerra; pudiendo conservar el dinero sin riesgos, prefiere gastarlo haciendo la guerra. Clearco, al igual que uno gasta en amoríos o en cualquier otro placer, prefería gastar en la guerra. Tan amante de la guerra era. Y parecía ser apto para ella, porque era [7] amante del riesgo, llevando de día y de noche a sus hombres contra el enemigo, y prudente en los momentos críticos, según reconocían todos los que en cualquier [8] parte estaban con él. Se decía, además, que era hábil en el mando, en la medida en que era posible en un hombre de carácter como el suyo. Además era capaz, como cualquier otro, de preocuparse de que su ejército tuviera víveres y de proporcionárselos, y conseguía infundir en los presentes la idea de que había [9] que obedecer a Clearco. Y lo lograba por la firmeza de su carácter. Tenía un aspecto que infundía temor y la voz áspera; castigaba siempre con rigor y era a veces colérico, hasta el punto de que en ocasiones se arrepentía. [10] Castigaba por convicción, pues consideraba que ningún provecho se obtenía de un ejército indisciplinado. Según contaban, él afirmaba que un soldado debía temer más a su jefe que al enemigo, si se pretendía conseguir que hiciesen las guardias con atención, que defendiesen un territorio amigo o que atacasen [11] sin demora al enemigo. Así, pues, en los

momentos difíciles los soldados preferían obedecerlo precisamente a él y no elegían otro jefe. Decían que su aspecto temible aparecía entonces sereno entre los demás rostros, y su severidad era firmeza contra los enemigos, de manera que le veían como la salvación y no ya [12] como objeto de temor. Pero cuando salían del peligro y podían pasar a las órdenes de otro, muchos lo abandonaban, pues no tenía atractivo y siempre era duro y cruel, de modo que los soldados se comportaban con [13] él como los niños con el maestro. Ciertamente, nunca tenía personas que lo siguieran por amistad o por simpatía. Sabía hacerse obedecer sin contemplaciones de quienes, ya por obligarlos su patria, ya por su propio interés o por otra necesidad cualquiera, se veían [14] forzados a estar bajo sus órdenes. Pero cuando empezaron a vencer con él a los enemigos, había ya grandes razones para que se hicieran unos magníficos soldados luchando a su lado. Tenían arrojo frente a los enemigos, y el temor de ser castigados por él les hacía disciplinados. Tales eran sus cualidades de jefe. Se decía, [15] sin embargo, que a duras penas aceptaba estar a las órdenes de otros. Cuando murió tenía cincuenta años.

Próxeno de Beocia, ya siendo adolescente, deseaba [16] llegar a ser un hombre capaz de grandes proezas. Con este afán dio dinero a Gorgias de Leontinos<sup>80</sup>. Después [17] de que tuvo trato con él, creyendo que ya era apto para mandar y que, teniendo amigos importantes, podría corresponder a los favores que le hicieran, tomó parte en esta expedición con Ciro. Creía que iba a conseguir en ella un gran nombre, mucho poder e innumerables riquezas. Pero, a pesar de que deseaba ardientemente [18] tantas cosas, también estaba claro que ninguna de ellas aceptaría conseguir con injusticia, sino que pensaba que debía obtenerlas con justicia y con honradez, pero sin éstas no. Era capaz de mandar [19] a hombres de categoría. Sin embargo, no podía infundir a sus soldados ni respeto ni temor a su persona, sino que incluso él sentía más respeto ante los soldados que los subordinados ante él. También estaba claro que tenía miedo de hacerse odioso a los soldados más que los soldados temían desobedecerlo. Creía que bastaba — para ser apto para mandar y parecerlo— [20] con alabar al que

obraba bien y no elogiar al que obraba mal. Por consiguiente, los hombres de pro que convivían con él le tenían afecto, mientras que los deshonestos conspiraban contra él en la idea de que era fácil de manejar. Cuando murió tenía unos treinta años.

[21] Menón de Tesalia ponía de manifiesto que deseaba a toda costa enriquecerse, quería mandar para obtener más, pretendía recibir honores para incrementar sus ganancias y buscaba la amistad de los más poderosos [22] para no recibir castigo por sus atropellos. Para conseguir lo que deseaba, tenía la idea de que el camino más corto era el perjurio, la mentira y el engaño. En su opinión la sencillez y la verdad eran lo mismo que la [23] necedad. Era evidente que a nadie amaba, y de quien dijera que era amigo, era seguro que contra él conspiraba. De ningún enemigo se burlaba, pero siempre hablaba en tono burlesco de todos los que convivían con [24] él. Contra los bienes de los enemigos no maquinaba, pues creía que era difícil apoderarse de los de quienes está en guardia, pero los bienes de los amigos creía ser el único en saber que es fácil cogerlos, dado [25] que no están vigilados. A cuantos sabía que eran perjuros y malvados, los temía, en la creencia de que estaban bien armados. Sin embargo, a los piadosos y a los que practicaban la verdad, intentaba utilizarlos como [26] si no fueran hombres. Y así como uno se enorgullece de su piedad, de su sinceridad y de su justicia, del mismo modo Menón se enorgullecía de su capacidad de engaño, de urdir mentiras y de mofarse de los amigos. Al que no era malvado lo consideraba ignorante. Y cuando pretendía ser el primero en la amistad de alguien, pensaba que debía conseguirlo calumniando a [27] los que ya ocupaban ese puesto. Intentaba hacer a sus soldados sumisos mediante la complicidad en sus fechorías. Se consideraba digno de recibir honores y de tener servidores, haciendo alarde de que podría causarles los mayores daños, si quisiera. Si alguien desertaba de su servicio decía que ya era un favor por su parte el no haberlo aniquilado cuando estaba a su [28] servicio. Sobre su persona es posible equivocarse en aspectos poco conocidos, pero lo que todos saben aquí está: siendo todavía joven, consiguió de Aristipo que le nombrara estratega de las tropas extranjeras. Fue amigo íntimo, en esta época, del bárbaro

Arieo, porque a éste le gustaban los bellos muchachos. El propio Menón, siendo todavía imberbe, mantenía relaciones amorosas con Taripas, que sí tenía barba. Cuando los [29] generales griegos que hicieron la expedición militar al lado de Ciro contra el Rey fueron condenados a muerte, él, a pesar de haber hecho lo mismo, no fue condenado. Pero después de la muerte de los demás estrategos fue castigado por el Rey a morir, no como Clearco y el resto de los estrategos que fueron decapitados, muerte que parece la más rápida, sino que se dice que alcanzó la muerte viviendo torturado durante un año, como corresponde a un malvado.

Agías de Arcadia y Sócrates de Acaya murieron también. [30] Nadie se mofó de ellos como cobardes en la guerra, ni les censuró sus relaciones de amistad. Tenían ambos unos treinta y cinco años.

---

<sup>66</sup> Resumen del libro I, que no corresponde a Jenofonte. Se trata de una interpolación debida al editor que dividió la obra en siete libros.

<sup>67</sup> Región situada entre Misia y Lidia. Pérgamo era su capital.

<sup>68</sup> Rey de Esparta que, expulsado de Tracia por Cleómenes, se había refugiado en la corte de Darío. Cf. HERÓDOTO, V 75, VI 51, 61-70; VII 3, 101 y sigs.

<sup>69</sup> Profesionales que adiestraban a los soldados en el manejo de las armas durante las campañas del ejército. Cf. PLATÓN, *Laques* 181c y sigs.; *Ciropedia* I, 6, 17 y sigs.

<sup>70</sup> Única alusión en toda la obra a este personaje. Algunos comentaristas afirman que se trata del mismo Jenofonte. Sin embargo, no todos coinciden en esta apreciación.

<sup>71</sup> Expresión homérica. *Odisea* VIII 236.

<sup>72</sup> Egipto se había librado de la dominación persa bajo el reinado de Psamético (414). Los Persas pretendían subyugarlo de nuevo.

<sup>73</sup> Interpolación. Jenofonte partió de Sardes, y no de Éfeso. Estos datos proceden, posiblemente, de la *Anábasis* de Soféneto.

<sup>74</sup> Aunque se ignora su posición exacta, ha sido situada por algunos autores a lo largo del río Tigris.

<sup>75</sup> Opinan algunos comentaristas que se trata de Jenofonte.

<sup>76</sup> Ciudad situada a 200 estadios del Eufrates, según afirma Eratóstenes (ESTRABÓN, II 80).



<sup>77</sup> Afluyente del Tigris, hoy Gran Zab.

<sup>78</sup> El término griego *éphedron* designa al atleta que espera «sentado» su turno para competir con el vencedor, cuando el número de luchadores es impar. Cf. LUCIANO, *Hermótimo* 40.

<sup>79</sup> Tisafernes adula a los griegos para que no desconfíen de él. Así le será mucho más fácil aniquilarlos.

<sup>80</sup> Gorgias de Leontinos (483-375), orador y maestro de retórica. No trata de enseñar la verdad, sino de inspirar confianza a los demás. Viajero incansable, recorrió Grecia dando conferencias y enseñando retórica.

## LIBRO III

Abatimiento de las tropas griegas. Participación activa de Jenofonte en la marcha. Sueño de Jenofonte. Discursos. Es elegido estratega. Asamblea del ejército. Discursos de Quirí-sofo, Cleanor y Jenofonte. Las propuestas de Jenofonte son aceptadas. Ataques de Mitrádates y Tisafernes. Los griegos cambian el orden de marcha. El país es incendiado por los bárbaros. Los griegos se dirigen al país de los carducos ante la imposibilidad de cruzar el Tigris.

[1] [Cuanto hicieron los griegos durante la expedición de Ciro hasta la batalla, y lo que sucedió después de la muerte de Ciro, al retirarse los griegos con Tisafernes durante la tregua, en el relato anterior ha sido expuesto.]<sup>81</sup>.

[2] Una vez que los estrategos habían sido detenidos y que los capitanes y los soldados que les acompañaban habían sido ejecutados, en gran apuro se encontraban los griegos, creyendo que estaban a las puertas del Rey rodeados por todas partes de muchas tribus y ciudades enemigas y que ya nadie iba a ofrecerles mercado. Además distaban de Grecia no menos de diez mil estadios y ningún guía tenían para el viaje. Ríos infranqueables se interponían en el camino de regreso a la patria. Y los bárbaros que Ciro trajo consigo los habían traicionado. Se habían quedado solos, sin tener siquiera un jinete aliado, de manera que estaba bien claro que, vencedores, a nadie matarían y, derrotados, ninguno de ellos sobreviviría. Con estas consideraciones y estando [3] desanimados, sólo unos pocos al atardecer probaron la comida, y algunos encendieron fuego, y la mayoría no acudieron al campamento aquella noche. Cada cual se acostaba donde buenamente le cogía la noche, no pudiendo dormir de aflicción, de nostalgia de su patria, de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, a los que creían que no iba a volver a ver. Con esta disposición de ánimo descansaban todos.

Había en el ejército un ateniense, Jenofonte<sup>82</sup>, que [4] los acompañaba no como estratega, ni como capitán ni como soldado, sino que Próximo, que era su amigo desde antiguo, lo había animado a dejar su patria. Y le había prometido que, si iba, le procuraría la amistad de Ciro, cosa que él tenía para sí mismo en mayor estima que su propia patria. En efecto, Jenofonte, [5] después de leer la carta, consultó con Sócrates

de Atenas a propósito del viaje. Y Sócrates —temiendo que la ciudad le pudiera reprochar a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, puesto que, al parecer, Ciro había colaborado resueltamente con los lacedemonios en la guerra contra Atenas — aconseja a Jenofonte ir a Delfos a consultar al dios a propósito del viaje. Fue [6] Jenofonte y preguntó a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y plegarias para realizar, de la manera más provechosa y en óptimas condiciones, el viaje que tenía en proyecto y para volver sano, después de haber triunfado en su misión. Y le indicó Apolo los dioses a los que debía ofrecer sacrificios. Y una vez que regresó, contó [7] a Sócrates el oráculo. Y éste, después de escucharlo, le censuró que no hubiese preguntado en primer lugar si era mejor para él, emprender el viaje o quedarse, sino que, habiendo decidido personalmente que debía ir, se limitara a informarse sobre la manera más provechosa de realizar el viaje. Sin embargo, dijo, ya que has preguntado en estos términos, conviene que hagas [8] cuanto el dios te ha ordenado. Jenofonte, después de haber ofrecido así los sacrificios a los dioses indicados por Apolo, se hizo a la mar, y se encontró en Sardes con Próxeno y Ciro, que estaban a punto ya de partir, [9] y entabló relaciones con Ciro. Y mientras Próxeno lo animaba a quedarse, también Ciro se sumaba a este deseo y le dijo que, tan pronto como terminara la expedición, de inmediato lo devolvería a su país. Se [10] decía que la expedición era contra los pídasas. Tomaba parte en esta expedición militar, engañado de este modo —no por Próxeno, pues él no sabía que el ataque fuera contra el Rey, ni tampoco ningún otro griego, a excepción de Clearco<sup>83</sup>. Sin embargo, cuando llegaron a Cilicia, parecía ya claro para todos que la expedición era contra el Rey. Pero ya entonces, temiendo las dificultades del camino y contra su voluntad, la mayoría lo siguieron por respeto a Ciro y a los demás. Entre éstos se encontraba también Jenofonte.

[11] A causa de las dificultades existentes, compartía la aflicción de los demás y no podía dormir. Sin embargo, durante un momento en el que consiguió dormir, tuvo un sueño. Le pareció que descargaba una tormenta y que un rayo caía en la casa de su padre y que, por [12] esta causa, resplandecía toda. Muy asustado, se despertó de inmediato y,

por una parte, juzgaba el sueño favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó ver una gran luz procedente de Zeus. Pero si consideraba que el sueño procedía de Zeus como Rey, el fuego que brillaba alrededor suyo temía que significara la imposibilidad de salir del territorio del Rey porque muchos obstáculos lo impedirían. Cuál es el significado [13] de un sueño tal, es posible conocerlo por lo que sucedió después del sueño. Y ocurrió lo siguiente. Tan pronto como despertó, se le ocurrió en primer lugar esta idea: «¿Por qué estoy acostado? La noche avanza. Y con el día es lógico que los enemigos vengan. Si caemos en manos del Rey, ¿qué impedirá que nosotros, después de haber visto todo lo más penoso, después de haber sufrido todo lo más terrible, muramos ignominiosamente? Mas, de cómo nos defenderemos, nadie [14] se prepara ni se preocupa, sino que continuamos acostados, como si pudiéramos permanecer inactivos. Por consiguiente, respecto a mí, ¿de qué ciudad espero que acuda el estratega que hará lo necesario?, ¿a qué edad espero llegar? Porque yo, al menos, ya no llegaré a viejo, si hoy me entrego al enemigo.»

A continuación se levanta y convoca primero a los [15] capitanes de Próximo. Cuando estuvieron reunidos, dijo: «Yo, capitanes, no puedo dormir, ni creo que tampoco vosotros, ni puedo seguir acostado a la vista de la situación en la que nos encontramos. Porque es evidente [16] que los enemigos no nos han declarado la guerra antes de haber juzgado que sus preparativos estaban bien dispuestos, mientras que ninguno de nosotros se preocupa de cómo luchar con las máximas garantías de éxito. Y, ciertamente, si cedemos y caemos en manos [17] del Rey, ¿qué pensamos que nos ocurrirá? Una persona que, a su hermano, nacido de la misma madre, incluso después de muerto, le cortó<sup>84</sup> la cabeza y la mano y las clavó en una cruz. Y nosotros, que no tenemos ningún protector, que combatimos contra él con la intención de convertirle de Rey en esclavo y matarle si pudiéramos ¿qué pensamos que nos ocurriría? [18] ¿No lo intentaría todo, a fin de, tras habernos inferido los mayores ultrajes, infundir miedo a todos los hombres para que nunca emprendieran una expedición militar [19] contra él? Pues bien, para no caer en sus manos hay que

intentarlo todo. Yo, en efecto, mientras se mantenía la tregua, nunca cesaba de compadecernos y de felicitar al Rey y a los suyos, al contemplar la inmensidad y calidad de su tierra, sus abundantes recursos, la cantidad de servidores, de ganado, de oro [20] y de vestidos. Sin embargo, cuando pensaba en la situación de los soldados, faltos de todos estos bienes a no ser que los compraran —y sabía que pocos contábamos con medios para ello—, y que los juramentos nos impedían obtener los víveres de otro modo que no fuera comprándolos, tenía más miedo en aquellas ocasiones —reflexionando sobre estas cosas— que ahora [21] tengo a la guerra. Pero ya que aquéllos han roto la tregua me parece que se ha terminado también su abuso y nuestras dificultades. Porque estos bienes se hallan ya en medio<sup>85</sup>, como premios, para los que de entre nosotros sean más valientes. Y son árbitros del certamen los dioses, que, como es natural, estarán a [22] nuestro lado. Pues éstos han perjurado contra ellos. En cambio, nosotros, a pesar de ver bienes en abundancia, nos absteníamos de ellos con firmeza, por fidelidad a los juramentos a los dioses. De manera que, a mi entender, nos es lícito ir al combate con mucha más confianza [23] que aquéllos. Además, tenemos cuerpos más aptos que los suyos para soportar fríos, calores y fatigas. Y contamos también con mejor disposición de espíritu, con ayuda de los dioses. Los enemigos, además, son más vulnerables y fáciles de matar que nosotros, si los dioses, como hasta ahora, nos conceden la victoria. Pero posiblemente también otros se [24] hacen las mismas reflexiones. ¡Por los dioses!, no debemos esperar a que vengan otros a invitarnos a gestas hermosísimas, sino empecemos nosotros a incitar también a los demás al valor. Demostrad que sois los mejores capitanes y más dignos de ser estrategos que los propios estrategos. Y yo, si queréis emprender [25] esta iniciativa, estoy dispuesto a seguiros. Pero si me ordenáis que os guíe, de ninguna manera pongo como pretexto la edad, sino que incluso considero que estoy en plenitud de condiciones para apartar los peligros que acechen.» Eso fue lo que dijo. Y los jefes, después [26] de oírlo, todos le pidieron que tomara el mando, excepto un tal Apolónides que hablaba beocio. Éste dijo que decía tonterías todo el que afirmara que se podría conseguir la salvación de otro modo que no fuera

convenciendo al Rey, si se podía, y al mismo tiempo empezaba a enumerar las dificultades. Pero Jenofonte [27] le interrumpió y dijo así: «¡Singularísimo hombre! Tú no comprendes nada ante la evidencia, ni recuerdas lo que oyes. Sin embargo, estabas presente igual que éstos cuando el Rey, después de la muerte de Ciro, orgulloso por este hecho, nos transmitió la orden de entregar las armas. Y puesto que nosotros [28] no las entregamos, sino que vinimos armados y acampamos a su lado, ¿qué no hizo, enviando embajadores, pidiendo treguas, suministrando víveres hasta que consiguió las treguas? Y cuando los estrategos y [29] los capitanes, como tú aconsejas, fueron a hablar con ellos sin armas, confiando en la tregua, ¿no es cierto que ahora, golpeados, fustigados, ultrajados, ni siquiera pueden morir, los desgraciados, aunque, pienso, muchos lo preferirían? Tú, a pesar de que sabes todo eso, ¿afirmas que dicen tonterías los que animan a la defensa y crees que debemos ir de nuevo a convencerlo? [30] A mí, compañeros, me parece que a tal sujeto no debemos admitirle entre nosotros sino degradarlo y utilizarlo como acémila. Porque este hombre deshonor a su patria y a Grecia entera, porque, siendo griego, [31] se comporta así.» Entonces tomó la palabra Agasias de Estinfalia y dijo: «Éste no pertenece en absoluto ni a Beocia ni a Grecia, porque he visto que tiene las dos orejas agujereadas como un lidio» <sup>86</sup>. Y así era.

[32] Por consiguiente, lo expulsaron. Los demás recorrían las filas y llamaban al estratego, donde éste seguía con vida. Si había muerto, a su lugarteniente y donde [33] el capitán seguía con vida, al capitán. Cuando todos estuvieron reunidos, se sentaron en el campamento. Los reunidos sumaron, entre estrategos y capitanes, aproximadamente un centenar. Cuando esto ocurría era [34] casi medianoche. Entonces, Jerónimo de Elea, el mayor de los capitanes de Próximo, empezó a hablar en estos términos: «Nos ha parecido oportuno, estrategos y capitanes, a la vista de la situación presente, reunirnos y convocaros para tomar, si pudiéramos, una decisión adecuada. Y tú, Jenofonte, añadió, di ahora también lo que nos dijiste a nosotros.»

[35] Seguidamente, Jenofonte habla en estos términos: «Todos sabemos que el Rey y Tisafernes han apresado a cuantos de nosotros pudieron y, respecto a los demás, es evidente que conspiran para aniquilarlos, si pueden. A mi entender, al menos, debemos intentarlo todo para no caer nunca en manos de los bárbaros, [36] sino más bien que aquéllos caigan en las nuestras. Por tanto, sabed bien que vosotros, siendo tan gran número como ahora os habéis reunido, tenéis una oportunidad excelente. Porque todos esos soldados os miran y, si os ven desanimados, todos serán cobardes. Pero si vosotros os preparáis claramente para atacar a los enemigos y animáis a los demás, sabed bien que os seguirán e intentarán imitaros. Sin duda alguna también [37] tenéis el deber de destacar sobre ellos. Pues vosotros sois estrategos; vosotros, taxiarcos y capitanes. Cuando había paz, vosotros erais superiores en dinero<sup>87</sup> y en honores. Cuando hay guerra, es preciso que consideréis un mérito ser más valientes que la masa, ser los primeros en deliberar y en esforzaros por ellos, si fuera preciso. Y ahora pienso que vosotros haríais [38] un gran favor al ejército si, ante todo, os preocuparais de sustituir lo más rápidamente posible a los estrategos y capitanes muertos. Porque sin jefes nada aceptable ni grande podría llevarse a cabo —por decirlo en pocas palabras— en ninguna parte, pero, sobre todo, en las acciones de guerra. Pues la disciplina supone salvación, mientras que la indisciplina ha perdido ya a muchos. Una vez que hayáis nombrado a cuantos [39] jefes sea preciso, si reunierais también a los demás soldados y los animarais, pienso que actuaríais muy oportunamente. Porque ahora, posiblemente, os dais [40] cuenta también vosotros de que han acudido a las armas con desaliento y sin ánimo también hacen las guardias. De modo que, en estas circunstancias, no sé qué se podría obtener de ellos, tanto si fueran precisos sus servicios de noche como de día. Mas si alguien cambia [41] su criterio, para que no piensen sólo en los sufrimientos que les esperan, sino en lo que tendrán que [42] hacer, muchos estarán más animados. Sabéis también que ni el número ni la fuerza es lo que da las victorias en la guerra, sino que quienes, con ayuda de los dioses, se lanzan con ánimo más resuelto contra los enemigos, éstos, en general, no encuentran adversario que resista.



[43] »Y yo en particular, compañeros, estoy convencido de que, los que en la guerra buscan por todos los medios conservar la vida, éstos por lo general mueren cobarde y vergonzosamente, mientras que, quienes han comprendido que la muerte es común e ineludible para todos los hombres y luchan para morir con honor, veo que éstos llegan frecuentemente a la vejez y, mientras [44] viven, son más felices. Es preciso también que nosotros, habiendo aprendido esta lección, seamos valientes y [45] animemos a los demás a serlo.» Dicho esto, terminó. A continuación, habló Quirísofo: «Hasta este momento, Jenofonte, sólo te conocía en la medida en que había oído decir que eras ateniense, pero ahora te elogio por lo que dices y haces, y me gustaría que hubiera muchos [46] más como tú. Pues sería bueno para todos. Y ahora, dijo, no aguardemos, compañeros. Salid ya y elegid a los jefes que faltan y, una vez elegidos, venid al centro del campamento y traedlos. Luego, convocaremos a los demás soldados. Preséntese también ante nosotros, [47] indicó, el heraldo Tólmides.» Y al mismo tiempo que pronunció estas palabras, se puso en pie, para cumplir lo debido sin pérdida de tiempo. A continuación, fueron elegidos los jefes: en lugar de Clearco, Timasión de Dárdano<sup>88</sup>; en vez de Sócrates, Janticles de Acaya; en lugar de Agias, Cleanor de Arcadia; en lugar de Menón, Filesio de Acaya, y, en lugar de Próximo, Jenofonte de Atenas.

[2] Cuando terminó la elección, apenas despuntaba el día. Los jefes se dirigieron al centro del campamento y decidieron poner puntos de guardia avanzados y convocar a los soldados. Y, una vez que el resto de los soldados estuvieron reunidos, se puso en pie, en primer lugar, Quirísofo de Lacedemonia y habló así: «Soldados, difícil es la situación presente, porque hemos [2] perdido a unos estrategos, capitanes y soldados de cualidades por todos conocidas. Por si esto fuera poco, Arieo y los suyos, que hasta ahora eran aliados nuestros, nos han traicionado. Sin embargo, es preciso, en [3] las circunstancias presentes, estar en plenitud de fuerzas como hombres valientes y no ceder, sino intentar encontrar la manera de, si podemos, vencer con honor y salvarnos. Y si no, muramos al menos con honor y jamás estaremos sometidos, en vida, a los enemigos.



Pues pienso que nosotros sufriríamos la suerte que ojalá los dioses reserven a los enemigos.» Después de [4] éste, Cleanor, el orcomenio, se puso en pie y dijo: «Veis, compañeros, el perjurio del Rey y su impiedad, veis también la infidelidad de Tisafernes, el que, diciendo que era vecino de Grecia y que pondría su mayor empeño en salvarnos, después de haber ratificado personalmente estas promesas mediante un juramento, después de habernos estrechado la mano, ha capturado, él mismo, a los estrategos con engaños y no ha respetado a Zeus hospitalario. Sin tener siquiera en cuenta que Clearco era su compañero de mesa, lo engañó con esta demostración de amistad y mató a nuestros soldados. Y Arieo, al que queríamos nombrar [5] Rey y con quien pactamos mutuas garantías de seguridad, también éste, sin temer a los dioses ni respetar a Ciro ya muerto (en vida de Ciro había recibido especiales honores), se ha pasado ahora al bando de los peores enemigos de aquél e intenta perjudicarnos a nosotros, los amigos de Ciro. Pero, ¡ojalá los dioses [6] les den su merecido! Y es preciso que nosotros, a la vista de esta situación, no nos dejemos engañar nunca más por ellos, sino que, luchando con el máximo ardor posible, suframos la suerte que los dioses determinen.» [7] Seguidamente, se pone en pie Jenofonte, vestido con la mejor armadura que pudo, en la creencia de que, si los dioses le concedían la victoria, era adecuado para el vencedor el atavío más hermoso y de que si debía morir, lo oportuno era hacerlo con aquellas galas que uno considera el más digno vestido. Y empezó así el discurso: [8] «Al perjurio y a la infidelidad de los bárbaros se refiere Cleanor, pero también vosotros los conocéis, pienso. Si, pues, queremos dirigirnos de nuevo a ellos en plan de amistad, forzosamente debemos tener gran desánimo, al ver qué suerte han corrido los estrategos, los que, por confiar en ellos, se pusieron en sus manos. Pero si pensamos aplicarles con las armas el castigo por lo que han hecho y, en adelante, entrar en guerra total con ellos, con la ayuda de los dioses, tenemos [9] muchas y magníficas esperanzas de salvación.» Mientras decía esto, alguien estornuda<sup>89</sup>. Al oírlo, los soldados, todos a la vez, se arrodillaron ante el dios y Jenofonte dijo: «Me parece conveniente, compañeros, puesto que mientras nosotros hablábamos de salvación se ha manifestado un augurio de

Zeus salvador, comprometernos a ofrecer sacrificios a este dios, tan pronto como lleguemos a un país amigo, y también sacrificar a los demás dioses de acuerdo con nuestras posibilidades. Y el que considere esto oportuno, dijo, que levante la mano.» Todos la levantaron. Acto seguido, hicieron el voto y entonaron el peán. Y, una vez que las obligaciones con los dioses fueron bien resueltas, reanudó [10] el discurso con estas palabras: «Os decía que teníamos muchas y magníficas esperanzas de salvación. Porque, en primer lugar, hemos sido fieles a los juramentos contraídos con los dioses, mientras que los enemigos han perjurado y han roto la tregua contra los juramentos. Y siendo así, es natural que los dioses sean contrarios a los enemigos y favorables para nosotros. Ellos son capaces de empequeñecer en un instante a los poderosos y de salvar con facilidad a los desvalidos, aunque se hallen en situación angustiosa, si se lo proponen. A continuación os recordaré también [11] los peligros de nuestros antepasados, para que sepáis que os conviene ser valientes, y que con la ayuda de los dioses los valientes se salvan de las más terribles dificultades. Cuando los persas y sus aliados partieron con un ejército numerosísimo para aniquilar Atenas, los atenienses únicamente se atrevieron a resistirles y los vencieron<sup>90</sup>. Y habiendo prometido a la [12] diosa Ártemis sacrificar tantas cabras como enemigos mataran, como no podían encontrarlas en número suficiente, decidieron sacrificar anualmente quinientas y todavía ahora las sacrifican<sup>91</sup>. Después, cuando Jerjes, [13] más tarde, logró reunir un innumerable ejército y se dirigió contra Grecia, también en aquella ocasión vencieron nuestros antepasados a los antepasados persas por tierra y por mar<sup>92</sup>. Y como prueba de esto se pueden ver los trofeos, pero el testimonio más fehaciente es la libertad de las ciudades en las que habéis nacido y os habéis criado. Pues no os arrodilláis ante ningún hombre, como dueño absoluto, sino ante los dioses. De tales antepasados procedéis.

[14] »Desde luego no quiero yo insinuar que sois motivo de vergüenza para ellos. Al contrario, todavía no hace muchos días que, alineados contra los descendientes de aquéllos, vencíais, con la ayuda de los dioses, a un [15] ejército mucho

más numeroso que el vuestro. Y mostrasteis vuestro valor cuando se trataba de elevar a Ciro al poder. Pero ahora, cuando está en juego vuestra salvación, os conviene sin duda ser mucho más [16] valientes y arrojados. Por otra parte, os conviene también ahora estar más seguros de vosotros mismos frente a los enemigos. Porque, entonces, vosotros, que no los conocíais y a pesar de que veíais su innumerable multitud, os atrevisteis, con la gallardía de vuestros padres, a atacarlos. Y ahora, cuando habéis visto que no tienen valor para aguantar a pie firme vuestro ataque a pesar de doblaros en número, ¿por qué, todavía, [17] tenéis que temerlos? Tampoco penséis que estáis en inferioridad de condiciones porque Arieo y los suyos, alineados hasta la fecha con nosotros, ahora nos hayan abandonado. Pues éstos todavía son más cobardes que los derrotados por nosotros. En efecto, huyeron con aquéllos, después de habernos abandonado. Y es preferible ver a los que quieren iniciar la huida luchando [18] con los enemigos que en nuestras filas. Si alguno de vosotros está desanimado porque no tenemos jinetes, mientras que los enemigos tienen muchos, pensad que diez mil jinetes no son sino diez mil hombres. Pues nunca nadie murió en combate, ni víctima de un mordisco de caballo ni de una cox. Son los hombres los [19] autores del desenlace de las batallas. Por consiguiente, nosotros estamos sobre una base mucho más segura que los jinetes, porque ellos están suspendidos sobre los caballos y tienen miedo no sólo de nosotros, sino también de caer. Mientras que nosotros, afianzados en tierra, golpearemos con mucha fuerza, si alguien nos ataca y los alcanzaremos mucho mejor donde queramos. En un solo aspecto los jinetes nos aventajan: pueden huir con más seguridad que nosotros<sup>93</sup>. Si [20] afrontáis el combate con valor, pero os afligís porque Tisafernes ya no será vuestro guía ni el Rey os ofrecerá mercado, considerad si es mejor tener como guía a Tisafernes, el cual es evidente que conspira contra nosotros, o que mandemos guiar a los hombres que apremos, los cuales sabrán que, si cometen un error con nosotros, perderán sus vidas. Y respecto a los [21] víveres, ¿es mejor comprarlos en el mercado que éstos nos proporcionaban, en pequeñas cantidades por mucho dinero, que ya tampoco tenemos, o cogerlos nosotros mismos, si vencemos, en la cantidad que cada cual quiera?

»Si comprendéis que esto es lo mejor, pero pensáis [22] que los ríos son algo infranqueables y consideráis haber cometido un gran error al haberlos cruzado, tened en cuenta que los bárbaros han cometido también esta suprema tontería. Pues todos los ríos, aunque lejos de su nacimiento son infranqueables, remontándose en dirección ascendente resultan vadeables sin mojar apenas las rodillas.

»Y si ni los ríos nos permiten pasar ni ningún guía [23] nos aparece, tampoco debemos desanimarnos por eso. Porque sabemos que los misios, de los que no diríamos que son más valientes que nosotros, habitan en el país del Rey muchas ciudades prósperas y grandes. Conocemos otro tanto de los písidas. Hemos visto con nuestros propios ojos que los licaones, mediante el dominio de los puntos estratégicos en las llanuras, recogen el [24] fruto de la tierra de éstos. Yo, por mi parte, diría que nosotros no debemos poner de manifiesto todavía que estamos ansiosos de volver a nuestro país, sino que nos estamos preparando como para vivir aquí. Pues sé que el Rey daría a los misios muchos guías, muchos rehenes para garantizar su retirada, incluso les abriría un camino, aunque quisieran partir en cuadrigas. Y sé que con nosotros lo haría tres veces más a gusto, si viera que nosotros hacemos los preparativos para quedarnos. [25] Pero temo que, una vez aprendamos a vivir ociosos, a pasar nuestros días en la abundancia, a tener relaciones íntimas con las mujeres casadas y solteras de los medos y de los persas, hermosas y exuberantes, olvidemos, como los lotófagos<sup>94</sup>, el camino de regreso a [26] casa. Por consiguiente, me parece natural y justo, en primer término, intentar llegar a Grecia y junto a nuestras familias, y demostrar a los griegos que son pobres porque quieren, ya que les es posible traer aquí a los ciudadanos que ahora a duras penas viven allá y verles ricos.

»Porque, compañeros, todos esos bienes es evidente que pertenecen a los vencedores. Ahora debo decir cómo podríamos emprender la marcha con la máxima seguridad y, si hay que combatir, cómo lo podríamos [27] hacer con el máximo éxito. Pues bien, en primer lugar, dijo, me parece oportuno quemar los carros que tenemos, para que nuestras yuntas no condicionen nuestra expedición sino que sigamos el

camino que más convenga al ejército. Luego, también quemar, al tiempo, las tiendas porque causan molestias para transportarlas y no son de ninguna utilidad ni para combatir ni [28] para proporcionar víveres. Más aún, eliminemos también los demás bagajes superfluos, excepto lo que necesitamos para la guerra, para comer o para beber, a fin de que el mayor número posible de nosotros esté en armas y los menos tengan que transportar bagajes. Porque sabed que, si sois vencidos, todo irá a parar a los enemigos, pero, si vencemos, podremos considerar también a los enemigos acemileros nuestros.

»Me resta decir lo que precisamente considero de [29] suma importancia. Veis que los enemigos no se atrevieron a declararnos la guerra hasta que capturaron a nuestros estrategos, en la creencia de que, mientras tuviéramos jefes y los obedeciéramos, seríamos capaces de triunfar en la guerra. En cambio, pensaban que, una vez apresados los jefes, nos aniquilarían debido a la anarquía y a la indisciplina. Por consiguiente, es preciso [30] que los jefes de ahora sean mucho más diligentes que los de antes, y los subordinados mucho más disciplinados y obedientes a los jefes ahora que antes. Y [31] si alguien desobedece, debéis votar que el que de vosotros se encuentre presente allá colabore siempre con el jefe en el castigo. De este modo, los enemigos se sentirán muchísimo más frustrados. Porque en este día, en vez de uno sólo, verán diez mil clearcos, que no consentirán a nadie ser cobarde. Mas ya es hora de [32] terminar. Posiblemente los enemigos se presentarán de inmediato. Así, pues, a quien parezca correcta esta propuesta, ratifíquela a la mayor brevedad posible, para ponerla en práctica. Pero si alguno tiene otra idea mejor, que se atreva a explicarla, aunque sea un soldado raso. Pues todos deseamos la salvación común.»

Después de esto, Quirísofo dijo: «Si hay que añadir [33] algo más a lo dicho por Jenofonte, habrá que considerarlo en seguida. Pero lo que ha dicho ahora me parece que lo mejor es someterlo a votación con la mayor celeridad posible. Quien esté de acuerdo que levante la mano.» Todos la levantaron.

[34] De nuevo se puso en pie Jenofonte y dijo: «Compañeros, escuchad esta nueva propuesta. Es evidente que debemos encaminarnos a donde tengamos víveres, y tengo

entendido que hay aldeas hermosas a no más [35] de veinte estadios de distancia. Pues bien, no me extrañaría que los enemigos, a la manera que los perros cobardes persiguen y muerden, si pueden, a los que pasan, pero huyen de los que los atacan, también nos [36] persiguieran al retirarnos. Posiblemente, pues, es más seguro para nosotros emprender la marcha con los hoplitas dispuestos en cuadro, para que la impedimenta y el grueso del ejército estén más seguros. Por consiguiente, si ahora designamos a los que deben estar al frente del cuadro<sup>95</sup> y proteger la vanguardia, a los que tienen que estar al frente de cada uno de los flancos y a los de la retaguardia, no tendríamos que [37] deliberar cuando los enemigos ataquen. Bastará con utilizar de inmediato las tropas dispuestas tácticamente. Si alguien, pues, ve otra solución mejor, que prevalezca ésa. Pero si no, que sea guía Quirísofo, puesto que también es lacedemonio. Que se ocupen de cada uno de los flancos los estrategos más viejos. Los más jóvenes, Timasión y yo, estaremos de momento [38] en la retaguardia. Más adelante, una vez experimentada esta táctica, deliberaremos lo que en todo momento parezca mejor. Y si alguien ve otra solución mejor, que lo diga.» Y como nadie replicaba, siguió: «Quien esté de acuerdo con esto que levante la mano.» Se [39] acordó la propuesta. Pues bien, ahora, dijo, debemos retirarnos y hacer lo convenido. Y todo el que desee ver a su familia tenga bien presente el ser valiente. Quien desee seguir viviendo procure vencer, porque es propio de los vencedores matar, y de los derrotados morir. Y si alguien desea riquezas, que procure vencer, pues también los vencedores conservan sus bienes y se apoderan de los bienes de los derrotados.»

Pronunciados estos discursos, se levantaron y se fueron [3] a quemar los carros y las tiendas. Se repartieron lo sobrante dando a cada uno lo que necesitaba y arrojaban al fuego el resto. Hecho esto, desayunaron. Y en mitad del desayuno se presentan Mitrádates con unos treinta jinetes y, habiendo llamado a los estrategos para conversar en privado, les habla en estos términos: «Yo, también, griegos, era leal a Ciro, como vosotros [2] sabéis, y ahora estoy bien dispuesto con vosotros, pero también estoy aquí pasando mucho miedo. Si viera, en

efecto, que vosotros tomáis una decisión salvadora, me uniría a vosotros con todos mis servidores. Decidme, pues, qué proyectáis, como amigo vuestro, bien dispuesto y que quiere emprender la marcha con vosotros.» Deliberaron los estrategos y acordaron dar esta [3] respuesta. Dijo Quirisofo: «Hemos decidido, si se nos permite regresar a nuestra patria, cruzar el país haciendo el menor daño posible, pero si alguien nos impide el paso, luchar con la mayor fuerza posible.» A [4] continuación, Mitrádates intentó demostrar que era imposible salvarse contra la voluntad del Rey. Entonces comprendieron que había sido enviado como espía, pues lo acompañaba para mayor seguridad uno de los familiares de Tisafernes. Y, a partir de este momento, [5] decidieron los estrategos que la mejor decisión era hacer la guerra sin heraldos mientras se hallaran en tierra enemiga, porque éstos se acercaban a los soldados e intentaban sobornarlos. Esto lo hicieron, por lo menos con un capitán de Arcadia, al que consiguieron sobornar y desertó por la noche con unos veinte hombres.

[6] Después de esto, cuando terminaron el desayuno atravesaron el río Zapatas avanzando en orden, con las acémilas y el grueso del ejército en medio. No habían hecho mucho camino y se presentó de nuevo Mitrádates, con unos doscientos jinetes y unos cuatrocientos [7] arqueros y honderos, muy ligeros y ágiles. Se acercaba como si fuera amigo de los griegos. Pero, cuando estuvieron cerca, de pronto, los jinetes y los soldados de infantería dispararon sus arcos y los otros las hondas y produjeron heridos. La retaguardia de los griegos lo pasó mal, pues no consiguió rechazar el ataque, porque los cretenses no alcanzaban con los arcos a los persas y, además, armados con armas ligeras, habían quedado encerrados dentro de los hoplitas. Y los soldados armados con jabalina disparaban demasiado cerca como para alcanzar a los honderos. [8] Después de esto, Jenofonte decidió que debía emprenderse la persecución y así lo hicieron los hoplitas y peltastas que se encontraban con él en la retaguardia. Pero, a pesar de la carrera, no apresaron a ningún [9] enemigo. Pues los griegos no tenían jinetes y los soldados de a pie no podían alcanzar, en poco terreno, a los soldados de a pie enemigos, que huían más lejos, porque no podían en su persecución alejarse mucho [10] del resto del

ejército. En cambio, los jinetes bárbaros, al tiempo que huían, herían, disparando sus arcos desde los caballos en su retirada. Y los griegos, lo que avanzaban en la persecución debían retrocederlo combatiendo. [11] De modo que en todo el día no recorrieron más de veinticinco estadios. Sin embargo, al atardecer, llegaron a las aldeas.

Entonces cundió de nuevo el desánimo. Y Quirísofo y los estrategos más ancianos acusaban a Jenofonte por haber perseguido a los enemigos alejándose de la falange, corriendo él mismo peligro y sin haber podido [12] causar más daño a los enemigos. Y después de oírlos, Jenofonte dijo que lo acusaban con razón y que los propios hechos testificaban en favor de ellos. «Sin embargo, yo, dijo, me sentí obligado a la persecución, porque veía que nosotros sufríamos penalidades permaneciendo quietos sin poder hacerles frente. Y, una [13] vez que emprendimos el ataque, siguió, tenéis razón al decir que no pudimos causar más daño a los enemigos y que nos retiramos con todo tipo de dificultades. Por consiguiente, debemos dar gracias a los dioses, [14] porque no se presentaron con muchas fuerzas sino con pocas, de modo que no nos causaron grandes daños y, en cambio, nos han revelado nuestras deficiencias. Porque ahora los enemigos disparan el arco y la honda [15] a una distancia tal, que los cretenses no pueden hacerlo ni los que lanzan dardos con la mano pueden alcanzarlos. Y siempre que los persigamos, no podemos hacerlo alejándonos mucho del ejército, y en poco espacio un soldado de a pie, aunque fuera rápido, tampoco podría alcanzar en su persecución a otro separado por la distancia de un tiro de arco.

»Si nosotros, en efecto, queremos impedir que puedan [16] atacarnos mientras avanzamos, necesitamos cuanto antes honderos y jinetes. Tengo entendido que en nuestro ejército hay rodios, la mayoría de los cuales, se dice, saben tirar con honda y su dardo llega, incluso, dos veces más lejos que las hondas persas. Éstas tienen un corto alcance debido a que tiran piedras [17] del tamaño de una mano. En cambio los rodios saben usar bolas de plomo. Así, pues, si buscamos [18] entre ellos los que tienen hondas, y se las pagamos, y al que quiera trenzar otras también lo pagamos, y encontramos otra



exención cualquiera para el que acepte alistarse como hondero, posiblemente se presentarán algunos capaces de ayudarnos. Veo también [19] que hay caballos en el ejército, unos me pertenecen a mí, otros los dejó Clearco y muchos otros, botín de guerra, que llevan bagajes. Si seleccionamos todos éstos y los sustituimos por acémilas y preparamos los caballos para los jinetes, tal vez éstos puedan entorpecer [20] la retirada a los enemigos.» Pareció bien esta propuesta. Aquella noche se reclutaron unos doscientos honderos. También caballos y jinetes fueron escogidos, al día siguiente, en número aproximado de cincuenta y se les proporcionaron cubiertas de cuero y corazas. Fue designado jefe de la caballería Licio de Atenas, hijo de Polístrato.

[4] Aquel día lo pasaron allí y, al siguiente, reanudaron la marcha habiéndose levantado más temprano. Pues debían atravesar un barranco por el que temían ser [2] atacados por los enemigos. Y cuando ya lo habían cruzado, se presenta de nuevo Mitrádates con mil jinetes y unos cuatro mil arqueros y honderos. Había pedido a Tisafernes tan gran número, y lo había obtenido, con la promesa de que, si se los daba, le entregaría a los griegos, envaneciéndose porque en el anterior ataque, con pocos efectivos, no había sufrido ningún daño y, en cambio, creía haber causado grandes [3] males. Y, una vez que los griegos hubieron cruzado y se hallaban a una distancia aproximada del barranco de ocho estadios, cruzó también Mitrádates con sus fuerzas. Habían sido designados los hoplitas y peltastas que debían emprender la persecución, y se había dicho a los jinetes que se sumaran a la carrera con ardor, porque una fuerza suficiente de apoyo los [4] seguiría. Después que Mitrádates ya había conseguido alcanzarlos y ya les llegaban los disparos de las hondas y de los arcos, entre los griegos se oyó la señal de la trompeta e, inmediatamente, los que habían sido designados empezaron a correr, todos, a la vez, y los jinetes cargaron. Los enemigos no ofrecieron resistencia, [5] sino que huyeron hacia el barranco. En esta persecución murieron muchos soldados bárbaros de infantería y, en el barranco, fueron apresados vivos unos dieciocho jinetes. Y los griegos, por iniciativa propia, mutilaron a los muertos, a fin de que fuera para los bárbaros el espectáculo más espeluznante de ver.

Los enemigos, después de semejante resultado, se [6] retiraron, mientras que los griegos avanzaron el resto del día con seguridad y llegaron hasta el río Tigris. Allí había una ciudad desierta, grande, cuyo nombre [7] era Larisa, habitada antiguamente por los medos. La anchura de su muralla era de veinticinco pies y su altura de cien. Su perímetro era de dos parasangas. Había sido construida con ladrillos cocidos y estaba asentada sobre unos cimientos de piedra de veinte pies de altura. El Rey de los persas, cuando éstos pretendían [8] apoderarse del imperio de los medos, la asediaba y no podía tomarla de ninguna manera. Pero una nube ocultó el sol<sup>96</sup> y la hizo invisible, hasta que sus moradores la abandonaron, y así fue tomada. Junto a esta [9] ciudad había una pirámide<sup>97</sup> de piedra de un pleetro de ancho y dos de alto. Sobre ésta había muchos bárbaros que habían huido de las aldeas próximas.

Desde allí recorrieron, en una etapa, seis parasangas [10] hasta una muralla desierta, grande, situada junto a una ciudad. El nombre de la ciudad era Mespila<sup>98</sup>; en otro tiempo la habían habitado los medos. Los cimientos de la muralla eran de piedra pulimentada, incrustada de conchas; tenía cincuenta pies de ancho y cincuenta de alto. Sobre ésta se había construido una [11] muralla de ladrillos de cincuenta pies de anchura y cien de altura. Seis parasangas medía el perímetro de la muralla. Aquí se cuenta que Medea, mujer del Rey, se refugió cuando los medos perdieron el imperio a [12] manos de los persas. Y el Rey de los persas, a pesar del asedio a que se sometía a esta ciudad, no podía tomarla ni por el tiempo ni por la fuerza, pero Zeus, con un trueno, aterrorizó a sus habitantes, y así fue tomada<sup>99</sup>.

[13] Desde allí recorrieron, en una etapa, cuatro parasangas. En el curso de esta etapa apareció Tisafernes. Vino con sus jinetes y con las fuerzas de Orontas, que estaba casado con la hija del Rey, con los bárbaros que Ciro llevó en su expedición y con los que el hermano del Rey había auxiliado al Rey, y además de éstos, con cuantos el Rey le había dado, de manera que el ejército [14] presentaba un aspecto muy poderoso. Y cuando estuvo cerca, dispuso unas formaciones detrás, otras las situó en los flancos, pero no se atrevió a atacar ni quiso arriesgarse, sino que ordenó disparar hondas y [15]

arcos. Pero cuando los rodios, dispuestos en orden de batalla, dispararon sus hondas y los arqueros [escitas] sus arcos, y nadie fallaba el tiro, pues no era fácil aunque se lo hubieran propuesto, Tisafernes retrocedió muy deprisa fuera del alcance de los dardos y los demás destacamentos retrocedieron también.

[16] Y el resto del día, unos proseguían la marcha y los otros seguían. Los bárbaros ya no causaban daño entonces con las escaramuzas porque los rodios, al menos, disparaban sus hondas más lejos que los persas [17] y sus arqueros. Grandes eran también los arcos de los persas, de manera que cuantas flechas cogían eran útiles a los cretenses, y seguían utilizando las flechas de los enemigos y se ejercitaban en el manejo del arco disparando lejos hacia lo alto. Se encontraban también en las aldeas muchas cuerdas de arco y plomo que utilizaban para las hondas. En este día, cuando los griegos [18] acamparon en las aldeas que encontraron, los bárbaros se retiraron, habiéndoles correspondido la peor parte en la escaramuza. Al día siguiente, los griegos permanecieron allí y buscaron provisiones, pues había mucho trigo en las aldeas. Al otro día avanzaron a través de la llanura y Tisafernes los seguía disparándoles de lejos.

Entonces los griegos comprendieron que una formación [19] en cuadro de lados iguales no era conveniente si los enemigos seguían sus pasos. Pues es necesario —si las alas del cuadro efectúan una maniobra convergente, ya porque el camino se hace más estrecho, ya porque una montaña o un puente obligan a ello— que los hoplitas se apretujen y avancen con dificultad, agobiados y desordenados, de manera que [a la fuerza], estando en desorden, resultan inútiles. Por el contrario, cuando [20] las alas vuelven a su posición primitiva, necesariamente se separan los que entonces se apretujaban, queda vacío el centro de las alas y se desaniman los que sufren esto, si los enemigos siguen sus pasos. Y cuando era preciso atravesar un puente o un paso cualquiera, todos se apresuraban queriendo llegar en primer lugar. Y entonces era fácil para los enemigos atacarlos. Cuando los estrategos comprendieron estos [21] problemas, formaron seis compañías de cien hombres cada una al frente de un capitán. Además hicieron

compañías de cincuenta y de veinticinco con otros jefes al mando. Y en el avance, al reducirse las alas, estas tropas se paraban para no estorbarlos y, quedándose atrás, seguían su camino por fuera de las alas. Por el [22] contrario, cuando se separaban los flancos del cuadro, llenaban el centro, si la separación era demasiado estrecha, por compañías de cien hombres; si era demasiado ancha, por secciones de cincuenta, y si era muy ancha, por secciones de veinticinco. De modo que el [23] centro podía estar así siempre lleno. Y si era preciso atravesar un desfiladero o un puente, no se producía alboroto, sino que los capitanes cruzaban sucesivamente. Y si alguna vez era necesario formar en falange, éstos marchaban paralelamente. De este modo recorrieron cuatro etapas.

[24] Y cuando recorrían la quinta etapa, vieron un palacio real y, a su alrededor, muchas aldeas; el camino hacia este lugar discurría a través de elevadas colinas, que descendían de la montaña al pie de la cual estaba la aldea. Vieron las colinas con satisfacción los griegos, como es natural cuando los enemigos son jinetes. [25] Y cuando, al salir de la llanura, subieron a la primera colina <y> estaban bajando para subir a la otra, entonces se presentaron los bárbaros y, desde lo alto, disparaban hacia la pendiente, con hondas y con arcos, [26] obligados a golpes de látigo. Hirieron a muchos, vencieron a los soldados griegos de infantería ligera y los encerraron entre los hoplitas, de manera que durante este día resultaron absolutamente inútiles, honderos y [27] arqueros, en medio de la multitud. Cuando, agobiados los griegos, intentaron la persecución, con lentitud alcanzan la cima, por tratarse de hoplitas, mientras [28] que los enemigos se apartaban con rapidez. Cada vez que se retiraban de nuevo hacia el resto del ejército, sufrían la misma suerte, y en la segunda colina ocurría lo mismo, de manera que, a partir de la tercera colina, decidieron no mover los soldados hasta haber conducido a los peltastas desde el flanco derecho del [29] cuadro a la montaña. Cuando éstos estuvieron por encima de los enemigos que seguían sus pasos, ya no atacaron los enemigos a los que bajaban por temor a [30] ser interceptados y envueltos. El resto del día avanzaron así, unos siguiendo el camino de las

colinas, otros por la montaña, y llegaron a las aldeas. Designaron ocho médicos, pues había muchos heridos.

Aquí permanecieron tres días, debido a los heridos [31] y, a la vez, porque tenían muchas provisiones, harina de trigo, vino y mucha cebada reunida para los caballos. Estas provisiones habían sido reservadas al sátrapa del país. Al cuarto día bajaron a la llanura. Cuando [32] Tisafernes les dio alcance con sus fuerzas, la necesidad les enseñó a acampar en la primera aldea que vieron y a no proseguir la marcha combatiendo; pues muchos eran los que estaban fuera de combate, (los) heridos, los que llevaban a éstos y los que tenían las armas de los que llevaban a los heridos. Cuando hubieron acampado [33] e intentaron los bárbaros una escaramuza contra ellos acercándose a las aldeas, mucha ventaja tuvieron los griegos, pues había mucha diferencia entre rechazar al enemigo haciendo una salida de la posición y hacer frente al enemigo que ataca mientras el ejército avanza.

Cuando ya atardecía, era el momento de retirarse [34] para los enemigos. Pues nunca acampaban los bárbaros a menos de sesenta estadios del campamento griego, por miedo a que los griegos los atacaran por la noche. Porque un ejército persa durante la noche no está [35] expedito, pues atan los caballos y, generalmente, con las patas trabadas <sup>100</sup> para evitar que se escapen si consiguen soltarse, y si se produce una alarma el persa tiene que ensillar el caballo y ponerle la brida. También es necesario que se ponga la coraza y monte sobre el caballo. Todo eso es difícil por la noche en medio de un tumulto. Por esta razón acampaban lejos de los griegos. Cuando los griegos comprendieron que ellos [36] querían retirarse y que se transmitían la orden, anunció el heraldo a los griegos que preparasen los bagajes, oyéndolo los enemigos. Durante cierto tiempo los bárbaros detuvieron la marcha, pero cuando ya era tarde, se retiraron. Pues no les parecía beneficioso <sup>101</sup> ir y [37] volver al campamento de noche. Cuando los griegos vieron claramente que ya se retiraban, levantaron el campamento y se pusieron en camino también ellos, y recorrieron unos sesenta estadios: y fue tan grande la distancia que separaba a los ejércitos, que al día siguiente no aparecieron los enemigos ni tampoco al tercer día. Pero al cuarto día, después de un avance

nocturno, los bárbaros se apoderaron de una posición dominante situada a la derecha de donde los griegos debían pasar: la cima de un monte, al pie de la cual se hallaba el camino de descenso hacia la llanura.

[38] Cuando Quirísofo vio que la cima había sido ocupada de antemano, llamó a Jenofonte que se encontraba en la retaguardia y le ordenó situarse en vanguardia [39] con los peltastas. Jenofonte, sin embargo, no llevaba con él a los peltastas porque veía que Tisafernes se presentaba con todo el ejército, sino que avanzando él solo a caballo preguntó: «¿Por qué me llamas?» Y Quirísofo le contestó: «Tú mismo puedes verlo. Se nos han anticipado en tomar la cima que domina el camino de descenso y no podemos pasar, si [40] no los destrozamos. Pero, ¿por qué no traías a los peltastas?» Éste contestó que no le había parecido bien dejar desguarnecida la retaguardia en presencia de los enemigos. «No obstante, es momento, dijo, de decidir la manera de desalojar a estos hombres de la [41] colina.» Entonces, Jenofonte ve que la cima del monte estaba situada encima de su propio ejército y que, desde ésta, había un camino que conducía hasta la colina donde estaban los enemigos, y dijo: «Lo más importante, Quirísofo, es lanzarnos con la máxima rapidez posible hacia la cima; pues si la tomamos, no podrán permanecer los que dominan el camino. Pero, si quieres, quédate con el ejército, yo quiero emprender la marcha. Y, si lo prefieres, dirígete hacia la montaña y yo me quedaré aquí.» «Te dejo escoger lo [42] que quieras», dijo Quirísofo. Jenofonte contestó que prefería marchar, puesto que era más joven, pero le pidió que le enviara hombres de vanguardia, pues estaban lejos para cogerlos de retaguardia. Quirísofo le [43] envió los peltastas de vanguardia, y él se quedó con los que ocupaban el centro del cuadro. Ordenó que lo siguiesen también a los trescientos hombres escogidos que él mismo tenía en la vanguardia del cuadro. De [44] allí avanzaron con la máxima rapidez posible. Los enemigos que se hallaban en la colina, cuando vieron que se encaminaban hacia la cima, al instante también ellos se lanzaron a luchar para alcanzar la cima. Entonces [45] un gran griterío surgió del ejército griego animando a los suyos, y un griterío de los hombres de Tisafernes, que animaban a los suyos. Jenofonte, avanzando [46] a caballo, los animaba:

«Soldados, ahora pensad que lucháis para volver a Grecia, por vuestros hijos y por vuestras mujeres; con un pequeño esfuerzo ahora, haremos el resto del camino sin lucha.» Sotéridas de [47] Sición dijo: «No estamos en igualdad de condiciones. Tú vas a caballo; sin embargo, yo a duras penas puedo llevar el escudo.» Al oírlo Jenofonte, saltó del caballo, [48] lo apartó de la formación y, después de arrebatarse el escudo, siguió avanzando con la mayor rapidez posible llevando el escudo. Llevaba también una coraza de jinete, de manera que estaba agobiado. A los de vanguardia los animaba a avanzar y a los de retaguardia, a seguirles a pesar de que a duras penas seguía él. Los demás soldados golpean, hieren e insultan a Sotéridas, [49] hasta que le obligaron a coger su escudo y a proseguir la marcha. Jenofonte subió al caballo y, mientras fue posible, continuó cabalgando, pero cuando ya el camino era intransitable, abandonando el caballo se echó a correr. Y consiguen llegar antes que los enemigos a la cima.

[5] Entonces los bárbaros dieron la vuelta y huyeron cada uno por donde pudo mientras los griegos tomaban la cima. Tisafernes y Arieo, con los suyos se desviaron y fueron por otro camino. Quirísofo y los suyos bajaron y acamparon en una aldea llena de abundantes provisiones. Había también otras muchas aldeas llenas de muchas cosas en esta llanura, siguiendo el curso [2] del río Tigris. Cuando llegó la tarde, de súbito los enemigos aparecieron en la llanura y destrozaron a algunos griegos que se habían dispersado por la llanura para dedicarse al pillaje. En efecto, habían cogido mucho [3] ganado que pastaba al otro lado del río. Entonces, Tisafernes y los suyos intentaron incendiar las aldeas. Algunos griegos se desanimaron mucho, en la convicción de que no tendrían de dónde obtener víveres, si [4] los quemaban. Quirísofo y los suyos regresaban de la expedición de socorro. Jenofonte, una vez que hubo bajado de la montaña, mientras recorría a caballo las filas, (se) encontró con [los griegos] que venían de rechazar [5] al enemigo y les dijo: «¿Veis, soldados griegos, que ya dejan el país en posesión nuestra? Cuando hicieron con nosotros los pactos habían estipulado que nosotros no incendiáramos el territorio del Rey y ahora son ellos mismos los que lo queman como si les fuera ajeno. Mas, si en alguna

parte dejan víveres para [6] ellos, allí también nos verán dirigirnos. Pero, Quirísofo —añadió—, me parece oportuno acudir en su ayuda contra los incendiarios, como si se tratara de defender nuestra tierra.» Y Quirísofo contestó: «Pues yo no comparto tu decisión; al contrario, incendiemos también nosotros, dijo, y así terminarán más pronto.»

Cuando llegaron a las tiendas, los demás se ocupaban [7] de los víveres, mientras que los estrategos y capitanes se reunían. En estas circunstancias la confusión era grande. Por una parte había montañas muy elevadas, por la otra, el río era tan profundo que las lanzas no sobresalían en absoluto al comprobar la profundidad. En medio de los apuros se les acercó un hombre [8] rodio y les dijo: «Yo estoy dispuesto, compañeros, a haceros cruzar en grupos de cuatro mil hoplitas, si me socorréis en mis necesidades y me ofrecéis como recompensa un talento.» Preguntándole qué necesitaba, [9] dijo: «Necesitaré dos mil odres; veo muchos rebaños, cabras, bueyes y asnos, que, desollados e hinchadas sus pieles, nos facilitarían el paso. Necesitaré también [10] correas de las que usáis para las acémilas. Con éstas correas ataré los odres unos con otros afianzándolos en el fondo colgando de ellos piedras y las soltaré en el agua a modo de anclas. Y haciendo un puente de orilla a orilla con una cuerda cubriré los odres con maleza y sobre ella pondré tierra. De que, en efecto, no os hundiréis, [11] al punto os daréis cuenta perfectamente. Pues cada odre sostendrá a dos hombres para que no se hundan. Y la maleza y la tierra impedirán que resbalen.» Al oír esta propuesta los estrategos, les pareció [12] el proyecto ingenioso, pero su ejecución imposible, puesto que al otro lado del río había gran número de jinetes enemigos que no hubieran permitido ejecutar este plan a los primeros que lo hubieran intentado.

Entonces, al día siguiente, retrocedieron en dirección [13] opuesta [a Babilonia] hacia las aldeas no quemadas; después de incendiarlas se iban de allí. De manera que los enemigos no los perseguían a caballo, sino que los contemplaban y daban la impresión de preguntarse con sorpresa hacia dónde se volverían los [14] griegos y qué idea tenían en la mente. Entonces el resto de los soldados se dirigieron en busca de



viveres, mientras que los estrategos se reunieron de nuevo y, después de juntar a los prisioneros, les interrogaban acerca de cuál era cada una de las regiones circundantes. [15] Éstos decían que hacia Mediodía se hallaba el camino que conducía a Babilonia y a Media<sup>102</sup>, o sea el país que ya habían atravesado. Hacia Oriente, el camino que lleva a Susa<sup>103</sup> y Ecbatana, donde se dice que veranea el Rey; el camino, si se cruza el río en dirección a Occidente, conducía a Lidia y Jonia; y el camino a través de las montañas y orientado al Norte, [16] hasta el país de los carducos<sup>104</sup>. Decían que éstos habitaban montes arriba, y que eran belicosos y que no se sometían al Rey, sino que incluso en cierta ocasión un ejército real de ciento veinte mil hombres los había atacado y que ninguno de éstos había regresado debido a la dificultad del terreno. Sin embargo, cuando firmaban un pacto, con el sátrapa de la llanura, mantenían relaciones recíprocas los habitantes de ambos [17] pueblos. Oídas estas informaciones, los estrategos hicieron sentar por separado a los que decían conocer todas las rutas, sin manifestarles por donde pensaban seguir la marcha. Decidieron los estrategos que era necesario invadir el país de los carducos a través de las montañas. Decían que, después de cruzar el país de los carducos, llegarían a Armenia, extensa y próspera, gobernada por Orontas. Desde allí afirmaban que era fácil dirigirse a donde se quisiera seguir la marcha. [18] Con este propósito hicieron los sacrificios, para emprender la marcha en el momento que pareciese oportuno, pues temían que las cimas de las montañas fueran tomadas de antemano. Y transmitieron la orden de que, después de cenar, todos recogieran los bagajes y se acostaran, y que se pusieran en marcha cuando se les transmitiese la orden.

---

<sup>81</sup> Este resumen del libro II es una interpolación debida al editor que dividió la *Anábasis* en siete libros.

<sup>82</sup> En realidad, Jenofonte ha sido ya citado en cuatro ocasiones: I 8, 15; II 4, 15; 5, 37; 5, 41. Pero ésta es la primera ocasión en que aparece como miembro activo de la expedición.

<sup>83</sup> Todos los jefes griegos sin excepción conocían el verdadero objetivo de Ciró. Cf. DIODORO, XIV 19, 9.

<sup>84</sup> La mutilación de un cadáver, que, para los griegos, era un sacrilegio, no tenía este carácter entre los persas. Cf. PLUTARCO, *Artajerjes* 13.

<sup>85</sup> Es decir, en medio de la arena, donde los premios en litigio estaban expuestos a los espectadores de] certamen. Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 1, 13; DEMÓSTENES, IV 5.

<sup>86</sup> Costumbre de ciertos pueblos del Asia Menor (frigios, lidios, etc.). Cf. JUVENAL, I 102, 5.

<sup>87</sup> La paga mensual del estratega era cuatro daricos; dos, la del capitán, y uno, la del soldado (VII 6, 1). Con este dinero debían sustentarse y cubrir todas sus demás necesidades.

<sup>88</sup> Ciudad de la Tróade en el Helesponto.

<sup>89</sup> Entre los griegos, el estornudo era signo de buen augurio. Cf. *Odisea* XVII 541 y sigs.

<sup>90</sup> Parece poco oportuna esta alusión elogiosa a los atenienses en presencia de peloponesios, poco tiempo después de haber concluido la guerra del Peloponeso.

<sup>91</sup> Alusión a la fiesta conmemorativa del triunfo de los griegos en Maratón. Se celebraba cada año, la segunda quincena de septiembre, en el santuario de Ártemis Agrótera, con el sacrificio de quinientas cabras. Según HERÓDOTO, VI 117, fueron 6.400 los enemigos muertos en la batalla.

<sup>92</sup> Alusión a las batallas de Salamina (480), Platea y Mícale (479).

<sup>93</sup> Aunque, en esta ocasión, Jenofonte reste importancia al hecho de no contar con la caballería, para mantener alta la moral de las tropas, pronto (III 3, 19-20), tratará por todos los medios de organizar un cuerpo de caballería, consciente de la importancia de su intervención.

<sup>94</sup> Alusión a *Odisea* IX 82-104.

<sup>95</sup> Esta formación, puesta en práctica cuando era imprevisible por donde iba a atacar el enemigo, ofrecía la ventaja de mantener protegida en el centro la impedimenta.

<sup>96</sup> Se interpreta la ocultación del Sol como presagio del fin de un imperio. Cf. HERÓDOTO, VIII 37; también diversos profetas: Ezequiel, Joel, etc.

<sup>97</sup> Considerada por algunos como la tumba de Nino o de Sardanopol.

<sup>98</sup> Parte de Nínive, que abarcaba, además, Larisa, fue dominada por los persas el año 608 a. C.

<sup>99</sup> Debido al desbordamiento del Tigris, que abrió una brecha en la muralla por donde penetraron los que la asediaban.

<sup>100</sup> Costumbre frecuente entre muchos pueblos de la Antigüedad. Cf. *Iliada* XIII 36-38; TÁCITO, *Anales* IV 25.

<sup>101</sup> Interpretamos la lectura *lysiteleîn autoîs* de los manuscritos F. M.

<sup>102</sup> Es el nombre que Jenofonte da a Asiria.

<sup>103</sup> Ciudad situada al E. del Tigris. Existen ruinas del palacio de Darío y Jerjes. Ecbatana es la capital de la Media.

<sup>104</sup> Hoy kurdos; pueblo belicoso, independientes del Rey; a lo largo de la historia han destacado por su feroz resistencia a cualquier tipo de dominación.

## LIBRO IV

Penalidades de los expedicionarios griegos para acceder al país de los carducos. Los griegos sufren bajas considerables. Cruzan el río Centrites. Penetran en Armenia. Negociaciones con Tiribazo, gobernador de Armenia. Llegan a un acuerdo. La nieve dificulta el avance de los griegos. Victoria sobre los taocos. Llegan al país de los cálibes. Después de un largo peregrinaje los griegos divisan el mar. Pacto con los macrones. Los colcos son derrotados. Efectos de la miel envenenada. Llegan a Trapezunte.

[1] [Cuanto aconteció en la expedición hasta la batalla y después de la batalla, durante la tregua que el Rey y los griegos que acompañaron a Ciro en la expedición concertaron, y cuanto, una vez que el Rey y Tisafernes violaron la tregua, se combatió contra los griegos, con el apoyo del ejército persa, ha sido expuesto en el libro [2] anterior. Cuando llegaron al lugar en el que el río Tigris, por su profundidad y anchura, era absolutamente invadable y no existía camino que siguiera su orilla, sino que los montes carducos dominaban escarpados el propio río, decidieron los estrategos que había que avanzar [3] a través de las montañas. Pues oían decir a los prisioneros que, si conseguían cruzar los montes carducos, en Armenia, pasarían las fuentes del río Tigris, si querían, [4] y si no, podían rodearlas. La penetración en el país de los carducos, la hacen así: en parte, intentando pasar desapercibidos, en parte, tratando de anticiparse a los enemigos en la ocupación de las cimas] <sup>105</sup>.

Cuando era ya más o menos el momento de la última [5] guardia <sup>106</sup> y de noche sólo quedaba el tiempo de cruzar la llanura a oscuras, entonces, después de levantarse a una orden, se pusieron en marcha y llegaron, al amanecer, a la montaña. Quirísofo estaba a la sazón al [6] frente del ejército con los suyos y con todos los soldados de infantería ligera, mientras Jenofonte seguía con los jinetes de retaguardia sin ningún soldado de infantería ligera, pues no parecía existir ningún peligro de que alguien los hostigara por detrás en su marcha ascendente. Quirísofo alcanzó la cima antes de que los [7] enemigos se dieran cuenta. Después, continuó la marcha, mientras lo seguía el resto del ejército en las incursiones a las aldeas situadas en los valles y profundidades de las montañas. Entonces los carducos abandonaron [8] sus casas y, con sus

mujeres e hijos, huyeron a las montañas. Había víveres en abundancia para coger, las casas estaban también surtidas de todo tipo de objetos de bronce. Ninguno de éstos se llevaron los griegos, tampoco persiguieron a los habitantes, tratándolos con consideración en la esperanza de que los carducos los dejaran pasar como si se tratase de un país amigo, ya que ellos mismos eran enemigos del Rey. Sin embargo, respecto [9] a los víveres, cogía cada cual lo que podía porque tenían necesidad. Los carducos ni prestaban atención a su llamada, ni mostraban actitud alguna amistosa. Cuando los últimos griegos descendían de la cima hacia [10] las aldeas, ya de noche —debido a la estrechez del camino emplearon todo el día en el ascenso y descenso— entonces se reunieron algunos carducos y atacaron a los últimos, matando a algunos e hiriendo a otros con piedras y flechas, a pesar de ser pocos, pues el ejército [11] griego se les presentó de improviso. Sin embargo, si entonces se hubiesen reunido en mayor número, habría corrido peligro de ser destruido gran parte del ejército griego. Durante esta noche vivaquearon así en las aldeas; los carducos encendían muchas hogueras alrededor, en las montañas, y no se perdían de vista unos a otros.

[12] Al amanecer, reunidos los estrategos y capitanes griegos, acordaron seguir la marcha con las acémilas necesarias y las más fuertes, abandonando el resto, y poner en libertad a todos los prisioneros que desde [13] hacía poco eran como esclavos en el ejército. Pues hacían lenta la marcha, al ser muchas las acémilas y los prisioneros, y muchos que estaban al cuidado de éstos no podían combatir, y había que suministrar doble cantidad de víveres y transportarlos, al ser muchos los hombres. Tomada esta decisión, dieron la orden por [14] medio del heraldo de actuar así. Después de desayunar, se pusieron en marcha; los estrategos, apostados en el estrecho, si encontraban a uno que no había dejado algo de lo dicho, se lo quitaban, y éstos obedecían, salvo si alguien había ocultado, por ejemplo, un niño o una mujer hermosa, objeto de sus deseos. Durante este día avanzaron así, a veces luchando, a veces descansando.

[15] Al día siguiente se produjo una gran tempestad, pero era necesario seguir la marcha, pues no tenían víveres

suficientes. Iba al frente Quirísofo y Jenofonte estaba [16] en la retaguardia. Los enemigos atacaban con fuerza y, cuando los lugares de paso eran estrechos, se acercaban y disparaban sus arcos y hondas, de manera que los griegos se veían forzados a perseguirlos y a retirarse de nuevo, y avanzaban con lentitud. Y con frecuencia Jenofonte ordenaba detenerse, cuando los enemigos atacaban violentamente. Quirísofo, en otras ocasiones, [17] aguardaba siempre que recibía esta orden, pero en ésta no lo hizo, sino que avanzaba con rapidez y transmitía la orden de seguirle, de manera que estaba claro que algo pasaba. Pero no era posible acercarse a ver la causa de la prisa. Por tanto, la marcha parecía una [18] huida para los de la retaguardia. Entonces murió un hombre valiente, Cleónimo de Laconia, alcanzado por una flecha que le atravesó el escudo y la coraza, penetrándole en el costado, y también Basias de Arcadia, con la cabeza atravesada de parte a parte.

Cuando llegaron al fin de la jornada, Jenofonte, tal [19] como estaba, fue inmediatamente al encuentro de Quirísofo y lo censuró por no haber esperado, pues se vieron obligados a luchar al tiempo que huían. «Ahora han muerto dos formidables compañeros y ni pudimos recogerlos ni enterrarlos.» Le respondió Quirísofo: «Mira, [20] dijo, hacia las montañas y ve que todas son inaccesibles. Este camino que ves escarpado es el único recto, y en él puedes ver la cantidad de hombres que han ocupado y vigilan la salida. Aquí tienes las razones por las que [21] me apresuraba y no te aguardaba, por si podía anticiparme a tomar la cima. Los guías que tenemos dicen que no hay otro camino.» Jenofonte le dijo: «Pero yo [22] tengo dos prisioneros. Debido a que nos ponían dificultades, les tendimos una emboscada, cosa que nos permitió también un respiro; matamos a algunos y nos esforzamos por capturar a algunos con vida precisamente por este motivo, para servirnos de ellos como guías conocedores del terreno.»

En seguida trajeron a los hombres y les pregunta [23] ron por separado si conocían otro camino distinto del que se veía. Uno de ellos dijo que no conocía otro, a pesar de las muchas amenazas para amedrentarlo. Y, como nada útil decía, fue degollado en presencia del [24] otro. El que quedaba dijo que

su compañero no había dicho nada porque tenía una hija casada con un hombre de allí; sin embargo, él dijo que los guiaría por un [25] camino accesible incluso para las acémilas. Preguntado si había en él algún lugar de difícil paso, contestó que había una cima que, si no se tomaba de antemano, sería imposible cruzar.

[26] Entonces decidieron convocar a los capitanes, peltastas y a algunos hoplitas y comunicarles la situación presente y también preguntarles si había alguno entre ellos que quería mostrarse como un valiente comprometiéndose [27] a marchar voluntario. Entre los hoplitas se ofreció Aristónimo de Metidrio<sup>107</sup> [arcadio] y Agasias de Estinfalia [arcadio], y, rivalizando con ellos, Calimaco de Parrasio [arcadio también éste] dijo que estaba dispuesto a marchar con voluntarios tomados de todo el ejército. «Pues yo, dijo, sé que muchos jóvenes [28] me seguirán teniéndome a mí de guía.» A continuación preguntan si hay también algún taxiarco<sup>108</sup> entre los soldados armados a la ligera dispuesto a participar en la marcha. Se presenta Aristeas de Quíos<sup>109</sup>, que muchas veces, en circunstancias parecidas, había prestado una valiosa colaboración al ejército.

[2] Era el atardecer, y a los voluntarios se les da la orden de cenar y ponerse en camino. Después de haber atado al guía, se lo entregan y acuerdan vigilar la posición durante la noche, si toman la cima, y, al amanecer, dar la señal a toque de trompeta. Deciden también que los que están arriba se dirigirán contra los que ocupan la salida visible, mientras que ellos mismos acudirán [2] en su ayuda con la mayor rapidez posible. Tras este acuerdo, se pusieron en marcha en número aproximado de dos mil. Caía del cielo un fuerte chaparrón. Jenofonte, con los hombres de retaguardia, se dirigía hacia la salida visible, para que los enemigos prestaran atención a este punto y no advirtieran el movimiento de los otros. Cuando los hombres de la retaguardia estaban [3] junto al barranco que debían cruzar para emprender la subida, entonces los bárbaros hicieron rodar enormes cantidades de bloques de piedra, grandes y pequeñas, que, al golpear contra las rocas, saltaban en pedazos por doquier como piedras de honda. Y era del todo imposible acercarse al camino de acceso. Algunos [4]

capitanes, si no podían por allí, lo intentaban por otro lugar. Y así continuaron hasta que llegó la noche. Cuando creyeron que no los veían en su retirada, entonces se fueron a cenar. Se daba el caso, incluso, de que los hombres de la retaguardia no habían desayunado. Sin embargo, los enemigos no cesaron en toda la noche de hacer rodar las piedras; por el ruido se podía comprobar.

Los que llevan el guía dan la vuelta en un movimiento [5] circular y sorprenden a los guardianes sentados alrededor del fuego. A unos los mataron, a otros los persiguieron y ellos permanecieron aquí en la creencia de que dominaban la cima. Pero no la dominaban, sino que [6] encima de ellos había una colina a lo largo de la cual se encontraba este estrecho camino en el que estaban sentados los guardianes. Sin embargo, había un paso que desde allí comunicaba con los enemigos que estaban sentados junto al camino a la vista. Aquí pasaron la [7] noche. Cuando apareció el día, avanzaron en silencio, en orden de combate, contra los enemigos. Había niebla, de manera que se acercaron sin ser vistos. Cuando se vieron unos a otros, sonó la trompeta y, dando gritos de guerra, se lanzaron contra los enemigos. Éstos no opusieron resistencia, sino que abandonaron el camino, muriendo sólo unos pocos en la huida, pues corrían [8] con agilidad. Quirísofo y los suyos, al oír la trompeta, se lanzaron, al punto, hacia arriba por el camino a la vista.

Otros estrategos avanzaban por caminos intransitables, por donde cada uno tenía posibilidad, y subían como podían ayudándose unos a otros con las lanzas. [9] Éstos fueron los primeros que se unieron a los que habían tomado de antemano la posición.

Jenofonte, con la mitad de la retaguardia, avanzó por el mismo lugar que los que llevaban guía, pues era el camino más accesible para las acémilas. Dispuso la otra [10] mitad detrás de las acémilas. Y, en su avance, se encuentran con una colina, encima del camino, ocupada por los enemigos, a los que había que aniquilar o quedar separados del resto de los griegos. Ellos hubieran podido avanzar por el mismo camino que los demás, pero las acémilas no podían pasar por otro más que por éste. [11] Entonces se animaron mutuamente y se



lanzaron hacia la colina con las compañías formadas en columnas, no en círculo, sino dejando una salida a los enemigos, [12] si querían huir. Mientras ellos subían por donde podían, los bárbaros les disparaban flechas y les arrojaban piedras, pero cuando les tuvieron cerca, abandonaron la posición y se dieron a la fuga. Atravesaron esta colina los griegos y vieron delante otra, ocupada. De nuevo parecía oportuno emprender la marcha para tomarla. [13] Jenofonte, temiendo que, si dejaba sin guarnición la colina tomada, los enemigos la tomarían de nuevo y atacarían a las acémilas al pasar —pues ocupaban gran extensión las acémilas que avanzaban por el estrecho camino—, deja en la colina a los capitanes Cefisodoro de Atenas, hijo de Cefisofonte, Anfícrates, hijo de Anfídemo de Atenas, y Arcágoras desterrado de Argos; él, con los restantes, se dirigen hacia la segunda colina y, de la misma manera, la ocupan también.

Todavía les quedaba una tercera colina, muchísimo [14] más escarpada: la que dominaba el lugar en que la noche pasada los voluntarios habían sorprendido al destacamento junto al fuego. Cuando los griegos estuvieron [15] cerca, los bárbaros se retiraron de la colina sin luchar, de manera que a todos sorprendió y sospechaban que, por temor a ser envueltos y asediados, la habían abandonado. Pero entonces éstos, que veían desde la cima lo que ocurría detrás, se lanzaron en bloque contra la retaguardia. Jenofonte, con los más jóvenes, subía hacia la [16] cima y dio orden a los demás de avanzar lentamente, para que las últimas compañías pudiesen unirse a ellos, indicándoles que, al llegar a la llanura siguiendo el camino, se detuvieran.

En este momento llegó Arcágoras de Argos, que [17] había escapado al enemigo, y dijo que habían sido desalojados de la colina y que habían muerto Cefisodoro y Anfícrates, y todos los demás que no saltaron rocas abajo para alcanzar la retaguardia. Llevada a término [18] esta acción, los bárbaros llegaron a la cima situada frente a la colina, donde Jenofonte dialogó con ellos por medio de un intérprete acerca de la tregua y les pidió los cadáveres. Dijeron ellos que los devolverían [19] a condición de que no les quemaran las casas.

En estos puntos llegó a un acuerdo Jenofonte. Pero mientras el resto del ejército avanzaba y éstos seguían las conversaciones, todos [los] enemigos de aquellos lugares confluyeron aquí. Y cuando empezaron a bajar de la colina [20] para reunirse con los demás en el campamento, los enemigos se lanzaron en tropel y con gran alboroto. Y cuando estuvieron en la cima de la colina de la que descendía Jenofonte, hicieron rodar piedras. A un hombre le rompieron la pierna, a Jenofonte le abandonó su escudero llevándose el escudo. Euríloco de Lusio<sup>110</sup> [21] [de Arcadia], hoplita, corrió hacia él y, poniendo el escudo delante de los dos, iba retrocediendo. Los demás llegaron a unirse al resto del ejército.

[22] Desde este momento todo el ejército griego estuvo reunido, y acamparon allí en muchas y hermosas casas con abundantes provisiones. Había vino abundante, hasta el punto de conservarlo en cisternas encaladas. [23] Jenofonte y Quirísofo consiguieron que les devolvieran los cadáveres a cambio del guía y rindieron todos los honores posibles a los muertos como es norma hacerlo con los hombres valientes.

[24] Al día siguiente prosiguieron la marcha sin guía. Los enemigos, luchando y adelantándose a tomar la posición donde el camino era estrecho, impedían el [25] paso. Por consiguiente, cuando los enemigos obstaculizaban a los de vanguardia, Jenofonte, saliendo por detrás en dirección a las montañas, rompía el obstáculo que impedía el paso a la vanguardia, tratando de situarse [26] más arriba que los enemigos. Y cuando atacaban a los de retaguardia, Quirísofo, saliendo e intentando situarse más arriba que el enemigo, rompía el obstáculo que impedía el paso a la retaguardia. Y siempre de esta manera se ayudaban mutuamente y se preocupaban con intensidad los unos de los otros.

[27] Sucedía también a veces que los bárbaros presentaban muchas dificultades al descenso de las tropas que habían subido. Eran ágiles hasta tal extremo, que incluso huyendo desde muy cerca conseguían escapar, [28] pues no llevaban otra cosa sino arcos y hondas. Eran también excelentes arqueros; llevaban arcos de una medida aproximada de tres codos y flechas de más de dos codos. Tendían las cuerdas del arco, cuando disparaban, pisando en la parte inferior del arco

con el pie izquierdo. Las flechas atravesaban los escudos y las corazas. Los griegos, cuando las cogían, las utilizaban como dardos, aplicando unas correas. En estas regiones los cretenses fueron útiles; al frente de ellos estaba Estratocles de Creta.

Aquel día acamparon de nuevo en las aldeas situadas [3] encima de la llanura a lo largo del río Centrites,<sup>111</sup> de unos dos pletros de anchura, río que separa Armenia del país de los carducos. Los griegos recuperaron el ánimo aquí, contentos de ver la llanura. Distaba el río seis o siete estadios de las montañas de los carducos. Así, pues, entonces acamparon muy contentos, porque [2] tenían víveres y recordaban muchas de las penalidades pasadas. Pues durante los siete días que cruzaron el país de los carducos, todos los pasaron luchando y sufrieron tantos males cuantos ni siquiera habían recibido del Rey y Tisafernes juntos. Por consiguiente, liberados de estos sufrimientos, se acostaron contentos.

Al amanecer, ven al otro lado del río unos jinetes [3] armados, con la intención de impedirles el paso, y soldados de infantería apostados en orden de combate en los ribazos, más arriba de los jinetes, para impedirles salir hacia Armenia. Eran éstos, hombres de Orontas y [4] Artucas, armenios, mardos y mercenarios caldeos. Se decía que los caldeos eran libres y valientes y como armas tenían escudos de mimbre y lanzas. Estos ribazos [5] sobre los que estaban apostados distaban del río tres o cuatro pletros. Se veía un solo camino que conducía hacia arriba y daba la impresión de haber sido hecho por la mano del hombre. Por allí intentaron cruzar los griegos. Pero, en su intento, el agua les cubría [6] por encima del pecho; el fondo era desigual, debido a las grandes y resbaladizas piedras; tampoco podían sostener las armas en el agua y, al no poder, el río los arrastraba. Y si llevaban las armas sobre la cabeza, quedaban indefensos contra las flechas y los demás proyectiles. Por consiguiente, se retiraron y acamparon [7] allí al lado del río. Y donde ellos estuvieron la noche anterior sobre la montaña vieron a muchos carducos reunidos en armas. Entonces cundió gran desánimo entre los griegos, al pensar en las dificultades de pasar el río, en los enemigos que se lo impedirían y en los carducos que atacarían por la espalda a los que intentaran pasar.

[8] Por consiguiente, durante aquel día y aquella noche permanecieron muy preocupados. Pero Jenofonte tuvo un sueño: le pareció estar atado con grilletes y que éstos le caían resbalando por sí solos, de manera que quedó libre y podía andar como quería. Cuando amaneció, fue a ver a Quirísofo y le dice que tiene esperanzas de que todo saldrá bien, y le explica el sueño. [9] Éste se alegró y, tan pronto como apareció la aurora, todos los estrategos presentes hicieron sacrificios. Los presagios resultan favorables desde el primer momento. Terminados los sacrificios, los estrategos y capitanes ordenaron al ejército desayunar.

[10] Mientras desayunaba Jenofonte, acudieron a su encuentro corriendo dos jovencitos, pues todos sabían que era posible acercarse a él, desayunando o cenando; incluso si dormía se le podía despertar y hablar, si alguien tenía algo que decir en relación con la guerra. [11] Le cuentan entonces que se encontraban recogiendo leña para el fuego cuando vieron en la otra orilla, en las rocas que llegaban hasta el mismo lecho del río, a un anciano, una mujer y unas muchachas que colocaban [12] sacos con vestidos en la cavidad de una roca. A simple vista, les pareció que era seguro el paso, pues por este punto no podía acercarse la caballería enemiga. Y añadieron que, después de quitarse las ropas, se habían introducido en la corriente desnudos, dispuestos a nadar llevando únicamente en la mano un puñal. Pero llegaron a la otra orilla sin haberse mojado sus partes. Después de coger los vestidos, se volvieron de la misma manera.

Así, pues, en seguida Jenofonte, él mismo, ofreció [13] libaciones a los dioses y ordenó a los muchachos derramar vino y pedir a los dioses, que le habían revelado el sueño y el paso, culminar también con éxito lo restante. Hechas las libaciones, inmediatamente condujo a los muchachos ante Quirísofo y le explican lo mismo. Después de haberlos escuchado, Quirísofo ofreció también libaciones. Una vez ofrecidas, transmitieron a los demás [14] la orden de recoger los bagajes, mientras ellos convocaron a los estrategos y deliberaron sobre la manera de pasar el río con más éxito, de vencer a los enemigos que tenían enfrente y de no recibir ningún daño de los que tenían detrás. Acordaron que Quirísofo

fuera el [15] guía y atravesara con la mitad del ejército, y que la otra mitad aguardara todavía con Jenofonte y que las acémilas y la multitud cruzara en medio de éstos.

En cuanto todo estuvo bien dispuesto, se pusieron [16] en marcha, conducidos por los dos muchachos y con el río a la izquierda. Unos cuatro estadios de camino había hasta el vado.

Mientras ellos avanzaban, la caballería enemiga lo [17] hacía por el lado opuesto. Una vez que estuvieron en el vado y en los ribazos, pusieron las armas en tierra y Quirísofo, él, en primer lugar, después de ponerse una corona y desvestirse, cogió las armas y transmitió la orden a todos los demás, ordenando a los capitanes conducir las compañías en línea recta, unas a su izquierda y las otras a su derecha. Mientras tanto, los [18] adivinos inmolaban víctimas en el río y, al mismo tiempo, los enemigos disparaban con sus arcos y hondas, pero todavía no los alcanzaban. Dado que los sacrificios [19] eran favorables, todos los soldados entonaban el peán y daban gritos de guerra. Las mujeres se unieron todas también a sus gritos, pues había muchas cortesanas en el ejército.

[20] Quirísofo y los que iban con él se adentraron en el río, mientras Jenofonte, con los más ligeros de la retaguardia, regresó corriendo con todas sus fuerzas hacia el paso situado frente al camino que conducía a las montañas de Armenia, fingiendo que, después de cruzar por allí, cerraría el paso a los jinetes situados a lo largo [21] del río. Los enemigos, al ver que Quirísofo y los suyos embazan fácilmente el río y al ver que Jenofonte y los suyos corrían hacia atrás, temiendo ser cercados, huyeron con toda su fuerza hacia el camino que dominaba el río. Cuando estuvieron cerca del camino, se desplegaron [22] montañas arriba. Licio, que llevaba el destacamento de jinetes, y Esquines, que estaba al frente del destacamento de los peltastas situados alrededor de Quirísofo, cuando vieron que los enemigos huían con todas sus fuerzas, emprendieron su persecución. Los soldados les gritaban que no los dejaran atrás, que querían [23] subir con ellos a la montaña. Quirísofo, por su parte, cuando hubo cruzado, no persiguió a los jinetes, sino que, de inmediato, siguiendo los ribazos que llevaban hasta el río subió a hacer frente a los

enemigos situados en la parte superior. Y éstos, al ver que huían sus jinetes y que los hoplitas los atacaban, abandonaron las cimas que dominaban el río.

[24] Cuando Jenofonte vio que las cosas salían bien al otro lado del río, retrocedió muy rápido en dirección al ejército que todavía atravesaba el río. Pues era evidente que los carducos bajaban a la llanura para atacar [25] a los últimos. Quirísofo ocupó las alturas y Licio, con unos pocos, se empeñó en perseguir a los enemigos y cogió los bagajes abandonados, entre los que había [26] hermosos vestidos y vasos. Todavía seguían cruzando los bagajes de los griegos y la muchedumbre, cuando Jenofonte dio media vuelta, alineó las tropas frente a los carducos y transmitió a los capitanes la orden de que cada uno formara su compañía por enomotías <sup>112</sup>, desenvolviendo la enomotía por la izquierda sobre un frente de falange, de tal forma que los capitanes y enomotarcos avanzaran del lado de los carducos y que los jefes de la retaguardia, en cambio, se alinearan del lado del río. Los carducos, cuando vieron que la retaguardia [27] estaba desprovista del grueso de las tropas y que parecía ya con pocos efectivos, a toda prisa atacaron, entonando ciertos cantos. Quirísofo, cuando se sintió en lugar seguro, envía a Jenofonte los peltastas, honderos y arqueros, con la orden de que cumplan lo que les ordene Jenofonte.

Al verlos cruzar, Jenofonte envió un mensajero con [28] la orden de que permanecieran allí en el río sin pasar. Y que, cuando los suyos empezaran a atravesar, penetraran en el agua a su encuentro como si se propusieran pasar llevando los dardos cogidos por la correa y los arqueros con la flecha en la cuerda, pero que no se adentraran en el río.

Y a los suyos les dio la orden de que, cuando la honda [29] les alcanzara y el escudo resonara, entonaran el peán y corrieran contra los enemigos, y cuando los enemigos diesen media vuelta y el trompeta diera la señal de guerra desde el río, diesen media vuelta a la derecha y que los jefes de retaguardia fueran al frente, que todos corrieran y cruzaran lo más rápidamente posible por el sitio que cada uno tenía asignado, para no estorbarse unos a otros. Pues el más

valeroso sería el que alcanzara en primer lugar la orilla opuesta.

Los carducos, al ver que ya les quedaban pocos hombres — pues [30] muchos, incluso, de los que habían recibido la orden de permanecer en la retaguardia se habían ido, unos por ocuparse de las acémilas, otros de los bagajes, otros de las cortesanas—, atacaron entonces con ardor [31] y empezaron a disparar con las hondas y los arcos. Los griegos entonaron el peán y se lanzaron a la carrera contra ellos. Pero éstos no ofrecieron resistencia. Pues, aunque estaban armados suficientemente, en las montañas, para hacer rápidas incursiones y darse a la fuga, para la lucha cuerpo a cuerpo, sin embargo, no les bastaba [32] este armamento. En este momento el trompeta dio la señal, los enemigos huyeron todavía más deprisa y los griegos dieron la vuelta en sentido contrario y huyeron [33] a través del río a toda velocidad. Entre los enemigos, unos se dieron cuenta, corrieron de nuevo hacia el río y, disparando flechas, hirieron a unos pocos, mientras a la mayoría, incluso estando los griegos en la otra [34] orilla, se les veía todavía huir. Los que salieron al encuentro del enemigo, por demostrar su valentía y por avanzar más lejos de lo que era oportuno, cruzaron de nuevo el río detrás de las tropas de Jenofonte. Algunos de éstos fueron también heridos.

[4] Después de cruzar el río, volviéndose a formar, hacia mediodía se pusieron en marcha, a través de Armenia, país llano con algunas ligeras elevaciones, y recorrieron no menos de cinco parasangas, pues no había aldeas cerca del río debido a las guerras contra los carducos. [2] La aldea a la que llegaron era grande, tenía un palacio real para el sátrapa y en la mayoría de las casas había torres. Los víveres eran abundantes.

[3] Desde allí recorrieron, en dos etapas, diez parasangas, hasta rebasar las fuentes del río Tigris.

Partiendo de este lugar recorrieron, en tres etapas, quince parasangas, hasta el río Teleboas; era éste hermoso, [4] pero no grande. En torno al río<sup>113</sup> había muchas aldeas. Este lugar se llamaba Armenia occidental. Su gobernador era Tiribazo, que se había hecho también amigo del Rey. Siempre que él

estaba presente, nadie más le ayudaba a montar a caballo. Éste se acercó con [5] unos jinetes y, mandando llamar a su intérprete, dijo que quería hablar con los jefes. Decidieron los estrategos escucharlo, se acercaron hasta donde podía oírse su voz y le preguntaron qué quería. Contestó que quería [6] pactar una tregua bajo la condición de que ni él perjudicaría a los griegos, ni ellos quemarían las casas, sino que cogerían todos los víveres que precisaran. Pareció bien esta propuesta a los estrategos y pactaron la tregua bajo estas condiciones.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través de la [7] llanura, quince parasangas. Tiribazo les seguía con sus fuerzas a una distancia aproximada de diez estadios. Llegaron a unos palacios reales rodeados de muchas aldeas llenas de víveres en abundancia. Mientras ellos [8] estaban acampados, cayó por la noche una fuerte nevada. Al amanecer, decidieron que los cuerpos del ejército y sus estrategos se alojaran distribuyéndose por aldeas, pues no veían ningún enemigo y parecía el lugar seguro debido a la abundancia de nieve. Aquí tenían [9] toda clase de cosas buenas: animales para sacrificar, trigo, vinos viejos y olorosos, pasas, legumbres de todo tipo. Algunos de los que se habían alejado del campamento decían que habían visto por la noche resplandecer muchas hogueras. Entonces los estrategos pensaron que [10] no era seguro acampar dispersos, sino que debían reunir de nuevo el ejército. Así lo hicieron. Y pareció que el cielo se despejaba. Mientras ellos pasaban la noche aquí, [11] cayó una inmensa nevada, que cubrió el campamento y los hombres tendidos en el suelo. La nieve trababa las patas de las acémilas. Daba mucha pereza levantarse, pues, mientras estaban echados, la nieve caída les proporcionaba calor, en tanto no se deslizaba de sus cuerpos. [12] Con todo, Jenofonte tuvo la osadía de levantarse desnudo y ponerse a partir leña. Rápidamente se levantó un soldado y luego otro que lo relevó en esta tarea. A continuación se levantaron otros, encendieron fuego [13] y se ungieron. Pues había aquí muchos ungüentos, que utilizaban en vez de aceite de oliva: manteca de cerdo, aceite de sésamo y aceite de almendras amargas y de terebinto. Encontraron también perfumes extraídos de estas mismas materias.



[14] Después de esto, pareció oportuno separarse de nuevo y ponerse a cubierto [en las aldeas]. Entonces los soldados, con mucho griterío y satisfacción, entraron en las casas en busca de víveres. Y los que, al abandonar antes las casas, las quemaron por insensatez, recibieron su merecido, obligados a acampar en malas condiciones. [15] Desde allí enviaron por la noche con un destacamento a Demócrates de Temnos a las montañas, donde decían los que se habían dispersado que habían visto hogueras. Pues se consideraba que este hombre había dicho la verdad en otras muchas ocasiones anteriores semejantes, [16] lo cierto como cierto y lo falso como falso. Cuando regresó de la misión, dijo que no había visto hogueras, pero vino con un prisionero que llevaba un arco persa, un carcaj y un hacha como la que llevan las amazonas. [17] Preguntado de qué país era, dijo que era persa y que se había alejado del campamento de Tiribazo en busca de provisiones. Le preguntaron por el número de efectivos [18] de su ejército y por qué motivo se había alistado. Contestó éste que Tiribazo contaba con su propio ejército y con mercenarios cálibes y taocos. Dijo, además, que él estaba preparado para atacar a los griegos, al escalar la montaña, en los desfiladeros, donde sólo se podía pasar por un sitio.

[19] Oída esta información, los estrategos acordaron reunir el ejército. Y, acto seguido, después de dejar una guarnición y como estratego de los que se quedaban a Soféneto de Estinfalia, se pusieron en marcha llevando como guía al prisionero. Mientras escalaban las montañas, [20] los peltastas se adelantaron y, al ver el campamento, no esperaron a los hoplitas, sino que, profiriendo gritos, se lanzaron a la carrera contra él. Los bárbaros, [21] al oír el alboroto, no ofrecieron resistencia, sino que huyeron. Con todo, murieron algunos bárbaros, unos veinte caballos fueron capturados, así como la tienda de Tiribazo; en ella había camas con patas de plata, vasos y unos hombres que decían ser panaderos y escanciadores de vino. Cuando se enteraron de esto los [22] estrategos de los hoplitas, acordaron regresar al campamento lo más rápidamente posible, para que no se produjera ningún ataque contra los que se habían quedado atrás. Al punto, después de convocarlos a toque de trompeta, retrocedieron y llegaron al campamento el mismo día.

Al día siguiente acordaron que había que ponerse en [5] camino por donde pudieran avanzar con la mayor rapidez, antes de que el ejército enemigo se reuniese de nuevo y ocupase los desfiladeros. Acto seguido, recogieron los bagajes y se pusieron en marcha a través de la abundante nieve, con muchos guías. Aquel mismo día, después de haber superado la cima en la que Tiribazo debía atacar, acamparon.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través del [2] desierto, quince parasangas, hasta el río Eufrates, y lo cruzaron mojándose hasta el ombligo. Se decía que el nacimiento del río no estaba lejos.

Desde allí recorrieron, a través de una llanura cubierta [3] de mucha nieve, en tres etapas, cinco parasangas. La tercera fue difícil: soplaban de frente un viento del Norte que lo quemaba absolutamente todo y que helaba a los hombres. Entonces uno de los adivinos dijo que [4] ofrecieran una víctima al viento, y se hizo el sacrificio. Y pareció evidente a todos que cesaba la furia del viento. El espesor de la nieve era de una braza, de manera que perecieron muchas acémilas y esclavos, y unos treinta [5] soldados. Pasaron la noche encendiendo fuego; había leña abundante donde acamparon, pero los que llegaron tarde no tenían. En efecto, los que habían llegado desde hacía tiempo y habían encendido el fuego no dejaban acercarse a los retrasados, si no les daban a cambio [6] trigo u otro alimento de los que tenían. Entonces se intercambiaban entre sí lo que cada uno tenía. Y donde ardía el fuego, al derretirse la nieve se produjeron grandes hoyos que llegaban hasta el suelo, donde precisamente podía medirse el espesor de la nieve.

[7] Desde allí avanzaron durante todo el día siguiente a través de la nieve, y muchos hombres sufrieron los efectos de la *bulimia*<sup>114</sup>. Jenofonte, que iba en la retaguardia y recogía a los hombres que caían, ignoraba [8] qué enfermedad era. Pero cuando uno de los expertos le dijo que sin duda padecían *bulimia* y que, si comían algo, se pondrían en pie, hizo un recorrido por las acémilas y, si veía algo comestible, lo repartía y lo mandaba distribuir a los que eran capaces de correr y entregarlo [9] a los afectados de *bulimia*. Y, tan pronto como comían algo, se levantaban y continuaban la marcha.

Mientras ellos avanzaban, Quirísofo llega al anochecer a una aldea y encuentra delante de la fortificación unas mujeres y muchachas que, saliendo de la aldea, iban [10] a la fuente a buscar agua. Les preguntaron éstas que quiénes eran. El intérprete contestó, en persa, que iban a ver al sátrapa de parte del Rey. Contestaron ellas que no estaba aquí, sino que se hallaba a la distancia aproximada de una parasanga y éstos, como era tarde, se dirigieron, junto con las aguadoras, hacia la fortificación para ver al jefe de la aldea.

Así, pues, Quirísofo y cuantos del ejército pudieron, [11] acamparon aquí. El resto de los soldados que no pudieron continuar la marcha pasaron la noche sin comer y sin fuego. Aquí murieron algunos soldados. Algunos [12] enemigos agrupados seguían sus pasos, les quitaban las acémilas que no podían avanzar y peleaban entre sí por ellas. Quedaban atrás los soldados que habían sido cegados por la nieve y que tenían gangrenados los dedos de los pies debido al frío. Los ojos estaban protegidos de [13] la nieve, si se avanzaba con algo negro puesto delante de ellos, y los pies, moviéndose sin estar nunca quieto y descalzándose por la noche. Y a aquellos que se acostaban [14] calzados se les incrustaban en los pies las correas y las sandalias se les quedaban pegadas alrededor, pues, debido a que habían dejado las viejas sandalias, llevaban otras rústicas hechas con pieles de bueyes recién desollados.

Por tanto, debido a tales penalidades, algunos soldados [15] quedaban rezagados. Al ver un espacio negro porque había desaparecido allí la nieve, imaginaron que se había fundido. Y se había fundido a causa de una fuente que estaba cerca humeando en el valle. Entonces se desviaron del camino, se sentaron y se negaron a continuar la marcha.

Jenofonte, al frente de la retaguardia, cuando se entero, [16] les pidió, valiéndose de toda su habilidad y de todos los medios, que no se quedaran atrás, diciéndoles que les seguían muchos enemigos reunidos, y, al fin, se enfadó. Ellos pidieron que los degollasen, pues no podrían seguir avanzando. En estas circunstancias pareció [17] que lo mejor era asustar a los enemigos que los perseguían, si se podía, para que no atacaran a los enfermos. Era ya de noche y los enemigos se acercaban con gran alboroto discutiendo por el botín que habían

capturado. [18] Entonces los de retaguardia, dado que estaban sanos, se levantaron y corrieron al encuentro de los enemigos, mientras los enfermos gritaron con toda la fuerza que podían y golpearon sus escudos contra las lanzas. Los enemigos, asustados, se precipitaron por la nieve hacia el valle, y nadie más oyó vocerío por ninguna parte.

[19] Jenofonte y los suyos, después de decir a los enfermos que al día siguiente acudirían algunos a buscarlos, prosiguen la marcha y, antes de haber recorrido cuatro estadios, se encuentran en el camino a los soldados descansando sobre la nieve envueltos en sus mantas, y ninguna guardia se había montado. Intentaron hacerlos levantar. Ellos dijeron que los de delante no les dejaban [20] pasar. Jenofonte siguió adelante y envió a los peltastas más vigorosos con la orden de indagar cuál era el obstáculo. Volvieron éstos con la noticia de que todo el [21] ejército estaba igualmente descansando. Entonces Jenofonte y los suyos acamparon también allí sin fuego y sin cenar, después de haber montado las guardias como pudieron. Cuando llegó el día, Jenofonte envió en busca de los enfermos a los más jóvenes con la orden de hacerlos levantar y obligarlos a avanzar.

[22] Entretanto, Quirísofo envía a algunos desde la aldea para que examinen cómo estaban los últimos. Éstos, contentos al verlos, les entregaron a los enfermos para que los llevaran al campamento, mientras ellos prosiguieron la marcha, y, antes de haber recorrido veinte estadios, estuvieron junto a la aldea donde Quirísofo [23] acampaba. Cuando todos estuvieron reunidos, pareció seguro que los destacamentos acamparan en aldeas. Quirísofo se quedó allí y los demás, después de haberse distribuido las aldeas que veían, echándolas a suerte, [24] se dirigieron a ellas cada uno con los suyos. Entonces Polícrates de Atenas, capitán, pidió que le dejaran marchar; con los soldados más ligeros, corrió hacia la aldea que había obtenido en suerte Jenofonte y sorprendió a todos sus habitantes dentro, incluido el jefe de la aldea, así como diecisiete potros criados para entregarlos al Rey como tributo. También cogieron a la hija del jefe, que hacía nueve días que se había casado. Su marido, que había salido a cazar liebres, no fue capturado allí.

Las casas eran subterráneas; su entrada como la de [25] un pozo, pero debajo eran amplias. Las entradas para las acémilas eran rampas excavadas, mientras que los hombres bajaban por una escalera. En el interior de [26] las casas había cabras, ovejas, vacas, aves, y sus crías. Todo este ganado era alimentado con forraje. Había también trigo, cebada, legumbres y vino de cebada en cráteras. Los granos de cebada flotaban en la superficie, había también cañas dentro, unas más grandes, otras más pequeñas, que no tenían nudos.

Cuando alguien tenía sed, se llevaba una de estas [27] cañas a la boca y sorbía por ella. Era muy fuerte esta bebida, si no se le añadía agua, pero muy agradable una vez acostumbrado a ella. Jenofonte compartió la cena [28] con el jefe de esta aldea y le pidió que tuviera confianza, asegurándole que no le privaría de sus hijos y que, en compensación, al marcharse le llenarían la casa de provisiones, si estaba dispuesto a ser buen guía del ejército hasta que llegasen a otro pueblo. Él lo prometió y, en [29] prueba de amistad, les indicó dónde tenía el vino escondido. Así durmieron aquella noche todos los soldados en sus respectivos alojamientos en medio de la abundancia de todo tipo, teniendo vigilado al jefe de la aldea y sin perder de vista tampoco a sus hijos.

Al día siguiente, Jenofonte, en compañía del jefe de la [30] aldea, fue a ver a Quirísofo. Cuando pasaba junto a una aldea, se desviaba para ver a los que en ella estaban y en todas partes los encontraba celebrando banquetes y llenos de alegría. En ninguna parte les dejaban ir sin [31] antes haberles ofrecido comida. No había sitio donde no les pusieran en la misma mesa carne de cordero, de cabrito, de lechón, de ternero, de ave, con abundancia de [32] panes de trigo y de cebada. Cada vez que alguno, en prueba de amistad, quería brindar por otro, lo arrastraba hasta la crátera, donde debía agacharse y beber engullendo como un buey. Al jefe de la aldea le ofrecieron tomar lo que quisiera. Él nada aceptaba, pero cuando veía a alguno de sus parientes, se lo llevaba con él. [33] Cuando llegaron a las proximidades de Quirísofo, encontraron también a aquéllos alojados allí, coronados con coronas de heno seco y servidos por niños armenios ataviados con vestidos bárbaros; y

a los niños les indicaban, como si fueran sordomudos<sup>115</sup>, lo que debían [34] hacer. Cuando Quirísofo y Jenofonte hubieron puesto de manifiesto la amistad que les unía, preguntaron en común al jefe de la aldea, por medio de un intérprete que hablaba persa, qué país era aquél. Él respondió que era Armenia. Le preguntaron, además, para quién criaban los caballos. Él contestó que era un tributo destinado al Rey. Dijo que los cálibes habitaban el país [35] vecino y les indicó el camino para ir. Entonces Jenofonte se fue a llevarlo con sus familiares y da al jefe de la aldea un caballo bastante viejo que había cogido, para que, después de haberlo alimentado, lo sacrifique, porque había oído decir que este caballo estaba consagrado al Sol, y tenía miedo de que muriese, pues estaba maltrecho por la marcha. Él mismo cogió uno de los potros y dio uno a cada uno de los demás estrategos. [36] Los caballos de allí eran más pequeños que los de los persas, pero mucho más bravos. Entonces el jefe de la aldea les enseñó a envolver los cascos de los caballos y acémilas con saquitos para cuando los llevasen a través de la nieve, pues sin los saquitos se hundían hasta el vientre<sup>116</sup>.

Cuando llegó el octavo día, Jenofonte entrega el guía [6] a Quirísofo y deja a sus familiares en su casa excepto a un hijo, que apenas había entrado en la adolescencia. Da éste a Epístenes de Anfípolis para que lo vigile, a fin de que, si el padre los guiaba bien, regresara en compañía de éste. Introdujeron en su casa el mayor número de cosas que pudieron y, después de levantar el campamento, se pusieron en marcha. El jefe de la aldea, [2] en libertad, los guiaba a través de la nieve. Ya en la tercera etapa, Quirísofo se molestó con él porque no les condujo a las aldeas. Él dijo que no había en este lugar. Quirísofo lo golpeó, pero no loató. A continuación, aquél [3] huyó por la noche abandonando a su hijo. Éste fue el único motivo de discusión entre Quirísofo y Jenofonte durante la marcha: el mal trato y la negligencia con el guía. Epístenes se enamoró del niño, se lo llevó a su casa y lo trató como a su más leal servidor.

Después de esto, recorrieron, en siete etapas, unas [4] cinco parasangas por día, siguiendo el curso del río Fasis, de un pletro de ancho. Desde allí avanzaron, en [5] dos etapas, diez

parasangas. En la cima que conducía a la llanura, les salieron al encuentro cálibes, taocos y fasianos. Cuando Quirísofo vio a los enemigos en la [6] cima, detuvo la marcha a una distancia de unos treinta estadios, a fin de no aproximarse a los enemigos en columna, y transmitió la orden a los demás de que hicieran avanzar sus compañías, para que el ejército se presentase en línea de combate. Cuando llegaron los de [7] retaguardia, convocó a los estrategos y capitanes, y les habló en estos términos: «Los enemigos, como veis, ocupan las cimas de la montaña; es el momento de deliberar [8] cómo lucharemos con mayor éxito. A mí me parece oportuno transmitir la orden a los soldados de que almuercen, mientras nosotros decidimos si nos parece [9] oportuno hoy o mañana franquear la montaña.» «A mí particularmente, dijo Cleanor, me parece oportuno que, tan pronto como hayamos almorzado, tomemos las armas y, con la mayor rapidez posible, ataquemos a estos hombres. Porque si dejamos pasar el día de hoy, los enemigos que ahora nos ven se envalentonarán y es natural que otros, estando éstos envalentonados, en número superior se les agreguen.»

[10] Después de éste, Jenofonte dijo: «Yo pienso así: si es necesario luchar, debemos prepararnos para luchar con la máxima energía; pero si queremos franquear la montaña de la manera más fácil, me parece que debemos examinar cómo recibir el menor número posible de heridos y cómo perder el menor número de vidas humanas. [11] En efecto, esta montaña que se ve abarca más de sesenta estadios, y en ninguna parte se ven hombres que nos vigilen más que por este camino; mucho mejor, pues, sería intentar apoderarnos por sorpresa, sin que nos vieran, de un punto de la montaña desierta y anticiparnos a ocuparla, si pudiéramos, más que luchar [12] contra posiciones fuertes y hombres preparados. Pues es mucho más fácil ascender en vertical sin luchar que avanzar por terreno liso en presencia de enemigos a ambos lados. De noche, sin luchar, cualquiera ve mejor lo que tiene delante de los pies que de día luchando; el camino escarpado, para los pies que lo recorren, sin luchar, resulta más cómodo que el liso, cuando se reciben pedradas en la cabeza.

[13] »Y no me parece imposible tomar la cima por sorpresa, porque podemos avanzar por la noche, para no ser vistos y alejarnos lo suficiente, de manera que no nos descubran. Me da la impresión de que, si fingiéramos atacar por allí, encontraríamos la montaña más solitaria, pues los enemigos permanecerían aquí en grupo más compacto.

»Pero, ¿por qué doy explicaciones sobre acciones [14] furtivas? Pues yo, al menos, Quirísofo, he oído decir que vosotros, los lacedemonios, cuantos integráis los Iguales <sup>117</sup>, os ejercitáis en el robo desde niños y que no es vergonzoso sino honroso robar cuanto la ley no prohíbe. Y para que robéis con el máximo celo y procuréis [15] no ser vistos, está establecido por la ley entre vosotros que, si sois sorprendidos robando, se os azote. Ahora, pues, tienes una excelente oportunidad de demostrar tu educación y de vigilar que no nos atrapen, apoderándonos por sorpresa de la montaña, de modo que no recibamos golpes.»

«Sin embargo, contestó Quirísofo, también yo he [16] oído decir que vosotros, los atenienses, sois hábiles en robar los fondos públicos, a pesar de que el ladrón corre un grandísimo peligro, y además que son éstos los mejores, si es cierto que entre vosotros los mejores son considerados dignos de mandar. En consecuencia, tienes tú también la oportunidad de demostrar tu educación.»

«Pues bien, contestó Jenofonte, yo estoy dispuesto [17] a ir, con la retaguardia, una vez hayamos cenado, a tomar la montaña. Tengo también guías, pues los soldados de infantería ligera han capturado, mediante una emboscada, a algunos ladrones que nos seguían. Por éstos me he informado también de que no es infranqueable la montaña, sino que pacen cabras y bueyes. De manera que, una vez que hayamos tomado un punto de la montaña, será también accesible para las acémilas. Y espero que los enemigos ya no nos aguardarán [18] cuando nos vean en iguales condiciones sobre las cimas, pues tampoco ahora quieren bajar al mismo [19] nivel que nosotros.» Entonces Quirísofo dijo: «¿Por qué debes marchar y dejar la retaguardia? Envía a otros en tu lugar, si es que no se presenta ningún voluntario.»



[20] A continuación, Aristónimo de Metidrio acude con unos hoplitas, Aristeo de Quíos y Nicómaco de Eta con soldados de infantería ligera. Convinieron que, cuando alcanzaran la cima, encenderían muchas hogueras. [21] Acordado esto, desayunaron. Después del almuerzo, Quirísofo condujo todo el ejército a unos diez estadios frente a los enemigos, para dar la mayor impresión posible de que iban a atacar por allí.

[22] Una vez que cenaron y llegó la noche, los hombres designados partieron y se apoderaron de la montaña, mientras los demás descansaban en el mismo lugar. Pero cuando los enemigos se dieron cuenta de que la montaña estaba ocupada, se mantuvieron despiertos y [23] encendieron muchas hogueras por la noche. Cuando llegó el día, Quirísofo ofreció sacrificios y avanzó por el camino, mientras los que ocuparon la montaña, avanzaban [24] por la cima. La mayor parte de los enemigos permanecían en el paso de la montaña y una parte de ellos salió al encuentro de los que estaban en la cima. Antes de que el grueso del ejército de uno y otro bando se encontraran, los hombres que ocupaban las cimas entran en combate. Vencen los griegos y los persiguen. [25] Entretanto, los peltastas griegos procedentes de la llanura se lanzaban a la carrera contra los que estaban alineados delante de ellos, mientras Quirísofo los seguía [26] a paso ligero con los hoplitas. Los enemigos situados en el camino, cuando vieron que sus tropas de la parte alta eran derrotadas, huyeron. No murieron muchos, pero fueron capturados muchos escudos de mimbre, [27] que los griegos inutilizaron a cuchillazos. Cuando llegaron arriba, después de ofrecer sacrificios y levantar un trofeo<sup>118</sup>, volvieron a la llanura y llegaron a aldeas repletas de abundantes y buenas provisiones.

Después de esto recorrieron, en cinco etapas, treinta [7] parasangas hasta los taocos<sup>119</sup>. Las provisiones faltaban, pues los taocos habitaban en lugares fortificados a los que habían transportado todas las provisiones. Cuando [2] llegaron a una posición que no tenía ciudad ni casas —pero se habían reunido allí hombres, mujeres y mucho ganado—, Quirísofo, al punto que llegó, la atacó. Cuando el primer destacamento se cansaba,

avanzaba otro y después otro, pues como el lugar era abrupto todos a la vez no podían atacarlo.

Cuando Jenofonte llegó con los de retaguardia, peltastas [3] y hoplitas, entonces Quirísofo dice: «Llegáis en buen momento, pues debemos tomar la posición; el ejército no tiene provisiones, si no nos apoderamos del lugar.» Entonces juntos deliberaron. Y al preguntar [4] Jenofonte cuál era el obstáculo para entrar, contestó Quirísofo: «Esta entrada que ves es la única que existe; cada vez que uno intenta avanzar por allí, echan a rodar piedras desde lo alto de esta roca que domina, y el que es alcanzado así se queda.» Y al mismo tiempo le mostró hombres con las piernas y costillas rotas. «Si gastan [5] las piedras, dijo Jenofonte, ¿habrá otro obstáculo que nos impedirá pasar o ninguno más? Pues enfrente sólo vemos a esos pocos hombres y, de ellos, a sólo dos o tres armados. La posición, como estás viendo, ocupa [6] aproximadamente un pletro y medio y hay que cruzarla expuesto a las pedradas. Un pletro más o menos de su extensión total está cubierto de grandes pinos dispersos. Puestos los hombres detrás de ellos, ¿qué mal podrían sufrir a consecuencia de las piedras arrojadas o de las que hacen rodar? Queda, pues, algo así como medio pletro que hay que cruzar corriendo, cuando las [7] piedras cesen de caer.» «Sin embargo, dijo Quirísofo, cada vez que empezamos a dirigirnos al sitio cubierto, al punto arrojan muchas piedras.» «—Esto mismo, dijo, es lo que hace falta, pues más pronto gastarán las piedras. Pero, vayamos a un lugar donde no haya más que un espacio corto para recorrerlo, si es que podemos, y que sea de fácil retirada si queremos retroceder.»

[8] Desde allí se pusieron en marcha Quirísofo, Jenofonte y el capitán Calimaco de Parrasia, pues la dirección de las compañías de retaguardia le correspondía a él ese día<sup>120</sup>. Los demás capitanes permanecieron en lugar seguro. Detrás de éstos se situaron bajo los árboles unos sesenta hombres, no en grupo, sino uno a uno, [9] tomando cada uno las precauciones que podía. Agasias de Estinfalia y Aristónimo de Metidrio —también éstos eran capitanes de la retaguardia— y otros se apostaron fuera de los árboles, pues no era seguro colocar al [10] abrigo de los árboles más de una compañía. Entonces,

Calimaco maquina una estratagema: se separa corriendo del árbol, donde él estaba, unos dos o tres pasos y cuando lanzaban las piedras, retrocedía tranquilamente; en cada carrera gastaban más de diez carros de piedras. [11] Agasias, al ver lo que hacía Calimaco y que todo el ejército lo contemplaba, temiendo no ser el primero en asaltar la posición, sin haber llamado a Aristónimo, que estaba cerca, ni a Euríloco Lusio, que eran sus compañeros, ni a ningún otro, avanza él en solitario y se adelanta [12] a todos. Calimaco, al verlo pasar, lo coge por el borde del escudo. En este momento, los adelanta corriendo Aristónimo de Metidrio y detrás de él Euríloco Lusio. Todos estos rivalizaban en valor y competían entre sí. Disputando así, ocupan el lugar. Una vez irrumpieron, ninguna piedra fue lanzada desde lo alto. Entonces [13] se produjo un espectáculo terrible: las mujeres, arrojando primero a sus hijos, se lanzaban ellas mismas después al precipicio y los hombres hacían lo mismo. Entonces también Eneas de Estinfalia, capitán, habiendo visto a un hombre que corría con intención de arrojarle llevando un hermoso vestido, lo coge para impedirsele. Éste lo arrastra y ambos se precipitaron [14] rocas abajo y murieron. Allí muy pocos hombres fueron capturados, pero sí muchos bueyes, asnos y ganado menor.

Desde allí recorrieron, a través del país de los cálibes [15] en siete etapas, cincuenta parasangas. De todos los pueblos por los que pasaron, eran éstos los más belicosos y tuvieron con ellos combates. Llevaban corazas de lino hasta el vientre y, en vez de bandas <sup>121</sup>, cuerdas de esparto entrelazadas de manera compacta. Llevaban [16] también grebas, cascos y, en, la cintura, un cuchillo como el puñal lacedemonio, con el que degollaban a los que podían vencer y, después de cortarles las cabezas, se las llevaban, y cantaban y danzaban cuando los enemigos podían verlos. Llevaban también una lanza de unos quince codos con una sola punta de hierro. Éstos permanecían [17] en sus pequeñas ciudades y, cuando los griegos habían pasado, los perseguían luchando. Vivían en lugares fortificados y habían transportado las provisiones a estos lugares, de manera que los griegos nada pudieron coger allí y se alimentaron con las reses que habían cogido a los taocos.

Después de éstos, los griegos llegaron al río Harpaso, [18] de cuatro pletros de ancho. Desde allí recorrieron, a través del país de los escitenos, en cuatro etapas, veinte parasangas, a través de la llanura, hasta una aldea, en la que permanecieron tres días y se aprovisionaron.

[19] Desde este lugar recorrieron, en cuatro etapas, veinte parasangas, hasta una ciudad grande, próspera y habitada, que se llamaba Gimnias. De esta ciudad, el gobernador del territorio envía un guía a los griegos para [20] que los conduzca a través del territorio enemigo. Cuando aquél llega, les dice que los conducirá, en cinco días, a un lugar desde donde verán el mar; si no, se muestra dispuesto a morir. Y mientras los guiaba, desde el momento que irrumpió en tierra enemiga, los animaba a quemar y destruir el territorio, lo que puso de manifiesto que los acompañaba por este motivo, no por benevolencia a los griegos.

[21] Y llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques <sup>122</sup>. Cuando los primeros alcanzaron [22] la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado. Los de retaguardia mataron a algunos e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos.

[23] Dado que el griterío se hacía más grande y más cercano, que los que avanzaban ininterrumpidamente se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte [24] que se trataba de algo más importante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: « ¡Mar, mar! », y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos corrieron, incluso los de retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también. Cuando todos llegaron [25] a la cima, entonces se abrazaban los unos a los otros, estrategos y capitanes, llorando. Y de repente, sin importar quién transmitió la orden, los soldados trajeron piedras y levantaron un gran túmulo. Entonces colocaron [26]

encima gran cantidad de pieles de buey sin curtir, bastones y escudos de mimbre capturados en guerra, y el guía mismo cortaba los escudos de mimbre y animaba a hacerlo a los demás. Después de esto, los griegos [27] despiden al guía, habiéndole dado como presentes de la comunidad un caballo, una copa de plata, un vestido persa y diez daricos. Él les pedía, sobre todo, anillos y obtuvo muchos de los soldados. Después de haberles indicado un lugar donde acampar y el camino por el que podrían llegar al país de los macrones, regresó por la noche.

Desde allí recorrieron los griegos, a través del país [8] de los macrones, en tres etapas, diez parasangas. El primer día llegaron hasta el río que separaba el país de los macrones y el de los escitenos. Tenían, a la derecha, [2] un lugar escarpado y, a la izquierda, otro río, en el que desembocaba el que deslindaba los dos países, por el que era preciso cruzar. Este río estaba cubierto de árboles delgados, pero espesos. Los griegos, después de acercarse, los iban cortando, pues estaban empeñados en salir del lugar cuanto antes. Los macrones, con sus [3] escudos de mimbre, lanzas y túnicas de crin, estaban alineados en orden de combate al otro lado del paso, animándose mutuamente y arrojando piedras al río; pero no los alcanzaban ni les hacían ningún daño.

Entonces se acerca a Jenofonte un peltasta que afirmaba [4] haber sido esclavo en Atenas, diciendo que comprendía la lengua de estos hombres. «Y creo, añadió, que esta es mi patria, y, si nada lo impide, quiero conversar con ellos.» «Nada lo impide, contestó Jenofonte, conversa con ellos y entérate primero de quiénes son.» [5] Éstos respondieron que eran macrones. «Pregúntales además, dijo Jenofonte, por qué están alineados en orden de combate contra nosotros y por qué quieren ser [6] nuestros enemigos.» Éstos respondieron: «Porque vosotros invadís nuestro país.» Los estrategos le ordenaron decir que no tenían intención de hacerles daño; por el contrario, después de haber hecho la guerra al Rey, regresamos a Grecia y queremos llegar al mar. [7] Preguntaron aquéllos si les darían garantías de esto. Contestaron éstos que estaban dispuestos a darlas y a recibirlas. Entonces los macrones dieron una lanza bárbara a los griegos y a ellos los

griegos, una lanza griega. Decían que éstas eran sus garantías y ambos pusieron por testigos a los dioses.

[8] Después de los compromisos, en seguida los macrones colaboraban en la tala de árboles, les abrían camino para que pasaran, mezclados entre los griegos, les ofrecían el mercado que podían y acompañaron a los griegos, durante tres días, hasta conducirles a las fronteras [9] de los colcos. Allí había una montaña grande y, sobre ésta, los colcos estaban apostados en orden de combate. Al principio, los griegos formaron a sus hombres en falange, para de este modo conducirlos a la montaña; luego, decidieron los estrategos deliberar reunidos para [10] luchar con las mayores ventajas. Así, pues, Jenofonte dijo que estimaba oportuno renunciar a la falange y formar las compañías en columnas. «La falange se romperá en seguida, dijo, pues la montaña no tiene camino por este lado, mientras que por aquél encontraremos la montaña accesible. Y al punto cundirá el desaliento, [11] cuando, formados en falange, la vean rota. Además, si avanzamos formados en un amplio frente, nuestros enemigos nos desbordarán y, con los efectivos sobrantes, harán de nosotros lo que quieran. Si nos alineamos, en cambio, en un frente reducido, no sería extraño que la falange nuestra fuese rota por la masa de hombres y dardos que caerán sobre ella. Si esto ocurre en alguna parte, la falange entera se resentirá. Sin embargo, a [12] mí me parece oportuno formar las compañías en columnas y ocupar con ellas, distanciándolas, un espacio suficiente como para que las situadas en los extremos queden fuera del alcance de las alas enemigas. De este modo, las compañías situadas en los extremos quedaremos fuera del alcance de la falange enemiga, y los más arrojados de nosotros, guiando las compañías formadas en columnas, serán los primeros en atacar, y por donde sea accesible el camino, por allí conducirá su compañía cada capitán. No será fácil a los enemigos [13] penetrar en los espacios situados entre formaciones, puesto que a ambos lados hay compañías. Tampoco podrán abrir brecha en una compañía que avanza formada en columnas. Si una compañía se ve agobiada, la vecina acudirá en su ayuda. Y si alguna de ellas consigue, de algún modo, subir a la cumbre, ningún enemigo seguirá resistiendo.»

Pareció bien esta propuesta y formaron las compañías [14] en columnas. Jenofonte, al retirarse del flanco derecho al flanco izquierdo, decía a los soldados: «Compañeros, esos que veis son los únicos que nos impiden todavía estar ya donde, tiempo ha, pretendemos con afán; a éstos, por poco que podamos, debemos comérnoslos incluso crudos»<sup>123</sup>.

Cuando cada uno estuvo en sus puestos y hubieron [15] formado las compañías en columnas, resultaron unas ochenta compañías de hoplitas y cada compañía tenía unos cien hombres. Dividieron en tres cuerpos a los peltastas y a los arqueros, situados uno fuera del flanco izquierdo, otro fuera del derecho y otro en el centro, cada uno integrado por unos seiscientos hombres. [16] Acto seguido, los estrategos transmitieron la orden de dirigir las plegarias a los dioses. Después de haber hecho las súplicas y de haber entonado el peán, reanudaron la marcha. Quirísofo y Jenofonte, con los peltastas que los acompañaban, habiendo desbordado la falange de [17] los enemigos, continuaron el avance. Los enemigos, cuando vieron que corrían a su encuentro, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda, se dispersaron y dejaron un considerable vacío en medio de su propia [18] falange. Los peltastas que seguían a las fuerzas arcadias, al frente de los cuales estaba Esquines de Acarnania, creyendo que los colcos huían, se lanzaron a la carrera dando gritos: ellos fueron los primeros en alcanzar la cima de la montaña, y los siguieron los hoplitas arcadios, al frente de los cuales estaba Cleanor el [19] orcomenio. Los enemigos, cuando empezaron a correr, ya no se detuvieron, sino que cada uno emprendió la huida por donde pudo.

Los griegos, después de alcanzar la cima, acamparon en muchas aldeas que tenían víveres en abundancia.

[20] Respecto a lo demás, nada ocurrió de extraordinario. Pero había allí muchas colmenas y cuantos soldados comían miel perdían, todos ellos, la razón, vomitaban, les atacaba la diarrea y ninguno podía mantenerse en pie. Los que habían comido un poco parecían estar muy borrachos, los que habían comido mucho parecían enloquecidos y algunos, incluso, parecían moribundos. [21] Muchos yacían tendidos, como si se hubiese producido una derrota, y grande era el desaliento.



Al día siguiente no murió ninguno y, a la misma hora, aproximadamente, recobraron la razón. Al tercer y al cuarto día se levantaron como si hubiesen tomado un fármaco<sup>124</sup>.

Desde allí recorrieron, en dos etapas, siete parasangas [22] y llegaron al mar en Trapezunte, ciudad griega, habitada, en el Ponto Euxino, colonia de Sínope en el país de los colcos. Aquí permanecieron unos treinta días en las aldeas de los coicos. Partiendo desde allí, [23] devastaban la Cólquide. Los habitantes de Trapezunte proporcionaban mercado al campamento, acogieron a los griegos y les dieron, como regalos de hospitalidad, bueyes, harina de cebada y vino. Negociaron también [24] en nombre de sus vecinos coicos, que vivían sobre todo en la llanura, y como dones de hospitalidad también de parte de éstos les llegaron bueyes.

A continuación, prepararon el sacrificio que habían [25] prometido ofrecer. Les llegaron bueyes suficientes para sacrificar a Zeus Salvador, a Heracles, por su feliz conducción, y a los demás dioses los sacrificios que habían prometido ofrecer. Organizaron también un certamen gimnástico en la montaña donde acampaban. Al espartano Dracontio, que de niño había huido de su país, por haber matado involuntariamente a un niño golpeándole con un puñal, lo eligieron para que organizara la carrera y presidiese el certamen.

Terminado el sacrificio, entregaron las pieles a Dracontio [26] y le ordenaron que los llevara donde había organizado la carrera. Y les indicó dónde se encontraban. «Esta colina, dijo, es la más hermosa para correr por donde cada uno quiera.» «¿Cómo, pues, le dijeron, podrán luchar en un terreno tan abrupto y cubierto de maleza?» Y contestó: «De este modo, el que caiga lo [27] sentirá más.» Competían en la carrera del estadio<sup>125</sup> niños, la mayor parte hijos de prisioneros. Hicieron la gran carrera<sup>126</sup> los cretenses en número superior a sesenta; otros participaron en la lucha, el pugilato y el pancrancio. Resultó un bello espectáculo. Muchos bajaron a la arena y, dado que sus compañeros los estaban [28] contemplando, había mucha rivalidad. Hubo también carreras de caballos, y debían conducirlos pendiente abajo y, después de hacerles dar



la vuelta en el mar, de nuevo guiarlos hasta el altar. Hacia abajo, la mayor parte rodaban, pero hacia arriba, debido a la fuerte pendiente, a duras penas los caballos caminaban al paso. Entonces se producía gran griterío, risa y animación.

---

<sup>105</sup> Interpolación. Este resumen ha sido incorporado al texto de Jenofonte por el editor.

<sup>106</sup> Corresponde al período de tiempo que va desde el amanecer hasta el momento de ponerse en camino la expedición. Tres guardias se sucedían a lo largo de la noche.

<sup>107</sup> Ciudad de Arcadia, situada entre dos pequeños ríos.

<sup>108</sup> Comandante de un cuerpo de ejército (infantería, caballería o naval).

<sup>109</sup> Isla del mar Egeo.

<sup>110</sup> Ciudad del N. de Arcadia.

<sup>111</sup> Hoy llamado Botan Su.

<sup>112</sup> Enomotías: grupo de veinticinco a treinta y seis hombres, que era la cuarta parte de la compañía de cien soldados en el ejército griego.

<sup>113</sup> Se trata, en realidad, de Bitlis, afluente del Centrites.

<sup>114</sup> *Bulimia*, etimológicamente «hambre de buey». Enfermedad que consiste en un constante apetito insaciable. Pero, en realidad, las tropas son víctimas de una extrema debilidad a consecuencia de la escasa alimentación.

<sup>115</sup> Es decir, mediante gestos.

<sup>116</sup> Costumbre todavía vigente en regiones del Cáucaso, desconocida entonces por los griegos.

<sup>117</sup> Ciudadanos espartanos con plenitud de derechos políticos; son la clase dominante.

<sup>118</sup> Monumento de piedra o madera, con una inscripción, erigido para celebrar una victoria; solía levantarse en el punto donde los enemigos emprendían la huida.

<sup>119</sup> No coinciden los autores respecto al nombre de este pueblo; resulta, por tanto, difícil identificarlos con precisión.

<sup>120</sup> De lo cual se deduce que la dirección de la compañía de retaguardia correspondía cada día a una persona diferente.

<sup>121</sup> Prolongaciones de la coraza.

<sup>122</sup> Montaña llamada Quenio por DIODORO (XIV 29), de identificación insegura.

<sup>123</sup> Cf. *Iliada* XXII 346 y ss.

<sup>124</sup> Parece ser que los efectos nocivos de esta miel eran producidos por las flores, de plantas venenosas, libadas por las abejas.

<sup>125</sup> Se trata de carrera reservada a los adolescentes (158 m.).

<sup>126</sup> La gran carrera (*dolichosdrómos*) consistía en recorrer 24 estadios. El pancracio era una especie de lucha libre en la que se combinaban lucha y boxeo.

## LIBRO V

Los griegos manifiestan su deseo de regresar por mar. Jenofonte propone elaborar un reglamento del pillaje por tierra y por mar. La expedición griega llega a Cerasunte. Los griegos se alían con los mosinecos. Llegan al país de los cálibes, tibarenos y a Cotiora. Quejas de los embajadores de Sínope ante Jenofonte. Consejos de Hecatónimo para que los griegos se hagan a la mar. Propuesta frustrada de Jenofonte para fundar una colonia. Jenofonte se somete a la voluntad del ejército. Actos de indisciplina en el ejército. Los estrategos rendirán cuentas de su actuación.

[Cuanto hicieron los griegos en la expedición con [1] Ciro y en su marcha hasta el mar, hasta el Ponto Euxino, y cómo llegaron a Trapezunte, ciudad griega, y cómo celebraron los sacrificios que prometieron ofrecer como agradecimiento por su salvación tan pronto llegaron a una tierra amiga, en el libro anterior ha sido expuesto] <sup>127</sup>.

Después de esto se reunieron para deliberar sobre el [2] trayecto que les quedaba. Se levantó, en primer lugar, León de Turio <sup>128</sup> y habló así: «Yo, compañeros, dijo, ya estoy cansado de recoger los bagajes, de caminar, de correr, de llevar las armas, de ir en formación, de montar guardias y de combatir; deseo acabar de una vez con estas penalidades y, puesto que tenemos el mar, recorrer embarcado el resto del camino y, tendido [3] como Ulises <sup>129</sup>, llegar a Grecia.» Oídas estas palabras, los soldados gritaron alborozados que tenía razón; otro dijo lo mismo, y todos los que hablaron después. [4] A continuación se levantó Quirísofo y habló así: «Tengo como amigo, compañeros, a Anaxibio y está al frente de la flota. Por consiguiente, si queréis que yo vaya a su encuentro, creo que regresaría con trirremes y barcos para transportarnos. Si vosotros deseáis regresar navegando, aguardad hasta que yo vuelva. Regresaré pronto.» Al oír esta propuesta los soldados se alegraron y decidieron por votación que se hiciera a la mar cuanto antes.

[5] Después de éste se levantó Jenofonte y habló así: «Quirísofo se va a buscar barcos y nosotros lo esperaremos. Por consiguiente, cuanto estimo oportuno hacer [6] en nuestra espera voy a decíroslo. En primer lugar debemos procurarnos víveres procedentes de un territorio enemigo, pues lo que nos venden no es suficiente y no tenemos medios suficientes para

comprarlos, salvo unos pocos. El país es enemigo. Existe, por tanto, el riesgo de que muchos pierdan la vida, si vais a buscar los víveres despreocupadamente y sin tomar [7] precauciones. Me parece oportuno aprovisionarnos mediante destacamentos de forrajeadores y no andar por ahí sin precauciones, con el fin de evitar pérdidas. Nosotros, los estrategos, nos ocuparemos de la seguridad de estas expediciones.» Se aprobó esta decisión. [8] «Escuchad, además, esto. Algunos de vosotros saldrán en busca de botín. Por consiguiente, pienso que lo mejor es que quien tenga intención de salir nos lo diga y nos indique, además, a dónde va, para que sepamos el número de los que salen y de los que se quedan, tomemos las medidas necesarias y, si es oportuno socorrer a algunos, sepamos a dónde hay que acudir en su ayuda y para que, si alguien entre los menos expertos emprende una acción en alguna parte, colaboremos con nuestro consejo intentando saber las fuerzas contra las que se van a enfrentar.» También esto les pareció bien.

«Tened presente, además, una cosa, dijo. Los enemigos [9] tienen tiempo libre para dedicarse al pillaje y, con justicia, conspiran contra nosotros, pues tenemos lo que es suyo, y ocupan posiciones por encima de nosotros. Me parece, por tanto, que hay que montar guardias alrededor del campamento. Así, pues, si por turnos montamos guardia y estamos atentos, menos posibilidades tendrán los enemigos de cazarlos.

»Considerad, además, este punto. Si tuviéramos [10] garantías de que Quirísofo vendrá con suficientes embarcaciones, no sería preciso nada de lo que voy a deciros; pero ahora, puesto que esto no está claro, me parece oportuno intentar equipar embarcaciones aquí mismo. Si regresa <con> ellas, puesto que nosotros tenemos aquí, nos haremos a la mar con mayor abundancia de naves, y si él no las trae, utilizaremos las de aquí. Con frecuencia veo embarcaciones que navegan [11] siguiendo la costa. Por consiguiente, si, después de haber pedido a los trapezuntios navíos largos<sup>130</sup>, los condujéramos a la costa y los guardáramos quitando los timones, hasta tener un número suficiente para llevarnos, posiblemente no estaríamos faltos del medio de transporte que necesitamos.» También en esto estuvieron de acuerdo.

«Pensad, añadió, si os parece [12] bien mantener del erario público a las personas que nos lleven a puerto durante el tiempo que permanezcan aquí por nuestra causa, y convenir el importe del pasaje, para que, por el favor que nos hacen, tengan también su compensación.» Y esto también les pareció bien.

[13] «Me parece oportuno, prosiguió, que, si esto se lleva a cabo de manera que dispongamos navíos suficientes, encarguemos a las ciudades costeras arreglar los caminos que creo son de difícil acceso. Obedecerán, por temor y porque quieren librarse de nosotros.»

[14] Entonces gritaron que no había que ir por tierra. Y cuando Jenofonte se dio cuenta de la insensatez del ejército, nada puso a votación, sino que convenció a las ciudades de que repararan los caminos voluntariamente, diciendo que antes se verían libres de ellos si [15] los caminos estaban en buen estado. Consiguieron de los trapezuntios una nave de cincuenta remos, al frente de la cual pusieron a Dexipo, perieco laconio. Éste, sin preocuparse de reunir embarcaciones, escapó fuera del Ponto con su nave. Pero más tarde sufrió el castigo que merecía: por sus intrigas en la corte de Seutes, murió a manos de Nicandro de Laconia, en [16] Tracia. Consiguieron también una nave de treinta remos, al frente de la cual pusieron a Polícrates de Atenas, que llevaba al campamento todas las embarcaciones que capturaba. Y si encontraban mercancías, las sacaban y las ponían bajo vigilancia para no perderlas. Y emplearon las embarcaciones para navegar [17] siguiendo la costa. Mientras esto sucedía, los griegos salían en busca de botín, unos lo conseguían y otros no. Cleeneto, que salió al frente de su compañía y de otra contra una posición difícil, perdió la vida junto con otros muchos que lo acompañaban.

[2] Como ya no era posible coger víveres de manera que se pudiera regresar en el mismo día al campamento, cogió entonces Jenofonte unos guías de Trapezunte, condujo contra los drilas<sup>131</sup> a la mitad de su ejército y dejó la otra mitad para vigilar el campamento, pues los coicos, que habían sido expulsados de sus casas, estaban reunidos en gran número y ocupaban las cimas de las montañas. Los de Trapezunte no los

conducían [2] a lugares donde resultaba fácil coger víveres, pues eran amigos de sus habitantes. Sin embargo, los guiaban a gusto contra los drilas, de los que recibían malos tratos, a lugares montañosos, de difícil acceso, y contra los hombres más belicosos del Ponto.

Cuando los griegos estuvieron en la tierra alta, [3] quemaron todas las posiciones que, según los drilas, eran accesibles y se marcharon. Sólo era posible coger algún cerdo, buey o alguna cabeza de ganado que había escapado del fuego; su única posición era su metrópoli; en ésta habían confluído todos. A su alrededor había un torrente muy profundo y los accesos al territorio eran difíciles. Los peltastas, que se adelantaron [4] en su carrera a los hoplitas unos cinco o seis estadios, cruzaron el barranco y, al ver mucho ganado y otros bienes, atacaron la posición. Los seguían también muchos lanceros que habían salido en busca de víveres, de manera que fueron más de dos mil hombres los que pasaron el barranco. Como no podían [5] tomar la posición combatiendo, pues había un foso ancho levantado en torno a ella, estacas sobre la tierra amontonada y muchas torres hechas de madera, intentaban retirarse, pero los enemigos los atacaban. Como no podían correr en su retirada, pues el descenso [6] de la posición al torrente había que hacerlo de uno en uno, envían a uno a ver a Jenofonte, que estaba al frente de los hoplitas. Cuando llegó éste, le dice: [7] «Hay una posición llena de abundantes bienes, y no podemos tomarla porque es fuerte. Tampoco nos resulta fácil retirarnos porque salen del lugar y nos presentan combate, y la salida es difícil.»

[8] Enterado de estas noticias, Jenofonte se acercó al torrente y ordenó a los hoplitas que se detuvieran; él mismo cruzó con los capitanes y estudiaba si era mejor que los que habían cruzado se retiraran o que los hoplitas acudieran, por si pudiera tomarse la posición. [9] Parecía que la retirada no era posible sin producirse muchas bajas y, en cambio, creían los capitanes que podría tomarse la posición; Jenofonte accedió, confiando en las víctimas<sup>132</sup>, pues los adivinos habían manifestado que habría lucha, pero que el fin [10] de la expedición sería favorable. Envío Jenofonte a los capitanes para hacer cruzar a los hoplitas, mientras él se quedó allí y

mandó retroceder a todos los peltastas sin permitir a nadie hacer escaramuzas. [11] Cuando llegaron los hoplitas, ordenó que cada capitán dispusiera su compañía de la manera que considerara más adecuada para combatir, pues estaban cerca unos de otros los capitanes que, en todo momento, [12] rivalizaban entre sí en valor. Así lo hicieron. Mientras él dio a todos los peltastas la orden de que avanzaran con la mano en la correa de la jabalina para poder lanzarla cuando se les diera la señal, a los arqueros les ordenó que colocaran la flecha en la cuerda, puesto que era preciso disparar cuando se les diera la señal, y a los soldados de infantería ligera que tuvieran sus sacos de cuero llenos de piedras. Y envió hombres adecuados que se encargaran de estos cometidos.

[13] Una vez que todo estuvo preparado, no sólo los capitanes y los tenientes, sino todos los que no se consideraban menos que éstos, se colocaron en orden de batalla. Unos y otros se veían, pues la formación tenía, debido al terreno, forma de media luna. Cuando hubieron [14] entonado el peán y la trompeta hubo sonado, al mismo tiempo que lanzaron un grito en honor de Enialio<sup>133</sup>, se precipitaron a la carrera los hoplitas disparando flechas, dardos, lanzas, flechas y piedras con hondas, pero lanzaban todavía muchas más con las manos. Había también quien arrojaba fuego. Bajo la [15] avalancha de dardos los enemigos abandonaron las empalizadas y las torres, de manera que Agasias de Estinfalia y Filóxeno de Pelene subieron sólo con la túnica, uno tiraba del otro y en seguida ya se había encaramado otro más. La posición había sido, según parecía, tomada.

Los peltastas y la infantería ligera entraron corriendo [16] y saqueaban lo que cada uno podía; Jenofonte, sin embargo, se detuvo frente a las puertas e impedía el paso desde fuera a todos los hoplitas que podía, pues otros enemigos aparecían en unas cimas fortificadas. No había transcurrido mucho tiempo cuando [17] se produjo un griterío en el interior y huían, unos con el botín que cogieron y alguno, posiblemente, también herido. Y muchos empujones se daban alrededor de las puertas. Al ser preguntados los que salían, decían que había dentro unas posiciones elevadas y muchos enemigos que habían hecho una salida y golpeaban a los hombres que



estaban dentro. Entonces [18] ordenó al heraldo Tólmides<sup>134</sup> proclamar que entrara el que quisiera coger alguna cosa. Muchos se precipitan dentro, y vencen los que entran a empujones a los que salen, y encierran de nuevo a los enemigos en la ciudadela. Todo lo que se hallaba fuera fue saqueado [19] y los griegos se lo llevaron; los hoplitas se detuvieron, unos alrededor de las empalizadas y otros en [20] el camino que llevaba a la fortificación. Jenofonte y los capitanes examinaban si era posible tomarla, pues así era segura la salvación, y de otro modo parecía muy difícil la retirada; de su investigación dedujeron que era absolutamente imposible tomar la posición.

[21] Entonces comenzaron a preparar la retirada. Cada uno arrancaba las estacas que tenía frente a sí, y despedían a los inútiles, y a los que llevaban carga y al grueso de los hoplitas, quedándose los capitanes con los hombres que inspiraban confianza a cada uno. [22] Pero cuando iniciaron la retirada, se precipitaron desde el interior sobre ellos muchos enemigos, con sus escudos de mimbre, lanzas, grebas y cascos paflagonios, y otros subían a las casas, a uno y otro lado del [23] camino de la ciudadela. De manera que tampoco era seguro perseguirlos hasta las puertas de la fortificación, pues arrojaban desde arriba grandes maderos, por lo que resultaba difícil quedarse y retirarse, y la noche que se avecinaba era espantosa.

[24] Mientras ellos luchaban y estaban en apuros, un dios les ofrece un medio de salvación. De pronto comenzó a arder una casa de las situadas a la derecha, sin que se supiera quién le prendió fuego. Cuando ésa se derrumbó, huyeron los habitantes de las casas de [25] la derecha. Una vez que Jenofonte entendió el significado de este hecho gracias a la fortuna, ordenó prender fuego también a las casas de la izquierda, que eran de madera, de modo que bien pronto se quemaron. Por consiguiente, huyeron también los habitantes [26] de esas casas. Sólo los seguían molestando los que estaban enfrente y estaba claro que los atacarían en la salida y en el descenso. Entonces, Jenofonte transmite la orden de que traigan leña todos los que se encontraban fuera del alcance de los dardos y que la pongan entre ellos y los enemigos. Cuando



hubo ya suficiente, la prendieron fuego. También incendiaron las casas situadas junto a la misma empalizada, para que los enemigos estuvieran ocupados en esto. Así [27] con dificultad se retiraron de la posición, poniendo fuego entre ellos y los enemigos. La ciudad entera se quemó, las casas, las torres, las empalizadas y todo lo demás, excepto la fortificación.

Al día siguiente los griegos se retiraron con los [28] víveres. Y, como temían la bajada que conduce a Trapezunte, pues era pendiente y estrecha, hicieron una falsa emboscada. Un misio, que se llamaba también [29] así, con diez cretenses, se quedó en un lugar de vegetación espesa y fingía intentar pasar desapercibido a los enemigos, pero sus escudos, que eran de bronce, brillaban de vez en cuando a través de la espesura. Así, pues, los enemigos al ver esto, temían que fuera [30] una emboscada; mientras tanto el ejército descendía. Cuando pareció que el ejército había avanzado bastante, se indicó por medio de una señal al misio que huyera a toda prisa. Se levantó éste y escapó con los que le acompañaban. Los restantes cretenses, temiendo, [31] según dijeron, que los alcanzaran los enemigos, salieron del camino, se metieron en un bosque y, rodando por los valles, lograron salvarse, mientras el misio, que huía por el camino, pedía auxilio. Acudieron [32] en su ayuda y lo recogieron herido. Los que le prestaron ayuda se retiraban paso a paso bajo los disparos enemigos y algunos cretenses replicaban disparando con sus arcos. De este modo llegaron sanos y salvos al campamento todos.

Puesto que ni Quirísofo regresaba, ni había embarcaciones [3] suficientes, ni era posible coger más víveres, acordaron que había que partir. Embarcaron en las naves a los enfermos, a los mayores de cuarenta años, a los niños, a las mujeres y todos los bagajes que no era preciso conservar. También hicieron subir en las naves a Filesio y a Soféneto, los estrategos de más edad, con la orden de que se ocuparan de ellos. Los demás se pusieron en marcha, pues el camino había [2] sido ya acondicionado. Al tercer día de marcha llegaron a Cerasunte, ciudad griega junto al mar, colonia [3] de Sínope, en la Cólquide. Aquí se quedaron diez días. Se pasó revista y se contó el número de hombres en armas: resultaron ocho mil

seiscientos. Éstos fueron los que se salvaron. Los demás perecieron a manos de los enemigos, por causa de la nieve y otros, por enfermedad. [4] Aquí también reparten el dinero obtenido de los prisioneros. En cuanto al diezmo, que reservaron a Apolo y a Ártemis de Éfeso, cada estratego recibió la parte correspondiente para guardarla con destino a los dioses. Neón de Ásine la recibió en vez [5] de Quirísofo. Jenofonte hizo la ofrenda a Apolo y la consagró en el tesoro de los atenienses en Delfos y puso una inscripción con su nombre y el de Próximo, [6] que murió con Clearco; pues era su amigo. La parte de Ártemis de Éfeso, cuando salió de Asia con Agesilao por el camino de Beocia, la dejó en manos de Megabizo, guardián<sup>135</sup> del templo de Ártemis, porque pensaba que correría peligro en el camino, y le encargó que, si salvaba la vida, se la devolviera y, si le pasaba algo, que la consagrara a Ártemis, ofreciéndole lo que creyera que fuera agradable a la diosa.

[7] Una vez que Jenofonte estaba ya en el destierro, viviendo en Escilunte, merced a la hospitalidad de los Lacedemonios [cerca de Olimpia], llega Megabizo a Olimpia para contemplar los juegos y le devuelve el depósito. Jenofonte lo coge y compra un terreno para la diosa donde le indicó Apolo. Corría por la región [8] el río Selinunte. En Éfeso también, junto al templo de Ártemis, pasa un río llamado Selinunte. En los dos hay peces y conchas. En los campos de Escilunte se encuentra toda la variedad de animales salvajes que quieran cazarse. Construyó, además, un altar y un [9] templo con el dinero sagrado y, en lo sucesivo, siempre, con el diezmo de los frutos del campo, ofrecía un sacrificio a la diosa, y todos los ciudadanos y los vecinos, hombres y mujeres, participaban en la fiesta. Proporcionaba la diosa a los concurrentes harina de cebada, panes, vinos, golosinas y parte de las víctimas cebadas con el pasto sagrado y otros productos de la caza. Pues los hijos de Jenofonte y de los demás ciudadanos [10] organizaban una cacería para la fiesta. Los hombres que querían se sumaban también a la cacería. Se capturaban piezas procedentes, unas, del mismo terreno sagrado y, otras, de la Fóloe<sup>136</sup>: jabalíes, gacelas y ciervos. El terreno, que desde Lacedemonia conduce [11] a Olimpia, está

a unos veinte estadios del templo de Zeus en Olimpia. Hay, además, en el recinto sagrado una pradera y montañas llenas de árboles, aptas para criar cerdos, cabras, bueyes y caballos, de manera que incluso las acémilas de los que iban a la fiesta pastaban en abundancia. Alrededor del templo mismo [12] plantaron un jardín de árboles frutales que producen frutos comestibles propios de la estación. El templo se parece, en pequeño, al grande de Éfeso y la imagen se parece, en madera de ciprés, a la de Éfeso, que es de oro. También se levanta junto al templo una [13] columna con esta inscripción: «ESTE TERRENO SAGRADO PERTENECE A ÁRTEMIS. EL QUE LO POSEA Y DISFRUTE, OFREZCA EL DIEZMO EN SACRIFICIO CADA AÑO. Y CON LO SOBRANTE, RESTAURE EL TEMPLO. SI NO LO HACE, LA DIOSA SE VENGARÁ.»

[4] Desde Cerasunte se trasladaron por mar los que antes se habían embarcado. Los demás siguieron su camino por tierra.

[2] Cuando estuvieron en los límites de los mosinecos <sup>137</sup>, envían a Timesiteo de Trapezunte, que era protector de los mosinecos, a preguntarles si iban a atravesar un país amigo o enemigo. Contestaron éstos que no les dejarían pasar. Pues confiaban en sus plazas fuertes. [3] Entonces Timesiteo dice que son enemigos de éstos los que habitan al otro extremo del país. Se acordó convocarlos por si querían concertar una alianza. [4] Enviado Timesiteo, regresó con los jefes. Cuando llegaron se reunieron los jefes mosinecos y los estrategos griegos. Habló Jenofonte y hacía de intérprete [5] Timesiteo: «Mosinecos, nosotros queremos regresar, sanos y salvos, a Grecia a pie, pues no tenemos naves; pero éstos, que tenemos entendido que son vuestros [6] enemigos, nos lo impiden. Pues bien, si queréis, tenéis posibilidad de tomarnos como aliados y vengaros, si alguna vez os han tratado injustamente, y tenerlos [7] sometidos en lo sucesivo., Si no nos hacéis caso, pensad dónde podríais obtener en otra ocasión una fuerza [8] aliada como la nuestra. A esta propuesta respondió el jefe de los mosinecos diciendo que ellos también [9] querían esto y que aceptaban la alianza. «Veamos, pues, dijo Jenofonte, ¿en qué necesitaréis utilizarnos, si nos convertimos en vuestros aliados, y cómo váis a [10] colaborar con nosotros en el camino?» Contestaron ellos: «Podemos invadir el territorio de nuestros

comunes enemigos desde el otro lado, y enviaros aquí naves y hombres que serán vuestros aliados y os guiarán en el camino.»

Sobre estos acuerdos dieron y recibieron garantías, [11] y se marcharon. Al día siguiente volvieron con trescientas barcas hechas de un solo tronco y en cada una tres hombres, dos de los cuales desembarcaron y presentaron armas, mientras el tercero se quedó en la barca. Cogieron las barcas y se hicieron de nuevo a [12] la mar. Los que se quedaron formaron en orden de batalla del siguiente modo: en filas de unos cien hombres, colocados unos frente a otros correlativamente como en los coros, llevando todos escudos de mimbre recubiertos con pieles de bueyes de pelo blanco, semejantes a una hoja de hiedra. En la mano derecha llevaban una jabalina de unos seis codos, con una punta de lanza delante y, detrás, una bola de madera. Iban [13] vestidos con unas túnicas cortas por encima de las rodillas, pero su espesor era como el del lino del saco de la ropa de cama. En la cabeza llevaban cascos de cuero como los de los paflagonios, con un penacho en medio y muy semejantes a las tiaras. Llevaban, además, [14] hachas de hierro. Entonces uno de ellos inició un canto y todos los demás se pusieron en marcha cantando al compás, y atravesando las filas y el campamento de los griegos, al punto se dirigieron contra los enemigos, hacia la plaza fuerte que parecía más fácil de atacar. Estaba situada ésta delante [de la ciudad], [15] llamada metrópoli, y ocupaba el punto más elevado del país de los mosinecos. Por la posesión de este lugar se hacía la guerra, pues los que cada vez la ocupaban parecían ser también dueños de todos los mosinecos, y los aliados de los griegos decían que éstos no la ocupaban conforme a derecho, sino que, habiéndose apropiado de un bien común, usurpaban sus derechos.

Les seguían también algunos griegos, no por orden [16] de los estrategos, sino para saquear. Los enemigos permanecían inmóviles mientras se acercaban, pero cuando estuvieron cerca de la plaza fuerte, salieron corriendo y los pusieron en fuga; mataron a muchos bárbaros y a algunos griegos que fueron con ellos, y continuaron la persecución hasta que vieron que los [17] griegos acudían en su ayuda. Luego dando la vuelta se

marcharon y, después de cortar las cabezas de los cadáveres, las enseñaban a los griegos y a sus enemigos, al tiempo que danzaban al son de una canción. [18] Los griegos estaban muy apenados porque sus aliados habían envalentonado a los enemigos y porque los griegos que salieron con ellos habían huido, a pesar de ser muchos, cosa que nunca habían hecho antes en el curso de la expedición.

[19] Jenofonte convocó a los griegos y les dijo: «Soldados, no os desaniméis por lo ocurrido. Sabed que un [20] bien no inferior al mal se ha producido. En primer lugar sabéis que nuestros guías están realmente en guerra con los que por necesidad son nuestros enemigos. Luego, aquellos griegos que abandonaron nuestras filas y que creyeron que podrían conseguir lo mismo con los bárbaros que con nosotros han pagado su pena. De manera que, para otra vez, se alejarán menos de [21] nuestras filas. Es preciso que vosotros os preparéis para dar la impresión a los bárbaros que son amigos de que sois superiores a ellos y para demostrar a los enemigos que ahora lucharán con hombres diferentes a los desorganizados con los que se enfrentaron antes.»

[22] Así pasaron aquel día. Al día siguiente, después de ofrecer sacrificios, cuando los presagios fueron favorables, desayunaron, formaron las compañías en columna, alinearon a los bárbaros a la izquierda de la misma manera y se pusieron en marcha situando a los arqueros entre las compañías, quedando un poco rezagado [23] el frente de los hoplitas. Había entre los enemigos hombres ligeros que bajaban corriendo y tiraban piedras. Rechazaban a éstos los arqueros y peltastas. Los demás siguieron la marcha al paso, primero hacia la plaza fuerte desde la que el día anterior los bárbaros y los que les acompañaban fueron puestos en fuga. Aquí los enemigos se habían alineado en orden de batalla. Resistieron los bárbaros a los peltastas y [24] lucharon, pero cuando estuvieron cerca los hoplitas, se dieron a la fuga. Los peltastas, de inmediato, los siguieron persiguiéndolos hasta arriba en dirección a la ciudad, mientras que los hoplitas iban detrás sin perder la formación. Cuando estuvieron arriba junto [25] a las casas de la metrópoli, entonces los enemigos se reunieron todos y continuaron la lucha lanzando sus jabalinas e

intentando defenderse cuerpo a cuerpo con otras lanzas gruesas y largas, que a duras penas podría llevar un hombre. Como los griegos no cedían, [26] sino que avanzaban a su encuentro, los bárbaros huían también todos de allí abandonando la plaza fuerte. Pero su rey, que habitaba en una torre de madera, construida en la cima, al que todos en común sustentaban y protegían mientras permanecía allí, no quería salir, ni tampoco el de la posición ocupada antes. Allí, con las torres de madera fueron quemados ambos.

Los griegos, al saquear las plazas fuertes, encontraban [27] en las casas depósitos de panes amontonados que se transmitían de padres a hijos, según contaban los mosinecos, y trigo nuevo guardado con la paja. La mayor parte era espelta. También encontraban en [28] las ánforas lonchas de delfín en salazón y, en vasos, grasa de delfín, que los mosinecos utilizaban como los griegos el aceite de oliva. En los graneros había muchas [29] nueces lisas<sup>138</sup> sin ninguna hendidura. Éste era su alimento principal, que hervían y cocían como pan. Se encontraba también vino que, sin mezclar, parecía agrio por su aspereza, pero mezclado, resultaba aromático y dulce.

[30] Los griegos desayunaron aquí y continuaron la marcha, después de haber entregado las plazas fuertes a los mosinecos que lucharon con ellos. De todos los territorios enemigos que encontraban guarnecidos los más accesibles eran abandonados y los otros se unían [31] a ellos voluntariamente. Así eran la mayor parte de las fortificaciones: distaban entre sí las ciudades ochenta estadios, unas más, otras menos. Cuando se gritaban unos a otros, se oían de una a otra ciudad: tan elevado [32] y profundo era el país. Tan pronto como en su marcha se encontraban con amigos, les mostraban niños de gente rica alimentados y criados con nueces hervidas, tiernos y muy blancos, y no les faltaba mucho para igualar el grosor con la altura, y tenían las espaldas pintadas de muchos colores y, por delante, unos [33] tatuajes en forma de flores. Buscaban, además, unirse, a la vista de todos, con las heteras que los griegos llevaban, pues tenían ellos esa costumbre. Todos los [34] hombres y mujeres eran blancos. Los que tomaron parte en la expedición decían que éstos eran los más bárbaros que habían encontrado en su recorrido y los más

diferentes de las costumbres griegas. Pues hacían en medio de la gente lo que los hombres deben hacer en secreto y, a solas, se comportaban como si estuvieran acompañados. Hablaban consigo mismos, reían solos y, deteniéndose en cualquier lugar que se encontraran, se ponían a bailar, como si alguien pudiese verlos.

[5] A travé de este país —ya enemigo, ya amigo— recorrieron ocho etapas y llegaron al país de los cálibes. Éstos eran pocos y súbditos de los mosinecos. El medio de vida para la mayoría procedía de la extracción de hierro.

Desde aquí llegan al país de los tibarenos. El territorio [2] de los tibarenos era mucho más llano y tenía posiciones junto al mar menos fortificadas. Deseaban los estrategos atacar las posiciones y que el ejército cogiese algo de botín. No aceptaron los presentes de hospitalidad de los tibarenos, sino que les ordenaron esperar hasta que hubiesen deliberado, y se pusieron a ofrecer los sacrificios. Después de haber sacrificado [3] muchas víctimas, todos los adivinos dijeron que de ningún modo los dioses aprobaban la guerra. Entonces aceptaron los presentes y marchando dos días como a través de un país amigo llegaron a Cotiora, ciudad griega, colonia de los sinopenses, que se hallaba en el territorio de los tibarenos.

[Hasta aquí el ejército fue a pie. El camino de [4] vuelta recorrido desde la batalla en Babilonia hasta Cotiora<sup>139</sup> ascendía a ciento veintidós etapas, seiscientas veinte parasangas, dieciocho mil seiscientos estadios; el tiempo invertido, ocho meses] <sup>140</sup>.

Aquí permanecieron cuarenta y cinco días. Durante [5] estos días, en primer lugar hicieron sacrificios a los dioses, y todos los griegos, distribuidos por grupos, organizaron procesiones y certámenes gimnásticos. Cogían los víveres, unos de Paflagonia<sup>141</sup> y otros de [6] los territorios de los cotioritas; pues éstos no les proporcionaban mercado ni daban cobijo a los enfermos dentro de sus murallas.

Entretanto llegan desde Sínope embajadores, que [7] temían por la ciudad de los cotioritas (pues les pertenecía y les pagaban tributo) y por el territorio, porque oían decir que era saqueado. Entraron en el campamento y hablaron, tomando la

palabra en su nombre [8] Hecatónimo, considerado hábil orador. «Nos ha enviado, soldados, la ciudad de Sínope para elogiaros, puesto que habéis vencido a los bárbaros, vosotros que sois griegos. Además, también, para compartir vuestra satisfacción, ya que estáis sanos y salvos, después de pasar muchas y terribles dificultades, según hemos oído [9] decir. Nosotros, que somos griegos, pretendemos recibir de vosotros, también griegos, algún favor y ningún daño, pues nunca nosotros hemos sido los primeros [10] en causaros algún perjuicio. Esos cotioritas son nuestros colonos y nosotros les entregamos este territorio, después de habérselo arrebatado a los bárbaros. Por esta razón nos pagan un tributo establecido, lo mismo que los de Cerasunte y Trapezunte. En consecuencia, cualquier mal que les hagáis, la ciudad de Sínope [11] entiende que lo sufre ella misma. Pero ahora oímos decir que habéis entrado en la ciudad por la fuerza, que algunos se alojan en sus casas y que cogéis por la fuerza lo que necesitáis de sus campos sin permiso. [12] Pues bien, esto no lo consideramos justo. Si lo seguís haciendo, nos obligaréis a hacernos amigo de Corila, de los paflagonios y de cualquier otro que podamos.»

[13] A continuación se levantó Jenofonte y en nombre de todo el ejército dijo: «Nosotros, sinopenses, llegamos contentos por haber salvado nuestras vidas y nuestras armas, porque no era posible obtener botín y [14] hacer frente a los enemigos simultáneamente. Y ahora, hemos llegado a las ciudades griegas, en Trapezunte (nos ofrecían mercado) nos procurábamos los víveres comprándolos y, a cambio de los honores que nos rindieron y de los presentes de hospitalidad que dieron al ejército, nosotros les correspondimos en honores y, a cuantos amigos tenían entre los bárbaros, los hemos respetado, pero a los enemigos contra los cuales nos guiaban les hacíamos tanto daño como podíamos. Preguntadles qué tipo de gente encontraron en nosotros. [15] Aquí están aquellos que nos envió la ciudad como guías en prueba de amistad.

»Sin embargo, a cualquier sitio que vayamos, si no [16] tenemos mercado, sea tierra bárbara o griega, no por arrogancia, sino por necesidad cogemos los víveres. A los



carducos, a los taocos y a los caldeos, a pesar de [17] que no son súbditos del Rey y aun siendo muy temibles, nos los hemos ganado como enemigos por tener necesidad de coger los víveres, puesto que no nos ofrecían mercado. En cambio, a los macrones, aunque [18] eran bárbaros, dado que nos proporcionaban el mercado que podían, los considerábamos amigos y no cogíamos por la fuerza nada de lo suyo.

»Respecto a los cotioritas, que decís que son colonos [19] vuestros, si algo les hemos cogido, ellos son los culpables. No se han comportado con nosotros como amigos, sino que nos cerraron las puertas, y no nos aceptaban dentro de su ciudad ni nos enviaban mercado fuera. Acusaban, además, a vuestro harmosta<sup>142</sup> de ser culpable de esto. En cuanto a lo que dices, que [20] entramos por la fuerza y nos alojamos allí, nosotros pretendíamos que acogieran a los enfermos bajo techo y, como no abrían las puertas, entramos por donde pudimos, pero nada violento hicimos, y viven los enfermos en las casas gastando de lo suyo y vigilamos las puertas para que nuestros enfermos no estén en manos de vuestro harmosta, sino que dependa de nosotros trasladarlos cuando queramos. Los demás, [21] como veis, acampamos al aire libre en formación, preparados a devolver bien por bien y mal por mal.

[22] »En cuanto a tus amenazas de que, si os parece, os haréis aliados de Corila y de los paflagonios contra nosotros, nosotros, por nuestra parte, si es necesario, haremos también la guerra a ambos, pues ya la hemos hecho a otros, mucho más numerosos que vosotros. [23] Y si creemos que debemos conseguir también la amistad del paflagonio —estamos enterados de que ambiciona vuestra ciudad y las plazas marítimas—, intentaremos, colaborando con él en conseguir lo que ambiciona, llegar a ser sus amigos.»

[24] Después de esto estaba muy claro que los embajadores que acompañaban a Hecatónimo estaban enfandados por lo que había dicho. Uno de ellos se adelantó y dijo que no venían para hacer la guerra, sino para demostrar que eran amigos. «Y, si vais a la ciudad de Sínope, os recibiremos con presentes de hospitalidad. De momento, ordenaremos a los de aquí que os den lo que puedan, porque vemos que es verdad todo lo [25] que decís.» Desde este momento, los cotioritas enviaron

presentes de hospitalidad y los estrategos griegos acogieron como huéspedes a los embajadores sinopenses, y mantuvieron amplias y cordiales conversaciones conjuntas, y de un modo especial se informaban de las necesidades que cada uno tenía para el camino que les quedaba por recorrer.

[6] Así terminó aquel día. Al día siguiente los estrategos reunieron a los soldados. Consideraban oportuno convocar a los sinopenses y deliberar acerca del trayecto que les quedaba. Si era preciso marchar a pie, pensaban que los sinopenses les serían útiles, pues conocían la Paflagonia; y si por mar, creían necesitar también a los sinopenses, pues eran los únicos que daban la impresión de ser capaces de proporcionar [2] naves suficientes al ejército. Por consiguiente, convocaron a los embajadores y deliberaron conjuntamente. Pensaban que era justo, siendo griegos, en primer lugar, acoger bien a unos griegos, demostrando buena disposición, y darles los mejores consejos.

Se levantó, en primer lugar, Hecatónimo y se excusó [3] sobre lo que había dicho de que se ganarían la amistad del paflagonio, porque no lo había dicho pensando en que ellos harían la guerra a los griegos, sino porque, teniendo la posibilidad de ser amigos de los bárbaros, preferirían a los griegos. Y como le pedían [4] un consejo, hizo una súplica y habló así: «Si os aconsejo lo que me parece mejor, que obtenga yo muchos beneficios, y si no, lo contrario. Pues me parece que dispongo de ese consejo denominado sagrado. Por consiguiente, si es evidente que os he aconsejado bien, muchos serán los que me elogien, y si mal, seréis muchos los que me maldeciréis. En efecto, sé [5] que tendremos muchas más dificultades si os trasladáis por mar, porque deberemos procurarnos naves. Si, en cambio, hacéis la expedición por tierra, tendréis que luchar. Con todo, debo deciros lo que pienso. Soy experto en el país de los paflagonios y en su poderío. [6] Tiene ambas cosas: llanuras bellísimas y montañas muy altas.

»En primer lugar, sé en este mismo momento por [7] donde debéis necesariamente hacer la incursión; no es posible por otro sitio más que por donde las cimas de la montaña se elevan a ambos lados del camino. Incluso ocupando las cimas muy

pocos hombres, podrían dominar el paso. Y, una vez dominadas las alturas, ni siquiera todos los ejércitos del mundo podrían cruzar. Y os lo demostraría, si quisierais enviar a alguien conmigo.

»Sé, además, que hay llanuras y una caballería que [8] los bárbaros mismos consideran superior a toda la caballería del Rey. Y ahora éstos no acudieron a la llamada del Rey, pues su jefe es demasiado orgulloso.

[9] »Si también sois capaces de apoderaros por sorpresa de las montañas o de ocuparlas de antemano, y en la llanura sois capaces de vencer a sus jinetes luchando y a su infantería, que supera las doce miríadas, llegaréis a los ríos; primero, al Termodonte, de tres pletros de anchura, que, a mi entender, es difícil de cruzar, sobre todo teniendo muchos enemigos de frente y muchos que siguen detrás; en segundo lugar, al Iris, igualmente de tres pletros; en tercer lugar, al Halis, con no menos de dos estadios de anchura, que no podríais atravesar sin naves. ¿Y quién proporcionará las naves? Del mismo modo, también el Partenio es infranqueable; a éste podríais llegar cruzando el Halis.

[10] »Por consiguiente, yo creo que la marcha no es difícil para vosotros, sino absolutamente imposible. Sin embargo, si os hacéis a la mar podéis desde aquí navegar hasta Sínope siguiendo la costa, y desde Sínope hasta Heraclea; y desde Heraclea ni por tierra ni por mar hay dificultades, pues hay muchas naves [11] en Heraclea.» Cuando hubo dicho esto, unos sospechaban que lo decía por amistad con Corilas, pues era su próxeno<sup>143</sup>; otros, que para obtener unos regalos por este consejo; otros incluso sospechaban que lo decía para que, en su marcha a pie, no causaran ningún daño en el país de los sinopenses. Pues bien, los griegos [12] votaron hacer el viaje por mar. A continuación, habló Jenofonte: «Sinopenses, los compañeros han escogido la ruta que vosotros aconsejáis; así están las cosas: si va a haber naves en número suficiente para que nadie se quede aquí, nos embarcaríamos; pero si unos han de quedarse y otros hacerse a la mar, no subiríamos a bordo. Pues sabemos que, dondequiera [13] que vengamos, podríamos salvarnos y tener víveres, pero si en alguna parte somos sorprendidos con efectivos inferiores a los enemigos,

está bien claro que llegaremos a ser esclavos.» Oído esto, los sinopenses les invitaron a enviar embajadores. Y designan a Calímaco [14] de Arcadia, a Aristón de Atenas y a Samolao de Acaya. Y se pusieron en camino.

Mientras tanto, Jenofonte, viendo los numerosos [15] hoplitas griegos, los numerosos peltastas, arqueros, honderos y jinetes —ya muy competentes por el adiestramiento, y que se hallaban en el Ponto, donde efectivos tan numerosos no se habrían podido preparar con poco dinero—, consideraba excelente aumentar el territorio y el poderío de Grecia fundando una ciudad. Pensaba, además, que sería una gran ciudad, contando [16] con la multitud de los suyos y con los que habitaban alrededor del Ponto. Con este objetivo, antes de comunicarlo a ningún soldado, mandó llamar a Silano de Ambracia, que había sido adivino de Ciro, e hizo un sacrificio. Pero Silano, temiendo que llevase adelante [17] esta idea y que el ejército se quedara en alguna parte, difunde entre el ejército la noticia de que Jenofonte quiere hacer permanecer al ejército allí, fundar una ciudad y procurarse fama y poder. Personalmente, [18] Silano quería regresar cuanto antes a Grecia, pues había conseguido conservar intactos los tres mil daricos que le dio Ciro cuando, sacrificando para él, le predijo sin equivocarse lo que pasaría durante los diez días siguientes.

Algunos soldados, cuando se enteraron, pensaron [19] que lo mejor era quedarse, pero la mayoría no. Timasión de Dárdano y Tórax de Beocia dicen a unos comerciantes de Heraclea y de Sínope, que estaban allí, que si no proporcionan al ejército un sueldo para que puedan tener víveres durante la travesía, existirá el peligro de que un ejército tan numeroso se quede en el Ponto. «Pues Jenofonte quiere y nos invita a que, una vez que lleguen las naves, digamos de repente al [20] ejército: ‘Compañeros, ahora nos damos cuenta de que tenéis dificultades para obtener víveres durante la travesía y para ser de utilidad a los vuestros cuando regreséis a la patria. Pero si queréis escoger del territorio que rodea el Ponto el lugar donde queráis quedaros, el que quiera, que vuelva a casa, y el que no, que se quede aquí, pues tenéis naves suficientes para caer repentinamente donde os parezca.’»

[21] Oído esto, los comerciantes lo anunciaron a las ciudades. Timasión de Dárdano envió con ellos a Eurímaco de Dárdano y a Tórax de Beocia para ratificar lo dicho. Los sinopenses y los habitantes de Heraclea, cuando se enteraron de esto, envían una embajada a Timasión y le piden que, mediante dinero, asuma la responsabilidad de que el ejército se haga a la mar. [22] Éste, contento con la noticia, estando los soldados en asamblea, les habla en estos términos: «No debemos pensar en quedarnos, compañeros, ni considerar nada más importante que Grecia. Tengo entendido que algunos hacen sacrificios con este objeto sin deciros nada a [23] vosotros. Pero yo os prometo, si zarpáis, a partir del novilunio ofreceréis un sueldo mensual de un ciciceno<sup>144</sup> a cada uno. Os, conduciré a Troya, de donde estoy desterrado, y mi ciudad se pondrá a vuestras órdenes, [24] porque de buen grado me acogerán. Además, yo personalmente os guiaré a un lugar donde podréis obtener muchas riquezas. Conozco bien Eólida, Frigia, Troya y todos los dominios de Farnabazo, unos porque soy de allí y otros por haber participado en expediciones militares con Clearco y Dercílidas<sup>145</sup>.

A continuación se levantó Tórax [de Beocia], que [25] disputaba a Jenofonte el cargo de estratega, y dijo que, si salían del Ponto, tendrían el Quersoneso, región bella y próspera, de modo que el que lo desee podrá quedarse a vivir en ella y el que no, podrá regresar a su patria. Añadió que era ridículo, existiendo en Grecia amplias y abundantes tierras, buscarlas en el país de los bárbaros. «Hasta que lleguéis allí, dijo, yo, al [26] igual que Timasión, os prometemos la soldada.» Decía esto, conocedor de las promesas que los heracleotas y sinopenses habían hecho a Timasión para que se hiciera a la mar. Jenofonte, entretanto, permanecía [27] callado.

Se levantaron los aqueos Filesio y Licón y dijeron que era raro que Jenofonte, en particular, les incitara a quedarse y, en cambio, que ofreciera sacrificios para permanecer [sin comunicarlo al ejército], pero luego en público nada dijera sobre estos proyectos. De manera [28] que Jenofonte se sintió obligado a levantarse y hablar en estos términos:

«Yo, compañeros, ofrezco sacrificios, como veis, tantos como puedo, en beneficio vuestro y en el mío propio, para tener acierto al hablar, al pensar y al realizar cuanto sea lo mejor y lo más conveniente para vosotros y para mí. Y ahora estaba ofreciendo un sacrificio por esto mismo, por si era mejor empezar a hablaros y actuar sobre estos asuntos, o no tocar en absoluto la cuestión. Silano, el adivino, me respondió, [29] y esto es lo más importante, que las entrañas de las víctimas eran favorables, pues él sabía, además, que yo no era un inexperto, porque presenciaba siempre los sacrificios. Dijo también que en las entrañas de las víctimas se manifestaba un engaño y conspiración contra mí, porque, como es natural, sabía que él mismo maquinaba calumniarme ante vosotros. Difundió el rumor de que yo pensaba llevar a la práctica estos proyectos de inmediato sin vuestro consentimiento. [30] Yo, si os viera en dificultades, buscaría la manera de que consiguierais apoderaros de una ciudad y que el que quisiera se hiciera a la mar en seguida y el que no, lo hiciese después de haber adquirido riquezas [31] suficientes para ser de utilidad a los suyos. Pero como veo que los heracleotas y los sinopenses os envían naves para haceros a la mar y unos hombres que os ofrecen sueldo a partir del novilunio, me parece estupendo que, salvándonos donde queramos, recibamos un sueldo por la salvación; yo, personalmente, desisto de aquel proyecto y creo que deben también desistir cuantos a mí se acercaron diciendo que era preciso ponerlo en práctica.

[32] »Así pienso: mientras estéis juntos y seáis tantos como ahora, me parece que seréis respetados y podréis tener provisiones porque la supremacía implica también coger los bienes de los derrotados, pero, dispersos y con las fuerzas divididas, no podréis tener sustento [33] ni escapar con bien. Por consiguiente, comparto con vosotros la opinión de que regresemos a Grecia, pero si alguien es sorprendido desertando antes de que todo el ejército esté en lugar seguro, que sea juzgado como incurso en un delito. Quien esté de acuerdo con esto, dijo, que levante la mano.» Todos la levantaron.

[34] Silano gritaba e intentaba decir que era justo que se marchara el que quisiera. Los soldados no lo soportaban, sino

que lo amenazaban diciendo que, si lo sorprendían escapando, le aplicarían el castigo.

Entonces, cuando los heracleotas supieron que se [35] había acordado zarpar y que el mismo Jenofonte lo había puesto a votación, envían las naves, pero en cuanto al dinero que prometieron a Timasión y a Tórax no habían cumplido su promesa [del sueldo]. Entonces, [36] los que habían prometido el dinero estaban perplejos por miedo al ejército. Así, pues, reuniendo a los demás estrategos que habían tenido conocimiento de sus maquinaciones anteriores —y estaban todos, excepto Neón de Asine, lugarteniente de Quirísofo, que tampoco estaba presente—, van a ver a Jenofonte y le dicen que están arrepentidos y que les parece mucho mejor navegar hasta el Fasis, ya que tienen naves, y apoderarse del territorio de los fasianos. Se [37] daba la circunstancia de que su rey era el nieto de Eetes<sup>146</sup>. Jenofonte respondió que no diría nada de esto al ejército. «Vosotros, dijo, reunidlos, si queréis, y decídselo.» Entonces, Timasión de Dárdano dice que es de la opinión de no convocar la asamblea, sino que cada uno intente, ante todo, convencer a sus capitanes. Se retiraron y así lo hicieron.

Así, pues, los soldados se enteraron de lo que se [7] tramaba. Neón dice que Jenofonte ha convencido a los demás estrategos y tiene el proyecto de conducir a los soldados, después de un nuevo engaño, hasta el Fasis <sup>147</sup>. Al oírlo los soldados se molestaron y hacían [2] reuniones y corrillos y estaban temerosos de que fuesen a hacer lo mismo que hicieron con los heraldos de los coicos y con los inspectores de los mercados. [Cuanto no consiguieron refugiarse en el mar fueron lapidados]<sup>148</sup>. Cuando se enteró Jenofonte, decidió [3] reunir, cuanto antes, a los soldados sin permitirles que se reunieran ellos por su cuenta. Ordenó al heraldo [4] que convocara la reunión. Éstos, cuando oyeron la llamada, acudieron corriendo con mucho entusiasmo. Entonces, Jenofonte, sin acusar a los estrategos de haber ido a buscarlo, habla de esta manera:

[5] «Sé, compañeros, que me calumnian so pretexto de que pretendo conducirlos hasta el Fasis con engaños. Pues bien,

¡por los dioses!, escuchadme y, si se demuestra que soy culpable, no debo salir de aquí hasta pagar la pena. Pero si, por el contrario, se demuestra que son culpables los que me calumnian, tratadlos [6] como merecen. Vosotros sin duda sabéis, dijo, por dónde sale el sol y dónde se pone, y que si uno tiene intención de ir a Grecia, debe dirigirse hacia Occidente, pero si quiere ir al país de los bárbaros, por el contrario, hacia Oriente. ¿Existe, pues, alguien que pudiera engañaros diciendo que el sol se levanta por donde se pone y que se pone por donde se levanta? [7] Pero, además, sabéis que el Bóreas <sup>149</sup> lleva hacia Grecia fuera del Ponto, y el Noto hacia dentro, hasta el Fasis, y se dice que, ‘cuando el Bóreas sopla, son favorables las travesías rumbo a Grecia’. ¿Es posible, por tanto, que alguien os engañe de manera que consiga [8] embarcaros, cuando sopla el Noto? Pero, imaginemos que yo os embarco cuando haya calma. Pues bien, yo navegaré en una sola nave, mientras vosotros, como mínimo, en cien. ¿Cómo, por consiguiente, podría forzaros a navegar conmigo contra vuestra voluntad [9] o llevaros engañados? Supongamos, sin embargo, que vosotros, engañados y embaucados por mí, llegáis hasta el Fasis y desembarcamos en el país. Entonces sabréis sin duda que no estáis en Grecia, y yo —el que os ha mentado— seré uno solo, mientras que vosotros —los engañados— cerca de diez mil, armados. ¿Cómo, pues, un hombre que semejantes cosas maquinara para sí mismo y para vosotros dejaría de ser castigado?

»Pero eso son habladurías de hombres necios y que [10] me tienen envidia, porque yo soy respetado entre vosotros. Y, sin embargo, tal vez no me envidian con razón. Porque ¿a quién de ellos impido yo hablar, si tiene algo bueno que decir, o luchar, si alguno quiere por vosotros o por sí mismo, o estar despierto vigilando por vuestra seguridad? ¿Y qué, cuando vosotros elegís jefes, es que yo soy un obstáculo para alguien? Lo dejo, que mande. Con la única condición de que esté claro que os procura algún bien. A mí me basta [11] con lo dicho sobre esta cuestión. Pero si alguno de vosotros cree que pudo ser engañado o que confundí a otros respecto a estas cosas, explicándose que lo demuestre. Y cuando ya este asunto se



termine, no os [12] vayáis hasta haber oído algo que estoy empezando a ver en el ejército. Pues si esto progresa y llega adonde parece que va a llegar, es hora de que deliberemos en beneficio nuestro para que no aparezcamos ante los dioses y ante los hombres, ya sean amigos o enemigos, como los más cobardes y los más desvergonzados.»

Oídas estas palabras los soldados se preguntaron [13] con sorpresa de qué se trataba y le pedían que dijera lo que tenía que decir. A continuación empieza de nuevo: «Sabéis, sin duda, que había en las montañas plazas fuertes bárbaras, amigas de los cerasuntios, de donde bajaban algunos y os vendían animales y otras cosas que tenían, y me parece que algunos de vosotros, yendo al territorio más cercano de todos, compraron y volvieron de nuevo. El capitán Cleáreto, al enterarse [14] de que una era pequeña y estaba desguarnecida por creerse amigo, se dirigió contra ellos por la noche con intención de saquearla sin decir nada a nadie. Había [15] planeado, si se apoderaba de esta plaza fuerte, no volver más al ejército, embarcarse en la nave en la que sus compañeros de tienda costeaban el litoral y, cargando lo que cogiera, zarpar y alejarse del Ponto. A este acuerdo llegaron él y sus camaradas de la embarcación, [16] según acabo de informarme. Así, pues, convocó a cuantos había convencido y los condujo contra la fortificación. Pero, en su camino lo sorprende la llegada del día, y los habitantes del lugar, habiéndose reunido, los atacaron desde posiciones elevadas con proyectiles y de cerca a golpes, matando a Cleáreto y [17] a muchos más. Y algunos de ellos se retiran a Cerasunte. Sucedió esto el día en que nosotros salíamos andando hacia aquí. Todavía se encontraban en Cerasunte algunos de los que iban por mar, que aún no habían zarpado.

»Después de esto, según cuentan los de Cerasunte, vienen desde la plaza fuerte tres hombres de los más [18] ancianos queriendo acudir a nuestra asamblea. Y, al no encontrarnos, dijeron a los cerasuntios que no se explicaban por qué habíamos decidido atacarlos. Pero al decirles los de Cerasunte, según han contado, que el ataque no se había acordado en la asamblea, se alegran y se muestran dispuestos a navegar hacia aquí para contarnos lo ocurrido e invitarnos a recoger los [19]

cadáveres y sepultarlos. De los griegos que huyeron, algunos se hallaban todavía en Cerasunte y, sabiendo la dirección en que iban los bárbaros, se atrevieron a apedrearlos y animaban a los demás a que hicieran lo mismo. Y los tres embajadores mueren lapidados.

[20] »Después de estos sucesos, se presentan ante nosotros los cerasuntios y nos cuentan los hechos. Nosotros, los estrategos, al oírlo, lamentábamos lo sucedido y considerábamos con los cerasuntios la manera de [21] sepultar los cadáveres griegos. Mientras estábamos sentados fuera del campamento, de repente oímos un considerable alboroto: ‘ ¡Golpea, golpea! ¡Hiere, hiere!’ , y en seguida vemos a muchos que corrían con piedras en las manos y a otros que las recogían. Los [22] cerasuntios, que habían presenciado los hechos en su ciudad, huyen asustados a las naves. Hubo también entre nosotros, ¡por Zeus!, algunos que sintieron miedo. Yo, por mi parte, fui a su encuentro y les pregunté [23] qué era lo que ocurría. Entre ellos había algunos que no lo sabían, pero con todo tenían piedras en las manos. Y cuando me encontré con uno que lo sabía, me dice que los inspectores del mercado<sup>150</sup> se comportaban muy duramente con el ejército. En esto, [24] uno ve al inspector Zelarco retirándose hacia el mar, y gritó. Y los otros cuando lo oyeron, se lanzan contra él como si hubiese aparecido un jabalí o un ciervo. Los cerasuntios, por su parte, cuando vieron que se [25] precipitaban hacia ellos, creyendo que iban a por ellos, huyen a la carrera y se arrojan al mar. Se precipitaron también con ellos algunos de los nuestros, y todo el que no sabía nadar se ahogó. ¿Y qué pensáis [26] de los cerasuntios? Ningún mal nos habían hecho, pero temían que una especie de rabia se hubiese apoderado de nosotros como de los perros.

»Así, pues, si eso sigue así, contemplad cuál será la situación de nuestro ejército. Vosotros, en conjunto, [27] no seréis dueños ni de promover la guerra contra quien queráis ni de poner fin a la misma. Por el contrario, el que quiera conducirá particularmente el ejército contra lo que quiera. Y si vienen a visitarnos algunos embajadores a pedirnos la paz u otra cosa, los matarán quienes quieran y conseguirán que no escuchéis las propuestas de los que vayan a veros. Luego, [28]

a los que vosotros hayáis elegido como jefes, no les tendrán ninguna consideración, mientras que si a alguien se le ocurre elegirse a sí mismo estratega y querer decir: ‘ ¡Ataca, Ataca!’, ése podrá matar a cualquier jefe o simple soldado, sin ser sometido a juicio, si tiene personas que obedezcan sus órdenes, como [29] acaba de suceder. Pensad lo que os han hecho esos estrategos espontáneos. Zelarco, el inspector de mercado, si es que os ha causado algún perjuicio, se ha marchado por mar sin haber recibido el castigo. Y si es inocente, ha huido del ejército por temor a morir [30] injustamente sin juicio previo. Los que han lapidado a los embajadores han conseguido que vosotros entre los griegos no tengáis seguridad en Cerasunte, a no ser que lleguéis recurriendo a la fuerza. Y respecto a los cadáveres que los mismos que los mataron nos invitaban a sepultar, han conseguido que ni siquiera sea ya seguro recogerlos con un caduceo<sup>151</sup>. Porque ¿quién querrá venir de heraldo cuando matasteis a sus heraldos? Sin embargo, nosotros pedimos a los cerasuntios [31] sepultar nuestros cadáveres. Por consiguiente, si esto os parece bien, decidlo expresamente para que cada uno, con objeto de prevenirse, se ponga en guardia individualmente e intente acampar ocupando posiciones [32] fuertes y elevadas. Pero si os parece que tales acciones son propias de bestias y no de hombres, tratad de poner fin a ellas. Si no, ¡por Zeus! ¿cómo sacrificaremos con el beneplácito de los dioses, si cometemos actos impíos?, o ¿cómo lucharemos contra los enemigos, [33] si nos matamos los unos a los otros? ¿Qué ciudad amiga nos acogerá, si ve tanta ilegalidad entre nosotros? ¿Cuál nos proporcionará mercado con confianza, si está claro que cometemos tales errores en asuntos de suma importancia? ¿En qué lugar de Grecia creemos nosotros que vamos a ser dignos de alabanza? ¿Quién aplaudirá nuestra actitud? Porque nosotros, evidentemente, llamaríamos malvados a los que hicieran semejantes cosas.»

Acto seguido, todos se levantaron y dijeron que los [34] promotores de estas faltas tuvieran su castigo, y que, en adelante, no sería lícito fomentar la ilegalidad. Si alguien lo hacía, sería condenado a muerte; que los estrategos instruirían un proceso a todos los comprometidos y también

habría un juicio para los que hubiesen cometido algún delito desde la muerte de Ciro. Nombraron jueces a los capitanes. A instancias de Jenofonte [35] y apoyándolo los adivinos, acordaron purificar el ejército. Y la purificación<sup>152</sup> se llevó a cabo.

Decidieron también que los estrategos rindieran [8] cuentas de su actuación anterior. Y, en la rendición, Filesio y Janticles fueron condenados a una multa de veinte minas por el déficit de las mercancías confiadas a su custodia. Soféneto, porque, una vez elegido \*\*\*<sup>153</sup>, se había descuidado, a diez minas.

Algunos acusaron a Jenofonte diciendo que les golpeaba, y presentaban también la acusación de que los trataba mal. Jenofonte pidió al que habló primero que [2] dijera dónde había sido golpeado. Él respondió: «Donde nos moríamos de frío y había muchísima nieve»<sup>154</sup>. Dijo Jenofonte: «Sí, efectivamente, era invierno como [3] tú dices, la comida faltaba, el vino no podía ni olerse, muchos desfallecían por la fatiga, los enemigos nos seguían, y en tales circunstancias yo he sido violento, reconozco también que soy más violento que los asnos, de los cuales se dice que no conocen la fatiga [4] debido a su testarudez. Sin embargo, prosiguió, di por qué fuiste golpeado. ¿Te pedía yo algo y, como no me lo dabas, te golpeaba? ¿Te reclamaba algo? ¿Competía por un joven? ¿Borracho, me comporté mal en tal [5] estado?» Como contestó que nada de esto, le preguntó Jenofonte si era hoplita. «No», contestó. De nuevo le preguntó si era peltasta. «Tampoco esto, respondió, sino que conducía un mulo por encargo de los compañeros [6] de tienda, aunque era libre»<sup>155</sup>. Entonces, Jenofonte lo reconoce y le pregunta: «¿Eres tú el que llevaba al enfermo?» «Sí, ¡por Zeus!, contestó, pues tú me obligabas y desparramaste los bagajes de mis [7] compañeros de tienda.» «Pero la dispersión, añadió Jenofonte, tuvo lugar así: repartí la carga entre otros para que la llevaran y les ordené que me la devolvieran, y, después de recuperar todo intacto, te lo devolví, una vez que me entregaste al hombre enfermo. Y cómo ocurrieron los hechos, escuchadlo, dijo, porque merece la pena.

[8] »Un hombre quedaba rezagado porque no podía seguir avanzando. Y yo sólo sabía que aquel hombre era uno de los nuestros y te obligué a llevarlo para que no pereciera, porque, según creo, nos perseguían enemigos.» [9] Asintió el hombre. «Pues bien, dijo Jenofonte, después de enviarte por delante, te sorprendo de nuevo con los de retaguardia, al acercarme, cavando un hoyo como para enterrar al hombre. Me detuve y te [10] felicité. Y cuando estábamos a tu lado, movió la pierna el hombre, gritaron los que allí estaban que el hombre está vivo, y tú dijiste: ‘ ¡Que viva lo que quiera! que yo, por mi parte, no lo llevaré’. Entonces te golpeé, tienes razón, porque me parecía que tú tenías [11] aspecto de saber que vivía.» «¿Qué?, replicó, ¿acaso dejó de morirse, después de entregártelo?» «También nosotros, dijo Jenofonte, moriremos todos; pero, ¿deben, por eso, enterrarnos vivos?»

Entonces gritaron que lo había golpeado poco. [12] Invitó a otros a que dijera cada uno por qué había sido golpeado. Como no se levantaban, él mismo dijo: [13] «Yo, compañeros, reconozco haber golpeado por indisciplina a cuantos hombres les parecía suficiente salvarse ellos gracias a vosotros que avanzabais en orden y que luchabais donde era preciso, mientras ellos, abandonando las formaciones y corriendo delante, querían saquear y tener más que vosotros. Si todos hubiésemos hecho eso, todos habríamos perecido. También ahora, [14] cuando uno se hacía el débil y no quería levantarse, sino que se abandonaba a los enemigos, lo golpeé y lo obligué a seguir la marcha. Pues en el rigor del invierno, yo mismo, un día, mientras aguardaba sentado durante mucho rato a los que preparaban los bagajes, me di cuenta de que a duras penas conseguí levantarme y estirar las piernas. Así, pues, por haberlo experimentado [15] en mí mismo, a partir de este momento, cuando veía a otro sentado y perezoso, lo empujaba; porque el moverme y el actuar con valor proporcionaba cierto calor y flexibilidad, mientras que el estar sentado y quieto veía que ayudaba a helar la sangre y a pudrir los dedos de los pies, cosas que sabéis que muchos han sufrido. Tal vez, a otro que se quedaba [16] atrás por negligencia y que os impedía a vosotros, los de vanguardia, y a nosotros los de retaguardia, avanzar, le di un puñetazo, para que no fuera alcanzado por la lanza de los enemigos. Y ahora pueden, una vez [17] salvados,

si han sufrido alguna ofensa de mí injustamente, exigir reparación. Pero si hubiesen caído en manos del enemigo, ¿de qué hubieran podido pedir justicia por grande que fuera la ofensa?

[18] »Sencillo es mi razonamiento, dijo. Si castigué a alguien por su bien, considero justo recibir un castigo como el que los padres dan a sus hijos y los maestros a los niños. Pues también los médicos queman y cortan [19] para obtener un bien. Pero si creéis que hacía esto por brutalidad, daos cuenta de que ahora yo tengo más ánimo, con ayuda de los dioses, que entonces, y soy más osado ahora que entonces y bebo más vino, pero, con todo, a nadie golpeo, pues os veo en buen [20] puerto. Pero cuando hay tempestad y mar gruesa, ¿no veis que, por un simple movimiento de cabeza, el jefe de proa se irrita con los de proa y el piloto se enoja con los de popa? Porque, en tales circunstancias, fallos incluso insignificantes son suficientes para echarlo a [21] perder todo. Que yo les pegaba con justicia, incluso vosotros lo habéis considerado así. Estabais junto a mí con espadas, no con piedrecillas de nada y habríais podido auxiliarles, si hubieseis querido, pero, ¡por Zeus!, ni los socorríais ni pegabais conmigo al indisciplinado. [22] Por consiguiente, disteis a los cobardes la posibilidad de ser violentos con vuestra permisividad.

»En mi opinión, si queréis examinarlo, encontraréis que los más cobardes de entonces son ahora los más [23] violentos. Boisco, por ejemplo, el púgil tésalo, porfiaba entonces para no llevar escudo alegando que estaba enfermo, y ahora, según he oído decir, ha desnudado [24] ya a muchos cotioritas. Si, pues, sois sensatos, a éste le haréis lo contrario de lo que se hace a los perros; a los perros difíciles, los atan de día, y de noche los sueltan, y a ése, si sois sensatos, de noche lo ataréis, y de día lo soltaréis.

[25] »Sin embargo, siguió, me sorprende que, si me enemisté con alguno de vosotros, lo recordéis y no lo calléis, y que, en cambio, si a alguno presté ayuda durante el invierno o lo aparté del enemigo, o a un enfermo o desvalido ayudé, nadie se acuerde de esto, como tampoco que nadie recuerde las ocasiones en que he alabado al que se conducía bien o he honrado, en la medida de mis fuerzas, a los valientes. Sin

embargo, [26] es más hermoso, justo, piadoso y grato recordar los bienes que los males.»

Acto seguido, se levantaron y recordaron el pasado. Y el resultado fue que todo iba bien.

---

<sup>127</sup> Interpolación. Resumen que no corresponde a Jenofonte.

<sup>128</sup> Colonia fundada por los atenienses; se encuentra en Italia junto al golfo de Tarento.

<sup>129</sup> Alusión a la *Odisea* V 117-199; XIII 73-76.

<sup>130</sup> Usados casi siempre en acciones militares, eran muy eficaces por su facilidad de maniobra y por su rapidez.

<sup>131</sup> Tribu no identificada a la que no se alude en el resto de la obra.

<sup>132</sup> Con frecuencia, Jenofonte acude a prácticas religiosas antes de emprender una acción importante. Su profundo sentimiento religioso queda patente.

<sup>133</sup> Sobrenombre de Ares, dios de la guerra. Cf. I 8, 18.

<sup>134</sup> Más datos sobre él, en II 2, 20.

<sup>135</sup> *Neōcōros* es el término griego. Se trata de un sacerdote encargado de la vigilancia del templo y de las riquezas depositadas en él.

<sup>136</sup> Región montañosa próxima a Olimpia. Cf. ESTRABÓN, VIII 3, 32.

<sup>137</sup> Llamados así porque habitan en torres de madera, en el Ponto. Cf. HERÓDOTO, VIII 94.

<sup>138</sup> En realidad, castañas, nombre todavía no conocido en Grecia.

<sup>139</sup> Ciudad griega del Ponto, en territorio de los tibarenos. Aquí embarcaron los griegos.

<sup>140</sup> Interpolación. El cómputo de etapas y parasangas es preciso; el tiempo empleado en recorrerlas parece que fue algo inferior.

<sup>141</sup> Región de Asia Menor que se extendía a lo largo del Ponto hasta Bitinia.

<sup>142</sup> Harmosta, gobernador de un país o ciudad sometidos a Esparta.

<sup>143</sup> Huésped público; también, encargado en una ciudad de velar por los intereses de los ciudadanos de otra (= cónsul).

<sup>144</sup> Moneda de oro acuñada en Cícico, cuyo valor era de unos 28 dracmas; circulaba, sobre todo, entre los griegos de Asia Menor.

<sup>145</sup> Referencia a la campaña de 411, en la que Clearco era almirante de la flota espartana y Dercílidas, gobernador de Ábidos, jefe del ejército. Cf. TUCÍDIDES, VIII 61 s.

<sup>146</sup> Con este nombre se designa, de manera genérica, a los reyes de la Cólquide.

<sup>147</sup> Nombre correspondiente a dos ríos, uno en la Cólquide, otro en territorio de los cálibes.

<sup>148</sup> Interpolación.

<sup>149</sup> Viento del N.; Noto, viento del S.

<sup>150</sup> *Agoranómos* es el término griego. Funcionarios, con la misión de mantener el orden público, sobre todo en los mercados. Iban provistos de una estaca.

<sup>151</sup> Vara delgada, rodeada de dos serpientes, atributo de Hermes, insignia de los heraldos.

<sup>152</sup> Los procedimientos de purificación eran diversos: aspersiones, baños en agua corriente, etc. Cf. *Odisea* XXII 480 ss., y en todos los trágicos.

<sup>153</sup> Existe una laguna en el texto.

<sup>154</sup> Alusión a las montañas de Armenia (IV 4, 5).

<sup>155</sup> Misión encomendada, por lo general, a esclavos.



## LIBRO VI<sup>156</sup>

Los griegos en la Paflagonia. Acuerdo con Cotilas. Fiestas en honor de los griegos. Llegada a Sínope. Regreso de Quirísofo sin naves. Los griegos prefieren un jefe único. No acepta Jenofonte la propuesta para ocupar el cargo de jefe supremo. Llegan a Heraclea. Exigencias de los griegos. Escisión en el ejército griego: aqueos y arcadios se agrupan. Jenofonte y Quirísofo avanzan por rutas diferentes. Los tracios bloquean a los arcadios. Jenofonte acude en su ayuda. Reagrupamiento de las tropas en el puerto de Calpe. Descripción del puerto. Muerte de Quirísofo. Neón le sustituye. La caballería de Farnabazo causa estragos en las tropas griegas. Con la intervención de Jenofonte, las tropas griegas consiguen una victoria sobre Farnabazo y los bitinos. Llegada de Cleandro. Incidentes al fin resueltos. Cleandro no acepta la jefatura suprema del ejército. Los griegos llegan a Crisópolis.

[1] Después de esto, durante su estancia, unos vivían de lo que compraban en el mercado, otros, de lo que saqueaban en Paflagonia. Robaban también los paflagonios cuanto podían a los que encontraban dispersos y, por la noche, trataban de hacer daño a los que estaban acampados. A consecuencia de esto tenían una terrible hostilidad entre sí.

Corilas, que entonces era gobernador de Paflagonia, [2] envía a los griegos embajadores con caballos y hermosos vestidos, con la propuesta de que estaba dispuesto a no hacer daño a los griegos con tal de que no se lo hiciesen a él. Respondieron los estrategos que, sobre [3] estas propuestas, consultarían con el ejército y los acogieron con hospitalidad. Además, invitaron, del resto de los hombres, a los que juzgaban de mayor honradez.

Sacrificaron los bueyes de los prisioneros y otras [4] víctimas, ofrecieron un banquete abundante, cenaron tumbados en lechos y bebieron en vasos de cuerno de los que había en el país. Cuando hubieron hecho las [5] libaciones y entonado el peán<sup>157</sup>, se levantaron, en primer lugar, unos tracios y bailaron al son de la flauta con las armas, dando grandes saltos con ligereza y moviendo los cuchillos. Al fin, uno golpea a otro, dando la impresión a todos de que le había herido, pues cayó éste con cierta habilidad. Dieron un grito los paflagonios. [6] Despojó de sus armas al caído y salió cantando el Sitalcas<sup>158</sup>, mientras otros tracios lo sacaban como muerto, pero no había sufrido ningún daño.

A continuación, se levantaron unos eníaneos y magnesios<sup>159</sup>, [7] que bailaban con las armas la danza llamada «carpea»<sup>160</sup>. El modo de danzaría era así: uno deposita en tierra las armas, siembra y conduce la yunta, dando muchas vueltas como asustado, y entonces se presenta un ladrón. El otro, cuando lo ve, sale a su encuentro, cogiendo las armas, y lucha con él delante [8] de la yunta. Esto lo hacían con ritmo y al son de la flauta. Al fin, el ladrón ata al hombre y se va con la yunta. Otras veces también el que conduce la yunta se impone al ladrón. A continuación, después de uncirlo al lado de los bueyes, lo empuja con las dos manos atadas detrás.

[9] Después de esto, un misio<sup>161</sup> entró con un escudo ligero en cada mano y bailaba, unas veces, imitando que se enfrentaba a dos, otras veces, usando los escudos como contra uno solo y, otras, dando giros y haciendo volteretas, de manera que ofrecía un hermoso [10] espectáculo. Al fin bailó la danza pérsica golpeando un escudo contra otro, y doblaba las rodillas y se levantaba. Y todo ello lo hacía rítmicamente y al son de la flauta.

[11] Después, los mantineos<sup>162</sup> y algunos otros arcadios se levantaron, se armaron con las armas más hermosas que pudieron y avanzaron, al compás, al son de la flauta siguiendo el ritmo guerrero. También entonaron el peán y bailaron como en las procesiones dedicadas a los dioses.

Al verlo los paflagones, consideraban extraordinario [12] que todas las danzas se ejecutaran con armas. Y el misio, viendo que ellos estaban perplejos por esto, convenció a un arcadio que tenía una esclava bailarina y éste la introdujo vestida de la manera más vistosa que pudo y llevando en la mano un escudo ligero que le [13] dio. Bailó ésta la danza pírrica<sup>163</sup> con agilidad. Entonces se produjo un gran aplauso y los paflagones preguntaron si también las mujeres luchaban con ellos. Les respondieron que eran ellas las que habían puesto en fuga al Rey del campamento. Así acabó aquella noche.

Al día siguiente condujeron a los embajadores ante [14] el ejército. Acordaron los soldados no hacer daño a los paflagones, si no se lo hacían a ellos. Acto seguido, los

embajadores se fueron. Los griegos, puesto que les parecía que tenían naves suficientes, se embarcaron y navegaron durante un día y una noche con viento favorable, teniendo a su izquierda la Paflagonia. Al día [15] siguiente, llegan a Sínope y atracaron en Harmena de Sínope. Los sinopenses habitan en la Paflagonia y son colonos de los milesios. Éstos envían a los griegos, en prueba de hospitalidad, tres mil medimnos <sup>164</sup> de harina de cebada y mil quinientas vasijas <sup>165</sup> de vino.

También Quirísofo llegó entonces con una trirreme. [16] Los soldados esperaban que viniera, con alguna cosa para ellos. No traía nada, pero les anunciaba que los elogiaban el almirante Anaxibio y los demás, y que Anaxibio les prometía, si llegaban a salir del Ponto, una soldada. En la ciudad de Harmena permanecieron [17] los soldados cinco días.

Como creían hallarse cerca de Grecia, ahora más que nunca les venía a la mente cómo volver a casa llevando alguna cosa. Consideraron, pues, que si elegían [18] un solo jefe, éste solo, mejor que muchos, podría dirigir el ejército de día y de noche. Si era preciso hacer algo en secreto, mejor podría ocultarse, y si había que adelantarse al enemigo, habría menos peligro de quedarse retrasado, puesto que no habría necesidad de conversaciones, sino sólo de poner en práctica la opinión de un solo jefe. Antes, sin embargo, los estrategos actuaban de acuerdo con la mayoría de votos.

[19] Cuando se hacían estas reflexiones volvieron los ojos hacia Jenofonte. Los capitanes le dijeron, acercándose a él, que así pensaba el ejército y, poniendo de relieve cada uno su afecto por él, trataba de convencerle [20] para que aceptara el mando. Jenofonte, por una parte, lo quería, en la creencia de que así se incrementaría su estima entre los amigos y su nombre llegaría con más grandeza a su ciudad. Además, quizá podría hacer también algún bien para el ejército. [21] Tales reflexiones lo incitaban a desear llegar a ser jefe con plenos poderes. Pero, cuando reflexionaba que es incierto para todo hombre cómo será el futuro y que, por esto, incluso corría el riesgo de perder la fama adquirida con anterioridad, dudaba.

[22] Incapaz de decidirse, estimó que lo más importante era consultar a los dioses; presentó dos víctimas y las sacrificó en

honor de Zeus Rey, que le había sido designado por el oráculo de Delfos. Creía también que el sueño que había tenido cuando había empezado a tomar parte en los cuidados del ejército procedía de [23] este dios. También, cuando partió de Éfeso para ser presentado a Ciro, recordaba que un águila graznaba a su derecha, aunque estaba inmóvil. El adivino que lo acompañaba le había dicho que se trataba de un presagio importante —impropio de un hombre vulgar—, glorioso pero laborioso, porque los pájaros, sobre todo, decía, atacan al águila cuando está quieta: sin embargo, no era un presagio que prometía dinero, porque el [24] águila volando captura mejor sus presas. Así, con el sacrificio el dios le revela claramente que ni pida el mando ni lo acepte si le eligen. Así sucedió esto.

[25] Se reunió el ejército y todos proponían elegir un solo jefe. Decidido esto, lo propusieron a él. Y como parecía evidente que lo elegirían si se pasaba a la votación, se levantó y dijo lo siguiente:

«Yo, soldados, estoy satisfecho por los honores que [26] me hacéis, puesto que soy hombre; lo agradezco y suplico a los dioses que me concedan ser autor de algún beneficio para vosotros.

»Pero el hecho de que vosotros me hayáis elegido como jefe, habiendo entre nosotros un lacedemonio, me parece que no es conveniente para vosotros, pues ello sería motivo de que obtuvieseis más difícilmente lo que necesitáis de los lacedemonios. Por lo que a mí respecta, considero que esto no es muy seguro. Porque [27] veo que no dejaron de hacer la guerra a mi patria hasta que consiguieron que la ciudad entera reconociera a los lacedemonios como sus guías<sup>166</sup>.

»Una vez que reconocieron esto, al instante cesaron [28] las hostilidades y ya no prolongaron el asedio de la ciudad. Por consiguiente, si yo, al ver esto, pensara, en la medida de mis posibilidades, anular su autoridad, temo que demasiado pronto sería castigado. Y, en [29] cuanto a lo que vosotros pensáis de que habría menos revueltas con un solo jefe que con muchos, tened la seguridad de que, si elegís a otro, no descubriréis que yo promueva una revuelta, porque creo que, quien, estando en guerra, se rebela contra su jefe, contra su propia salvación

conspira. En cambio, si me elegís a mí, no me extrañaría que encontrarais a alguien enojado contra vosotros y contra mí.»

Dicho esto, muchos más se levantaron diciendo que [30] él debía ser el jefe. Agasias de Estinfalia dijo que era ridículo que las cosas fueran así: «¿Se enfadarán los lacedemonios también, si, reunidos los invitados en un banquete, no eligen presidente del banquete a un lacedemonio? Porque, si esto es así, dijo, tampoco nos está permitido mandar una compañía, según parece, porque somos arcadios.» Entonces prorrumpieron en aplausos por las acertadas palabras de Agasias.

[31] Entonces, Jenofonte, al ver que era necesario insistir más, se adelantó y dijo: «Soldados, para que lo sepáis todo, os juro, por todos los dioses y diosas, que yo, cuando me enteré de vuestra decisión, ofrecí sacrificios para saber si era lo mejor, para vosotros y para mí, que me entregarais este cargo y, para mí, aceptarlo. Y los dioses me han hecho tales señales por medio de las víctimas, que incluso un profano podría comprender que debo abstenerme del mando absoluto.»

[32] Así, pues, eligen a Quirísofo. Y Quirísofo, una vez elegido, se adelantó y dijo: «Soldados, sabed que tampoco yo habría promovido una revuelta, si hubieseis elegido a otro. Sin embargo, a Jenofonte, dijo, le habéis hecho un favor no eligiéndolo, porque, hace unos momentos, Dexipo lo calumniaba ante Anaxibio cuanto podía, a pesar de mis esfuerzos por hacerle callar. Decía él que pensaba que Jenofonte (habría) preferido compartir el mando con Timasión de Dárdano, que pertenecía al ejército de Clearco, que conmigo mismo, que [33] era laconio. Pero, ya que me elegisteis, dijo, intentaré haceros todo el bien que pueda. Y vosotros preparaos para haceros a la mar mañana, si hace buen tiempo. La travesía será rumbo a Heraclea. Es preciso, pues, que todos intenten atracar allí. En cuanto a lo demás, cuando hayamos llegado allí, deliberaremos.»

[2] Desde allí, al día siguiente, se hacen a la mar y, con viento favorable, navegaron durante dos días siguiendo la costa. Mientras costeaban, [contemplaban el promontorio de Jasón, donde se dice que la nave Argo ancló, y las

desembocaduras de los ríos: primero, la del Termodonte, luego, la del Iris, a continuación, la del Halis y, después, la del Partenio, y después de haberlo pasado siguiendo la costa] <sup>167</sup>, llegaron a Heraclea, ciudad griega, colonia de Mégara, que se hallaba en el país de los mariandinos<sup>168</sup>. Atracaron junto al [2] Quersoneso de Aquerusia, donde se dice que Heracles descendió en busca del Cancerbero, lugar por donde todavía ahora enseñan como prueba del descenso una profundidad superior a los dos estadios. Entonces los heracleotas envían a los griegos como [3] prueba de hospitalidad tres mil medimnos de harina de cebada, dos mil vasijas de vino, veinte bueyes y cien ovejas. Por aquí fluye a través de la llanura un río denominado Licos, de unos dos pletros de anchura.

Los soldados, habiéndose reunido, deliberaban sobre [4] el resto de la marcha, si debían salir del Ponto por tierra o por mar. Se levantó Licón de Acaya y dijo: «Me sorprende, compañeros, de que los estrategos no traten de proporcionarnos una asignación para alimentos, porque los presentes de hospitalidad seguro que no llegarán para alimentar al ejército durante tres días. Y no existe un lugar donde conseguir provisiones para continuar la marcha, dijo. Por consiguiente, [5] me parece oportuno pedir a los heracleotas no menos de tres mil cicicenos.» Otro dijo que no menos de diez mil. «Y elegir embajadores y, en seguida, mientras nosotros permanecemos en la asamblea, enviarlos a la ciudad, saber qué respuesta nos dan y, a la vista de ésta, deliberar.» Entonces propusieron unos [6] embajadores, en primer lugar, a Quirísofo, que había sido elegido jefe, y otros, también, a Jenofonte. Uno y otro rehusaron enérgicamente. Ambos coincidían en no obligar a una ciudad griega y amiga a dar algo que no quisieran dar. Y puesto que éstos no parecían estar [7] dispuestos, envían a Licón de Acaya, a Calimaco de Parrasia y a Agasias de Estinfalia. Ésos fueron y dijeron lo que se había acordado. Decían que Licón, incluso, los había amenazado, si no accedían a las peticiones. [8] Después de haber escuchado, los heracleotas dijeron que iban a deliberar. Al instante recogieron las cosas de los campos, metieron dentro las mercancías, cerraron las puertas; y sobre las murallas se veía gente armada.

[9] A continuación, los promotores de estos alborotos acusaban a los estrategos de hacer fracasar la acción. [10] Los arcadios y los aqueos se reunieron. Eran sus jefes principales Calimaco de Parrasia y Licón de Acaya. Comentaban ellos que era vergonzoso que un ateniense, sin aportar ninguna fuerza al ejército, mandara a peloponesios y lacedemonios, y que, mientras las fatigas les correspondían a ellos, las ganancias eran para otros, y esto, a pesar de que ellos habían sido los artífices de la salvación. Porque eran arcadios y aqueos los que la hicieron posible, y el resto del ejército era insignificante —y era cierto que más de la mitad del [11] ejército eran arcadios y aqueos—. Por consiguiente, si eran sensatos, se reunirían, elegirían sus propios estrategos entre ellos y proseguirían la marcha tratando [12] de obtener algún provecho. Acordaron esto. Abandonaron a Quirísofo y a Jenofonte todos los arcadios y aqueos que estaban con él, se reunieron y eligieron a diez estrategos entre ellos. Y votaron que éstos harían lo que se acordara por mayoría. Así, pues, el mando absoluto de Quirísofo fue anulado al sexto o séptimo día de su elección.

[13] Jenofonte, sin embargo, quería continuar el viaje de común acuerdo con ellos, porque pensaba que era más seguro de este modo que si cada uno se ponía en camino por su cuenta. Pero Neón trataba de convencerlo de que marchara con él, pues había oído decir a Quirísofo que Cleandro, el harmosta de Bizancio, afirmaba que iría al puerto de Calpe con trirremes. Así, pues, [14] para que nadie más se aprovechara, y sólo ellos y sus soldados se hicieran a la mar a bordo de las trirremes, por esta razón, le aconsejaba esto. Y Quirísofo, desanimado en parte por lo sucedido y en parte odiando al ejército por esto, le deja hacer lo que quiera. Jenofonte [15] todavía intentó apartarse del ejército y hacerse a la mar, pero al hacer un sacrificio a Heracles conductor y consultarle si era más ventajoso y mejor continuar en la expedición con los soldados que le quedaban o apartarse de ellos, el dios le indicó por medio de las víctimas que siguiera en la expedición con ellos. Así el ejército resulta dividido en tres partes: [16] de un lado, arcadios y aqueos, en número superior a cuatro mil, todos hoplitas. De otro, Quirísofo con sus hoplitas, en número aproximado de mil cuatrocientos y unos setecientos peltastas, los tracios de Clearco. Por último, Jenofonte con sus hoplitas,



unos mil setecientos y unos trescientos peltastas. Sólo él tenía caballería, unos cuarenta jinetes.

Los arcadios, que consiguieron naves de los heracleotas, [17] se hacen a la mar en primer lugar, para caer de improviso sobre los bitinos <sup>169</sup> y obtener el máximo botín posible. Desembarcan en el puerto de Calpe, en el centro de Tracia aproximadamente. Quirísofo, en [18] seguida, al salir de Heraclea, iba, al principio, a pie a través del país, pero cuando entró en Tracia, avanzaba siguiendo la costa, porque estaba enfermo. Jenofonte [19] cogió unas naves y desembarcó en los límites de la Tracia y del territorio de Heraclea, y siguió el viaje a través de la tierra interior.

[De qué modo el mando absoluto de Quirísofo fue [3] anulado y el ejército de los griegos se escindió, se ha [2] dicho más arriba] <sup>170</sup>. Cada uno de los grupos hizo lo siguiente. Los arcadios, una vez que desembarcaron de noche en el puerto de Calpe, se encaminaron a las primeras aldeas, a unos treinta estadios del mar. Al amanecer, cada estratega conducía su compañía contra una aldea y, cuando la aldea parecía más grande, [3] los estrategas llevaban dos compañías a la vez. Designaron también una colina en la que debían reunirse todos y, como cayeron sobre ellos de manera imprevista, cogieron muchos prisioneros y se apoderaron [4] de mucho ganado. Pero los tracios que consiguieron huir se reunieron. Muchos, que eran peltastas, escaparon de entre las mismas manos de los hoplitas. Una vez reunidos, en primer lugar atacaron la compañía de Esmicres, uno de los estrategas arcadios, que ya se retiraba hacia el lugar convenido y que llevaba mucho [5] botín. Entretanto, los griegos luchaban, al tiempo que continuaban la marcha, pero al cruzar un barranco los pusieron en fuga y dieron muerte al mismo Esmicres y a todos los demás. De otra compañía, mandada por Hegesandro, de los diez estrategas quedaron sólo ocho. El propio Hegesandro se salvó.

[6] Las compañías restantes se reunieron, unas con dificultades y las otra sin ellas. Los tracios, después del éxito alcanzado, se llamaban a gritos unos a los otros y se iban reuniendo en gran número durante la noche. Al amanecer, se



formaron en círculo alrededor de la colina, donde los griegos estaban acampados. Eran muchos los jinetes y los peltastas, y continuamente crecía su número y atacaban a los hoplitas impunemente. [7] Porque los griegos no tenían ni arqueros ni soldados que disparasen jabalinas, ni caballería. Y, en cambio, los tracios se adelantaban corriendo o galopando y los herían con los dardos. Y, cuando los griegos los atacaban, se escapaban con facilidad, mientras otros se lanzaban contra ellos por otro lugar. Los griegos [8] tenían muchos heridos, los tracios ninguno, de manera que no pudieron moverse del lugar y, al fin, los tracios les impidieron el acceso del agua. Y como [9] las dificultades eran muchas, entablaron conversaciones para una tregua.

Pero, aunque en todo lo demás se habían puesto de acuerdo, los tracios se negaron a devolver los rehenes que pedían los griegos. En este punto estaban estancadas las negociaciones. Así estaban las cosas de los arcadios.

Quirísofo en su avance, siguiendo la costa, llega [10] al puerto de Calpe sin correr ningún riesgo.

Los jinetes que marchaban en cabeza con Jenofonte, en su avance por el interior del país, se encuentran con unos ancianos que iban hacia algún lugar. Y, cuando fueron conducidos ante Jenofonte, les pregunta si están informados de la presencia de otro ejército griego en otra parte. Ellos contaron todo lo que había [11] ocurrido y que ahora estaban sitiados en la colina y que los tracios en bloque los tenían cercados. Entonces puso bajo fuerte vigilancia a estos hombres, para que los guiaran adonde fuera preciso. Y, después de establecer diez vigilantes, reunió a los soldados y dijo:

«Soldados, una parte de los arcadios ha muerto y [12] el resto es asediado en una colina. Y yo pienso que, si aquéllos perecen, no existe tampoco solución para nosotros, siendo tan numerosos (los) enemigos y teniendo una moral tan elevada. Por consiguiente, lo [13] mejor para nosotros es socorrer a aquellos hombres cuanto antes, para, si todavía están sanos y salvos, luchar a su lado y no que, solos nosotros, tengamos que afrontar los peligros <sup>171</sup>. Porque nosotros a ninguna [14] parte

podríamos escapar desde aquí; mucha es la distancia, dijo, para regresar a Heraclea y mucha también, para llegar a Crisópolis<sup>172</sup>, y los enemigos [15] están cerca. El camino más corto es hacia el puerto de Calpe, donde suponemos que está Quirísofo, si es que vive todavía. Pero allí no hay naves con las que hacernos a la mar y no tenemos víveres ni para un solo día [16] si nos quedamos aquí. Y si los asediados perecen, es mucho más difícil que superemos los peligros nosotros y los de Quirísofo, y, en cambio, todos a salvo y reunidos en un punto, podemos luchar juntos por nuestra salvación. Conviene, pues, marchar, mentalizados de que ahora se trata de morir con honor, o de llevar a cabo la acción gloriosa salvando a un número tan grande [17] de griegos. Y tal vez actúa así el dios porque pretende humillar a los arrogantes por su soberbia, mientras que a nosotros que empezamos invocando a los dioses quiere colocarnos por encima de aquéllos. Es necesario, por consiguiente, seguir a los jefes y prestar atención, para que podáis ejecutar las órdenes. [18] Ahora continuaremos el camino para acampar en el momento oportuno de preparar la cena. Y, mientras avanzamos, Timasión que se adelante con sus jinetes sin perdernos de vista e inspeccione lo que hay delante, para que nada se nos pase desapercibido.»

[19] Dicho esto, abrió la marcha a la cabeza de las tropas. Envió, también, a los hombres más ágiles de entre los soldados de infantería ligera, hacia los flancos y hacia las cimas, para que, si veían algo en alguna parte, lo indicaran. Les ordenó, además, que quemaran todo lo que encontraran combustible.

[20] Los jinetes, dispersándose hasta donde tenían seguridad, continuaban incendiando; los peltastas, avanzando paralelamente por las cimas, prendían fuego a todo lo que veían que podía arder, y el ejército hacía también lo mismo si se encontraba con algo que quedaba, de manera que todo el país parecía quemarse y el ejército parecía mucho más grande. Cuando llegó la hora, subieron a una colina y acamparon, y veían las hogueras de los enemigos que estaban a una distancia de unos cuarenta estadios. También ellos encendían el [21] mayor número posible de hogueras. Tan pronto como hubieron cenado, se dio la orden de que las apagaran todas. Montaron guardias durante la noche y se fueron a dormir. Al amanecer,

después de hacer las súplicas a los dioses, se dispusieron como para entrar en batalla y continuaron la marcha con la mayor rapidez posible. Timasión y los jinetes que iban en vanguardia [22] con los guías, llegaron sin ser vistos a la cima donde eran asediados los griegos. Y no ven ningún ejército, ni amigo, ni enemigo, [y lo notifican a Jenofonte y al ejército]<sup>173</sup>, sino unas viejecitas, unos viejecitos, unas pocas ovejas y unos bueyes abandonados. Al principio [23] se sorprendieron de qué era lo que había ocurrido, pero luego se enteraron por los que se habían quedado allí que los tracios se habían ido al anochecer y dijeron que los griegos también se habían ido cuando amanecía. Pero adonde, no lo sabían.

Al oír esto, Jenofonte y los suyos, cuando hubieron [24] desayunado, recogieron los bagajes y se pusieron en camino, queriendo encontrarse cuanto antes con los demás en el puerto de Calpe. Y en su marcha veían la huella de los arcadios y de los aqueos en el camino que conduce [a Calpe]. Cuando se encontraron se vieron unos a otros con alegría y se abrazaban como hermanos. Los arcadios preguntaban a los soldados de Jenofonte [25] por qué habían apagado las hogueras. «Nosotros, dijeron, pensábamos primero, al no ver ya las hogueras, que atacaríais por la noche a los enemigos; y ellos, según creíamos, temiendo esto retrocedieron, [26] pues casi al mismo tiempo se fueron. Pero como no llegabais y el tiempo transcurría, creíamos que vosotros, informados de nuestra situación, asustados habíais escapado hacia el mar. Y nos parecía conveniente no quedarnos detrás de vosotros. Por consiguiente, también nosotros nos pusimos en camino hacia aquí.»

[4] Aquel día acamparon allí al aire libre en la playa junto al puerto. Este lugar, que se llama puerto de Calpe, está en la Tracia asiática. Esta Tracia, que comienza en la boca del Ponto, se extiende hasta Heraclea, [2] a la derecha según se entra en el Ponto. Para una trirreme hay, desde Bizancio a Heraclea, una travesía de un día largo navegando a remo. Entre una y otra no hay ninguna ciudad más, ni amiga, ni griega, sino tracios bitinos. Se cuenta que tratan con crueldad [a los griegos] que, de un modo u otro, caen en sus manos. [3] El puerto de Calpe está a mitad de camino para los que

navegan desde Heraclea a Bizancio. Hay un promontorio que se adentra en el mar. La parte que desciende hasta el mar es una roca escarpada, su altura en la parte más pequeña no es inferior a veinte brazas. El istmo que une el promontorio con la tierra firme tiene unos cuatro pletros de anchura y el espacio que abarca el istmo tiene capacidad para albergar a [4] diez mil hombres. El puerto está al pie de la roca, con la playa mirando a Poniente. Hay una fuente de agua dulce y que mana abundantemente al lado mismo del mar, dominada por el promontorio. En el mismo litoral hay muchos árboles de todas clases, muy abundantes [5] y hermosos, adecuados para construir naves. La montaña se extiende tierra adentro hasta unos veinte estadios, es terrosa y no tiene piedras. La parte que está junto al mar, en una extensión superior a veinte estadios, está cubierta de espesos bosques con grandes árboles de toda especie.

El resto del país es hermoso y amplio, y hay en él [6] muchas aldeas habitadas, pues la tierra produce cebada, trigo, legumbres de todas clases, zahína, sésamo, higos suficientes, muchas viñas, vino agradable y todo lo demás, excepto olivos.

Así era el país. Los soldados tenían sus tiendas en [7] la playa cerca del mar, pues no querían acampar en un sitio donde se pudiese fundar una ciudad, sino que les parecía, incluso, que el haber llegado aquí era resultado de una maquinación de algunos que querían establecerse allí. En su mayor parte los soldados no habían [8] embarcado para este servicio mercenario por obtener esta soldada, sino porque habían oído hablar de la personalidad de Ciro. Unos se habían alistado, incluso, llevando sus propios hombres; otros, habiendo hecho gastos; otros, también, escapando de casa de sus padres y de sus madres, y otros, abandonando a sus hijos, en la creencia de que, después de ganar dinero para ellos, regresarían de nuevo, porque oían hablar de los bienes abundantes obtenidos por los que estaban al lado de Ciro. Tales hombres deseaban regresar a Grecia sanos y salvos.

Al día siguiente de la reunión, allí mismo Jenofonte [9] hizo un sacrificio con vistas a la salida de la expedición. Había necesidad de salir en busca de provisiones. Y tenía también el proyecto de sepultar a los cadáveres. Cuando las víctimas

fueron favorables, incluso los arcadios lo siguieron y dieron sepultura a la mayor parte de los cadáveres en el mismo lugar donde cada uno había caído, pues era ya el quinto día y no era posible levantarlos. A algunos, sin embargo, que se encontraron fuera de los caminos les dieron la mejor sepultura que pudieron, de acuerdo con las circunstancias. A los que no encontraron, les levantaron un [10] gran cenotafio y depositaron coronas. Después de hacer esto, se retiraron al campamento, cenaron y se acostaron. Al día siguiente se reunieron todos los soldados. Convocaron la reunión, especialmente, los capitanes Agasias de Estinfalia, Jerónimo de Elea y los arcadios [11] más ancianos. Decretaron que, si alguien en lo sucesivo proponía dividir el ejército, fuera condenado a muerte, que el ejército saliese en el mismo orden de antes y que también mandaran los antiguos estrategos. Quirísofo había muerto ya a causa de una medicina que había tomado en un acceso de fiebre. Neón de Ansina asumió las funciones de aquél.

[12] Después de esto, Jenofonte se levantó y dijo: «Soldados, es evidente, según parece, que debemos seguir la marcha a pie, pues no tenemos naves, y es necesario partir ya, porque no tenemos víveres, si nos quedamos. Nosotros, pues, dijo, ofreceremos un sacrificio y es conveniente que vosotros os preparéis para luchar con más energía que nunca ya que los enemigos están [13] envalentonados.» A continuación, los estrategos ofrecieron un sacrificio, y se hallaba presente el adivino Arexión de Arcadia. Pues Silano de Ambracia ya había huido de Heraclea en un barco que fletó. Pero las entrañas de las víctimas del sacrificio que ofrecieron [14] no fueron favorables para la marcha. Aquel día, pues, no se movieron. Y algunos se atrevieron a decir que Jenofonte, queriendo fundar una colonia en el lugar, había convencido al adivino para que dijera que las entrañas de las víctimas no eran favorables a la salida. [15] Entonces, después de proclamar por medio de un heraldo que al día siguiente presenciara el sacrificio el que quisiera y habiendo transmitido la orden de que asistiese todo adivino que en el ejército se encontrara para examinar también las víctimas, ofreció el sacrificio, y en aquella ocasión muchos estuvieron presentes. [16] Hasta tres veces sacrificó antes de salir, y las entrañas de las víctimas no

eran favorables. Estaban molestos los soldados por esto, pues se habían agotado los víveres que trajeron y no había mercado en ninguna parte.

Después de esto se reunieron y Jenofonte habló de [17] nuevo: «Soldados, como veis, las entrañas de las víctimas no resultan favorables para la marcha y, sin embargo, veo que vosotros estáis faltos de víveres. Por consiguiente, me parece necesario continuar los sacrificios con el mismo fin.» Uno se levantó y dijo: «Es [18] lógico que las víctimas no nos resulten favorables, puesto que yo, al llegar ayer una nave, oí decir a uno que Cleandro, harmosta de Bizancio, está a punto de llegar con naves de transporte y trirremes.» A partir [19] de este momento a todos pareció oportuno quedarse, pero había necesidad de salir a buscar víveres. A este fin, de nuevo, se sacrificó hasta tres veces, y las víctimas no resultaban favorables.

De nuevo, al día siguiente, se ofreció un sacrificio [20] y casi todo el ejército, porque a todos les interesaba, estaba alrededor haciendo un círculo. No obstante, las víctimas seguían fallando. Los estrategos no sacaron al ejército, pero convocaron una asamblea. Jenofonte [21] dijo: «Posiblemente los enemigos estén reunidos y sea necesario luchar. Si dejáramos ⟨los bagajes⟩ en la posición fortificada y nos fuéramos como preparados para luchar, tal vez las víctimas nos serían favorables.» Al oírlo los soldados, prorrumpieron en gritos diciendo [22] que nada debía llevarse al lugar fortificado, sino ofrecer sacrificios cuanto antes. Ovejas ya no había, entonces compraron unos bueyes que tiraban de un carro y los sacrificaron. Jenofonte pidió a Cleanor de Arcadia que sacrificara en su lugar, por si se conseguía algo con esto. Pero tampoco así resultaron favorables.

Neón había sido nombrado estratego en el lugar de [23] Quirísofo y, cuando vio a los soldados que se encontraban en necesidad extrema, queriendo ganarse su favor, habiendo encontrado a un cierto heracleota que afirmaba conocer unas aldeas próximas de donde se podría coger víveres, proclamó por medio de un heraldo que el que quisiera podría ir a buscarlos porque dispondría de un guía. Salen, pues, con dardos, odres, sacos y otras [24] vasijas unos dos mil hombres.

Pero, cuando estaban en las aldeas y andaban dispersos para buscar botín, caen sobre ellos, primero, los jinetes de Farnabazo<sup>174</sup>. Pues éstos habían acudido en ayuda de los bitinos, queriendo colaborar, si podían, para impedir la entrada de los griegos en Frigia. Estos jinetes matan a no menos de quinientos hombres. Y los que quedaron huyeron a la [25] montaña. A continuación, alguno de los que escaparon anuncia lo ocurrido en el campamento. Y Jenofonte, puesto que las víctimas tampoco habían resultado favorables aquel día, cogió un buey que tiraba de un carro, pues no había otras víctimas, lo sacrificó y fue en ayuda de los suyos con todos los demás soldados menores de [26] treinta años. Y, después de recoger a los supervivientes, [27] vuelven al campamento. Se produjo griterío y todos los griegos corrieron a las armas. Perseguir al enemigo y levantar el campamento de noche no parecía seguro, pues el país estaba cubierto de vegetación. Sin embargo, pasaron la noche en armas, vigilados por un número suficiente de centinelas.

[5] Así transcurrió la noche. Al amanecer, los estrategos condujeron el ejército hacia la posición fortificada. Los soldados los seguían con armas y bagajes. Antes de la hora del almuerzo, abrieron una fosa por donde se entraba a la posición y la rodearon toda ella con una empalizada dejando tres puertas. Una nave de carga llegó de Heraclea con harina de cebada, víctimas para [2] los sacrificios y vino. Al amanecer Jenofonte se levantó y ofreció sacrificios para ver si podía partir y las entrañas de las víctimas resultan favorables a la primera. Ya terminaban los sacrificios, y el adivino Arexión de Parrasia ve un águila de buen augurio y exhorta a Jenofonte a abrir la marcha. Después de cruzar el foso [3] hicieron un alto y ordenaron pregonar por los heraldos que los soldados, después de almorzar, salieran con las armas, pero que se quedaran allí los esclavos y la multitud de los no combatientes. Todos los demás salieron, [4] pero Neón no. Parecía mejor dejarle como guardián de los que quedaban en el campamento. Pero, cuando los capitanes y los soldados los dejaron allí, los que quedaron con Neón, avergonzados de no seguir a los demás que se iban, abandonaron allí solamente a los mayores de cuarenta y cinco años. Sólo éstos se quedaron, [5] los demás

se fueron. Y, antes de haber recorrido quince estadios, se encontraron ya con cadáveres. Una vez situado el final de la columna frente a los primeros cadáveres aparecidos, sepultaron a todos los que iban encontrando dentro de la línea. Cuando hubieron [6] sepultado a los primeros, continuaron la marcha, haciendo la misma maniobra, hasta enterrar a todos los que fueron encontrando de la misma manera. Y, cuando llegaron al camino que salía de las aldeas, donde los cadáveres yacían agrupados, los llevaron todos a un sitio y los sepultaron juntos.

Ya era más de mediodía, cuando el ejército había [7] rebasado las aldeas y se pusieron a coger lo que cada cual veía dentro de la falange, y de pronto ven a los enemigos que subían a unas colinas situadas en frente. Eran muchos jinetes y soldados de infantería formados en falange, pues Espitridates y Ratines habían acudido, enviados por Farnabazo, con sus fuerzas. Cuando los enemigos vieron a los griegos, se detuvieron [8] a una distancia de ellos de unos quince estadios. Acto seguido, Arexión [el adivino de los griegos] sacrificó una víctima y resultaron, a la primera, las entrañas [9] favorables. Entonces Jenofonte dice: «Me parece oportuno, estrategos, situar detrás de la falange unas compañías de reserva, para que, donde sea preciso, tengamos fuerzas que aporten ayuda a la falange y los enemigos, en desorden, caigan sobre tropas en correcta formación y de refresco.» Todos coincidieron en esto. [10] «Pues bien, vosotros, añadió, guiad las tropas contra los adversarios. No nos detengamos, puesto que nos han visto los enemigos y nosotros los vemos; yo, por mi parte, iré después de disponer en orden las últimas [11] compañías de la manera que habéis acordado.» Después de esto, los estrategos avanzaban tranquilos, mientras Jenofonte, tomando las tres últimas compañías de doscientos hombres, ordenó que una siguiera hacia la derecha a una distancia de un pletro; al frente de esta formación iba Samolao de Acaya. Ordenó a la segunda que siguiera por el centro, Pirrias de Arcadia estaba al frente de esta formación. Y la que quedaba fue colocada a la izquierda, a las órdenes de Frasias de Atenas.

[12] En sus avances, cuando estuvieron los guías en un valle profundo y de difícil acceso, se detuvieron, no sabiendo



si debían cruzar el valle. Comunican a los estrategos y capitanes que acudan a primera línea. [13] Jenofonte se preguntaba extrañado qué dificultaba el avance y, al momento de oír la orden transmitida, se lanza a caballo con la mayor rapidez posible. Cuando estuvieron reunidos, Soféneto, que era el más anciano de los estrategos, dice que no merecía la pena deliberar sobre si debía cruzarse o no semejante cañada.

[14] Entonces, Jenofonte lo interrumpió bruscamente y dijo: «Sabéis, compañeros, que yo nunca he tramado ningún complot contra vosotros por voluntad personal, pues veo que vosotros no necesitáis adquirir gloria [15] demostrando valor, sino salvaros. Pero ahora las cosas están así: sin luchar no es posible salir de aquí. Si nosotros no atacamos a los enemigos, éstos nos perseguirán cuando nos vayamos y caerán sobre nosotros. Ved, por consiguiente, si es mejor ir contra estos hombres [16] con las armas por delante o que los enemigos nos ataquen por detrás con los escudos cubriéndonos las espaldas. Sabéis, sin duda, que retroceder ante los enemigos [17] a nadie parece honroso, pero perseguirlos, incluso a los cobardes infunde confianza. Yo, al menos, preferiría atacar con la mitad que retirarme con el doble. Y, respecto a éstos, sé que, si nosotros los atacamos, ni siquiera vosotros esperáis que nos ofrezcan resistencia, mientras que, si nos retiramos, todos sabemos que se atreverán a perseguirnos. Y el cruzar un [18] valle difícil y dejarlo atrás, cuando estamos a punto de entrar en combate, ¿no es una ocasión que merece la pena aprovecharse en seguida? Yo querría que a los enemigos todos les resultase de fácil acceso de modo que pudieran retirarse, pero nosotros debemos aprender, a la vista de este lugar, que no hay posibilidad de victoria para nosotros si no vencemos. ¿Cómo, pues, [19] podemos cruzar la llanura, si no vencemos a los jinetes? ¿Y cómo, las montañas que hemos cruzado, si nos persiguen tantos peltastas? Y a mí, en particular, me sorprende también que alguien considere este valle más temible que los demás lugares que hemos cruzado. Y si llegamos felizmente al mar, ¿qué inmenso valle [20] no será el Ponto? Allí ni hay naves que nos transporten ni trigo para alimentarnos, si nos quedamos, y será necesario, cuanto antes lleguemos, salir con más rapidez en busca de víveres. Por consiguiente, es preferible [21] luchar ahora que hemos

almorzado que no mañana, en ayunas. Compañeros, los sacrificios nos son favorables, los augurios propicios y las entrañas magníficas. Vayamos contra estos hombres. No deben ya éstos —puesto que han visto todo nuestro ejército— cenar a gusto ni tampoco acampar donde quieran.»

22 Entonces las capitanes le exhortaron a que los guiara y nadie replicó. Éste iba al frente del ejército, después de haber transmitido la orden de que cada uno cruzara el valle por donde pudiera. Pensaba que así en grupo con más rapidez cruzaría el ejército que si pasaban [23] en fila por el puente que había sobre el valle. Una vez que hubieron cruzado, pasando por delante de las líneas, decía: «Soldados, recordad en cuántas batallas habéis vencido con la ayuda de los dioses atacando frontalmente y cuáles son los sufrimientos de quienes huyen de los enemigos, y considerad también que estamos [24] a las puertas de Grecia. Seguid a Heracles conductor y animaos mutuamente llamándoos por vuestros nombres. Es, efectivamente, grato decir y hacer ahora algo arriesgado y bello que deje recuerdo de uno mismo entre quienes se quiere.»

[25] Eso decía, mientras recorría las filas y, al mismo tiempo, hacía avanzar con lentitud al ejército formado en falange. Y marchaban contra los enemigos con los peltastas situado a ambos lados. Se transmitió la orden de llevar las lanzas sobre el hombro derecho, hasta que se diera la señal con la trompeta; después que las bajaran para el ataque, que siguieran al paso y que nadie se lanzase corriendo contra el enemigo. A continuación se transmitió la consigna: «Zeus salvador, [26] Heracles conductor.» Los enemigos aguardaban, porque creían que era buena su posición. Cuando estuvieron cerca, los peltastas griegos dieron el grito de guerra y corrieron contra los enemigos, antes de que se les diera la orden. Los enemigos se lanzaron contra ellos, los jinetes y la infantería de los bitinos en bloque, y [27] ponen en fuga a los peltastas. Pero, como la falange de los hoplitas les salió al encuentro en rápido avance y, al mismo tiempo, sonó la trompeta y entonaron el peán, y después lanzaron el grito de guerra mientras que bajaron las lanzas, entonces ya no resistieron los enemigos, sino que huyeron. Timasión, con los jinetes, [28]

los persiguió y mataron a todos los que pudieron, que fueron pocos. El ala izquierda de los enemigos, frente a la cual estaban los jinetes griegos, al punto se dispersó y la derecha, que no era perseguida violentamente, se reagrupó en una colina. Cuando los [29] griegos vieron que los enemigos se detenían, les pareció muy fácil y sin ningún riesgo atacarlos de inmediato. Por consiguiente, entonaron el peán y en seguida se lanzaron contra ellos; pero los enemigos no los esperaron. Entonces los peltastas continuaron la persecución hasta que el ala derecha quedó dispersa. Pero murieron pocos de los bárbaros, pues la caballería enemiga, que era numerosa, infundía miedo a los griegos. Mas, cuando los griegos vieron que la caballería de Farnabazo [30] todavía estaba reunida, que los jinetes bitinos se agrupaban también allí y que desde una colina contemplaban lo que ocurría, aunque estaban extenuados, decidieron que debían atacarlos como pudiesen, para evitar que cobrasen ánimos si descansaban. Por consiguiente, [31] formados en orden de batalla, se ponen en camino. Entonces los jinetes enemigos huyen pendiente abajo, como perseguidos por otra caballería. Un valle los aguardaba, cosa que los griegos no sabían, pero, como era tarde, desistieron de perseguirlos. Regresaron al lugar donde el primer encuentro tuvo [32] lugar, erigieron un trofeo y se retiraron en dirección al mar hacia la puesta de sol. Había unos sesenta estadios hasta el campamento.

A partir de entonces, los enemigos se preocuparon [6] de sus cosas y se llevaron, lo más lejos que pudieron, a sus familias y sus bienes. Los griegos, por su parte, aguardaban a Cleandro, creyendo que vendría con trirremes y naves de transporte. En sus salidas cotidianas con las acémilas y los esclavos <sup>175</sup> traían, sin correr riesgos, trigo, cebada, vino, legumbres, zahína, higos. Pues toda clase de productos buenos producía el país, [2] excepto aceite de oliva. Siempre que el ejército se quedaba descansando, les permitían salir en busca de botín, y <los> que salían lo conseguían. Pero, cuando salía todo el ejército, si alguien por separado en su salida [3] cogía algo, se acordó que fuera fondo común. Ya había abundancia de todo. Pues también de todas partes llegaban mercados procedentes de las ciudades griegas y los que pasaban

fondeaban gustosos, pues corría el rumor de que se iba a fundar una ciudad y que había [4] un puerto. Enviaban, incluso los enemigos que habitaban cerca, embajadas a Jenofonte, al oír decir que él fundaba una colonia en el lugar, preguntándole qué debían hacer para ser sus amigos. Y él los presentaba a los soldados.

[5] Mientras tanto, Cleandro, llega con dos trirremes, pero sin ninguna nave de transporte. Precisamente el ejército estaba fuera cuando llegó y algunos que habían ido en busca de botín en otro lugar hacia la montaña habían cogido muchos rebaños. Y temiendo que se los quitaran, se lo cuentan a Dexipo, que había huido de Trapezunte con la nave de cincuenta remos, y le piden que les guarde el ganado, quedándose él con [6] una parte y devolviéndoles el resto. En seguida aquél expulsa a los soldados que estaban en torno a él diciendo que el botín era propiedad común, y añade, dirigiéndose a Cleandro, que intentan arrebatarárselo. Entonces Cleandro ordena que lleven ante él al ladrón. [7] Dexipo cogió a uno y se lo llevó, pero, habiéndolo encontrado casualmente Agasias, le quitó al hombre de las manos, pues era un soldado de su compañía. Los demás soldados que lo presenciaban se pusieron a tirar piedras a Dexipo, llamándole traidor. Muchos de los tripulantes de las trirremes tuvieron miedo y huyeron al mar. También Cleandro huyó. Jenofonte y los demás [8] estrategos trataban de impedirselo y decían a Cleandro que ninguna importancia tenía el asunto, que el decreto del ejército era culpable de que ocurriera esto. Cleandro, excitado por Dexipo y enojado él mismo porque [9] había sentido temor, dijo que se haría a la mar y que pediría por medio de un heraldo que ninguna ciudad les diese acogida, considerándoles enemigos. Por aquellas fechas los lacedemonios estaban al frente de todos los griegos. Entonces pareció a los griegos que [10] la situación era grave y le pidieron que no hiciera eso. Contestó Cleandro que no podría ser de otro modo, a no ser que se le entregara al que había empezado a tirarle piedras y al hombre que le habían quitado de las manos. Este culpable que Cleandro reclamaba no [11] era otro que Agasias, amigo íntimo de Jenofonte. Por este motivo era acusado por Dexipo.

Entonces, como no había salida para la situación, los jefes convocaron al ejército; algunos tenían en poca consideración a Cleandro, pero a Jenofonte el asunto no le parecía insignificante, y se levantó y dijo: «Soldados, [12] a mí el asunto me parece muy importante, si Cleandro se va —tal y como dice— con esta opinión de nosotros. Porque están cerca las ciudades griegas y los lacedemonios están al frente de Grecia. Y son capaces los lacedemonios —cada cual por su cuenta— de hacer en las ciudades lo que quieran.

»Así, pues, si éste, en primer lugar, nos cierra las [13] puertas de Bizancio, y luego ordena a los demás harmostas que no nos reciban en las ciudades como desleales a los lacedemonios y gente sin ley; más aún, si este concepto de nosotros llega al almirante Anaxibio, nos será tan difícil quedarnos como permanecer aquí. Pues en la actualidad los lacedemonios dominan por [14] tierra y por mar. Pues bien, ni por un hombre solo ni por dos debemos los demás estar alejados de Grecia, sino que debemos obedecer lo que nos ordenen, pues también las ciudades de donde procedemos les obedecen. [15] Por consiguiente, yo, puesto que he oído que Dexipo afirma ante Cleandro que Agasias no habría hecho esto, si yo no se lo hubiese ordenado; yo, por consiguiente, os eximo a vosotros y a Agasias de toda culpa, si es que el mismo Agasias sostiene que soy yo el culpable de esto, y si he inducido a alguien a tirar piedras o a cualquier otro acto de violencia me declaro culpable y reo de la última pena y estoy dispuesto a [16] sufrirla. Digo, además, que, si se acusa a algún otro, ese debe entregarse a Cleandro para que lo juzgue, pues así vosotros quedaríais libres de culpa. Y tal como ahora están las cosas, sería una pena que, esperando alcanzar en Grecia gloria y honores, en vez de esto no fuésemos siquiera considerados como los otros y se nos marginara de las ciudades griegas.»

[17] Después de esto se levantó Agasias y dijo: «Yo, compañeros, juro por los dioses y por las diosas que ni Jenofonte me ordenó quitarle el hombre ni tampoco ninguno de vosotros. Pero cuando vi a un hombre valiente de mi compañía conducido por Dexipo, que vosotros sabéis que os ha traicionado, me pareció terrible [18] y se lo arrebaté, lo

reconozco. Sin embargo, no me entreguéis. Yo mismo, como dice Jenofonte, me presentaré a Cleandro para que me juzgue y haga de mí lo que quiera. Por este motivo no entréis en guerra con los lacedemonios y llegad sanos y salvos a donde cada uno quiera. Acompañadme, sin embargo, algunos escogidos de entre vosotros ante Cleandro para que si yo omito algo, ellos hablen y actúen por mí.»

[19] A continuación, el ejército le concedió que partiera eligiendo a los que quisiera. Y eligió a los estrategos. Después de esto se puso en camino para verse con Cleandro, Agasias, los estrategos y el hombre que Agasias quitó de las manos a Dexipo. Y dijeron los estrategos: [20] «Nos ha enviado el ejército a tu presencia, Cleandro, y te piden que si los acusas a todos,, tú mismo los juzgues y hagas con ellos lo que quieras, y si acusas a uno sólo o a dos o a más, consideran justo presentarse a ti para someterse a juicio. Por tanto, si tienes alguna acusación que formular contra alguno de nosotros, aquí estamos, y si es a algún otro, dilo. Porque ninguno de los que quiera obedecernos, tratará [21] de ocultarse.» A continuación se adelantó Agasias y dijo: «Yo soy, Cleandro, el que arrebató este hombre a Dexipo cuando lo llevaba y el que mandó golpear a Dexipo. Pues sé que este hombre es valiente, pero sé [22] que Dexipo fue elegido por el ejército para ponerse al frente de la nave de cincuenta remos que pedimos a los trapezuntios a condición de que reuniera naves de transporte para salvarnos, y huyó [Dexipo] y traicionó a los soldados con los que se salvó. Y hemos quitado [23] la nave de cincuenta remos a los trapezuntios y por este motivo se nos considera malos, y, en lo que de él depende, estamos perdidos. Porque estaba al corriente él, igual que nosotros, de que era imposible, regresando a pie, cruzar los ríos y llegar sanos y salvos a Grecia. De las manos de ése, que era de tal condición, [24] arrebaté al soldado. Si tú o algunos de tus hombres os lo hubieseis llevado y no uno de nuestros desertores, estáte seguro que nada de eso hubiera hecho. Piensa, pues, que, si ahora me condenas, matas a un valiente por causa de un hombre cobarde y malvado.»

Al oír esto, Cleandro dijo que no aprobaba la conducta [25] de Dexipo, si había hecho esto. Sin embargo, añadió que no

creía que, por malvado que fuera Dexipo, debiera sufrir tratos violentos, «sino ser juzgado, como también vosotros ahora reclamáis, y obtener [26] justicia. Ahora, pues, retiraos y dejadme con este hombre; y cuando yo os lo ordene, venid para presenciar el juicio. Yo ya no acuso ni al ejército ni a ningún otro, puesto que éste confiesa haber arrebatado el hombre.» [27] Entonces el soldado que había sido librado de las manos de Dexipo dijo: «Yo, Cleandro, aunque creas que yo fui llevado como culpable, no golpeé a nadie ni tampoco tiré piedras, sólo dije que el rebaño era de todos, porque existía una decisión de los soldados que, si alguno, cuando el ejército salía, cogía botín por su [28] cuenta, lo obtenido pertenecía a todos. Eso dije. Por eso me cogió y me llevó, para que nadie hablara y, cogiendo él su parte, asegurara el botín a los saqueadores contra los acuerdos.» A esto contestó Cleandro: «Pues bien, ya que tú eres *coautor*, quédate, para que deliberemos también sobre ti.»

[29] Acto seguido, Cleandro y los suyos almorzaron. Jenofonte convocó entonces al ejército y le aconsejaba que enviara hombres ante Cleandro para interceder [30] por los prisioneros. Entonces acordaron enviar estrategos y capitanes, a Dracontio de Esparta y a los que consideraban idóneos de los demás para pedir a Cleandro, por todos los medios, que dejara en libertad a [31] los dos hombres. Al llegar, Jenofonte dice: «Tienes, Cleandro, a los hombres y el ejército te ha permitido hacer lo que quieras con éstos y con todos. Ahora bien, te piden y suplican que les devuelvas a los dos hombres y que no los mates, pues muchas fatigas han pasado [32] por el ejército en tiempos pasados. Y, si obtienen esto de ti, prometen —a cambio de estos favores—, si quieres ser su guía y los dioses son propicios, demostrarte cuán disciplinados son y capaces de obedecer a su jefe y que, contando con la ayuda de los dioses, no temen [33] al enemigo. Otra súplica te hacen: que si estás a su lado y eres su jefe, pongas a prueba a Dexipo y a todos los demás para ver cómo es cada uno y des a cada uno su merecido.» Al oír esto, dijo Cleandro: «Por los Dioscuros, [34] pronto os daré una respuesta. Os entrego estos dos hombres y yo mismo estaré a vuestro lado; y si los dioses lo permiten, os guiaré hasta Grecia. Estas palabras son muy distintas de las

que yo he oído decir acerca de algunos de vosotros, en el sentido de que intentabais que el ejército hiciera defección de los lacedemonios.»

Acto seguido, los emisarios regresaron con los dos [35] hombres, haciendo elogios de Cleandro. Cleandro, por su parte, ofrecía sacrificios para la marcha y mantenía relaciones amistosas con Jenofonte y contrajeron entre sí vínculos de hospitalidad. Y como veía que ellos hacían con disciplina lo que se les ordenaba, mayores deseos tenía todavía de ser su guía. Pero como en los [36] sacrificios que ofrecía durante tres días no resultaban las víctimas favorables, convocó a los estrategos y dijo: «Las víctimas no ofrecen buenos augurios para que yo tome el mando de la expedición, pero no os desaniméis por eso, pues a vosotros, según parece, se os ha concedido sacar de aquí a esta gente. Poneos, pues, en marcha. Y nosotros, cuando lleguéis allá, os recibiremos de la mejor manera posible.»

Entonces los soldados decidieron darle el ganado [37] que pertenecía a todos; él lo aceptó y se lo devolvió otra vez. Y Cleandro se hizo a la mar. Los soldados, por su parte, pusieron a la venta el trigo que habían reunido y las demás cosas que habían cogido, y se pusieron en marcha a través de Bitinia. Pero, como [38] nada encontraron siguiendo el camino recto y querían llegar al país amigo llevando alguna cosa, decidieron volver atrás durante un día y una noche. Así lo hicieron, y se apoderaron de muchos esclavos y ganado. Y al sexto día llegaron a Crisópolis de Calcedonia, y allí permanecieron siete días mientras vendían el botín.

---

<sup>156</sup> A diferencia de los otros libros, el libro VI comienza sin el resumen inicial interpolado por el editor; posiblemente se haya perdido.

<sup>157</sup> Los banquetes solían terminar, habitualmente, con dos actos: las libaciones en honor de Zeus Salvador y el canto del peán.

<sup>158</sup> Canto de guerra compuesto en honor del rey de Tracia, Sitalcas, hijo de Teres, rey de los odrisios. Cf. TUCÍDIDES, II 29.

<sup>159</sup> Pueblos establecidos en Tesalia.

<sup>160</sup> Danza mímica.



- <sup>161</sup> Habitante de Misia. Región del Asia Menor, situada entre Frigia y Lidia.
- <sup>162</sup> De Mantinea. Ciudad de Arcadia.
- <sup>163</sup> Danza interpretada al son de la flauta con escenificación de los movimientos de la lucha, originaria de Esparta o Creta. Cf. PLATÓN, *Leyes* 815.
- <sup>164</sup> Medida de capacidad para áridos, equivalente a 48 qué-nices (el quénice equivale a 1,08 l.).
- <sup>165</sup> Vasija con una capacidad aproximada de 40 l.
- <sup>166</sup> Referencia al triunfo final de Esparta sobre Atenas en la guerra del Peloponeso (404). Cf. *Helénicas* II 2, 20.
- <sup>167</sup> Texto interpolado, con errores geográficos en los tres primeros ríos citados. Sólo el Partenio se halla situado entre Sínope y Heraclea.
- <sup>168</sup> Habitantes de la costa de Heraclea sometidos a éstos.
- <sup>169</sup> Los bitinos son considerados tracios por Jenofonte.
- <sup>170</sup> Texto interpolado, omitido en varios manuscritos.
- <sup>171</sup> Las traslaciones del texto han sido diversas sin que se hayan dado explicaciones satisfactorias a sus causas. Rehdantz ha establecido el texto originario.
- <sup>172</sup> Ciudad situada al S. del Bósforo, frente a Bizancio.
- <sup>173</sup> Texto interpolado.
- <sup>174</sup> Sátrapa de Frigia y Bitinia.
- <sup>175</sup> Alusión a los hombres capturados, a lo largo de la expedición, en los países sometidos por la fuerza.

## LIBRO VII

Anaxibio invita a los griegos a ir a Bizancio. Propuestas de Seutes a Jenofonte. Anaxibio obliga a los griegos a salir de Bizancio. Jenofonte abandona el ejército. Cleandro y Anaxibio son apartados del mando. Acuerdo Jenofonte-Seutes. Gran banquete en honor de los griegos. Marcha nocturna y ocupación de ciudades tracias. Llegada al país de los tinos. Aficiones de Epístenes. Sumisión de los tinos. Seutes incumple el pacto. Heraclides calumnia a Jenofonte. Los griegos llegan a Salmideso. Malestar en el ejército. Tibrón propone tomar las tropas griegas a su servicio. Seutes acepta. Los soldados acusan a Jenofonte. Éste se defiende. Los griegos saquean las aldeas de Medósades. A instancias de Jenofonte, Seutes paga a los griegos lo convenido. Las tropas griegas se dirigen a Asia bajo el mando de Jenofonte. Llegada a Lámpsaco y Pérgamo. Tibrón al frente de los griegos.

[1] [Cuanto hicieron los griegos en su expedición hacia el interior con Ciro hasta la batalla, cuanto hicieron después de la muerte de Ciro durante la marcha hasta su llegada al Ponto y cuanto hicieron, al salir de allí, por tierra y por mar hasta que estuvieron en Crisópolis de Asia, fuera de la entrada del Ponto, ha sido expuesto en los libros precedentes] <sup>176</sup>.

[2] Después de esto, Farnabazo, temiendo que el ejército irrumpiera en su propio territorio, envió una embajada al almirante Anaxibio —que se encontraba en Bizancio—, con la petición de que transportase al ejército fuera de Asia y prometiéndole, a cambio, hacer todo lo que pudiese. Anaxibio mandó venir a los estrategos y [3] capitanes a Bizancio e hizo la promesa de que, si cruzaban, los soldados tendrían soldada. Los otros dijeron [4] que se lo notificarían después de haber deliberado, pero Jenofonte le contestó que pretendía separarse del ejército y que quería hacerse a la mar. Anaxibio, sin embargo, le exhortó a que cruzara con las tropas y que a continuación se retirara como era su deseo. Él le dijo que así lo haría.

Seutes de Tracia envía a Medósades y pide a Jenofonte [5] que contribuya con su esfuerzo a que el ejército atraviase, y le decía que no se arrepentiría de haber colaborado en esta tarea. Respondió éste: «El ejército [6] pasará. Pero por esto, que no se me pague a mí, ni a ningún otro. En cambio, cuando ya hayan atravesado, yo me retiraré, y con los que se queden y con los jefes, que actúe como le parezca oportuno.»

A continuación, todos los soldados pasan a Bizancio. [7] Anaxibio no les daba sueldo; antes bien, proclamó por medio de un heraldo que los soldados cogieran las armas y los bagajes y que salieran, para despedirlos al tiempo que pasaba lista. Entonces los soldados estaban molestos, porque no tenían dinero para adquirir víveres en el mercado, y preparaban los bagajes con indolencia. Y

Jenofonte, que había establecido con Cleandro, el [8] harmosta, lazos de hospitalidad, se acercó a él y lo abrazó como para hacerse a la mar en seguida. Cleandro le dice: «No hagas eso; si te marchas, te echarán la culpa de lo que ocurra, puesto que incluso ahora algunos ya te acusan de que el ejército no se retira con rapidez.» Replicó Jenofonte: «No soy yo culpable [9] de esto, sino los soldados, que están faltos de víveres, y por ese motivo no están animados para la marcha.» «Pero, con todo, dijo, yo te aconsejo que salgas como [10] si fueras a continuar la expedición y, cuando el ejército esté fuera, entonces retírate.» «Pues bien, dijo Jenofonte, vayamos a ver a Anaxibio y negociemos esta solución con él.» Entonces fueron y se lo explicaron.

[11] Anaxibio les exhortó a actuar así: que salieran cuanto antes, una vez preparados los bagajes, y declaró, además, que se consideraría culpable a quien no se presentara a la revista y al recuento.

[12] Entonces salieron los estrategos, en primer lugar, y los demás. Y ya todos estaban fuera, excepto unos pocos, y Eteónico permanecía junto a las puertas para, cuando todos estuvieran fuera, cerrarlas y echar el cerrojo. [13] Y Anaxibio convocó a los estrategos y capitanes y les dijo: «Tomad los víveres de las aldeas tracias, allí hay cebada en abundancia, trigo y todos los demás víveres, cogedlos y dirigiros al Quersoneso, y allí Cinisco os [14] tomará a sueldo.» Oyeron esto algunos soldados o, incluso, algún capitán y lo anuncian al ejército. Y los estrategos se informaban, acerca de Seutes, si era enemigo o amigo y si había que marchar a través de la Montaña Sagrada o rodearla por el centro de Tracia.

[15] Mientras mantenían estas conversaciones, los soldados cogieron las armas y se lanzaron a la carrera contra las puertas, como para entrar de nuevo en la muralla. Al ver Eteónico y sus acompañantes que los hoplitas corrían hacia las puertas, las cierran y echan el cerrojo. [16] Golpeaban los soldados las puertas y decían que eran víctimas de la mayor injusticia siendo arrojados en manos de los enemigos, y decían que echarían abajo [17] las puertas, si no las abrían por las buenas. Otros corrían hacia el mar y, por el rompeolas, escalaban la muralla y entraban en la ciudad, mientras otros soldados que se hallaban dentro, cuando vieron lo que ocurría en las puertas, rompieron los cerrojos a hachazos, abrieron las puertas y los soldados se precipitaron dentro.

Jenofonte, cuando vio lo que pasaba, temiendo que [18] el ejército se entregara al saqueo y se produjeran males irreparables

para la ciudad, para él mismo y para los soldados, corrió y se precipitó dentro de las puertas junto con la multitud. Los bizantinos, cuando vieron [19] que el ejército penetraba por la fuerza, huyeron del agora: unos, hacia las naves; otros, a casa, y los que estaban dentro, hacia fuera. Otros echaban a la mar las trirremes para salvarse en ellas; todos creían que estaban perdidos porque tenían la impresión de que la ciudad había sido tomada. Eteónico se refugió en la ciudadela. Anaxibio bajó corriendo hacia el mar y zarpó en [20] un barco de pesca siguiendo la costa hasta la acrópolis y, en seguida, mandó venir a las guarniciones de Calcedonia, pues le parecía que no eran suficientes las fuerzas de la acrópolis para contener a los griegos.

Los soldados, cuando vieron a Jenofonte, se precipitan [21] a su encuentro en masa y le dijeron: «Ahora tienes la oportunidad, Jenofonte, de ser un hombre. Tienes una ciudad, tienes trirremes, tienes dinero, tienes gran número de hombres. Ahora, si quisieras, nos serías útil y nosotros te haríamos grande.» Contestó él, con [22] ánimo de calmarles: «Tenéis razón, y lo haré; pero si estos son vuestros deseos, situaros en orden de batalla sin armas cuanto antes.» Él mismo dio la orden y pidió a los demás que la transmitieran y que depusieran las armas. Los hoplitas en poco tiempo estuvieron formados [23] por sí mismos de ocho en fondo y los peltastas habían corrido ya a alinearse a ambos flancos. El lugar, [24] llamado Tracio, era el más idóneo posible para desplegarse en formación: sin casas y llano. Cuando las armas estuvieron en el suelo y los ánimos calmados, Jenofonte convoca al ejército y le habla en estos términos:

«Que estéis irritados, soldados, y creáis que sois [25] víctimas de malos tratos y que os han mentido, no me extraña. Pero si nos dejamos dominar por la ira, castigamos por su engaño a los lacedemonios aquí presentes y saqueamos la ciudad que en absoluto es culpable, [26] pensad lo que ocurrirá después. Seremos declarados enemigos de los lacedemonios y de sus aliados. Y qué guerra se desencadenaría, podéis sin duda suponerlo, puesto que habéis visto y recordáis lo que acaba de [27] ocurrir<sup>177</sup>. Porque nosotros los atenienses, entramos en guerra con los lacedemonios y sus aliados teniendo trirremes, unas en el mar y otras en los arsenales, no menos de trescientas. Disponíamos de grandes sumas de dinero en la ciudad y teníamos ingresos anuales procedentes de tributos de la misma ciudad y de fuera de nuestras fronteras, no inferiores a mil talentos <sup>178</sup>; y, aun dominando todas las islas y teniendo muchas ciudades en Asia y en Europa —y entre otras

muchas también ésta misma, Bizancio, donde ahora estamos—, [28] fuimos derrotados, como todos vosotros sabéis. Y ahora, ¿qué creemos que nos ocurriría, cuando los lacedemonios conservan sus antiguos aliados y, además, se les han unido los atenienses y todos los que entonces eran aliados de éstos; cuando también Tisafernes y todos los demás bárbaros que habitan junto al mar son enemigos nuestros, y el mayor enemigo es el mismo Rey de tierra adentro, contra el que nos dirigimos para arrebatarle el mando y darle muerte si podíamos? Estando pues todos estos unidos, ¿hay alguien tan insensato [29] que crea que podríamos vencer? No seamos locos, ¡por los dioses!, ni perdamos la vida vergonzosamente siendo enemigos no sólo de nuestra patria, sino también de nuestros propios amigos y familiares. Porque todos están en las ciudades que emprenderán la expedición militar contra nosotros y con razón, si nosotros, que no hemos querido conservar ninguna ciudad bárbara ni siquiera cuando podíamos hacerlo, saqueamos, en cambio, ésta, la primera ciudad griega en la que hemos entrado. Pues bien, yo quisiera —antes de veros hacer [30] esta barbaridad— encontrarme al menos a diez mil brazas bajo tierra. Y os aconsejo, además, puesto que sois griegos, que obedezcáis a los jefes griegos y tratéis de conseguir lo justo. Y si no podéis, es preciso que, aunque víctimas de la injusticia, no seamos privados al menos de Grecia. Ahora me parece oportuno enviar [31] embajadas a Anaxibio y decirle que nosotros no hemos entrado en la ciudad para cometer ningún acto violento, sino por si podíamos conseguir de ellos algún beneficio, y, si no, para que quede claro que salimos de aquí, no engañados sino sumisos.»

Acordaron esto, y envían a Jerónimo de Elea, a [32] Euríloco de Arcadia y a Filesio de Acaya para exponerle lo convenido. Éstos se fueron a comunicarle la resolución.

Todavía estaban sentados los soldados cuando se [33] les presenta Cerátadas de Tebas, que andaba errante no como exiliado de Grecia, sino deseando ser estratega y ofreciendo sus servicios por si alguna ciudad o pueblo necesitaba un estratega. También se acercó entonces y les dijo que estaba dispuesto a guiarles hasta el denominado Delta de Tracia, donde podrían coger botín en abundancia; y mientras llegaban, dijo que les proporcionaría comida y bebida en abundancia. Al oír los [34] soldados esta propuesta y, a la vez, la notificación de Anaxibio —respondió que no se arrepentirían de obedecerle, pues notificaría esta resolución a los magistrados de su patria y él mismo pensaría la recompensa que pudiera darles—, aceptaron, entonces, éstos a Cerátadas [35] como

estratego y salieron fuera de la muralla. Cerátadas conviene con ellos que al día siguiente acudiría al campamento con víctimas, un adivino, comida y [36] bebida para el ejército. Cuando salieron, Anaxibio cerró las puertas y pregonó que todo soldado que fuera cogido [37] dentro, sería vendido. Al día siguiente, Cerátadas vino con las víctimas y el adivino. Lo seguían veinte hombres llevando harina de cebada, y uno con un cargamento de ajos todo lo grande que podía llevar, y otro con uno de cebollas. Mandó poner en el suelo esto como para repartirlo y ofreció un sacrificio.

[38] Jenofonte mandó llamar a Cleandro y le instó a que consiguiera permiso para entrar en la ciudad y hacerse [39] a la mar desde Bizancio. Cuando volvió Cleandro le dijo que con muchas dificultades había conseguido el permiso, pues decía Anaxibio que no era adecuado que los soldados estuvieran cerca de la muralla, mientras Jenofonte estaba dentro, y que los bizantinos estaban divididos en facciones y enfrentados unos contra otros. «Pero, con todo, dijo, le invitaba a entrar, si tienes intención [40] de hacerte a la mar con él.» Entonces, Jenofonte dio un abrazo de despedida a los soldados y entró en la fortificación con Cleandro.

Cerátadas, por su parte, no obtuvo auspicios favorables el primer día ni distribuyó nada entre los soldados. Al día siguiente, las víctimas estaban colocadas junto al altar y Cerátadas iba coronado para ofrecer el sacrificio; entonces se le acercaron Timasión de Dárdano, Neón de Ásine y Cleanor de Orcómeno y le dijeron a Cerátadas que no ofreciera el sacrificio, porque no conduciría el ejército, si no les daba víveres. Da orden, [41] entonces, de repartirlos. Pero, como le faltaba mucha cantidad para que cada uno tuviera alimento para un día, recuperó las víctimas y renunció al cargo de estratego.

Neón de Ásine, Frinisco de Acaya, Filesio de Acaya, [2] Janticles de Acaya y Timasión de Dárdano se quedaron con el ejército y, avanzando hacia las aldeas tracias situadas frente a Bizancio, acamparon. Los estrategos [2] estaban divididos: Cleanor y Frinisco querían unir el ejército con el de Seutes, pues éste se los había ganado dando un caballo al uno y una mujer al otro; Neón, por el contrario, quería conducirlos al Quersoneso, en la convicción de que, si llegaban a estar bajo el dominio de los lacedemonios, sería jefe de todo el ejército. Timasión, a su vez, deseaba pasar nuevamente a Asia, en la creencia de que regresaría a su tierra. Los soldados querían también lo mismo. Como el tiempo transcurría, [3] muchos soldados vendían las armas en el lugar y se embarcaban como podían; otros daban [las armas en el lugar] y se mezclaban con

los habitantes de las ciudades. Anaxibio se alegraba cuando oía decir que el [4] ejército se dismantelaba, pues creía que agradaban muchísimo a Farnabazo estos sucesos.

Aristarco, sucesor de Cleandro como harmosta de [5] Bizancio, se encuentra en Cícico<sup>179</sup> con Anaxibio que navegaba desde Bizancio. Se decía también que Polo, sucesor como almirante, estaba ya a punto de llegar al Helesponto. Anaxibio encarga a Aristarco que venda [6] todos los soldados de Ciro que encuentre rezagados en Bizancio. Cleandro a ninguno había vendido, sino que cuidaba a los enfermos por compasión y obligaba a que los acogieran en las casas. En cambio, Aristarco, tan pronto como llegó, vendió no menos de cuatrocientos. Anaxibio, después de navegar siguiendo la costa hasta [7] Parió<sup>180</sup>, envía una embajada a Farnabazo según lo convenido. Pero, cuando éste se enteró de que Aristarco iba a Bizancio como harmosta y que Anaxibio ya no era almirante, se olvidó de Anaxibio y negoció con Aristarco sobre el ejército de Ciro en las mismas condiciones que con Anaxibio.

[8] Entonces, Anaxibio llamó a Jenofonte y le ordenó que, por todos los medios y artes, se embarcara cuanto antes en busca del ejército, que lo concentrara y reuniera el mayor número posible de hombres dispersos, y que, después de conducirlos hasta Perinto, los trasladara a Asia a la mayor brevedad posible. Le da también una nave de treinta remos y una carta, y envía con él a un hombre para ordenar a los perintios que con la mayor rapidez den escolta con sus caballos a Jenofonte [9] que iba en busca del ejército. Jenofonte cruzó el mar y llegó a donde estaba el ejército. Los soldados lo recibieron con alegría y, al punto, le siguieron contentos para pasar de Tracia a Asia.

[10] Seutes, cuando se enteró de su llegada, le envió de nuevo por mar a Medósades y le pedía que le llevase el ejército haciéndole todas las promesas que consideraba que podían convencerle. Jenofonte le respondió que nada de eso era posible llevar a cabo. Oída su respuesta, [11] Medósades se fue. Cuando los griegos llegaron a Perinto, Neón se separó y acampó aparte con unos ochocientos hombres, pero el resto del ejército se mantuvo, todo, en el mismo lugar a lo largo de la muralla de Perinto.

[12] Después de esto, Jenofonte se esforzaba en conseguir naves de transporte, para atravesar el mar cuanto antes. En este momento llega a Bizancio el harmosta Aristarco con dos trirremes. Convencido por Farnabazo, impidió pasar a los armadores de las naves, se dirigió al ejército y prohibió a los soldados que pasaran a

[13] Asia. Jenofonte le dijo que lo había ordenado Anaxibio «y me ha enviado aquí con esta misión». A su vez, Aristarco respondió: «Anaxibio ya no es almirante y yo soy harmosta de aquí; y si capturo a alguno de vosotros en el mar, lo echaré al fondo.» Dicho esto, se fue a la ciudadela. Al día siguiente manda venir a los estrategos y capitanes del ejército. Estando ya junto a la muralla, [14] alguien anuncia a Jenofonte que, si entra, será detenido y, o le harían algo allí o lo entregarían a Farnabazo. Al oír esto, envía a los otros por delante, mientras él dijo que quería ofrecer un sacrificio. Regresó Jenofonte y [15] ofreció un sacrificio por si los dioses le consentían que procurase llevar el ejército a Seutes. Porque veía que no era seguro cruzar, siendo así que el que los obstaculizaría tenía trirremes; tampoco quería dirigirse al Quersoneso y encontrarse bloqueado, y que el ejército tuviera gran escasez de todo, en un lugar donde *era* necesario obedecer al harmosta de allí y no podrían conseguir víveres de ninguna clase.

Seguía Jenofonte ocupado en estas tareas, mientras [16] los estrategos y los capitanes llegaron de ver a Aristarco y le anunciaron que les había ordenado regresar ahora, y volver por la tarde. Entonces le pareció más evidente todavía la conspiración.

Por consiguiente, Jenofonte, puesto que le parecía [17] que las víctimas les eran favorables para ir a Seutes sin riesgos, se llevó consigo a Polícrates de Atenas, capitán, y de cada uno de los estrategos a un hombre —excepto de Neón— en el que cada uno tenía confianza, y se fue por la noche al campamento de Seutes, que estaba a sesenta estadios. Cuando estuvieron cerca de allí, se [18] encuentra con unas hogueras abandonadas. Al principio creía que Seutes se había ido a otra parte, pero cuando oyó barullo y que los soldados de Seutes se hacían señales unos a otros, comprendió que por este motivo tenía Seutes las hogueras encendidas delante de los centinelas nocturnos, para que éstos, en medio de la oscuridad, no fuesen vistos, ni cuántos eran ni dónde estaban, pero, en cambio, no les pasaran inadvertidos los que se acercaban, sino que fueran visibles gracias a la luz.

[19] Cuando se dio cuenta, envía por delante al intérprete que lo acompañaba y le ordena decir a Seutes que Jenofonte está allí con el deseo de entablar relaciones con él. Preguntaron éstos si era el ateniense del ejército. [20] Cuando contestó que era él, dieron un salto, los persiguieron y, poco después, se presentaron unos doscientos peltastas que, habiendo tomado consigo a Jenofonte y a los que iban con él, los condujeron a presencia de [21] Seutes. Éste se hallaba en una torre muy vigilada, y había en torno a ella caballos



embridados formando círculo. Por el miedo que tenía, los sacaba a pastar durante el día y por la noche los mantenía en guardia [22] con las bridas puestas. Se decía que, en tiempos pasados, Teres, su antecesor en este país, con un numeroso ejército perdió muchos hombres a manos de sus habitantes y que le fueron arrebatadas las acémilas. Estos indígenas eran los tinos, que tenían fama de ser los más belicosos de todos, sobre todo, de noche.

[23] Cuando estuvieron cerca, ordenó a Jenofonte que entrara con los dos hombres que quisiera. Una vez que entraron se saludaron en primer lugar y, de acuerdo con la costumbre tracia, brindaron bebiendo en unos cuernos de vino. Estaba, junto a Seutes, Medósades, [24] que era su embajador en todas partes. A continuación, Jenofonte empezó a hablar: «Me enviaste, Seutes, a Medósades aquí presente, a Calcedonia, primero, con la petición de que colaborase con mi esfuerzo a trasladar el ejército desde Asia, y con la promesa de que, si lo conseguía, me lo recompensarías, según dijo Medósades [25] aquí presente.» Dicho esto, preguntó a Medósades si era verdad lo que decía. Él lo ratificó. «De nuevo vino Medósades, cuando hubo cruzado por segunda vez en busca del ejército desde Parió, con la promesa de que, si conducía el ejército a tu presencia, me tratarías como amigo y hermano y, además, me darías los territorios junto al mar de los que tú eres dueño.» Después [26] de esto, de nuevo preguntó a Medósades si lo había dicho. Convino también en esto. «Ea, pues, dijo, explícale a éste qué te respondí en Calcedonia la primera vez.» «Respondiste que el ejército pasaría a Bizancio y que [27] no por ello debía pagarte nada a ti ni a otro. Y tú mismo dijiste que, cuando pasaras, regresarías. Y sucedió tal como decías. ¿Y qué dije, añadió, cuando llegaste a [28] Selimbria <sup>181</sup> ?» «Dijiste que no era posible, pero que, después de ir a Perinto, pasarías a Asia.» «Pues bien, [29] dijo Jenofonte, ahora estamos aquí Frinisco, uno de los estrategos, y yo y aquí tienes también a Polícrates, uno de los capitanes, y fuera está, enviado por los estrategos, a excepción de los de Neón de Laconia, el hombre más leal de cada uno de ellos. Por consiguiente, si quieres [30] que la negociación tenga más credibilidad, llama también a aquéllos. Y tú, Polícrates, vete y diles que les ordeno dejar las armas, y tú mismo deja el cuchillo y entra.» Al oír esto, Seutes dijo que de ningún ateniense [31] desconfiaría, pues sabía que eran parientes suyos <sup>182</sup>, y añadió que los consideraba buenos amigos. Después de esto, cuando estuvieron dentro los hombres que era preciso, en primer lugar Jenofonte preguntó a Seutes en qué necesitaba utilizar el ejército. Y él le contestó lo siguiente: «Mésades era mi padre y eran sus dominios [32] los melanditas, los tinos y los tranipsas.

Expulsado, pues, de este país, cuando las cosas de los odrisios se pusieron mal, mi padre murió de enfermedad y yo me crié huérfano, al lado de Médoco el rey actual. Cuando [33] llegué a la adolescencia, no podía vivir mirando a una mesa ajena; y me sentaba a su lado en la mesa suplicándole que me diera cuantos hombres pudiera para hacer todo el daño posible a los que nos habían expulsado y vivir sin mirar a su mesa, [como un perro] <sup>183</sup>. [34] Entonces me dio los hombres y los caballos que veréis cuando se haga de día. Y ahora vivo con éstos, saqueando mi tierra paterna. Si vosotros me ayudarais, creo que fácilmente recuperaría el poder, con la ayuda de los dioses. Esto es lo que os pido.»

[35] «Pues bien, dijo Jenofonte, si viniéramos, qué podrías dar al ejército, a los capitanes y a los estrategos? Dilo, [36] para que éstos se lo comuniquen a los demás.» Él prometió un ciciceno al soldado, el doble al capitán y el cuádruple al estratega, toda la tierra que quisieran, [37] yuntas y una plaza fuerte junto al mar. «¿Y si, añadió Jenofonte, no tuviéramos éxito en este intento, sino que el miedo a los lacedemonios nos detuviera, nos recibirías en tu país, si alguien quisiera refugiarse a tu lado?» [38] Él contestó: «Los trataré como hermanos y compañeros de mesa y les haré partícipes de todo cuanto consigamos. Y a ti, Jenofonte, te daré mi hija, y si tú tienes alguna hija, la compraré según la costumbre tracia. Te daré como residencia Bisante <sup>184</sup>, que es el más hermoso lugar de los que tengo junto al mar.»

[3] Oídas estas propuestas, se dieron las manos y se retiraron. Antes del día llegaron al campamento y cada [2] uno informó a los que le habían enviado. Cuando se hizo de día, Aristarco llamó de nuevo a los estrategos, pero ellos acordaron no ir a ver a Aristarco y convocar, en cambio, al ejército. Todos se reunieron, excepto los hombres de Neón. Éstos estaban a una distancia de unos diez estadios. Cuando estuvieron reunidos, Jenofonte [3] se levantó y habló así: «Soldados, Aristarco nos impide con sus trirremes hacer la travesía a donde queremos, de manera que no es seguro embarcarnos en naves de transporte. Él mismo nos insta a ir al Quersoneso por la fuerza cruzando la Montaña Sagrada. Si lo conseguimos y llegamos allá, afirma que nunca más os venderá como en Bizancio, ni tampoco os engañará sino que recibiréis una soldada. Ni permitirá nunca más que, como ahora, estéis faltos de provisiones. Éstas son sus palabras. [4] Seutes, por su parte, dice que, si vais con él, os tratará bien. Ahora, pues, examinad si queréis decidir aquí mismo o después de haber llegado donde haya provisiones. A mí, pues, me parece oportuno que, puesto [5] que no tenemos aquí ni dinero para

comprar en el mercado, ni tampoco nos dejan coger nada gratis, volvamos a las aldeas, donde sus habitantes, sintiéndose inferiores a nosotros, nos dejan coger provisiones, y allí, cuando tengamos lo necesario, escuchemos lo que se nos pide y elijamos lo que nos parezca mejor. Y quien [6] esté de acuerdo con esto, dijo, levante la mano.» Todos la levantaron. «Pues bien, dijo, id a recoger los bagajes, y cuando se transmita la orden, seguir al guía» <sup>185</sup>.

Después de esto, Jenofonte se puso al frente y ellos [7] lo seguían. Neón y otros emisarios de Aristarco trataban de convencerlos para que se volvieran. Ellos, sin embargo, no les prestaban atención. Y cuando hubieron avanzado unos treinta estadios, Seutes les sale al encuentro. Jenofonte, al verle, le pidió que se acercara, para, con el mayor número posible de testigos, hablarle lo que creyera oportuno. Cuando se aproximó, dijo [8] Jenofonte: «Nosotros nos encaminamos hacia donde el ejército va a tener alimentos. Allí escucharemos tus propuestas y las del lacedemonio y escogeremos lo que nos parezca mejor. Por consiguiente, si nos conduces a un lugar donde tengamos muchísimos víveres, consideraremos [9] que nos tratas como a huéspedes.» Y Seutes dijo: «Conozco muchas aldeas agrupadas y que tienen toda clase de víveres; están a una distancia de nosotros que, si las recorrierais, almorzaríais a gusto.» [10]«Guíanos», dijo Jenofonte. Una vez que llegaron al lugar, al atardecer, se reunieron los soldados y dijo Seutes lo siguiente: «Yo, soldados, os pido que hagáis la expedición conmigo y os prometo dar, a los soldados, un ciciceno y, a los capitanes y estrategos, el sueldo acostumbrado. Además de esto, recompensaré al que lo merezca. Tendréis comida y bebida, como ahora, tomándola del país. Pero todo lo que se coja exigiré que sea de mi propiedad para venderlo y pagaros el sueldo. [11] Nosotros también seremos capaces de perseguir y buscar al que huya y pretenda escapar; y si alguien opone resistencia, con vuestra ayuda intentaremos someterle.» [12] Jenofonte le preguntó: «¿Hasta qué distancia del mar pretenderás que el ejército te acompañe?» Él contestó: «Nunca a más de siete jornadas, y a menos muchas veces.»

[13] Después de esto se permitió hablar al que quería; muchos decían que Seutes hacía propuestas muy valiosas, pues estaban en invierno y quienes quisieran regresar por mar a la patria no podrían hacerlo; tampoco era posible permanecer en un país amigo, si era necesario subsistir comprando los alimentos, mientras que pasar el tiempo y alimentarse en país enemigo era más seguro con Seutes que solos. (Y) si, además de todo esto, recibían un sueldo, pensaban que era un hallazgo [14] inesperado. Añadió Jenofonte: «Si alguien

opina lo contrario, manifiéstelo. Y si no, someteré a votación la propuesta. Y como nadie ponía objeciones, la sometió a votación, y la aprobaron. Y de inmediato dijo a Seutes que lo acompañarían en su expedición.

Después de esto los demás acamparon por destacamentos, [15] mientras Seutes, que ocupaba una aldea próxima, invitó a cenar a los estrategos y capitanes. Cuando [16] estuvieron cerca de las puertas, dispuestos para pasar a cenar, actuó un tal Heraclides de Maronea<sup>186</sup>. Éste, acercándose a cada uno de los que creía que podían dar algo a Seutes —primero, a unos de Parió que estaban allí para granjearse la amistad de Médoco, rey de los odrisos, y que llevaban presentes para él y para su mujer—, les decía que Médoco habitaba tierra adentro a doce jornadas de camino del mar, y que, en cambio, Seutes, puesto que había reclutado este ejército, dominaría hasta las orillas del mar. «Por consiguiente, [17] siendo vuestro vecino, dispondrá de los mejores medios para haceros bien y mal. Si sois, por tanto, sensatos, le entregaréis lo que lleváis y os resultará mejor que si se lo dais a Médoco, que vive lejos.» Así trataba de [18] convencerlos. A continuación se acercó a Timasión de Dardania, puesto que había oído decir que poseía copas y tapices bárbaros, y le dijo que, cuando Seutes invitaba a cenar, era costumbre que los invitados le hicieran obsequios. «Y si él llega a ser importante en este país, podrá repatriarte y hacerte rico aquí.» Así trataba de conseguir cosas para Seutes solicitándolas a cada uno. Se dirigió también a Jenofonte y le dijo: «Tú también [19] eres de una ciudad muy grande y tienes gran fama con Seutes. En este país puede ser que tú desees obtener plazas fuertes y tierras, igual que otros de entre vosotros las obtuvieron. Por consiguiente, merece la pena también que honres a Seutes con la mayor generosidad. Te animo a que actúes así, porque tengo buena disposición [20] de ánimo hacia ti, pues sé con seguridad que cuantos más regalos le ofrezcas tantos más bienes recibirás de él.» Al oír esto, Jenofonte estaba aturdido, pues había venido desde Parió con sólo un esclavo y lo imprescindible para el viaje.

[21] Cuando entraron a cenar los principales jefes tracios que estaban allí, los estrategos y los capitanes griegos, y todas las embajadas que estaban presentes enviadas por su ciudad, se sentaron en círculo para el banquete. A continuación, trajeron trípodes para todos. Éstos, en número aproximado de veinte, estaban llenos de trozos de carne y de grandes panes con levadura clavados [22] en la carne. Colocaban siempre las mesas preferentemente frente a los huéspedes, pues era la costumbre. Y Seutes sirvió el primero. Cogía los panes que estaban a su lado, los partía en pequeños pedazos y los

tiraba a quienes estimaba oportuno, y del mismo modo procedía con los trozos de carne, dejando para él sólo [23] lo imprescindible para probarlo. Y los demás hicieron lo mismo cogiendo de las mesas que cada uno tenía delante. Pero cierto arcadio, llamado Aristas, muy comilón, no se preocupó de distribuir a los otros y, cogiendo en la mano un pan de unos tres quénices <sup>187</sup> y colocando [24] pedazos de carne sobre sus rodillas, iba cenando. Hacían pasar cuernos de vino y todos lo aceptaban. Pero Aristas, cuando el escanciador se acercó ofreciéndole el cuerno, dijo dirigiendo la vista a Jenofonte que ya no cenaba: «Dáselo a aquél, dijo, pues él está desocupado [25] y yo todavía no.» Oyó Seutes su voz y preguntó al escanciador qué decía. Y el escanciador se lo explicó, pues conocía la lengua griega. Entonces se produjo una carcajada.

[26] En el transcurso de la bebida entró un tracio llevando un caballo blanco y, tomando un cuerno lleno, dijo: «Brindo por ti, Seutes, y te regalo este caballo; montado en él perseguirás y capturarás a quien quieras y podrás retirarte sin temor al enemigo.» Otro entró con un niño [27] y se lo regaló brindando de la misma manera. Y otro, vestidos para su mujer. También Timasión brindó y le regaló una copa de plata y un tapiz que valía diez minas. Cierta Gnesipo, ateniense, se levantó y dijo que [28] era una antigua y bellísima costumbre que los que tenían dieran al rey para honrarle, mientras que a los que no tenían que les diera el rey, «a fin de que también yo, dijo, pueda hacerte un regalo y honrarte». Jenofonte [29] no sabía qué hacer, pues se hallaba sentado, como persona distinguida en el asiento más próximo a Seutes. Heraclides ordenó al escanciador que le ofreciera el cuerno. Y Jenofonte que ya había bebido un poco, se levantó echándole valor, aceptó el cuerno y dijo: «Yo, [30] Seutes, me entrego a mí mismo a ti con estos compañeros míos para ser tus amigos fieles. Ninguno lo hace de mala gana. Al contrario, todos quieren ser tus amigos [31] todavía más que yo. Y ahora están aquí sin pedirte nada. Antes bien, están incluso ansiosos de afrontar por ti fatigas y peligros. Con su compañía, si los dioses quieren, recuperarás muchos territorios, unos que ya te pertenecen por derecho de tus padres, y otros nuevos que incorporarás a tus posesiones. Conseguirás, además, muchos caballos, muchos hombres y hermosas mujeres que no te será necesario obtener por medio del pillaje sino que ellos mismos se presentarán a ti ofreciéndote regalos.» Se levantó Seutes, bebió con él y derramó con [32] él el vino que quedaba en el cuerno. A continuación entraron unas gentes que tocaban soplando unos cuernos semejantes a los que se utilizan para dar señales y con unas trompetas de cuero crudo, emitiendo unos ritmos parecidos a los que se entonan con una

mágadis<sup>188</sup>. [33] Entonces el mismo Seutes se levantó, lanzó un grito de guerra y dio un salto, como si esquivara un dardo, con mucha agilidad. Entraron también unos bufones.

[34] Cuando el sol estaba a punto de ponerse, los griegos se levantaron y dijeron que era momento de montar vigilancias nocturnas y dar el santo y seña. Pidieron también a Seutes que diera la orden de que ningún tracio entrara por la noche en el campamento griego, «porque los tracios son nuestros enemigos y vosotros [35] los amigos». Y cuando salieron, se levantó con ellos Seutes, que no parecía estar borracho en absoluto. Cuando salió, llamó a los estrategos aparte y les dijo: «Compañeros, nuestros enemigos nada saben todavía de nuestra alianza. Por consiguiente, si los atacamos antes de que se pongan en guardia para no ser sorprendidos o de que se hayan preparado para defenderse, tendríamos muchas posibilidades de capturar hombres y botín.» [36] Aprobaron esta idea los estrategos y le exhortaron a que les guiara. Sin embargo, él les dijo: «Aguardad preparados, y yo, cuando sea el momento oportuno, iré a buscaros y, recogiendo a los peltastas y a vosotros, os [37] guiaré con la ayuda de los dioses.» Y Jenofonte dijo: «Examina, pues, si es que vamos a marchar de noche, si no es preferible adoptar la costumbre griega. Pues durante el día, van a la cabeza del ejército aquellas tropas que mejor se adaptan a la naturaleza del terreno, ya sean los hoplitas, los peltastas o la caballería. Pero, de noche, es costumbre entre los griegos que vayan [38] al frente los cuerpos más lentos. De este modo se dispersa menos el ejército y es más difícil separarse sin notarlo. Ocurre a menudo que los hombres que se han dispersado caen unos sobre los otros e, involuntariamente, [39] causan daños y los sufren.» Seutes respondió: «Tienes razón y yo adoptaré vuestra costumbre. Os daré como guías, entre los más ancianos, a los más expertos conocedores del país, y yo mismo os seguiré, en última posición, con la caballería, pues rápidamente estaré en primera línea, si es necesario. Dieron como consigna ‘Atenea’, por el parentesco.» Después de estas palabras se acostaron.

Hacia medianoche, se presentó Seutes con los jinetes [40] cubiertos de corazas y con los peltastas armados. Y, una vez que les dio los guías, los hoplitas iban delante, los peltastas los seguían y los jinetes ocupaban la retaguardia. Cuando llegó el día, Seutes se adelantó [41] a la vanguardia y alabó la costumbre griega. «Pues con frecuencia, dijo, marchando yo mismo incluso con pocos, de noche, me he separado con los caballos de la infantería; ahora, en cambio, como debe ser, aparecemos al amanecer todos reunidos. Sin embargo, vosotros aguardad aquí y descansad, y yo volveré después



de reconocer el terreno.» Dicho esto, se puso en marcha a [42] caballo por un camino a través del monte. Cuando llegó a un lugar con nieve abundante, examinó si había huellas humanas que iban hacia delante o en sentido contrario. Como vio que el camino no estaba pisado, regresó en seguida y dijo: «Compañeros, todo irá bien, [43] si la divinidad lo permite, pues caeremos sobre estos hombres por sorpresa. Yo iré al frente de la caballería, a fin de que, si vemos a alguien, no escape y nos delate al enemigo. Vosotros seguidme y, si quedáis rezagados, seguid las huellas de los caballos. Y después de cruzar las montañas, llegaremos a muchas y prósperas aldeas.»

A mediodía, estaba ya en las cimas y, cuando divisó [44] las aldeas, volvió a galope al encuentro de los hoplitas y dijo: «Ahora mismo voy a lanzar a los jinetes corriendo hacia la llanura y a los peltastas hacia las aldeas. Seguidles con la mayor rapidez posible, para que prestéis ayuda si hay alguna resistencia.» Al oír esto Jenofonte [45] se bajó de su caballo. Y Seutes le preguntó: «¿Por qué descabalgas, cuando es necesario ir deprisa?» «Sé, dijo Jenofonte, que no soy yo sólo a quien tú necesitas y que los hoplitas correrán con más rapidez y más a [46] gusto, si yo los guío marchando también a pie.» A continuación, se fue y Timasión con él, al frente de unos cuarenta jinetes griegos. Jenofonte transmitió la orden de que salieran de las compañías los soldados menores de treinta años que eran más ligeros. Él mismo echó a correr con ellos, mientras Cleanor iba al frente de [47] los demás. Cuando estuvieron en las aldeas, Seutes con una treintena de jinetes se acercó a él cabalgando y le dijo: «Ha sucedido, Jenofonte, lo que tú dijiste. Los habitantes están cogidos, pero los jinetes, en solitario, se alejan de mí persiguiendo cada uno por su lado, y temo que los enemigos se agrupen en alguna parte y nos causen algún daño. Es necesario, además, que algunos de nosotros permanezcamos en las aldeas, [48] pues están llenas de gente.» «Yo, dijo Jenofonte, con los hombres que tengo, ocuparé las cimas. Y tú ordena a Cleanor que despliegue la falange a través de la llanura junto a las aldeas.» Hecho esto, se apoderaron de unos mil esclavos, dos mil bueyes y otras diez mil cabezas de ganado. Entonces acamparon allí.

[4] Al día siguiente, Seutes, después de quemar totalmente las aldeas, sin dejar una sola casa, para infundir miedo a los demás de cuáles serían sus sufrimientos, [2] si no obedecían, se retiró de nuevo. Envío a Heraclides a Perinto a vender el botín para que los soldados tuvieran soldada. Él mismo y los griegos acamparon en la llanura de los tinos. Éstos se fueron y se refugiaron en las montañas.

[3] Había mucha nieve y era tanto el frío, que el agua que llevaban para la cena se helaba, y también el vino que había en las jarras, y a muchos griegos se les quemaba [4] la nariz y las orejas por el frío. Entonces comprendieron por qué los tracios llevan las pieles de zorro en la cabeza y en las orejas, y túnicas no sólo en el pecho sino también en los muslos, y llevan, cuando montan a caballo, mantos que les llegan hasta los pies, y no clámides <sup>189</sup>.

Seutes envió a unos prisioneros a las montañas y [5] les dijo que, si no bajaban a ocupar sus casas y le obedecían, quemaría sus aldeas y su trigo y morirían de hambre. Después de esto, bajaron las mujeres, los niños y los ancianos. Los más jóvenes acamparon en las aldeas al pie de la montaña. Cuando Seutes se dio [6] cuenta, ordenó a Jenofonte que cogiera los hoplitas más jóvenes y lo siguiera. Se levantaron por la noche y, al amanecer, se presentaron en las aldeas. La mayor parte de los habitantes escaparon, pues estaba cerca la montaña. Pero a todos los que capturó Seutes los mató a flechazos sin contemplaciones.

Había cierto Epístenes de Olinto, pederasta, que al [7] ver que un hermoso niño, apenas adolescente, que llevaba un escudo, estaba a punto de morir, corrió al encuentro de Jenofonte y le suplicó que ayudara al hermoso niño. Se acercó Jenofonte a Seutes y le pidió que [8] no matara al niño, y le explicó las aficiones de Epístenes, y que en cierta ocasión había reclutado una compañía sin atender a otra cosa que no fuera la belleza de sus hombres, y que con ellos se comportaba como un valiente. Seutes preguntó: «¿Estarías dispuesto, Epístenes, [9] a morir por él?» Ofreció su cuello Epístenes y dijo: «Hiere, si lo ordena el niño y a ver si tiene intención de darme las gracias.» Seutes preguntó al niño si mataba [10] a Epístenes en su lugar. No lo consintió el muchacho, sino que le suplicaba que perdonase a los dos. Entonces, Epístenes abrazó al niño y dijo: «Es hora, Seutes, de que tú luches abiertamente conmigo por él, pues yo no soltaré al niño.» Seutes se echó a reír y zanjó la [11] cuestión. Le pareció oportuno acampar allí, para que los refugiados en la montaña no pudiesen sacar alimentos de estas aldeas. Él mismo bajó despacio a la llanura y puso las tiendas, mientras Jenofonte lo hizo, con sus soldados escogidos, en la aldea más alta al pie de la montaña y los demás griegos, cerca, en las llamadas montañas tracias.

[12] Después de esto no habían transcurrido muchos días cuando los tracios bajaban de la, montaña a entrevistarse con Seutes para negociar pactos y tratar de los rehenes. Jenofonte fue a decir a Seutes que el campamento estaba en lugares desfavorables y que los



enemigos estaban cerca. Dijo que sería preferible acampar en posiciones seguras, en vez de permanecer bajo techo, en las casas, corriendo peligro de ser aniquilados. Seutes le exhortó a tener confianza y le mostró los rehenes [13] tracios que tenía. Algunos que descendían de la montaña pedían, incluso, al mismo Jenofonte que les ayudase a concluir los pactos. Él estaba de acuerdo y les dijo que estuvieran tranquilos pues les garantizaba que ningún mal sufrirían si se sometían a Seutes. Pero ellos mantenían estas conversaciones con el único objeto de espiar.

[14] Esto ocurre durante el día; pero, la noche siguiente, bajan de la montaña los tinos y atacan. Era su guía el dueño de cada casa. De otro modo, habría sido difícil, en medio de la oscuridad, descubrir las casas en las aldeas, pues las casas estaban rodeadas de empalizadas [15] con grandes estacas para el ganado. Cuando estuvieron frente a las puertas de cada casa, unos lanzaban dardos contra ellos, otros golpeaban con las mazas que, según decían, llevaban para romper las puntas de las lanzas, otros prendían fuego y, llamando a Jenofonte por su nombre, le invitaban a salir a morir o, si no, decían [16] que le quemarían allí mismo. Ya se veía fuego a través del techo y Jenofonte con los suyos estaban dentro revestidos de corazas con escudos, puñales y cascos, cuando Silano de Macisto<sup>190</sup>, que tenía unos dieciocho años, da la señal con la trompeta. Al instante saltan fuera con las espadas desenvainadas junto con los de las otras casas. Los tracios huyen, como es su costumbre, [17] echándose los escudos a la espalda. Al intentar saltar por encima de las empalizadas algunos quedaron colgados y fueron capturados, al engancharse sus escudos en las estacas. Otros murieron también al no acertar a encontrar las salidas. Los griegos los perseguían fuera de la aldea. Retrocedieron algunos tinos [18] en la oscuridad y dispararon sus dardos contra los que corrían delante de una casa en llamas, desde la oscuridad hacia la luz. Hirieron a Jerónimo y † a Evodias †<sup>191</sup>, capitán, y a Teógenes de Lócride, capitán. Pero ninguno murió. Sin embargo, se quemaron el vestido y los equipajes de algunos. Acudió en su ayuda Seutes, con siete [19] jinetes, los primeros, y con el trompeta tracio. Y, cuando se dio cuenta del ataque, le mandó tocar el cuerno todo el tiempo que duró su intervención, con lo que esto infundió miedo a los enemigos. Y cuando llegó, les tendió la diestra y les dijo que creía iba a encontrar a muchos muertos.

Después de esto, Jenofonte le pide que le entregue [20] los rehenes y que lo acompañe, si quiere, en su marcha hacia la montaña; y si no, que le deje ir. Al día siguiente, [21] Seutes le

entrega los rehenes, hombres ya ancianos, los principales, según decían, entre los montañeses, y él mismo acude con sus fuerzas. Seutes había triplicado ya sus efectivos. Pues, al enterarse de lo que hacía Seutes, muchos, procedentes del país de los odrisios, bajaban para unirse a su expedición. Los tinos, cuando [22] vieron desde la montaña gran número de hoplitas, gran número de peltastas y gran número de jinetes, bajaron y le suplicaron que firmara un pacto, y estaban de acuerdo en aceptarlo todo y rogaban que les recibiesen [23] sus garantías. Seutes llamó a Jenofonte y le explicó lo que le proponían, y dijo que no les concedería la paz, si Jenofonte pretendía vengarse de ellos por su [24] ataque. Éste respondió: «Yo, al menos, pienso que ahora tienen castigo suficiente, si éstos, de libres, se convierten en esclavos.» Sin embargo, dijo que le aconsejaba tomar como rehenes, a partir de ahora, a los más capaces de hacer algún daño y dejar a los ancianos en casa. Así, pues, todos los de allí se sumaron a este acuerdo.

[5] Franquean los montes en dirección a los tracios situados encima de Bizancio, hacia el llamado Delta. Este territorio ya no pertenecía a Mésades, sino a Teres [2] el odrisio [un antiguo rey]. Aquí se encontraba Heraclides con el total de la venta del botín. Seutes sacó tres yuntas de muías, pues no tenía más, y las otras de bueyes, llamó a Jenofonte y le invitó a cogerlas y a repartir las demás entre los estrategos y los capitanes. [3] Jenofonte le dijo: «Yo ya cogeré en otra ocasión. Recompensa ahora a los estrategos y capitanes que te [4] acompañaron conmigo.» Una de las yuntas la coge Timasión de Dardania, otra Cleanor de Orcómeno y la tercera Frinisco de Acaya. Las yuntas de bueyes fueron repartidas entre los capitanes. Sin embargo, a pesar de haber transcurrido ya el mes, sólo les paga la soldada correspondiente a veinte días. Heraclides decía que no [5] había conseguido más dinero por la venta. Jenofonte, indignado, le dijo con un juramento: «Me parece, Heraclides, que no te preocupas por Seutes como es debido. Pues si te preocuparas, habrías venido con el sueldo completo, incluso tomándolo prestado, si no podías de otro modo, o vendiendo tus propios vestidos.»

[6] Entonces Heraclides se enojó y temió perder la amistad de Seutes y, a partir de aquel día, en la medida que podía, calumniaba a Jenofonte ante Seutes. Los [7] soldados, por consiguiente, recriminaban a Jenofonte por no disponer de la soldada. Seutes, por su parte, estaba enfadado con él porque le reclamaba con insistencia el dinero de los soldados. Hasta entonces no había [8] cesado de recordarle que, cuando llegara al mar, le entregaría Bisante, Ganos y Neontico; a partir de este momento, sin embargo, de ninguna de esas

cosas le habló más. Pues Heraclides también lo había calumniado pretextando que no era seguro entregar fortalezas a un hombre que poseía un ejército.

Después de esto, Jenofonte pensaba en la manera [9] de continuar la expedición hacia el interior, pero Heraclides, llevando a los demás estrategos ante Seutes, les exhortó a decir que ellos conducirían al ejército igual que Jenofonte, y les prometió que dentro de pocos días tendrían la soldada completa de dos meses y les animó a seguir la campaña con él. Timasión respondió: [10] «Pues bien, yo, aunque fuera a recibir la soldada de cinco meses, no proseguiría la expedición sin Jenofonte.» Frinisco y Cleanor ratificaron las palabras de Timasión. Entonces, Seutes vituperaba a Heraclides por no haber [11] convocado a Jenofonte. Acto seguido lo convocan a él solo. Pero éste, que conocía la malicia de Heraclides, que quería calumniarle ante los demás estrategos, se presenta con todos los estrategos y los capitanes.

Una vez que fueron todos convencidos, prosiguieron [12] la expedición con él y llegaron, teniendo el Ponto a su derecha, a través del país de los tracios llamados «comedores de mijo» <sup>192</sup>, a Salmideso <sup>193</sup>. Allí, muchas naves de las que navegan hacia el Ponto embarrancan y son arrojadas a la costa, pues hay marismas hasta muy [13] adentro del mar. Los tracios que habitan por esos lugares han delimitado la costa por medio de mojones y cada uno saquea las naves que encallan en su terreno. Hasta entonces decían que, antes de repartir la zona, [14] muchos morían enfrentándose entre ellos. Allí encontraban muchas camas, muchos cofres, muchos libros escritos y otras muchas cosas que los armadores de naves llevan en cajas de madera. Una vez sometidos estos territorios, regresaron de nuevo.

[15] Entonces, Seutes disponía ya de un ejército más numeroso que el griego, pues del país de los odrisios habían bajado todavía muchos más y los que sin interrupción se le sometían se sumaban a su expedición. Acamparon en la llanura, por encima de Selimbria, a [16] unos treinta estadios del mar. Pero no aparecía soldada por ninguna parte. Los soldados estaban muy molestos con Jenofonte y Seutes ya no tenía un trato familiar con él, sino que siempre que iba con el deseo de verlo, muchas ocupaciones se le presentaban en ese momento.

[6] Por entonces, transcurridos ya casi dos meses, llega Cármينو de Lacedemonia y Polinico, enviados por Tibrón, y dicen que es decisión de los lacedemonios emprender una expedición contra

Tisafernes, que Tibrón ha zarpado para entrar en guerra y necesita este ejército, y añade que cada soldado tendrá un darico de soldada mensual, los capitanes el doble y los estrategos el cuádruple.

[2] Cuando los lacedemonios llegaron, tan pronto como Heraclides se enteró de que venían a buscar el ejército, dijo a Seutes que se había presentado una ocasión inmejorable: «Pues los lacedemonios tienen necesidad del ejército, y tú ya no lo necesitas. Entrégalo y les harás un favor, y ya no te reclamarán el sueldo, sino [3] que se alejarán del país.» Al oír esto, Seutes ordena que los condujera a su presencia. Y cuando dijeron que venían a buscar el ejército, él les respondió que se lo entregaba, que quería ser su amigo y aliado, y les invitó como huéspedes dándoles un magnífico trato. Sin embargo, a Jenofonte no lo invitó y tampoco a ninguno de los demás estrategos. Al preguntar los lacedemonios [4] qué clase de hombre era Jenofonte, respondió que en lo demás no era malo, pero que era amigo de los soldados y, por este motivo, le iba peor. Entonces éstos dijeron: «Pero ¿se gana este hombre el favor de sus soldados?» «Sin duda», contestó Heraclides. «Así, pues, [5] continuaron los lacedemonios, ¿no se opondrá a que nos lo llevemos?» «Si vosotros, prosiguió Heraclides, reunís a los soldados y les prometéis la soldada, poco caso harán de aquél y correrán con vosotros.» «¿Cómo, [6] pues, dijeron, podríamos reunirlos?» «Mañana, a primera hora, dijo Heraclides, os conduciremos ante ellos. Y sé, añadió, que, cuando os vean, correrán a vuestro encuentro contentos.» Así acabó aquel día.

Al día siguiente, Seutes y Heraclides conducen a los [7] lacedemonios ante el ejército, y el ejército se reúne. Los dos laconios dijeron: «Los lacedemonios han decidido hacer la guerra a Tisafernes, el que os perjudicó a vosotros. Pues bien, si nos acompañáis, os vengaréis del enemigo y cada uno de vosotros percibirá un darico al mes, cada capitán el doble, y cada estratego el cuádruple.» Los soldados oyeron esto con gusto y, al instante, [8] se levanta un arcadio para acusar a Jenofonte. Y estaba presente también Seutes que quería saber cómo acabaría la disputa, y permanecía allí donde podía oírlo todo con un intérprete. Comprendía, sin embargo, él mismo la mayor parte de lo que se decía en griego. Entonces [9] dice el arcadio: «Nosotros, lacedemonios, tiempo ha que estaríamos entre vosotros, si Jenofonte no nos hubiese convencido para traernos aquí, donde durante el terrible invierno no hemos cesado ni un momento de marchar ni de día ni de noche, mientras él se aprovecha de nuestras fatigas. Además, Seutes le ha enriquecido particularmente, mientras a

nosotros nos priva de la soldada. [10] Por consiguiente, [ya que hablo en primer lugar] yo, si viera a Jenofonte lapidado y castigado por los males en que nos ha involucrado, sería como si ya tuviese mi soldada y no me afligiría por las penas que he sufrido.» Después de éste, se levantó otro que habló en términos semejantes, y todavía otro. A continuación, habló Jenofonte así:

[11] «Verdaderamente todo puede esperarse del género humano, puesto que yo soy acusado ahora por vosotros de algo que considero en conciencia como la mejor prueba de mi buena voluntad hacia vosotros. Volví atrás, cuando había partido ya hacia mi patria, no, ¡por Zeus!, al enterarme de vuestros éxitos, sino, por el contrario, al oír decir que estabais en dificultades, con la intención de ayudaros en la medida de mis posibilidades. [12] Y cuando llegué, a pesar de que Seutes, aquí presente, me enviaba muchos emisarios y me hacía muchas promesas si os convencía para ir con él, no intenté hacer esto, como vosotros mismos sabéis, sino que os guíé a un lugar desde el cual pensaba que podríais pasar con mayor rapidez a Asia. Pues creía que esto era lo mejor para vosotros y sabía que vosotros lo queríais.

[13] »Y cuando llegó Aristarco con las trirremes para impedirnos cruzar, de inmediato, cosa que sin duda era natural, os reuní para deliberar qué había que hacer. [14] Por consiguiente, al oír a Aristarco que ordenaba marchar hacia el Quersoneso, y oyendo, de otra parte, a Seutes que os persuadía a sumaros a su expedición, ¿no estuvisteis todos de acuerdo en ir con Seutes, no votasteis todos esta propuesta? ¿Cuál, pues, es mi culpa ahora [15] al llevaros allí donde todos vosotros decidisteis? Cuando Seutes empezó a engañaros en lo relativo a la soldada, si yo lo hubiese aprobado, con razón me podríais acusar y odiar. Pero, si antes era su mejor amigo y ahora soy el que más discrepa de él, ¿cómo puede ser justo acusarme a mí que he tomado partido por vosotros en lugar de por Seutes en cosas que, en definitiva, me han indispuerto con él?

»Acaso digáis que es posible que yo, después de haber [16] tomado nuestro dinero de Seutes, os engañe. Sin embargo, una cosa al menos es evidente: si Seutes me pagaba algo, sin duda no era para perder lo que a mí me daba y pagaros a vosotros otro tanto, sino que, a mi entender, si me lo daba, lo hacía con el propósito de que dándome menos a mí, no tuviese que pagaros a vosotros más. Por consiguiente, si creéis que es así, os [17] es posible en seguida desbaratar este negocio común a los dos, reclamándole vuestra paga. Pues es evidente que Seutes, si tengo algo que le pertenece, me lo reclamará, y me lo reclamará con razón, si no le consolido el

negocio por el que me había dado el dinero. Pero [18] me parece que estoy muy lejos de tener lo que es vuestro. Os juro por todos los dioses y todas las diosas que ni siquiera tengo lo que Seutes me prometió para mí. Además, él en persona está aquí oyéndome y sabe igual que yo si juro en falso. Y para que más os sorprendáis, [19] juro al mismo tiempo que ni siquiera he recibido lo que recibieron los demás estrategos, ni incluso lo que algunos de los capitanes. ¿Por qué lo hice? Creía, compañeros, [20] que cuanto más le ayudara en su pobreza de entonces, tanto más me consideraría su amigo cuando fuera poderoso. Pero desde el momento en que le veo triunfador, comprendo también su manera de pensar.

»Alguien podría decir: ¿no te avergüenzas de dejarte [21] engañar tan estúpidamente? Sí, ¡por Zeus!, tendría vergüenza si hubiese sido engañado por un enemigo, pero, tratándose de un amigo, me parece más vergonzoso engañar que ser engañado. Porque, si algunas [22] precauciones deben tomarse con los amigos, sé que vosotros las habéis tomado todas para no darle un pretexto justo de no pagaros lo que había prometido. Porque no le perjudicamos en absoluto ni dejamos perder ninguno de sus intereses por negligencia ni tampoco retrocedimos por cobardía en ninguna acción para la que nos llamó.

[23] »Pero, tal vez diréis que había que haber exigido garantías entonces, para que no pudiera engañarnos, aunque quisiera. Respecto a esto, escuchad lo que yo nunca habría dicho delante de éste, si no me dieseis la impresión de ser absolutamente ignorantes o demasiado [24] ingratos conmigo. Recordad las dificultades en las que estabais cuando yo os conduje ante Seutes. ¿No era Perinto la ciudad en la que el lacedemonio Aristarco no os permitía entrar, si os acercabais a ella, habiéndoo cerrado las puertas? Acampabais fuera al aire libre y era pleno invierno. Necesitabais comprar en el mercado y veíais que las mercancías eran escasas, siendo también escaso el dinero que teníais para comprarlas. [25] La necesidad nos obligaba a quedarnos en Tracia. Las trirremes ancladas nos impedían hacer la travesía. Si nos quedábamos allí, estábamos en territorio enemigo, donde había muchos jinetes adversarios y muchos [26] peltastas. Nosotros teníamos hoplitas con los que, atacando en bloque las aldeas, tal vez podríamos obtener trigo, no demasiado abundante, pero no teníamos suficientes como para perseguir y capturar esclavos o rebaños, pues nunca entre vosotros encontré ni jinetes ni peltastas organizados.

[27] »Si, pues, estando vosotros en medio de tales necesidades, os hubiese conseguido la alianza de Seutes sin reclamarle ningún

tipo de soldada, ya que él tenía jinetes y peltastas de los que vosotros estabais necesitados, ¿os habría parecido que había tomado una mala decisión [28] en interés vuestro? Sin duda, por haberos asociado a ellos, habéis encontrado trigo más abundante en las aldeas, porque los tracios se vieron obligados a huir más deprisa, y habéis tenido una parte mayor de rebaños y esclavos. Ningún enemigo más hemos visto ya [29] desde que se unió a nosotros la caballería. Hasta entonces los enemigos nos perseguían confiadamente con la caballería y los peltastas, impidiéndonos dispersarnos por todas partes en pequeños grupos para procurarnos víveres más abundantes. Si, pues, el que os ha proporcionado [30] esta seguridad no os paga muy exactamente, encima, importante sueldo, ¿es esto un infortunio tremendo y, por ello, creéis que a ninguna parte debéis dejarme ir con vida?

»Y ahora, ¿cómo os retiráis? ¿No lo hacéis después [31] de haber pasado el invierno con víveres en abundancia y llevándoos además lo que hayáis recibido de Seutes? Pues consumíais los bienes de los enemigos. Y a pesar de hacer esto, ni visteis morir a hombres de los vuestros ni los perdisteis tampoco estando vivos. Y si vosotros [32] habéis hecho algo glorioso en lucha con los bárbaros de Asia, ¿no habéis conservado esta gloria y le habéis añadido la de, incluso, haber vencido a los tracios de Europa contra los que emprendisteis la expedición militar? En verdad os digo que vosotros con razón deberíais estar agradecidos a los dioses, como de un beneficio, de esas cosas que provocan vuestra indignación contra mí. Ésta es vuestra situación actual. [33]

»¡Ea, por los dioses!, examinad también cómo están mis cosas. Cuando, antes, yo regresaba a mi patria, volvía con muchos elogios vuestros, lleno de gloria gracias a vosotros delante de los demás griegos. Tenía la confianza de los lacedemonios, pues, de otro modo, no me habrían enviado de nuevo junto a vosotros. Ahora, sin [34] embargo, me voy, ante los lacedemonios calumniado por vosotros. Por vuestra causa, enemistado con Seutes, que yo pensaba que me iba a proporcionar un retiro feliz para mí y para mis hijos si los tuviera. Vosotros, [35] en cambio, en defensa de los cuales he sido víctima de muchísimos odios, mucho más poderosos que yo mismo, vosotros a quien ni siquiera ahora renuncio a haceros el bien que pueda, tenéis tal opinión de mí.

[36] »Pero aquí me tenéis sin haberme cogido ni huyendo ni escapando. Y si hacéis lo que decís, sabed que habréis matado a un hombre que ha pasado muchas noches en vela por vosotros, que ha compartido con vosotros muchas fatigas y peligros, cuando le tocaba

y cuando no, y que, cuando los dioses le eran favorables, ha erigido con vosotros muchos trofeos de los bárbaros, y que, para que no os convirtierais en enemigos de ninguno de los griegos, ha luchado con tesón entre vosotros [37] todo lo que ha podido. Por consiguiente, ahora podéis ir, sin temor a ser censurados, adonde queráis, por tierra y por mar. Y vosotros, puesto que se os presentan infinidad de recursos, vais a navegar adonde, tiempo ha, deseabais, los más poderosos os reclaman, se vislumbra soldada y vienen como guías los lacedemonios considerados como los más poderosos, ¿os parece oportuno [38] ahora darme muerte cuanto antes? Ciertamente no ocurría lo mismo cuando estabais en dificultades, ¡oh prodigios de memoria!, sino que incluso me llamabais padre y me prometíais tenerme siempre presente como bienhechor. Estos mismos que ahora vienen a buscaros verán lo que hay de cierto. De manera que, a mi entender, no creo que vuestra conducta conmigo os favorecerá ante sus ojos.» Dicho esto, terminó.

[39] Cármino de Lacedemonia se levantó y dijo: «¡Por los dos dioses! <sup>194</sup>, me parece que os indignáis injustamente contra este hombre; yo mismo puedo, testificar en favor de él. Al preguntarle Polinico y yo a Seutes sobre qué tipo de hombre era Jenofonte, ningún otro defecto pudo reprocharle, sino que dijo de él que era demasiado amigo de los soldados, hecho que le perjudicaba ante nosotros los lacedemonios y ante él mismo.» Se levantó a continuación Euríloco de Lusía, [arcadio], [40] y dijo: «Me parece, lacedemonios, que vuestro primer objetivo, como estrategos nuestros, debe ser exigir a Seutes la soldada que nos pertenece, tanto si está de acuerdo como si no, y no hacernos retirar antes de conseguirlo.» Polícrates de Atenas, instado por Jenofonte, [41] dijo: «Veo, compañeros, dijo, a Heraclides aquí presente, que se apoderó del botín que nosotros obtuvimos con fatigas, lo vendió y no devolvió el importe ni a Seutes ni a nosotros, sino que lo robó y se ha aprovechado de él. Por consiguiente, si somos sensatos, lo detendremos. Porque no es ese, dijo, un tracio, sino que es un griego que perjudica a los griegos.»

Cuando Heraclides oyó esto, sintió un profundo temor; [42] se acercó a Seutes y le dijo: «Nosotros, si somos sensatos, partiremos de aquí, de las manos de éstos.» Montaron en sus caballos y se fueron a galope a su campamento. Desde allí, Seutes envía a Abrozelmes, su intérprete, [43] a ver a Jenofonte y le exhorta a que se quede a su lado con mil hoplitas, y promete darle las plazas junto al mar y las demás cosas que le había prometido. Y, confiándole un secreto, le dice que ha oído decir a Polinico que, cuando estuviera en



poder de los lacedemonios, con seguridad moriría a manos de Tibrón. Comunicaban, además, esta noticia a Jenofonte otros [44] muchos: que había sido calumniado y debía estar en guardia. Al oír esto, cogió dos víctimas y las sacrificó a Zeus Rey por si resultaba mejor y más favorable para él quedarse al lado de Seutes bajo las condiciones que decía Seutes o salir con el ejército. El dios le aconseja que se marche.

[7] A partir de este momento, Seutes estableció el campamento más adelante. Los griegos, por su parte, acamparon en aldeas donde pensaban obtener muchísimos víveres y dirigirse hacia el mar. Estas aldeas habían [2] sido dadas por Seutes a Medósades. Así, pues, al ver Medósades que los griegos consumían lo que había en las aldeas, a duras penas lo soportaba. Y, cogiendo a un odrisio, el más poderoso de los que habían bajado de las regiones altas y a unos treinta jinetes, se puso en camino e invitó a Jenofonte a salir del campamento griego. Éste, con unos capitanes y otros partidarios, [3] se acercó. Entonces dijo Medósades: «Obráis injustamente, Jenofonte, al saquear nuestras aldeas. Os advertimos, por consiguiente, yo, en nombre de Seutes, y este hombre, de parte de Médoco, rey del interior, que salgáis del país. En caso contrario, no os lo consentiremos, sino que, si causáis daño a nuestro territorio, os rechazaremos como a enemigos.»

[4] Jenofonte, al oír esto, replicó: «Difícil es contestarte a ti que hablas en estos términos. Hablaré, sin embargo, por este jovencito, para que sepa qué tipo de gente sois [5] vosotros y quiénes nosotros. Nosotros, dijo, antes de llegar a ser amigos vuestros, recorríamos este país por donde queríamos, saqueándolo y quemándolo a nuestro [6] antojo. Y tú, siempre que venías a vernos como embajador, acampabas a nuestro lado sin ningún temor a los enemigos. Vosotros, sin embargo, no veníais a este país, o si alguna vez lo hacíais, acampabais, como en un país de gente más poderosa, con los caballos embridados. [7] Cuando llegasteis a ser amigos nuestros y, gracias a nosotros, con la ayuda de los dioses, tenéis este territorio, ahora nos expulsáis de este país que habéis recibido de nosotros y que conquistamos por la fuerza. Porque, como tú mismo sabes, los enemigos no son [8] capaces de expulsarnos. Y no sólo no consideras justo despedirnos dándonos regalos y tratándonos bien a cambio de los favores que recibiste, sino que tampoco nos permites, en la medida que de ti depende, acampar en este territorio en nuestro viaje de regreso. Y al decir [9] esto, no sientes vergüenza ante los dioses ni ante este hombre que ahora te ve enriquecido, pero que, antes de llegar a ser amigo nuestro, vivía del pillaje, como tú mismo

afirmabas. Pero, ¿por qué me dices eso?, [10] añadió. Pues yo ya no mando, sino los lacedemonios, a quienes vosotros entregasteis el ejército para que se lo llevaran sin haberme pedido opinión, ¡oh gente singularísima!, para que, al igual que yo me enemisté con ellos, cuando os los traje, ahora les diese satisfacción devolviéndolos.» Cuando oyó esto el odrisio dijo: «Yo, [11] Medósades, me hundo bajo tierra de vergüenza al oír esto. Y si lo hubiese sabido antes, no te habría acompañado. Y ahora me voy, pues el rey Médoco no aprobaría que expulsara a los bienhechores.» Dicho esto, [12] montó en su caballo y se fue a galope, y con él los demás jinetes, excepto cuatro o cinco. Sin embargo, Medósades, puesto que el país devastado le entristecía, exhortaba a Jenofonte a que llamara a los dos lacedemonios. Y éste, cogiendo a los hombres más adecuados, [13] se acercó a Cármino y Polínico y les dijo que Medósades los llamaba para advertirles, como a él mismo, de que abandonaran el país. «Creo, en efecto, prosiguió, [14] que vosotros recuperaríais para el ejército la soldada adeudada, si manifestarais que el ejército os ha pedido colaboración para cobrarla, con el consentimiento de Seutes o contra su voluntad; que, conseguido este objetivo, afirman que os seguirían sin vacilación; que creéis que tienen razón, y que les habéis prometido salir sólo cuando hayan obtenido lo que es justo.»

Los lacedemonios, después de oír estas propuestas, [15] afirmaron que las harían suyas y que aportarían otras lo más valiosas posible. De inmediato se pusieron en marcha con todos los principales. Y, al llegar, dijo Cármino: «Si tienes algo que decirnos, Medósades, dilo. Y [16] si no, nosotros sí que tenemos algo que decirte.» Y Medósades, en tono muy humilde, contestó: «Yo digo y Seutes lo ratifica que estimamos justo que no sean maltratados por vosotros quienes se han convertido en amigos nuestros. Pues cualquier daño que les hagáis, nos lo hacéis ya a nosotros, puesto que son nuestros.» [17] «Pues bien, contestaron los lacedemonios, nosotros nos retiráramos, cuando tuvieran la soldada los que han colaborado con vosotros en el cumplimiento de este objetivo. En caso contrario, acudimos ahora mismo a ayudarlos y a castigar a unos hombres que les han perjudicado faltando a los juramentos. Si vosotros sois de esta condición, desde este momento empezaremos [18] a tomarnos la justicia.» Y Jenofonte dijo: «¿Queréis, Medósades, puesto que afirmáis que son vuestros amigos los habitantes del país en que nos encontramos, permitirles decidir la cuestión por votación sobre si conviene que abandonéis el país vosotros, o nosotros?» [19] Contestó éste negativamente a esta propuesta. Sin embargo, pidió, especialmente, a ambos

lacedemonios que fueran a ver a Seutes para tratar de la soldada, y creía que lo convencerían. En caso contrario, que enviaran a Jenofonte con él, prometiendo secundarle en las negociaciones. Le pedía, además, que no quemara las aldeas.

[20] Entonces envían a Jenofonte y, con él, a los que parecían más apropiados. Éste, a su llegada, dijo a Seutes: «Estoy aquí, Seutes, no para pedirte algo, sino [21] para hacerte comprender, si puedo, que sin razón te has enojado conmigo por el hecho de haberte reclamado con insistencia, en nombre de los soldados, lo que les habías prometido. Porque yo consideraba que era tan conveniente para ti dárselo como para ellos recibirlo. [22] En primer lugar, sé que, después de los dioses, éstos te han situado en una posición eminente, porque te han hecho rey de un amplio territorio y de numerosos hombres. De manera que ninguna de tus acciones, ya sea honrosa ya denigrante, puede pasar inadvertida.

»Para un hombre de tal relieve, me parecía que era [23] importante no dar la impresión de despedir con ingratitud a hombres bienhechores; importante, también, ser tenido en buen concepto por seis mil hombres; pero más importante, que tus palabras en ningún caso inspiraran desconfianza. Porque sé que las palabras de las [24] personas que no merecen confianza van y vienen sin rumbo vanas, sin poder y sin valor. Mientras que quienes practican abiertamente la verdad, sus palabras, si pretenden algo, mejor pueden conseguirlo que la fuerza de otros. Y si quieren hacer entrar en razón a cualquiera, entiendo que sus amenazas tienen más efecto que el castigo inmediato de otros; y si tales hombres hacen una promesa a alguien, no consiguen menos que otros que dan al instante.

»Recuerda también qué nos pagaste de antemano [25] cuando nos tomaste como aliados. Bien sabes que nada. Sin embargo, en la seguridad de que dirías la verdad en lo que decías, indujiste a tan gran número de hombres a unirse a tu expedición y a conquistar para ti un reino valorado no sólo en treinta talentos, que es la cantidad que creen éstos que deben percibir ahora, sino muchísimo más. Pues bien, esta primera confianza que [26] te ha conseguido también el reino, vas a venderla por este dinero.

»¡Ea, pues!, recuerda cómo considerabas entonces [27] de gran importancia la conquista del país que ahora tienes sometido. Pero bien sé yo que tú habrías preferido conseguir lo que hoy posees a tener una cantidad de dinero muy superior a este dinero. A mí, pues, me [28] parece un daño mayor y más denigrante el no conservar ahora esto, que el no haberlo recibido antes, en la medida en que es

más duro pasar de rico a pobre que no haber tenido riquezas nunca, y de la misma manera, que es más penoso aparecer como simple particular habiendo sido rey que el no haber reinado nunca.

[29] »Sin duda sabes que los que ahora te obedecen, no por amistad hacia ti se dejaron convencer para ser tus súbditos, sino por necesidad, y que tratarían de ser [30] libres de nuevo si no los retuviera cierto temor. ¿De cuál de las dos maneras crees que ellos temerían más y serían más sensatos en lo relativo a ti: si vieran que los soldados están en una disposición tal hacia ti, que se quedasen ahora si se lo mandaras, y de nuevo regresasen con rapidez, si fuera necesario, y que otros —al oírles decir de ti muchas maravillas— en seguida acudiesen a ti, cuando quisieras; o si, por el contrario, sospecharan que nadie más iría en tu ayuda por la desconfianza que provoca tu actuación presente, y que los soldados tienen mejor disposición para con ellos que [31] para contigo? Pero, además, tampoco por ser inferiores en número a nosotros cedieron ante ti, sino por falta de jefes. Sin duda ahora también existe el riesgo de que tomen en calidad de jefes suyos a algunos de éstos que se creen maltratados por ti; o, incluso, a hombres más poderosos que éstos, los lacedemonios, en el caso de que los soldados prometan unirse a su expedición con más ardor, si ellos te exigen lo que les adeudas, y si los lacedemonios se lo consienten por el hecho de que tienen [32] necesidad del ejército. Que los tracios ahora sometidos irían con más entusiasmo contra ti que contigo, está claro, porque tu victoria supone para ellos la esclavitud; tu derrota, en cambio, la libertad.

[33] »Si has de velar por este territorio que te pertenece, ¿cómo crees que saldría más indemne: si esos soldados, cobrando lo que reclaman se fueran dejando la paz, o bien si se quedaran como en tierra enemiga y tú procuraras hacerles frente, con otros efectivos más numerosos, [34] necesitados de víveres? Y, respecto al dinero, ¿cómo gastarías más, si les pagaras lo que les debes, o si se les debiera y fuera preciso que alquilaras a sueldo a otros más poderosos? Sin embargo, a Heraclides, según [35] me manifestaba, le parece excesiva esta suma de dinero. Es cierto, pero te supone a ti mucho menos ahora coger esta cantidad y pagar que, antes de unirnos a ti, una décima parte de ella. Porque no es la cifra la que mide [36] lo mucho y lo poco, sino la capacidad del que da y del que recibe. Ahora tus ingresos anuales superarán todos los bienes que poseías antes.

»Yo, Seutes, te he prevenido de esto como amigo, [37] para que te muestres digno de los bienes que los dioses te han concedido y yo no sea desprestigiado en el ejército. Pues ten por seguro que ahora

yo, con este [38] ejército, aunque pretendiera hacer daño a un enemigo, no podría. Ni, aunque quisiera ayudarte de nuevo, tampoco sería capaz. Así están las relaciones del ejército conmigo. Sin embargo, te tomo por testigo, a ti y a los [39] dioses que lo saben, de que ni tengo nada que me hayas dado para los soldados, ni jamás te he pedido para mí personalmente lo que pertenece a los soldados, ni siquiera te he reclamado lo que me habías prometido. Y te juro que no lo aceptaría, aunque me lo dieras, si [40] los soldados no iban a recibir al mismo tiempo lo suyo. Pues sería ignominioso llevar a buen término mis asuntos y, en cambio, olvidar los de aquellos que está mal, sobre todo cuando soy estimado por ellos. Sin embargo, [41] a Heraclides todo le parece tontería, excepto conseguir el dinero de cualquier manera; pero yo, Seutes, considero que para un hombre, sobre todo si es jefe, no hay bien más hermoso ni más espléndido que virtud, justicia y generosidad. Pues quien posee estas cualidades es [42] rico, porque tiene muchos amigos; es rico, además, porque otros quieren llegar a ser sus amigos también, y, si triunfa, tiene personas para compartir su satisfacción, y, si fracasa, no le falta quien le ayude.

[43] »Pero si por mis actos no has comprendido que yo era tu amigo de corazón, ni tampoco eres capaz de verlo por mis palabras, presta atención a todas las opiniones de los soldados, pues tú estabas presente y oías lo que [44] decían los que intentaban censurarme. Me acusaban ante los lacedemonios de que hacía mucho más caso de ti que de los lacedemonios y éstos, por su parte, me censuraban diciendo que me interesaba más del éxito de tus cosas que de las tuyas. Incluso afirmaban que [45] yo recibía presentes de ti. Y, respecto a estos regalos, ¿crees que me acusaban de recibirlos de ti porque vieron en mí cierta malevolencia hacia ti, o porque se [46] dieron cuenta de mi gran apego a tu persona? A mi entender, todos los hombres creen que se debe demostrar afecto a la persona de la que se reciben bienes. Y tú, antes de prestarte ningún servicio, me recibiste con mirada y voz agradables, con presentes de hospitalidad y no te cansaste prometiéndome las cosas que tendría. Pero cuando has conseguido lo que querías y has llegado a la cúspide del poder en todo lo que yo podía, ¿ahora tienes la osadía de ver con indiferencia [47] mi total descrédito entre los soldados? Sin embargo, confío que decidirás pagarlos, que el tiempo te enseñará y que tú mismo no soportarás ver que te acusan quienes se han entregado a tu servicio. Te pido, por consiguiente, que, cuando les pagues, te esfuerces para que los soldados tengan de mí la misma opinión que cuando me hiciste tu aliado.»

[48] Oído el discurso, Seutes maldijo al culpable de no haber pagado tiempo ha la soldada. Todos sospechaban que se trataba de Heraclides. «Porque yo, dijo, jamás he tenido intención de privaros de ella, y os pagaré.» [49] Entonces, Jenofonte tomó de nuevo la palabra: «Pues bien, ya que piensas pagar, te pido ahora que lo hagas a través mío, y no permitas que por tu culpa me encuentre ahora en el ejército en situación diferente a la que tenía cuando vinimos a ti.» Seutes respondió: [50] «No serás menos estimado entre los soldados por mi culpa; si te quedas a mi lado con sólo mil hoplitas, te daré las plazas y todo lo demás que te prometí.» Jenofonte le contestó de nuevo: «No es posible que [51] esto se cumpla. Despídenos.» «Sin embargo, dijo Seutes, sé que es más seguro para ti permanecer a mi lado que irte.» Jenofonte contestó: «Elogio tu intención, pero no [52] me es posible quedarme; dondequiera que yo me encuentre mejor considerado, piensa que eso también redundará en bien tuyo.» Entonces dice Seutes: «Dinero [53] no tengo sino una pequeña cantidad, y te doy esto: un talento; además, seiscientos bueyes, unas cuatro mil ovejas y unos ciento veinte esclavos. Tómalos, llévate, además, los rehenes de los que te perjudicaron y vete.» Se rió Jenofonte y dijo: «Y si no me llega todo esto [54] para la paga, ¿a quién diré que pertenece este talento?, ¿no es mejor, puesto que también entraña peligro para mí, que al irme procure evitar las piedras? Pues has oído las amenazas.» Entonces se quedó allí.

Al día siguiente les pagó lo que había prometido y [55] envió con ellos a unos para que llevaran el ganado. Los soldados, entretanto, decían que Jenofonte se había marchado para vivir con Seutes y tomar lo que le había prometido. Pero cuando lo vieron, se alegraron y corrieron a su encuentro. Jenofonte, cuando vio a Cármino [56] y Polinico, dijo: «Esto se ha salvado gracias a vosotros para el ejército, y yo os lo entrego. Vosotros, vendedlo y distribuidlo entre los soldados.» Éstos lo recibieron, nombraron encargados de vender el botín y lo vendieron, provocando muchas críticas. Jenofonte no se acercaba, [57] sino que hacía los preparativos a la vista de todos para volver a su patria. Todavía no se había aducido contra él, en Atenas, el decreto relativo a su destierro. Pero sus amigos del campamento se le acercaron y le pidieron que no se fuera antes de haber guiado al ejército y haberlo entregado a Tibrón.

[8] Desde allí se dirigieron por mar rumbo a Lámpsaco<sup>195</sup> y salió al encuentro de Jenofonte Euclides, adivino de Fliunte, hijo de Cleágoras, el que pintara los *Sueños*<sup>196</sup> en el Liceo. Se regocijó con Jenofonte por haber salvado la vida y le preguntó cuánto dinero llevaba. [2] Éste le contestó bajo juramento que ni siquiera tendría

medios suficientes para regresar a Atenas, a no ser que vendiera el caballo y lo que llevaba encima. [3] Euclides no daba crédito a lo que decía. Pero, una vez que los de Lámpsaco enviaron presentes de hospitalidad a Jenofonte, éste ofreció sacrificios a Apolo, situando a su lado a Euclides. Cuando éste vio las entrañas, dijo que estaba convencido de que no tenía dinero: «Pero sé, añadió, que, aunque algún día lo tendrás, se te presentará un obstáculo, si no es otro, tú mismo.» [4] Convino en esto Jenofonte. Añadió Euclides: «Tú obstáculo es Zeus Miliquio <sup>197</sup> », y le preguntó si ya le había ofrecido sacrificios, «como en casa, siguió, solía yo ofrecerlos y hacer holocaustos». Jenofonte dijo que no había ofrecido sacrificios a este dios desde que había salido de su patria. Le aconsejó, por consiguiente, ofrecerle sacrificios como acostumbraba, y le aseguró que le [5] daría mejores resultados. Al día siguiente, Jenofonte se acercó a Ofrinio <sup>198</sup>, ofreció sacrificios y quemó unos lechones según la costumbre de sus padres, resultando [6] favorables las entrañas de las víctimas. Aquel día se presentan Bión y Nausiclides para dar dinero al ejército, y devuelven a Jenofonte, en prueba de hospitalidad, el caballo que había vendido en Lámpsaco por cincuenta daricos, sospechando que lo había vendido por necesidad, puesto que habían oído decir que disfrutaba con el caballo. Lo rescataron y se lo devolvieron no queriendo recibir el precio.

Desde allí marcharon a través de la Tróade y, después [7] de franquear el Ida, llegaron, primero, a Antandro; luego, siguiendo la costa de Lidia, a la llanura de Tebas. Desde allí avanzaron a través de Adramitio y Citonio [8] hasta llegar a la llanura de Caico y ocupar Pérgamo de Misia.

Aquí se hospeda en casa de Hélade, mujer de Góngilo de Eretria <sup>199</sup> y madre de Gorgión y de Góngilo. Ella le [9] indica que Asidates, un persa, se encuentra en la llanura. Le dijo que, yendo de noche con trescientos hombres, podría capturarlo a él, a su mujer, a sus hijos y sus riquezas que eran muchas. Para indicarles el camino envió a su propio primo y a Dagnágoras, a quien tenía en gran estima. Con ellos a su lado, ofreció Jenofonte [10] un sacrificio. Basias, el adivino de Elea, que estaba presente, dijo que las víctimas le eran muy favorables y que el susodicho hombre sería capturado. Después de [11] cenar, se puso en camino llevando consigo a los capitanes más amigos y a los que le habían sido más leales en toda situación, para procurarles un triunfo. Con él salen, además, a pesar de su oposición, otros hombres, unos seiscientos. Pero los capitanes se adelantaron para no compartir el botín que consideraban ya seguro.

Cuando llegaron, hacia medianoche, los esclavos que [12] se hallaban en torno a la torre y la mayor parte de las riquezas se les escaparon por falta de atención. Su único objetivo era capturar a Asidates en persona y sus riquezas. Atacaron la torre, pero, como no podían tomarla —[13] ya que era alta, grande, dotada de almenas y defendida por muchos y belicosos hombres—, intentaron [14] abrir un boquete en ella. El muro tenía una anchura de ocho ladrillos de tierra. Al amanecer estaba ya perforado. Tan pronto como el muro dejó penetrar la luz, uno de los sitiados, desde el interior, con un asador capaz de atravesar un buey traspasó el muslo del que tenía más cerca. Y después se pusieron a arrojar tal [15] cantidad de flechas que ya era peligroso asomarse. A los gritos que proferían y a las señales que hacían con fuego, acudieron en su ayuda Itamenes con sus fuerzas y, de la Comania, vinieron hoplitas asirios, jinetes hircanos, éstos mercenarios del Rey, ochenta poco más o menos, y otros peltastas, en número aproximado de ochocientos; otros, de Partenio, también de Apolonia, y caballería de las plazas vecinas.

[16] Había llegado el momento de pensar cómo se haría la retirada. Cogieron todos los bueyes que había, rebaños y esclavos y los llevaron dentro del cuadro que habían formado, no porque prestaran todavía atención al botín, sino para evitar que la retirada fuera una huida, si se marchaban abandonando el botín, y para evitar que los enemigos se envalentonaran y sus soldados se desanimaran. Se iban, pues, retirando como si [17] combatiesen por el botín. Cuando vio Góngilo que los griegos eran pocos y muchos los atacantes, sale también él, contra la voluntad de su madre, con sus fuerzas, con el deseo de participar en la acción. Acudía también en ayuda, desde Halisarne y Teutrania, Procles, [18] hijo de Damarato. Jenofonte y los suyos, cuando se hallaban ya muy agobiados por las flechas y las piedras de las hondas, avanzaron en círculo para oponer los escudos a los dardos y, a duras penas, cruzaron el [19] río Caico, heridos casi la mitad. Entonces es herido el capitán Agasias de Estinfalia, que había luchado sin interrupción contra los enemigos. Los griegos logran salvarse, junto con unos doscientos esclavos y ganado menor suficiente para los sacrificios.

Al día siguiente, Jenofonte, después de ofrecer sacrificios, [20] conduce de noche todo el ejército, con la intención de recorrer el máximo camino posible por el interior de Lidia para que Asidates, no teniéndoles cerca, perdiese el miedo y dejara de vigilar. Pero cuando se [21] enteró Asidates de que Jenofonte había ofrecido de nuevo sacrificios para ir contra él y avanzaba con todo el ejército, levantó el campamento en dirección a unas aldeas situadas al pie de



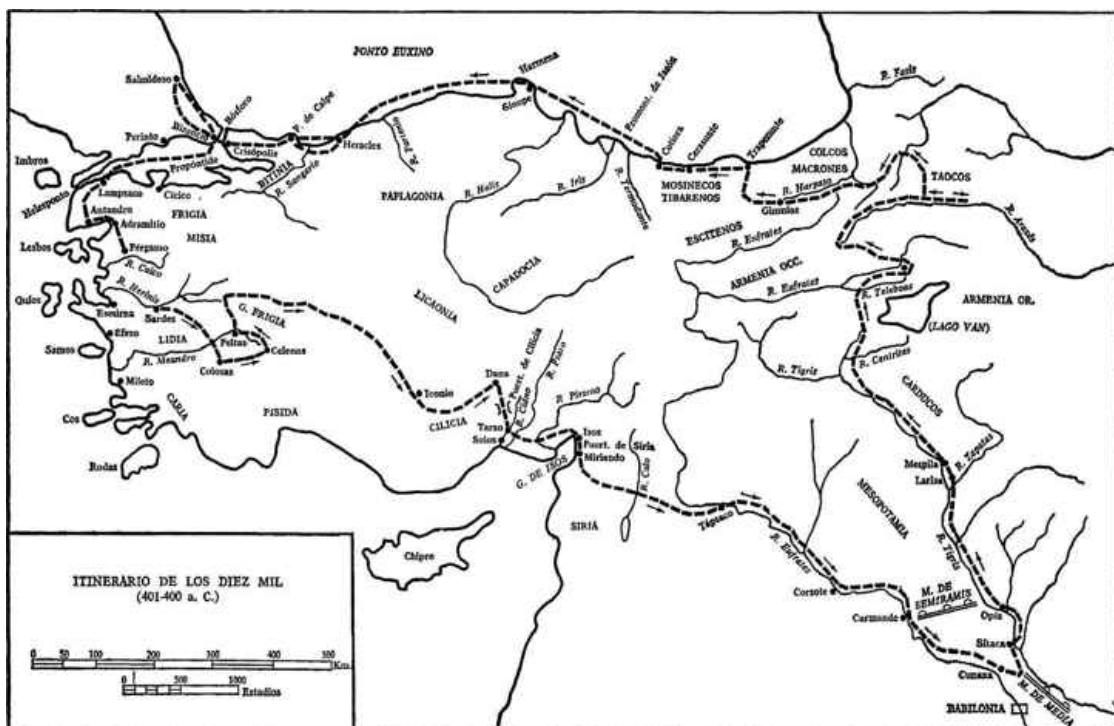
la ciudad de Partenio. Allí, [22] Jenofonte y sus hombres se encuentran con él, y le apresan junto con su mujer, sus hijos, sus caballos y todo lo que había. Así se cumplió la predicción de los primeros sacrificios.

Luego vuelven a Pérgamo. Allí Jenofonte fue a saludar [23] al dios. Pues los lacedemonios, los capitanes, los demás estrategos y los soldados convinieron en darle una parte escogida del botín entre los caballos, las yuntas y lo demás, de manera que estaba en condiciones, entonces, hasta de hacer un favor a otro.

Entretanto se presentó Tibrón y se encargó del mando [24] del ejército y, después de unirlo al resto del ejército griego, prosiguió la guerra contra Tisafernes y Farnabazo.

[Éstos son los gobernadores del país del Rey que [25] atravesamos: de Lidia, Artimas; de Frigia, Artacamas; de Licaonia y Capadocia, Mitrádates; de Cilicia, Siénesis; de Fenicia y Arabia, Dernes; de Siria y Asiria, Bélesis; de Babilonia, Roparas; de Media, Arbacas; de los fasianos y hesperitas, Tiribazo; los carducos, los cálibes, los macrones, los coicos, los mosinecos, los cetos y los tibarenos son autónomos; de Paflagonia, Corilas; de los bitinos, Farnabazo; de los tracios de Europa, Seutes.

La suma del recorrido completo, entre ida y vuelta, asciende a doscientas quince etapas, treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta estadios. El tiempo transcurrido, entre ida y vuelta, un año y tres meses] <sup>200</sup>.



- 
- 176 Interpolación debida al editor.
- 177 Alusión a la guerra del Peloponeso.
- 178 A seiscientos talentos ascendían los ingresos por impuestos de los aliados de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, II 13, 3. A éstos había que sumar unos cuatrocientos correspondientes a impuestos de los ciudadanos.
- 179 Colonia de Mileto.
- 180 Ciudad misia de la Propóntide, situada entre Lámpsaco y Cícico.
- 181 Ciudad costera, colonia de Mégara, situada entre Bizancio y Perinto.
- 182 Seutes confunde a su antepasado Teres con Tereo, héroe de la leyenda de Procne y Filomela: ésta era hija de Pandión, rey de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, 2, 29.
- 183 Lectura añadida en los manuscritos F. M., considerados como deteriorados.
- 184 Ciudad de Tracia. Colonia de Samos, en la Propóntide, hoy Rodosto.
- 185 Jenofonte. A la vuelta de la expedición fue elegido jefe. Cf. DIODORO, XIV 37.
- 186 Puerto del mar Egeo situado al E. de Abdera.
- 187 Medida equivalente a poco más de un litro; era la ración cotidiana para la alimentación de un hombre.
- 188 Instrumento de cuerda, especie de arpa con veinte cuerdas, las diez primeras dispuestas en octava con las otras diez.
- 189 Especie de capa o manto militar sin mangas. Utilizado, sobre todo, por la caballería.
- 190 Ciudad de la Élide.
- 191 Texto incierto.
- 192 «Melinófagos». No es infrecuente designar a gentes poco conocidas, por su alimentación cotidiana. Cf. «lotófagos».
- 193 Región de Tracia próxima al Bósforo.
- 194 Alusión a Cástor y Pólux (los Dioscuros), hijos de Zeus y Leda; pero Leda estaba casada con Tíndaro, rey de Lacedemonia, por lo que se les daba culto allí.
- 195 Ciudad de la Tróade, en el Helesponto, antigua colonia griega.
- 196 Adoptamos la variante *enypnía*, siguiendo a P. Masqueray. Sin embargo, los mejores manuscritos presentan *enoikía*, de difícil interpretación. Referencia a un cuadro alegórico.
- 197 Epíteto de Zeus, «acogedor de sacrificios expiatorios».
- 198 Ciudad de la Tróade, en la costa del Helesponto.
- 199 Ciudad de Eubea, isla del mar Egeo.
- 200 Interpolación. Este resumen final no corresponde a Jenofonte. Ciertos comentaristas lo atribuyen a Ctesias o Soféneto de Estinfalia, escritor de una *Anábasis*.

# ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Jenofonte. Vida y escritos

Bibliografía

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

LIBRO I

LIBRO II

LIBRO III

LIBRO IV

LIBRO V

LIBRO VI

LIBRO VII